

LA AUTORA DE BEST SELLER DE USA TODAY

Christina McKnight



La
Amante
Marquès

Encanta
A Su

SERIE CRAVEN HOUSE

La Amante Encanta a Su Marquès
Christina McKnight

Traducido por Patricia M Begona

“La Amante Encanta a Su Marquès”

Escrito por Christina McKnight

Copyright © 2019 Christina McKnight

Todos los derechos reservados

Distribuido por Babelcube, Inc.

www.babelcube.com

Traducido por Patricia M Begona

Diseño de portada © 2019 Sweet n' Spicy Designs

“Babelcube Books” y “Babelcube” son marcas registradas de Babelcube Inc.

Tabla de Contenido

[Título](#)

[Derechos de Autor](#)

[La Amante Encanta a Su Marquès \(Serie Craven House - Libro dos\)](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo uno](#)

[Capítulo dos](#)

[Capítulo tres](#)

[Capítulo cuatro](#)

[Capítulo Cinco](#)

[Capítulo Seis](#)

[Capítulo Siete](#)

[Capítulo Ocho](#)

[Capítulo Nueve](#)

[Capítulo Diez](#)

[Capítulo once](#)

[Capítulo Doce](#)

[Capítulo Trece](#)

[Capítulo Catorce](#)

[Capítulo Quince](#)

[Capítulo Dieciséis](#)

[Capítulo diecisiete](#)

[Capítulo Dieciocho](#)

[Capítulo Diecinueve](#)

[Capítulo Veinte](#)

[Capítulo Veintiuno](#)

[Capítulo Veintidós](#)

[Capítulo Veintitrés](#)

[Capítulo Veinticuatro](#)

[Capítulo Veinticinco](#)

[Capítulo Veintiséis](#)

[Capítulo Veintisiete](#)

[Capítulo Veintiocho](#)

[Capítulo Veintinueve](#)

[Capítulo Treinta](#)

[Capítulo Treinta y Uno](#)

[Capítulo Treinta y dos](#)

[Capítulo Treinta y Tres](#)

[Epílogo](#)

La amante
encanta a su
marqués

Christina McKnight

La Loma Elite Publishing

Copyright © 2017 por Christina McKnight

Todos los derechos reservados.

ISBN: 1-945089-13-X (Rústica)

ISBN-13: 978-1-945089-13-8 (Rústica)

ISBN: 1-945089-12-1 (Libro electrónico)

ISBN-13: 978-1-945089-12-1 (Libro electrónico)

La Loma Elite Publishing

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede reproducirse, distribuirse o transmitirse de ninguna forma ni por ningún medio, incluidos fotocopias, grabaciones u otros métodos electrónicos o mecánicos, sin el permiso previo por escrito del autor, excepto en el caso de citas breves incorporadas en revisiones críticas y ciertos otros usos no comerciales permitidos por la ley de derechos de autor. Para solicitudes de permiso, escriba al autor, con la instrucción: "Atención: Coordinador de permisos", a la dirección que se encuentra más abajo.

Christina@christinamcknight.com

Dedicatoria
Para mis lectores

Cada día que puedo sentarme a escribir en mi ordenador y dejar escapar otra historia es una bendición.
¡Gracias por vuestro apoyo incondicional!

Prólogo

Baltimore, Maryland
Junio de 1818

Elijah Watson, el octavo marqués de Ridgefeld estaba de pie en el muelle; los marineros y la tripulación iban y venían a su alrededor. La violenta brisa de la tarde barría la bahía de Chesapeake y lo envolvía, mientras observaba la ciudad que crecía frente a él. Ni el viento que lo abrazaba ni la superficie sólida bajo sus pies hicieron nada por aliviar su pena y su dolor, pero necesitaba completar este viaje —una aventura, la había llamado su abuelo cuando habían zarpado de Liverpool en el cliper más nuevo de la Hudson's Bay Company, el *Cameron de Gazelle*. Tampoco había imaginado que este sería el último viaje, juntos.

Eli nunca habría permitido a su abuelo convencerlo de que sería una gran aventura si hubiera sabido lo que se avecinaba...

Navegaron a África, a Sudamérica; cruzaron Europa y el Oriente. Viajaron por tierra a cada lugar de Inglaterra y Escocia en busca de tesoros. Eli nunca había imaginado que Melville Watson, el séptimo marqués de Ridgefeld —Melly, para sus amigos— se enfermaría en viaje al Nuevo Mundo.

La enfermedad había golpeado tan rápido, tomado tanto de él, que, en cinco días, lo había consumido de tal forma, que lo había reducido a solo la piel y se le notaban todos los huesos. Había sido completamente devastador para Eli ver cómo el hombre que lo había criado, vestido, alimentado, enviado a la Universidad, se consumía ante sus ojos. El médico del barco había diagnosticado tuberculosis y exigió que su abuelo fuera puesto en cuarentena, alejado de los otros ocupantes del barco. Solo Eli fue lo suficientemente valiente como para aventurarse en la habitación de enfermo de su abuelo para cuidarlo y pasar los días ocultos en el barco, avergonzado por las lágrimas y los sollozos que no podía detener. Habría necesitado ser fuerte, prestar su fuerza al anciano para luchar contra la enfermedad, pero Eli había sido débil.

—Perdón, ¿milord? —Una mano se posó en el hombro de Eli—. ¿Necesitará ir a un lugar en particular?

Eli se volvió para observar al capitán del barco con la preocupación grabada en el rostro—. Capitán, yo... —El hombre corpulento, con la ropa sucia de los casi treinta días en el mar, negó con la cabeza—. Mis disculpas. Sí, tengo una dirección, pero tiene casi dos años.

—Yo iré a ver a mi familia —levantó su bolsa de viaje para que Eli la viera—. El muelle no es el lugar apropiado para un muchacho como usted una vez que se cae la noche.

Confundido, Eli se preguntó qué le ofrecería el hombre: transporte desde el puerto hasta Baltimore, una comida, una cama para pasar la noche o solo una advertencia para que procurara un área más segura antes de que el sol cayera por detrás del horizonte de la ciudad.

Un viento tormentoso y frío golpeó la espalda de Eli y se le metió directo por el abrigo. El cabello de la nuca se le erizó, aunque si aquello era a causa del frío que se asentaba en el puerto o la advertencia en las palabras del capitán, Eli no lo sabía. De hecho, estaba demasiado cansado para preocuparse.

Se le cerraban los párpados; estaba agotado.

—¿Hay una posada cerca de Market Street? —Le caería bien un baño caliente y unas pocas horas de descanso antes de intentar localizar a la mujer por la que había cruzado el Atlántico.

El capitán entrecerró los ojos, y se rascó la calva.

—¿Market Street, dice?

—Sí, la última correspondencia que recibí tenía una dirección frente a Market Street.

Eli y su abuelo habían investigado la ciudad de Baltimore antes de comprar su pasaje a Estados Unidos. La ciudad crecía día a día gracias a los comercios, las industrias manufactureras y las compañías de transporte. Era un nuevo mundo de crecimiento y oportunidad, aunque su país de origen no lo viera como tal. Eli había venido exactamente con este propósito.

—Sin embargo, el matasellos es de hace casi dos años. Temo que la persona que busco ya se haya mudado.

—Ah, bueno, el área no es mejor que los muelles, mi señor —dijo el capitán Constantine—. Pero si se da prisa, debería llegar antes de que oscureciera y estaría así a salvo. Le ofrecería un aventón, pero voy hacia el otro lado. Si no me apresuro, la horda de paganos me comerá la cena antes de que llegue.

Eli se rió entre dientes junto con el hombre, pero mientras el estómago del capitán se estremecía con la risa profunda, los ojos arrugados en las esquinas, Eli estaba tenía problemas para encontrar algo de jovialidad.

El capitán pareció darse cuenta del mal humor del muchacho y su risa terminó abruptamente.

—Siento mucho que no hayamos llegado antes de que tu abuelo se fuera, muchacho. El viejo Melly era un hombre amable, seguro. Un buen hombre, qué lástima...

Elijah reprimió las lágrimas que le escocían los ojos y amenazaban con derramarse. Se negaba a llorar ante el capitán.

—Lo era, Capitán, sí que lo era —se aclaró la garganta y miró los edificios que la tripulación le había dicho que eran la ciudad de Baltimore—. Tomaré un hackney y partiré hacia Market Street. No se preocupe.

—¿Enviaré un mensaje al barco si se encuentra en algún problema, ¿verdad?

Claro que lo haré, Capitán —Eli le aseguró al hombre, aunque era poco probable que encontrara algo más que problemas mientras estaba en Estados Unidos. Solo rezó para que su negocio aquí se llevara a cabo rápidamente y que pudiera conseguir el pasaje de regreso a Inglaterra con la debida prisa—. Esta no es mi primera vez en un país extranjero.

—Estaré en el puerto durante varios días, luego navegaremos hacia Canadá —el capitán asintió con la cabeza y luego dio media vuelta y caminó hacia un carruaje que esperaba mientras al pasar saludaba a gritos a los ocupantes de otros barcos.

Con un saludo final, el hombre se había ido.

Y dejó a Eli solo. Deprimidamente solo.

No había mentido acerca del hecho que estaba acostumbrado a viajar. Tampoco había sido completamente honesto. Había visto mundo. Viajó a lugares exóticos y conoció gente interesante, incluso exploró antigua pirámide en su juventud, pero nunca había viajado sin compañía.

Melville Watson, su abuelo, había estado a su lado en todas las aventuras desde el momento en que Elijah nació.

Su guardián en la infancia.

Su mentor en la edad adulta.

Su padre en todo el sentido de la palabra.

Ahora que se había ido y estaba enterrado en el mar, se había llevado consigo una parte tan grande él, le había dejado un hueco tan enorme, que Elijah temió que no quedara nada de él.

El desaliento puso a Eli casi de rodillas, su ser sentía tanta pena.

Este viaje debería de ser tan valioso como el gran hombre que había perdido.

Eli se movió rápidamente hacia los carruajes y carros que holgazaneaban en la calle, esperando su carga. Alzó su equipaje y de su abuelo por sobre el su hombro, levantó el brazo y llamó con la mano a un conductor de un carruaje cercano.

Con un fuerte movimiento de las riendas, el conductor se adelantó para encontrarse con él.

—Último viaje del día, jefe.

—Me consideraré afortunado, entonces —dijo Eli, arrojando sus bolsas en el hackney antes de reclamar el asiento junto al conductor —a Market Street, por favor. De ser posible, a una posada con cuartos disponibles.

El conductor lo miró por un momento, perplejo.

—Es uno de esos jefes británicos.

Habían pasado más de cuarenta años desde que las colonias habían reclamado su independencia de Inglaterra, más de una década antes del nacimiento de Elijah. El rey Jorge III no había olvidado el desaire y, al parecer, la gran gente de Maryland tampoco.

—Así es, pero tengo familia en Baltimore. Eli esperaba que la mención de la familia, acompañada de su sonrisa más encantadora, asegurara que el conductor lo entregara sin más demoras.

—¿Qué clase de familia tiene en Market?

Elijah se había preguntado lo mismo desde que el capitán había hablado de aquella área tan desagradable.

—Una mujer muy querida y cercana a mi corazón, señor —una mujer que le había robado el corazón cuando había huido de Inglaterra, mucho antes de que Eli tuviera la edad para darlo de buena gana. El pecho, el lugar donde debería estar el corazón de una persona, le dolía... suplicaba para que esa parte tan delicada y rota se arreglara.

Afortunadamente, el conductor no pareció notar el sarcasmo de Eli y asintió, al tiempo que daba otra sacudida a las riendas. El desparejo par de caballos se adelantó y acomodó el paso a un ritmo pausado a medida que avanzaban hacia la ciudad.

El conductor tarareaba una alegre melodía mientras atravesaba las abarrotadas calles vespertinas y viraba para esquivar a un carruaje con una rueda rota para girar bruscamente en la otra dirección cuando un grupo de hombres iba a los tropezones por el camino y levantaba los brazos en señal de saludo antes de pasar una botella entre ellos.

—Borrachos cobardes —gritó el conductor mientras pasaban—. Se matarán, seguro como la luz del sol en junio.

—¿Qué está haciendo ese hombre? —gritó Eli por encima del ruido de los caballos.

—Ese es Samuel, de la Compañía de Luz de Gas de Peale, que ilumina las farolas —el hombre soltó una risita—, y el Rey dice que somos gente incivilizada.

Había leído sobre el uso de hidrógeno para la iluminación. Se sabía que en los barrios de Londres se estaban instalando aparatos a gas en los hogares y que pronto estarían en cada esquina. Parecía que Baltimore estaba avanzado en este campo.

Continuaron en silencio, Eli libre para observar la ciudad bulliciosa a su alrededor; las personas estaban tan vivas; corrían de aquí para allá. Sin embargo, cuando finalmente entraron en Market Street un hombre se parecía mucho al otro. Era un barrio de clase trabajadora con escaparates y varios almacenes. La luz que brillaba intensamente en las ventanas de los pisos segundo y tercero le decía a Eli que la gente vivía arriba del lugar donde trabajaban.

—Solo unos minutos más y llegamos, jefe.

La calle se volvió más angosta y eliminaba así el espacio que tenían los peatones para caminar a lo largo de ella, mientras los edificios avanzaban en el camino que recorrían, bloqueaban la luz del sol y

oscurecían el camino. Era fascinante la forma en que las estructuras se alzaban hacia adentro sin colapsar.

Su abuelo también se habría maravillado ante tal vista.

En poco tiempo, la calle se ensanchó una vez más, lo que daba espacio a las personas para caminar y para atar los caballos a los postes. La risa, los gritos y las voces masculinas que se elevaban en forma de canción flotaban en el camino de Eli, mientras Market Street giraba a la derecha. De pronto, un gran edificio repleto de ventanas apareció a la vista. Incluso aquí, una milla tierra adentro, Eli podía oler el aire limpio y fresco del océano, a diferencia del maloliente exterior de Londres. Cuando se acercaron al edificio, notó una placa colgante en un poste en la calle, que leía:

McDowell Inn and Tavern

Eli deslizó un sobre del bolsillo de su abrigo y leyó la dirección garabateada de prisa en el papel:

31 McDowell Street

Baltimore, Maryland

Norteamérica

¿Podría ser tan simple localizarla o al menos ubicar el último lugar donde sabía que ella residía? Alguien allí debía de recordarla. Su abuelo solía obsequiar a Eli con historias de ella, la forma en que iluminaba una habitación, la forma en que llamaba la atención y la forma en que cada hombre prestaba atención a cada una de sus palabras.

El cochero dobló por un camino angosto y detuvo el carruaje.

—Cinco centavos —tendió la mano y esperó el dinero.

Eli buscó en el bolsillo de su pantalón las monedas norteamericanas por las que había cambiado sus chelines británicos en el barco y recuperó media docena de brillantes centavos.

—¿Es esta la calle McDowell? —Eli sostuvo el sobre para que el hombre lo viera—. ¿Treinta y uno de McDowell Street?

El conductor echó un vistazo al número del sobre y al letrero colgado afuera de la posada.

—Sí. ¡La mejor posada y taberna de este lado del Atlántico!

Elijah miró hacia el gran edificio frente a él y notó la basura que se apilaba en el pequeño patio, varias pilas rastrilladas contra el edificio. La pintura estaba descascarada en la puerta y los marcos de las ventanas. Los ruidos desenfrenados del interior se escapaban a través de varios cristales que faltaban en el primer piso. Tan cerca del muelle, supuso que era la mejor posada a corta distancia del Atlántico, aunque no parecía ser un establecimiento al que entrara una mujer seria y mucho menos llamarlo hogar durante casi una década.

Ni bien había agarrado su equipaje y saltado al suelo cuando el conductor se alejó, su risa se elevó por encima de la conmoción que provenía de la posada.

El fallecido marqués, su abuelo, habría disfrutado de unas pocas horas entre la bulliciosa multitud dentro de McDowell. Un dolor agudo recorrió a Eli una vez más. Su abuelo se había ido. Elijah era ahora Lord Ridgefeld, un marqués. Era un título que había sido criado para heredar, pero no tan pronto y, ciertamente, no de esta manera.

Suspiró.

Para Eli, lo principal ahora eran un baño caliente, una comida decente y una cama suave.

Luego buscaría más información.

Hasta entonces, no se podía confiar en que su mente funcionara correctamente.

Levantando sus sacas de viaje una vez más, se abrió paso a través de la pequeña puerta, que colgaba de una bisagra y que crujió ruidosamente, la otra se había podrido. Levantó la puerta colgante y se dirigió a las puertas dobles. Una campana sonó por encima de su cabeza cuando entró, pero era poco probable que alguien lo hubiera oído por los gritos y —¿alguien tocaba el piano?— que venían desde lo más profundo de la posada.

Esta taberna destartalada y la posada eran lo último que Eli esperaba encontrar en la calle McDowell

treinta y uno; sin embargo, era la única pista que tenía.

Rezó para que fuera suficiente y que el viaje no hubiera sido una pérdida total de tiempo, como tampoco los últimos días de su abuelo.

—¿Puedo ayudarlo, señor?

Un hombre, obviamente el propietario, a juzgar por su pulcro atuendo y su cabello peinado, miró a Eli de arriba abajo mientras caminaba detrás del alto mostrador.

—¿Está aquí para una comida, una bebida o una habitación?

—Las tres cosas —respondió Eli.

El hombre abandonó la expresión interrogadora y sonrió.

—Soy Joshua Jenkins. Ha venido al lugar correcto. Tengo disponible una habitación para pasar la noche.

—Sin duda, debe ser mi día de suerte —murmuró Eli. El último carruaje del día en los muelles y ahora, la última habitación en la posada. Si su suerte se mantenía, conseguiría aquello por lo que había viajado a América y regresaría a casa la noche siguiente.

Ciertamente, todo no podría ser así de simple.

—Por aquí, señor —El posadero comenzó a caminar por el pasillo en dirección a lo que debía de ser la habitación de la posada—. El cocinero estará aquí por unas pocas horas más si tiene hambre. Tendrá que comer en la taberna. Justo por esa puerta... allí.

El hombre hizo un gesto hacia un juego de puertas dobles, abiertas de par en par para revelar varias mesas, una larga barra atestada con vasos de una pinta vacíos y un piano: todos los asientos disponibles estaban ocupados.

—¿Noche ocupada? —Preguntó Eli, haciendo una pausa para echar un vistazo al interior.

El hedor del licor rancio y los cuerpos sucios lo asaltaron (probablemente él mismo despidiera un olor tan penetrante como la cosecha de hombres reunidos en la taberna).

—Cada noche es una noche ocupada —dijo el hombre—. La mejor posada y taberna cerca del Atlántico —Jenkins deslizó los pulgares en la cintura de sus pantalones y se balanceó sobre los talones—. Incluso el buen alcalde de Baltimore frecuenta mi taberna.

Como para probar su punto, Jenkins dio un paso adelante y señaló a un hombre sentado cerca del piano con una mujer en su regazo:

—Ese es el alcalde George Stiles.

Eli silbó entre dientes, con lo que esperaba mostrar la medida justa de apreciación por el elevado estatus de Jenkins. Estados Unidos y sus ciudadanos no habían tomado los títulos británicos, pero, aparentemente, trataban a los funcionarios electos como su clase alta. Pensar que un hombre podría nacer como un sucio granjero y ser elegido alcalde de una gran ciudad con mucho trabajo y dedicación era un concepto iluminado. Uno sobre el que él y su abuelo habían debatido en más de una ocasión.

La mujer en el regazo de Stiles se rió y se apresuró a ponerse de pie cuando el alcalde intentó deslizar la mano debajo de su falda. Se volvió hacia la puerta, gritando algo por encima del hombro a Stiles antes de actuar como si huyera de la habitación, pero el buen alcalde la agarró por la falda y tiró de ella hacia su regazo. Ella aterrizó con una risita, su espalda presionada contra el pecho del hombre mientras su mano se deslizaba para ahuecar su pecho.

Mientras Eli lo observaba, su mirada se encontró con la suya.

Eli dio un paso atrás. No podría ser... ciertamente, esta no era ella.

Las bolsas que llevaba se deslizaron de su hombro y Eli se arrodilló para hurgar en el contenido de una hasta que encontró lo que buscaba.

Un retrato en miniatura: una mujer sonriente, un bebé en brazos y un gran sabueso a su lado.

La mujer había envejecido considerablemente desde que el retrato había sido encargado; el cabello de ébano estaba cubierto de gris, la piel ya no era del color pálido preferido por los ingleses, y las caderas eran considerablemente más redondeadas. Pero, aun así, era ella.

Ella rió y se volvió hacia el alcalde cuando Eli intentó mantener la mirada fija.

Alice Watson.

La madre de Elijah

La mujer que había huido de Inglaterra un mes después de haber dado a luz en busca de un hombre para dejar atrás el recuerdo del padre de Eli que había muerto antes de su nacimiento. Ella había abandonado a su único hijo, para que lo criara su abuelo.

Sin dudas, ella se había portado bien si estaba casada con el alcalde de Baltimore.

Eli continuó mirándola, una mujer a la que había conocido a través de cartas esporádicas, algunos retratos y las historias de su abuelo.

El alcalde notó la mirada, susurró algo a la madre de Eli y asintió en su dirección.

—¿Conoces a Ally? —preguntó Jenkins con sorpresa.

Pero Eli permaneció en silencio mientras veía a su madre desenredarse del regazo del hombre y moverse hacia él.

Se detuvo frente a el muchacho y colocó las manos en jarra sobre las caderas, observando la apariencia de Eli de pies a cabeza.

—¿Puedo ayudarlo, señor? —su acento británico había disminuido en los últimos años, pero aún se detectaba—. Es de insolentes mirar a una persona como lo hace usted.

Su corazón sufrió más que en los largos días transcurridos desde la muerte de su abuelo, si eso fuera posible.

Siempre había supuesto que cuando se encontrara cara a cara con su madre, ella lo conocería que, en el fondo, una madre siempre reconocería al niño que había dado a luz. Pero ni una pizca de reconocimiento cruzó el rostro de la mujer mientras lo miraba con el ceño fruncido y golpeaba el pie contra el suelo con impaciencia.

—¿Nos conocemos? —elevó el tono en señal de irritación; sin embargo, su mirada escudriñaba el rostro del muchacho—. ¿Notaba el parecido con las generaciones de hombres de Ridgefeld que lo habían precedido?

—Ciertamente, madre.

Abrió los ojos, en shock antes de acercarse a observar con más detenimiento el rostro del muchacho, como si estudiara todas sus facciones, pero luego Stiles la llamó.

—Solo será un momento, amor —gritó por encima del hombro, pero el tono alegre en su voz había desaparecido.

La habitación permaneció silenciosa mientras su madre continuaba evaluándolo, la expresión del rostro pasó de la incredulidad a la duda y al horror.

—¿No me presentarás a tu marido, madre? —Eli miró hacia el piano donde el alcalde había permanecido de pie y ahora se dirigía hacia ellos.

—Ella se estremeció cuando Stiles llegó a su lado y le tendió la mano para que Eli la sacudiera—. Soy el alcalde George Stiles —saludó—. ¿Algún problema, Ally?

—No, yo... —tartamudeó su madre mientras miraba a uno y a otro.

—Mi madre se estaba preparando para presentarle a su hijo —al hijo, el que abandonó en Inglaterra hace más de veinte años— a su esposo.

—¿Su esposo? —Exclamaron Jenkins y Stiles al unísono.

—¿Estás casada? —Stiles se volvió hacia Eli, con la boca abierta.

El hombre ciertamente debía de estar bromeando. Si Stiles no era el esposo de su madre, ¿por qué estaba ella aquí... con él... y sentada en su regazo?

A Elijah se le revolvió el estómago. No era posible... Alice, su madre, no se rebajaría tanto...

—¡Dime que están casados! —Elijah se asustó, preparado para vengar el honor de su madre—. ¿Madre?

—Elijah —tartamudeó el nombre como si nunca lo hubiera pronunciado en voz alta—, debes irte. Vuelve con tu abuelo a Inglaterra, adonde perteneces —hizo una mueca, al tiempo que desviaba la mirada y se acercaba a Stiles—. Vamos, Georgie Pie —se volvió y pasó los dedos por la manga del alcalde en señal de invitación, mientras caminaba de regreso al piano y balanceaba las caderas a cada paso.

Stiles se inclinó y susurró:

—Búscate tu propia mariquita —rió—. O, si puedes esperar unos días, podría haber terminado con la vieja Ally y entonces, puedes tenerla.

Elijah se había quedado congelado cuando un dolor en el pecho casi lo hizo caer de rodillas. Una agonía tan grande que solo podía significar una cosa: el corazón ya quebrado por el fallecimiento de su abuelo, ahora estaba completamente destrozado.

El hombre saltó y corrió tras la madre de Eli y la pellizó en el trasero al pasar junto a ella, lo que provocó la risa de los otros hombres en la habitación, incluido Jenkins, que estaba detrás de Elijah.

Alice Watson había abandonado a su único hijo para mudarse a Estados Unidos, la tierra de las oportunidades y los sueños, para convertirse en una prostituta común... nada más que una cortesana.

Ella preferiría vivir la vida de una ramera a ser una madre para él.

—¿Su habitación, señor? —Jenkins se aventuró por una estrecha escalera más abajo en el pasillo.

—He cambiado de opinión. Esta noche no necesitaré una habitación. Elijah se arrodilló, empujó el retrato dentro del bolso y lo cerró con fuerza, luego colocó ambos sacos sobre su hombro una vez más.

—¿Una comida o una pinta?

La pregunta de Jenkins hizo eco a través del corredor cuando Eli volvió sobre sus pasos y huyó por la puerta principal y por la puerta colgante, sin molestarse en enderezarla sobre la bisagra rota.

Capítulo uno

Zona rural de Derbyshire, Inglaterra
Abril de 1819

La señorita Samantha Pengarden alzó la vista hacia las nubes de tormenta que se avecinaban mientras los vientos impetuosos le azotaban la falda contra las piernas y los mechones de pelo castaño rojizo se desprendían de su peinado. Al menos, había considerado apropiado ponerse sus robustas botas para caminar, ya que pensó podría verse atrapada en un repentino aguacero de primavera antes de llegar a Hollybrooke Manor. Apenas podía divisar la enorme casa de campo de lord Cummings a lo lejos, a lo largo de las verdes colinas, a varios kilómetros de Derby. La pequeña ciudad era lo más parecido a la civilización que Sam había visto en más de una quincena.

Cayó una sola gota de lluvia, que le golpeó la nariz y goteó desde la punta hacia la parte delantera de su vestido. Cuando salió de la mansión no más de dos horas antes, el día estaba claro, sin una nube en el horizonte. Después de los agitados días de viaje desde Londres y las muchas horas pasadas preparándose para la boda de su hermana, había dado la bienvenida a la cálida brisa en el rostro.

Sam se tomó la falda y aceleró el paso. No serviría de nada que su vestido se arruinara por la tormenta que se avecinaba: con cuatro mujeres viajando en un carro, había espacio limitado en el maletero con todo el vestuario necesario para la ceremonia y los otros enceres. Su hermana mayor, Marce Davenport, había exigido que empacaran pocas cosas para el viaje.

Le habría ido bien a Sam si hubiera sido excluida del todo; no es que estuviera en contra de que su hermana, Jude, se casara con Lord Cartwright; sin embargo, ella recién había comenzado a establecerse en su lugar en Londres. Disfrutaba de sus días dedicados a visitar amigos recién descubiertos, paseos en Hyde Park, tardes en la casa de la modista y noches en la ópera, el teatro o cualquier número de veladas. Muchas noches, se iba a la cama cuando la promesa de un nuevo día amanecía.

Era emocionante, por decir lo menos.

Los hombres apuestos clamaban poner su nombre en su tarjeta de baile. Las mujeres insistían en que las llamara “amigas”. Las matronas la miraban mal por su belleza y atractivo.

Desde que había dejado Londres, ninguna de esas cosas había sucedido.

Aquí, en Derbyshire, Judith Pengarden, su gemela idéntica en casi todos los sentidos, era la rutilante estrella. Comprometida para casarse con un conde dentro de dos días, toda la atención estaba dirigida a ella, lo que dejaba a Sam confundida y sola, olvidada y descuidada. No era justo.

Todos estarían de acuerdo en que era Sam la que llamaba la atención. Con su voz profunda y áspera y sus maneras elegantes, era la contracara sociable a los modos reservados de su gemela. Pudiera ser que se vieran exactamente iguales, pero era Sam quien recibía las miradas de envidia de las otras debutantes en los salones, no Jude.

Pero se guardó el hecho para sí misma, ya que no toleraría en silencio otro discurso de Marce sobre su vanidad. Cualquier discusión mientras su hermana mayor la regañaba terminaba siempre con la deshonrada hermana desterrada a su dormitorio y con las salidas suspendidas por días.

Era como si fuera todavía una niña, lo suficientemente mayor como para abandonar el aula, pero todavía no una mujer madura a pesar de haber cumplido diecinueve años.

Sam resopló cuando varias gotas de lluvia más le golpearon la cara, el cuello y la muñeca expuesta por sobre el guante. Hubiera sido mejor haber llevado una capa con capucha, pero nunca esperó pasar largas horas fuera de la mansión de Lord Cummings, especialmente en una caminata tan lejos de su tierra.

Consecuencias.

Otra palabra que Sam había aprendido a odiar de la boca de Marce.

El viento aulló al pasar por un grupo de árboles no lejos de la carretera, le arrancó la falda de la mano y Sam tropezó, pero se enderezó antes de caer al duro suelo. Las rodillas magulladas, el vestido desgarrado y el cabello empapado no era como trataba de regresar a la mansión llena de invitados que llegaban para ser testigos del día especial de Jude y Simon.

Tal vez se resfriara por haberse mojado y se iría a la cama hasta que fuera hora de regresar a Londres.

No era probable, no tenía tanta suerte.

El sonido de las ruedas de un carruaje, los cascos de caballos y el chasquido de riendas hicieron que Sam se girara. Alguien venía por el camino y ella no se veía mejor que las alimañas. Afortunadamente no una alimaña empapada; pero si la lluvia aumentaba, solo tomaría unos minutos para que su cabello y su capa se saturaran.

No obstante, la idea de volver a empaparse, de tener el cabello pegoteado al cuello, y las botas llenas de agua, hizo que Sam reprimiera una risa, aunque al escapar sonara como un bufido.

Apretó los labios con fuerza cuando un gran carruaje de viaje del que tiraban cuatro enormes caballos negros se dirigió hacia ella. El cochero se agachaba en su asiento tanto como era posible, expuesto a los elementos, mientras persuadía a las bestias a que avanzaran.

¿El hombre no la había visto?

Sam saltó fuera del camino lleno de pozos mientras el carruaje se acercaba sin señales de menguar la velocidad y mucho menos de detenerse para ofrecerle ayuda. La gente del norte de Londres carecía de modales: hubiera sido mejor rechazar la oferta de Lord Cummings de celebrar la boda de Jude y Cart en su impresionante jardín; sin embargo, Jude tenía poca dote que aportar, y Cart todavía estaba trabajando diligentemente para devolver las arcas de su familia a su antiguo esplendor.

Si Sam hubiera conocido la naturaleza bárbara de Derbyshire, habría argumentado en contra de viajar a este salvaje y ondulado paisaje, sin saberlo, lleno de cocheros fugitivos y conductores de carruajes con problemas de visión.

Se mantuvo a varios pies de la carretera, a salvo del camino del carruaje mientras pasaba a su lado. Las cortinas estaban corridas, lo que escondía a los ocupantes.

Probablemente hubiera más huéspedes que llegaran a Hollybrooke Manor. Con su suerte, estarían apeándose de sus carruajes mientras ella caminaba por el camino. La lluvia caía de su cabello al viento y sus botas chorreaban agua.

Espléndido.

—Sooo —el grito del hombre apenas podía oírse por la tormenta y el ruido del carruaje. Pero el cochero tiró con fuerza de las riendas, comenzó a frenar y llegó a detenerse a unos doscientos pies de donde estaba Sam.

Observó el carruaje mientras el cochero abandonaba su posición, bajaba los escalones y abría la puerta. En el interior, podía ver un extravagante asiento de terciopelo burdeos oscuro cuando una lámpara se balanceaba de un lado a otro y arrojaba un débil brillo sobre el hombre que salía del transporte.

La lámpara a su espalda arrojó una sombra en su dirección y oscureció su rostro lo que hizo que Sam no pudiera ver sus facciones. Podría no tener dientes o usar un parche en el ojo y para Sam no habría diferencia. Caminó hacia ella como inconsciente de la lluvia que solo había crecido en intensidad. Ella miró

hacia el cielo; sorprendida al notar que las nubes, que se habían asomado en la distancia, ahora estaban sólidamente sobre ellos, sus vientres grises rodando como el paisaje ante ella.

La altura del hombre creció a medida que se acercaba, sin duda medía más de seis pies.

Le corrió un escalofrío por la espalda en señal de advertencia cuando el hombre se detuvo frente a ella, hasta que se quitó el cabello oscuro de la frente y una sonrisa asomó a sus labios.

Perdió toda prudencia —y sentido común— en ese momento.

El hombre... era... guapo en extremo.

En toda la línea de la mandíbula se notaba una barba incipiente, como si no se hubiera afeitado esa mañana. Los ojos, de un profundo color café, combinaban con su caprichoso cabello, que en ese momento le caía sobre la frente. La sonrisa revelaba dientes perfectos y blancos... y formaba un solo hoyuelo en lo alto de la mejilla derecha.

Aliviada de no haber mirado fijamente la cara desdentada de un pirata con un parche en el ojo, la atención de Sam volvió a los ojos del hombre. Había algo en ellos, dolor, tal vez, que ocultaba su sonrisa.

—¿Mi señora? —preguntó.

—Oh... ¿Sí?—Había estado tan distraída por su apariencia, que se había perdido lo que él había dicho.

—Le pregunté si necesita que la lleve a alguna parte —repitió—. La tormenta parece estar ganando fuerza, y mi conciencia me impide dejar que una mujer permanezca desatendida aquí en medio de la nada.

—No debes ser de Derbyshire.

—¿Perdón? —Enarcó las cejas lo que creó que la lluvia le corriera por la nariz.

Ella había expresado el pensamiento tonto en voz alta.

Maravilloso.

No solo se estaba empapando cada vez más a medida que pasaban los segundos, sino que ahora también parecía ser una cabeza hueca.

—Voy a Hollybrooke Manor, pero no tengo prisa y puedo llevarte a casa sana y salva antes de seguir mi camino —dijo.

Tal vez su suerte estaba mejorando. Decidió aceptar la oferta.

—Sí, me gustaría mucho que me llevara a casa.

—¿Su dirección? —Miró por encima del hombro a su cochero, que esperaba pacientemente—. No conozco el área, pero si puede darle a mi conductor su ubicación, nos pondremos en camino. Venga, busquemos refugio de la tormenta.

Sam miró el carruaje, al hombre que tenía adelante y a su cochero. Si viajaba a Hollybrooke Manor, era amigo de lord Cartwright o conocido de Marce. No podía ser malo, sin duda, un hombre con una sonrisa tan celestial no podría hacerle ningún daño.

Se encogió de hombros e indicó al cochero el camino de regreso. El viento que soplaba a su espalda hizo que su cabello enmarañado se moviera hacia adelante mientras chapoteaba en el lodo, mientras el lodo cada vez más profundo intentaba adherirse con fuerza a sus botas.

La lluvia la golpeaba con furia, le bajaba por el cuello y por la parte de atrás del vestido. Vergonzoso, pero inevitable. No tenía sentido preocuparse por algo que era incapaz de solucionar.

Sam aceptó la mano del cochero y se apresuró a subir los escalones hacia el carruaje seco, cálido y lujosamente adornado.

Su salvador debió de haber sentido su vacilación o haber notado su retraso en escoger un lugar para sentarse. Sería el colmo de la incorrección estropear el encantador asiento de terciopelo con el trasero empapado. Cuando se dio cuenta de que él permanecía afuera, en la lluvia, mientras ella debatía su próximo movimiento, se sentó rápidamente en el asiento orientado hacia atrás y lo esperó.

Se subió al carruaje y luego se sentaron en silencio mientras el cochero cerraba la puerta y se dirigía a su puesto una vez más para esperar las instrucciones de la muchacha.

—Me temo que viajo en dirección opuesta a Hollybrooke Manor —dijo, al tiempo que pasaba las manos por la parte delantera de su vestido para tratar de deshacerse del agua que no la había mojado

hasta la ropa interior— y queda bastante lejos como para pedirle que viaje hasta allí.

El joven se aclaró la garganta y sonrió una vez más, como invitándola a continuar.

—No es problema. Puedo hacer que mi cochero gire el carruaje y vuelva a Derby. ¿Dónde está ubicada su casa exactamente?

—Londres — juntó las manos en el regazo; sabía que su pedido era absurdo, pero él se había ofrecido a transportarla a su casa y su casa estaba en Londres... y era allí donde ella deseaba estar. Si viajaban alrededor de ocho millas por hora, incluso al detenerse durante la noche para descansar los caballos, podría estar en casa la noche siguiente.

Al encontrarse con la mirada de asombro del muchacho, Sam sospechó que no llegaría a casa hasta que viajara con sus hermanas después de la boda.

—Muy bien —suspiró—. Me estoy quedando en Hollybrooke Manor también, pero preferiría estar en Londres.

—Si estuviera a mi alcance, y no fuera en contra de varias leyes y fuera altamente indecente, me apresuraría a regresar a Londres con una rapidez sin parangón, mi señora.

—Por desgracia, entiendo sus razones —ella estuvo de acuerdo y sus labios se curvaron en una sonrisa.

Se acercó a la ventana y apartó la cortina, inclinándose ligeramente hacia afuera para que el cochero lo pudiera oír por sobre la creciente tormenta. Esto le dio a Sam la oportunidad de verle la parte posterior de la cara, tan divina como su rostro, como pudo comprobar después.

—¡Vamos a Hollybrooke, Mathers! —gritó, antes de volver a su asiento.

Sam fijó la vista en los dedos del muchacho mientras desabrochaban con habilidad el botón superior de su abrigo mojado para revelar abajo solo una camisa de lino blanca ligeramente humedecida. Ella tragó la saliva que se había acumulado al ver el cuello mientras intentaba arreglar su pañuelo. Sin duda, este hombre era un producto de su imaginación: la tez oscura, el cabello de medianoche y los ojos marrones oscuros no era la apariencia estándar del inglés. Debería estar asustada por los rasgos intensos, la mandíbula dura y los anchos hombros; pero luego, el muchacho sonrió una vez más y el hoyuelo regresó.

El carruaje se balanceó cuando el cochero ordenó a los caballos que se pusieran en camino.

—Soy Elijah Watson —hizo una pausa, y la tristeza que había notado en sus ojos regresó—Marqués de Ridgefeld.

Un marqués? ¿Qué había esperado ella con el lujoso boato de su carruaje de viaje? Cojines de terciopelo sin ninguna mancha, excepto donde el exceso de lluvia se escurría de ella y caía sobre el material.

¿Está sorprendida? —preguntó y levantó una ceja cuando la sonrisa desapareció del rostro—. ¿No me veo como un gran marqués?

Lo recorrió con la mirada de pies a cabeza antes de responder y notó que se había sentado un poco más erguido mientras hacía su escrutinio. Golpeó su dedo índice contra la barbilla cuando habló, mientras entrecerraba los ojos.

—Si no es Lord Ridgefeld, entonces ha hecho un excelente trabajo al apropiarse del más lujoso carruaje que he tenido el placer de ver, en especial tan lejos de Londres, en las tierras salvajes de Derbyshire —Sam hizo una pequeña escena, y lo miró con grandes ojos asustados—. Dígame que la ley no nos detendrá antes de llegar a Hollybrooke Manor.

La tristeza desapareció de él una vez más al llenarse los ojos de alegría con su broma. Su risa era profunda y genuina y llenó el carruaje cerrado.

Capítulo dos

Elijah no se había reído desde que subió al barco para América el último mayo. Ahora, su risa hacía eco en el carruaje. Era el sonido de un hombre que se reía a menudo. Ante la idea, Eli sintió una oleada de culpa que lo invadía y reprimió su regocijo con una incómoda tos. Desde que regresó a Inglaterra y a su hacienda familiar cerca de Liverpool, había tenido pocas razones para sentirse feliz, solo sentía la permanente punzada de soledad ante la ausencia de su abuelo. En cierto modo, el haber disfrutado de estos últimos minutos lo golpeó como una traición a la memoria de Melville Watson. Su luto no había terminado... realmente, la obligación de guardar luto un año para que las mujeres lloraran a los difuntos, seguido por sus compatriotas, nunca sería suficiente para que Eli rindiera homenaje al difunto marqués.

Honrar a su abuelo había sido el objetivo de su viaje a Derbyshire: hablar con el curador y el representante de adquisiciones para exhibiciones especiales del Museo Británico de Londres. Tanto Lord Cummings como Lord Cartwright estarían en la residencia de Hollybrooke Manor durante los días siguientes hasta que Cartwright partiera para un largo viaje de luna de miel con su nueva esposa.

Y así, Eli había hecho el viaje de doce horas en carruaje cuando llegó la invitación. Sabía que Cartwright conocía al difunto marqués, pero desconocía que su abuelo lo hubiera consultado después de varias de sus expediciones. Cartwright había examinado, identificado y catalogado varias piezas para los registros nacionales del museo.

Eli no se quejaría o desalentaría la oportunidad de estar lejos de su finca, ya que había recuerdos de su abuelo en cada habitación, colgados en cada pared y adornando cada mesa que solo alimentaban su sensación de pérdida.

La diversión planteada por la mujer que estaba frente a él también era bienvenida, aunque le provocara una sensación de vergüenza, al pensar que cualquier distracción era necesaria. Eli debería permitirse sentir la agonía de perder a su abuelo, porque era su culpa que el gran hombre se hubiera ido antes de tiempo.

Había algo enteramente desconocido en la mujer que lo acompañaba. Tal vez era la inclinación de la sonrisa tímida que trataba de ocultar cuando reía, o la forma en que su cabello rojizo (la luz en el carruaje mostraba que era castaño oscuro) caía indómito sobre los hombros, salvajemente abandonado a los vientos. O, tal vez, por la forma en que la había visto, en una calle rural desierta en medio de una repentina tormenta sin siquiera el beneficio de una capa para protegerla del mal tiempo. Por otra parte, podría ser su habilidad para brindarle un poco de alegría después de tantos meses de luto por la pérdida del hombre que consideraba más cercano a él que un padre.

Mathers, su ayuda de cámara, que también oficiaba de cochero para el viaje a Hollybrooke, golpeó en la parte superior del carruaje para alertarlo de que casi habían llegado a su destino.

Y hacerle tomar conciencia del sorprendente hecho de que había pasado los últimos minutos evaluando a la mujer frente a él como si fuera un objeto, una pieza digna de ser admirada y atesorada.

—¿Puedo preguntar su nombre? —La pregunta colgaba pesadamente en el aire. Cuando permaneció callada, temió que rechazara el pedido, por lo que continuó—. Si voy a llegar a la boda de Lord Cartwright, calado hasta los huesos del brazo de una mujer empapada, al menos debería saber el nombre de mi compañera. Por no mencionar el daño que nuestra ropa mojada ha causado a mi carruaje.

Sam contuvo el aliento y miró con remordimiento el daño que le había hecho al asiento de terciopelo:

—Milord, me disculpo sinceramente por cualquier daño que le haya causado a su carruaje.

—El carruaje es simplemente un objeto y tiene poco valor real para mí —se llevó la mano al corazón—. Es la vida humana, y la preservación de ella, lo que me preocupa. Podría haber resultado herida, o aún

peor, atacada por salteadores de caminos al estar allí sola.

—¿O por una bestia salvaje? —siseó.

—¿Hay bestias salvajes? —Había estado en mucho más peligro de lo que había supuesto.

—Eso está aún por verse —la chispa en la mirada le decía que la muchacha había bromeado con él una vez más—. Cummings no había visto actividad ilícita en dos décadas. Lo sé porque el hombre está más que feliz de permanecer en la grandeza de su heredad. Si me preguntas, perecer al borde de la carretera durante la tormenta hubiera sido lo más entretenido en todo Derbyshire en *tres* décadas.

Quería informarle que la pérdida de vidas nunca era un acontecimiento entretenido, sino que sonrió, sospechando que ella había bromeado una vez más.

—Soy la señorita Samantha Pengarden. Mi familia y yo también asistimos a la boda de Cartwright.

—Ciertamente es bueno haberla conocido antes de mi llegada, ya que no conozco a ninguno de los presentes — admitió, mientras bajaba la mirada. Había vivido una vida de viajes y exploraciones, pero Londres y la sociedad londinense no eran cosas que su abuelo hubiera encontrado interesantes. Por lo tanto, habían evitado la ciudad y la “gente linda”, por regla general.

La última vez que su familia se mezcló con el *beau monde*, su padre se encontró una novia. No muchos años después, la madre de Eli estaba encinta y su padre muerto. Ni bien el bebé había nacido, la novia de su padre huyó de Inglaterra y dejó al viejo marqués con un bebé para criar.

Un largo mechón de cabello rojo se deslizó sobre su hombro y una gota de agua le cayó sobre la mano que estaba apretada en su regazo. Rápidamente se la pasó por la falda.

—¿Puedo preguntar cómo se obtiene una invitación a una boda cuando ninguna de las partes lo conoce?... de seguro, incluso, un marqués como usted debe preguntarse.

Había encontrado la invitación bastante desconcertante hasta que leyó la nota adjunta.

—Esta es la última vez que Lord Cartwright y Lord Cummings estarán en Inglaterra al mismo tiempo en los próximos dos años. Verá, tengo una donación bastante grande para hacer al museo y deseo discutirlo con los dos hombres antes de decidir si el museo Londres es el mejor lugar para las piezas.

—Es un museo excelente, seguro —dijo, asintiendo—. He estado allí docenas de veces.

—¿Está de acuerdo con que es superior al museo del Louvre en Francia?

Le interesaba su opinión —no es que alguna vez considerara enviar las preciadas posesiones de su abuelo fuera del país—. Una mujer que visitaba los museos no era tan común en esa parte de Inglaterra, donde la mayoría trabajaba todos los días en los astilleros o en las fábricas para ganar suficiente dinero para alimentar a sus familias. La mayoría de la gente prefería permanecer cerca de Londres, en lugar de desafiar el campo escasamente poblado de Liverpool.

Ella volteó la mano y se empujó el cabello sobre el hombro antes de dirigir una mirada seria en su dirección.

—Solo he visitado el museo de Londres.

—Pero lo tiene en alta estima.

Levantó la barbilla como si estuviera sorprendida de que otro cuestionara su juicio.

—Ciertamente, milord.

—No he querido ofenderla, señorita Samantha —el carruaje se detuvo bruscamente—. Parece que hemos llegado. No es Londres, pero pronto estaremos secos y alimentados.

—Creo, Lord Ridgefeld, que un vestido seco es preferible a viajar todo el camino hasta Londres empapada —tiró de la cortina del carruaje hacia atrás y miró por la ventana—. Parece que nadie ha notado mi ausencia y que han llegado más invitados. Debo parecer un susto. ¿Puede mi buena fortuna durar lo suficiente para que corra por el vestíbulo y suba las escaleras?

Eli intentó no mirar de nuevo. La dama era hermosa... incluso empapada. Solo podía imaginar su deslumbrante esplendor una vez que estuviera enfundada en un vestido limpio y planchado, con el cabello recogido o en largos rizos sobre su espalda.

Ella se giró hacia él, una trenza castaña cayendo hacia adelante para esconder su esbelto cuello.

—Oh, ¡qué fastidio! Lord Cartwright ya viene hacia aquí.

—Intentaré distraerlo mientras te deslizas al interior.

—¿Haría eso por una perfecta extraña? —lo miró al tiempo que se mordía el labio en señal de incertidumbre.

—Pero no somos extraños. Ya no —Eli se detuvo, en un intento de sofocar sus siguientes palabras—. Sin embargo, no me molesta estar de acuerdo en que eres perfecta. —¿Perfecta? Si él sabía algo con certeza, era que la perfección no existía, al menos no en cualquier lugar o persona que hubiera conocido en su vida. Aunque Eli sospechaba que había encontrado la perfección en el lugar menos probable: Derbyshire.

—La puerta del carruaje se abrió, y Mathers se acercó para ayudar a que la señorita Samantha se apeara.

Bajó la mirada, un ligero tono rosado le asomó a las mejillas mientras se levantaba y tomaba la mano del cochero para salir del carruaje.

—Gracias por rescatarme de la tormenta y de cualquier bestia salvaje que pueda vagar por la zona, milord —disparó las palabras por sobre el hombro y dio el primer paso para apearse del carruaje al tiempo que regresaba su sonrisa pícaro.

—Es un placer, señorita Samantha —respondió, aunque ella estaba en el suelo y hablando en voz baja con Lord Cartwright, antes de entrar corriendo a la casa cuando él salía.

¿En qué estaba pensando para llamarla “perfecta”?

Él no era el hombre que hiciera bromas ingeniosas a otro, especialmente a una mujer. Lord Cartwright había sido testigo de su llegada... juntos... el vestido empapado... ambos con una sonrisa en los labios.

No conocía a un alma más que a ella; aunque era probable que todos los asistentes supieran su nombre mucho antes de la hora de la cena.

—Lord Ridgefeld? ¿Elijah? —preguntó Lord Cartwright y extendió la mano en señal de saludo—. Es un placer conocerlo.

—Gracias por la invitación, milord —Eli tomó la mano que le ofrecía con una sonrisa, feliz de volver a la pista y abordar la razón por la que estaba allí—. Es muy agradable finalmente encontrarse cara a cara, también. Encontré mucha correspondencia entre usted y mi abuelo. Espero que le haya gustado que lo contactara.

—Por supuesto, por supuesto —Lord Cartwright hizo un gesto hacia la puerta de entrada, abierta—. Salgamos de la lluvia.

—Claro.

El hombre que estaba frente a él no era quien Eli esperaba encontrar cuando decidió viajar a Derbyshire. Lord Cartwright no podría ser más de tres años mayor que él. No era ni pesado ni anciano, pero parecía el caballero adecuado. La correspondencia entre Melville y Lord Cartwright databa de hacía más de siete años: el hombre debía de haber estado en la Universidad en ese momento.

Elijah siguió a lord Cartwright al vestíbulo al tiempo que un lacayo pasaba presuroso junto a él para ayudar a Mathers a descargar su baúl. Eli vio a la señorita Samantha doblar una esquina en la parte superior de las escaleras y desaparecer. Se sentía a gusto con ella. Era un peso con el que había vivido desde que dejó Estados Unidos. La sensación de estar solo, incluso cuando estaba rodeado de otros. Por esos breves momentos en el carruaje, no se había sentido así.

Lord Cartwright rió, obviamente notando la distracción de Eli.

—Gracias por traerla de regreso y a salvo. Temo que se hubiera quedado varada en la tormenta hasta mucho después del anochecer si no la hubiera encontrado.

—Su repentina aparición fue una sorpresa, ya que no había visto a nadie más desde que había pasado por Derby a primera hora del día.

—Sí, esta parte del condado es bastante remota y rústica; sin embargo, cuando Cummings ofreció sus impresionantes jardines con amplio espacio para los invitados a una boda, no pude rechazarlo —Cartwright

miró por el vestíbulo—. Su familia ha cuidado bastante bien de Hollybrooke Manor.

Eli no podría pensar lo contrario. Los pisos estaban pulidos hasta brillar y la barandilla de la escalera se podía usar como un espejo: reflejaba las muchas velas del techo, lo que hacía que la estancia brillara más que una habitación sin ventanas. Se oían voces profundas por el pasillo y el sonido de risa femenina que sonaba desde otra dirección. Habían pasado años desde que hubiera asistido a una reunión tan grande y, según los estándares de la sociedad, esto apenas contaba como algo más que una reunión íntima.

Mathers y un lacayo entraron, llevando el baúl de Eli mientras avanzaban hacia la escalera.

—Ah, sí, Lord Ridgefeld —Cartwright percibió su estado desaliñado—. Estoy seguro de que desea asearse y eliminar el polvo del viaje. El mayordomo le mostrará su habitación. Por favor hágame saber si necesita algo.

La lluvia había quitado la mayor parte de la suciedad de su ropa, pero aún tenía la camisa de lino pegada al cuerpo por la humedad y el pañuelo parecía por completo olvidado ahí donde colgaba flojamente del cuello.

—Gracias, milord. Espero con ansias conocer a su prometida y a Lord Cummings cuando esté debidamente vestido.

—La cena se servirá en una hora. Es bienvenido a cenar con nosotros o tomar la comida en su habitación.

—Y llámeme Elijah, o Eli —sonrió, al darse cuenta de que le gustaba Cartwright y vio por qué su abuelo había llevado tan bien—. Todavía me cuesta reconocerme como Ridgefeld, así siempre fue mi abuelo.

Cartwright puso su mano sobre el hombro de Elijah, un raro momento de intimidad por una pérdida compartida.

—Melly fue un gran hombre, una inspiración y un orgulloso abuelo. Puede que no sepa esto —bajó la voz como para contarle un secreto—: Me envió muchas cartas a lo largo de los años cuando viajaban usted y él desde África, Escocia e incluso la India.

Sabía que el marqués había pasado muchas noches escribiendo, pero Eli siempre había supuesto que escribía sobre sus exploraciones y descubrimientos en su diario. Tal vez no conocía a su abuelo tan bien como había supuesto.

—Mi abuelo era un hombre de aventuras, siempre en busca de un nuevo viaje —dijo Eli—. Había venido aquí para olvidar su pérdida, no para perder el tiempo dando vueltas en ella. Aunque le gustó conocer a otra persona que obviamente también echaba de menos al marqués—. Es justo que sus valiosos hallazgos sean apreciados por todos.

—Lord Cummings y yo estamos muy agradecidos de que haya considerado al Museo Británico para albergar su colección.

—Sé que no hay nada de gran valor, pero es por lo que trabajó toda su vida. Si, tan solo una persona o un niño se siente inspirado a buscar su propia aventura gracias a la pasión que sentía mi abuelo, entonces su vida habrá tenido significado durante muchos años por venir —Eli no estaba seguro de por qué había compartido tanto con Cartwright. Se aclaró la garganta antes de continuar—. De cualquier manera, no estoy considerando ningún otro museo. Mi abuelo confiaba en su consejo sobre las antigüedades y tengo la intención de hacer lo mismo.

—Agradecemos eso, Elijah —sonó una campana en lo profundo de la casa—. Parece que el tiempo ha pasado más rápido de lo que esperaba. Esa es la campana de la cena. Comprendo que quiera refrescarse. Haré que le sirvan la comida en su habitación.

—Gracias, milord.

—Basta de formalidades. Esta es una reunión tranquila en el campo, en verdad, no mucho más que la familia y algunos amigos cercanos. Llámame Cart.

¿Un amigo? Lord Cartwright lo consideraba a él, Elijah Watson, como un amigo y no pudo evitar sentir más simpatía por él.

—Gracias de nuevo por la invitación.

—Los caballeros nos reuniremos en el estudio para tomar una copa después de la comida —Cart se volvió hacia el sonido de los otros invitados que se movían hacia el comedor—. Reúnete con nosotros si no estás muy cansado. Si no te veo esta noche, que pases una noche agradable.

Elijah asintió y se dirigió hacia las escaleras y siguió al mayordomo hasta la habitación que le habían asignado. Durante el largo viaje en carruaje, Eli había esperado llegar a Hollybrooke, buscar sus habitaciones y esperar la reunión con Cartwright y Cummings, cerrar el negocio y salir poco después de la boda.

Para su sorpresa, se encontró subiendo apresuradamente las escaleras, encantado con la perspectiva de una tarde en compañía de Lord Cartwright, un amable *amigo* y sus invitados.

Capítulo tres

Sam se detuvo y empujó la puerta de la escalera de servicio, abrió un centímetro y escuchó. No se escuchaban pasos. No había movimiento cerca. Todos los invitados estaban ocupados jugando en el salón, mientras hacían la digestión y se tomaban un tiempo para socializar antes de que todos se retiraran por la noche.

Había sido fácil escaparse una vez que los hombres se hubieran reunido con las mujeres después de haber bebido y disfrutado de sus puros. Su estratagema de sentirse helada desde que quedara atrapada en la tormenta era creíble y parcialmente cierta. Incluso después de cambiarse a una bata limpia y fresca y ponerse un chal, todavía sentía que la recorría un escalofrío, y su voz sonaba más ronca de lo normal.

Al mirar por el pasillo en ambas direcciones, Sam verificó que no había nadie a la vista. Salió de la escalera y silenciosamente cerró la puerta detrás de ella. Ella y Jude habían pasado años husmeando en su casa, Craven House, sin ser detectadas por Marce, su hermana mayor. Hollybrooke era mucho más grande y, por lo tanto, ofrecía más oportunidades para escabullirse sin que nadie lo notara.

Sus pies, calzados con zapatillas, emitieron un suave sonido mientras se deslizaba rápidamente hacia el estudio de Lord Cummings. Dejó la puerta tal como la había encontrado, parcialmente abierta. Los hombres habían sido muy amables; habían dejado un fuerte fuego en el hogar que enviaba calor y luz a cada rincón de la habitación y creaba sombras mientras el viento aullaba afuera. Era el escenario perfecto para la diversión que había planeado para esta noche.

Su única preocupación era el persistente olor a cigarro que llenaba la habitación. Sin embargo, desaparecería pronto.

Sam lo habría pensado dos veces antes de dejar el grupo y esconderse en la oficina de Lord Cummings si Lord Ridgefeld hubiera asistido a la comida, pero a medida que transcurrían los sucesivos platos y las mujeres se retiraban a esperar a los hombres, Elijah no se había reunido con ellos.

Ahora, esperaba encontrar lo que buscaba antes de regresar a su dormitorio sin que nadie la viera. Su doncella le había asegurado que estaban aquí, apilados entre todos los demás libros. Un secreto escandaloso que los

sirvientes de Cummings tuvieron el placer de compartir con los sirvientes visitantes.

Si Cummings supiera que su secreto había llegado a sus invitados, despediría a todos sus sirvientes de inmediato, pero hasta ese momento no se había enterado de nada, lo que le dio a Sam suficiente tiempo para colarse y tomar una muestra de su colección.

Lord Cummings no era tan tonto como para esconder su escandalosa colección en los estantes más cercanos a la puerta, donde cualquiera pudiera pasar (sobre todo con varios hombres mayores y algunas matronas presentes). Las palpitaciones inesperadas del corazón eran un riesgo grave si el grupo antes mencionado encontrara tales artículos escandalosos. Examinó la habitación, amueblada con piezas, de madera de cerezo, oscuras todas: un escritorio macizo, sillas altas, mesas grandes y pequeñas y estantes alineados en cada pared excepto la que albergaba el conjunto de ventanas a su izquierda. Volvió a mirar sobre el escritorio de Cummings. Si Sam tuviera algo que ocultar, el mejor lugar sería detrás de ella para poder proteger su tesoro.

Los estantes detrás del escritorio estaban ubicados a cierta altura, lo que permitía que el espacio debajo de ellos abrigara una mesa, atestada de variados libros de contabilidad y papeles cuidadosamente ordenados y organizados. El hombre no era el tipo más interesante, siempre correcto y caballeroso en todo momento. Fue impactante pensar que realmente había adquirido una cosa tan indecente y la había protegido dentro de su hogar. La luz del hogar apenas era suficiente para leer los títulos de los lomos, el ángulo en el que estaban dispuestos proyectaba más sombra debido a la posición del escritorio.

A Sam le habían dicho que el set incluía diez volúmenes delgados, con cubiertas hechas de cuero suave, cada una de unas seis pulgadas de alto. Ninguno de los estantes frente a ella contenía tales libros. Pasaba el tiempo y los hombres podían decidir retirarse una vez más a la comodidad del estudio, una habitación en la que sus esposas y otras invitadas no se aventurarían sin una invitación de su anfitrión.

—¿Dónde se esconden, pequeñas molestias? —crepitó el fuego en respuesta, como pidiéndole que buscara más (y más rápido) o nunca las encontraría. Pensó por solo un breve momento que debería de haber contado con la ayuda de Jude, pero su gemela había sido más que clara con ella. Su hermana había dejado bien atrás sus actividades delictivas y no pondría en

peligro la confianza de Lord Cartwright embarcándose en otro de los planes de Sam.

Sin embargo, este no era un plan. No tenía intenciones de robar y vender los libros, ni siquiera quedárselos; simplemente, deseaba examinarlos detenidamente y devolverlos antes de que alguien se diera cuenta, más específicamente, antes de que Lord Cummings sospechase que algo pasaba. Como curador del Museo Británico, su casa estaba repleta de artefactos antiguos. Si alguien intentara robar una pieza, había varias salas que albergaban artículos mucho más valiosos que su estudio. No, lo que Sam buscaba no era una cosa de valor monetario, si no de valor educativo, sin duda.

Es decir, *su* educación.

Cummings... necesitaba ver la habitación como lo hacía él, ver su dominio personal a través de los ojos del hombre.

Sam hizo una pausa, cerró los párpados y recordó todo lo que sabía de los hombres, que no era mucho. Había pasado innumerables horas con Garrett, su hermano; sin embargo, había pasado tantos años rodeado de cuatro hermanas que ciertamente no proyectaba una descripción precisa de cómo actuaban y pensaban los hombres actuaban y pensaban cuando estaban rodeados del sexo débil.

Al abrir los ojos, Sam entró en la habitación como un hombre que llega a su casa después de un largo día de negocios (cualquier negocio que un hombre con fondos ilimitados necesite manejar) y evaluó la habitación.

Sí, una bebida sería bienvenida después de un largo día de dirigir los negocios del museo. Sam caminó lentamente hacia el aparador, a zancadas largas y exageradas, imitando el exceso de confianza que había presenciado una y otra vez de hombres que se veían a sí mismos como superiores a los que los rodeaban. Examinó los decantadores que exhibían: tres líquidos de distintos tonos de color café: uno contenía un licor transparente y el otro un color burdeos profundo. Se moría de ganas de elegir la última, ya que probablemente contenía vino de mesa, pero esa no sería la selección de Cummings, y no podía tomar muestras de los licores más oscuros. El término medio, la jarra clara.

Había una línea de vasos a su izquierda. Sirvió una pequeña cantidad en el más cercano. No había necesidad de desperdiciar. Sam intentaba meterse en la mente de Cummings, no ahogarse en sus bebidas. La noche apenas comenzaba y ella planeaba usarla sabiamente.

Sam olfateó el líquido claro, su nariz se llenó con los olores de la época navideña. Un olor distintivo de enebro y pino la alcanzó, similar a las ramas de acebo que colgaban en Craven House.

Con cautela, tomó un sorbo y lo tragó rápidamente. Si bien no parecía fuerte, sintió un fuego que le recorrió todo el cuerpo hasta la garganta y le calentó el estómago; el frío que había sentido antes había desaparecido. No era una sensación del todo horrible, pero no una a la que sometería con regularidad. Era satisfactorio saber qué buscaba Garrett cuando se servía un trago; incluso ahora, los nervios que sentía habían desaparecido y volvía a ocuparse de su tarea.

Cummings era un hombre soltero: su madre había partido hacía tiempo de esta tierra, no tenía esposa ni hijos, y no había parientes femeninas en la residencia. No tendría necesidad de ocultar la colección o colocarla en alto para que las manos pequeñas no tropezaran con su maldad. Sin embargo, tampoco era un hombre abierto: la arrogancia de su posición social no lo llevó a ignorar toda corrección. No, no los mostraría abiertamente. Además, eran de naturaleza muy privada.

No estarían cerca de la puerta o en el estante detrás de su escritorio.

Los estantes más cercanos al hogar estaban llenos de adornos que eran para efectos visuales y el banco de ventanas no dejaba espacio para la colección.

Eso solo dejaba algunas áreas.

Sam miró el enorme escritorio e inspeccionó el lugar primero hacia un lado y luego hacia el otro. Observó un estante lleno de retratos: su padre, su madre y varias imágenes antiguas en carbonilla. El estante estaba envuelto en sombras. Sam tomó cada foto enmarcada, las tomó con extremo cuidado y las puso a un lado lo que reveló una hilera de libros finamente encuadernados.

Contuvo el aliento cuando pasó el dedo por el lomo de uno de uno. El cuero era suave al tacto, aunque debería estar endurecido por la edad, frágil por años de exploradores que los devoraban de cabo a rabo, y examinaban cada imagen dibujada a mano. Tal vez, incluso, hacían una pausa para probar lo que el ilustrador sugirió mientras se movían de una página a otra. No, alguien se preocupó mucho por esta colección, seguro de que cada vez se tapara la cubierta para evitar que se deteriorara.

Examinar la encuadernación de cada libro era difícil en la tenue luz. Necesitaba sacar uno de su lugar y acercarlo al hogar para asegurarse de que era lo que ella se arriesgaba a encontrar. La forma en que su pulso se aceleró

indicaba que había pocas dudas sobre lo que había dentro de estos pequeños libros.

Sam se calmó y escuchó. Incluso las voces del salón habían disminuido. O todos se habían retirado o la fiesta había terminado por esa noche. Debía hacer su selección, regresar las imágenes a su lugar y apresurarse a regresar a su habitación.

Si le preguntara a Lady Theodora, la hermana pequeña de Cart, insistiría en que Sam se llevara el primer libro; cualquier amante de los libros entendía la importancia de comenzar por principio de una historia, no en el medio.

La decisión fue tomada (y ella estuvo de acuerdo). Toda educación debe comenzar desde el principio o uno puede perder algo importante. Y qué vergonzoso sería si Sam alguna vez tuviera la oportunidad de usar lo que estaba por aprender y se perdiera algo de gran importancia porque había comenzado por el medio. Sam tenía tres días para estudiar los diez libros. Ciertamente, era el tiempo suficiente para recorrer cada uno en el orden correcto.

Tomó el primer libro encuadernado en cuero de su lugar. Una fina capa de polvo cubría el borde superior expuesto, la única parte accesible a los elementos de la habitación. Nadie había tomado los libros en muchos años lo que significaba que la posibilidad de que alguien notara que faltaba era escasa, especialmente si solo tomaba uno a la vez y volvía a colocar los retratos cuidadosamente en sus lugares exactos.

La chimenea estaba a solo unos pasos de distancia y Sam corrió a su luz de bienvenida para abrir delicadamente el volumen.

En Physica Educationem in Caritate: Volumen Unum

Educación en el amor físico: Volumen uno

No se hacía mención a ningún autor. Pero, ¿por qué?

Sam había estudiado latín lo suficiente como para traducir el título, exactamente lo que había venido buscando.

Un escalofrío la recorrió. ¿Era anticipación? ¿Era miedo? ¿Era conmoción?

Sin duda había sido un estremecimiento de ansiedad, un presentimiento de lo que estaba por venir.

Dejar Londres por las tierras salvajes de Derbyshire no sería tan terriblemente aburrido como ella había sospechado. Apenas podía controlar la mano lo suficiente como para retroceder y colocar los retratos en su lugar. Se moría de ganas de pasar otra página y comenzar su educación en cuestiones de

la carne. Jude estaría bien versada en cuestión de días. Garrett era un hombre, y por lo tanto probablemente había experimentado la forma desnuda de la mujer en muchas más ocasiones de las que Sam estaba dispuesta a pensar. Y Marce, su hermana mayor, era culta en el arte; la forma en que movía las caderas, su sonrisa de complicidad y la forma en que giraba el cuello en el ángulo correcto para permitirse una mejor vista. Todas las cosas que Sam había presenciado durante sus salidas en Londres. Su hermana era consciente del placer que un hombre podía darle a una mujer, estaba segura de ello.

Eso solo dejó a Sam y Payton, quien, a los diecisiete años y soltera, *debería* de ser demasiado joven para saber o incluso sospechar lo que sucedía entre un hombre y una mujer dentro de sus cámaras matrimoniales. No podía apartar de su mente todo lo que había aprendido sobre su hermana menor, a saber, su tendencia a los juegos de azar y la creciente deuda que Marce había tenido que pagar en su nombre. ¿Podría la joven, realmente poco más que simplemente una niña, saber más que Sam?

Sam regresó a las sombras, reemplazó los retratos y refrenó la necesidad de abrir el libro en la primera imagen.

Todo como debería ser, se detuvo una vez más y escuchó en busca cualquier movimiento en el pasillo fuera del estudio. Nada. Silencio. Silencio profundo y rotundo.

Unos pocos momentos más no afectarían, especialmente si toda la familia se hubiese retirado por la noche; era más probable que se encontrara con otra invitada en el piso superior mientras navegaba por los interminables corredores hasta su habitación. Pero una vez allí, sería libre de examinar el libro detenidamente ya que, a diferencia de Craven House, a Sam le habían dado su propio dormitorio.

Se sentó en el borde de la silla más cercana a la chimenea que le daba suficiente luz para inspeccionar el volumen. Era casi ingrátido en sus manos: un objeto tan pequeño no podría contener una educación tan vasta.

Su mano temblaba mientras pasaba el dedo por el título, cosido a mano en el suave cuero.

Sam se humedeció los labios al tiempo que golpeaba el suelo con el pie en señal de anticipación.

No quería esperar hasta llegar a sus habitaciones para explorar los tesoros que había adentro, no podía. Cada pulgada de ella se estremeció cuando abrió el libro para ver el primer dibujo y se quedó con la boca abierta.

La imagen debería de ser aterradora para una mujer inocente sin ningún conocimiento íntimo de la forma masculina desnuda, La imagen deslumbrante que la miraba era... era... impactante, por decir lo menos.

El órgano sexual masculino ciertamente no era compatible con su propio pasaje.

De seguro, no podía haber sido dibujado a escala: el órgano se extendía desde la región inferior del hombre, de pie, orgulloso. Erguido. ¿Ese era el término?

Completamente hinchado. Era un dibujo; sin embargo, el miembro parecía latir en la página.

Sintió la frente y la parte posterior del cuello perlarse de sudor.

Sam miró hacia la puerta, temiendo que alguien hubiera entrado sin saberlo.

Nadie había invadido su privacidad, así que Sam volvió a la página que tenía adelante. El rostro del hombre estaba grabado con éxtasis reflejado en el rostro, la cabeza echada hacia atrás y los ojos cerrados. Incluso las manos tenían en puños apretados, y la boca estaba apretada en una fina línea. ¿El ilustrador había recurrido a la ayuda de un hombre desnudo real?

Al pensarlo, una chispa de calor húmedo se encendió entre sus piernas como si su cuerpo supiera exactamente cómo encajaría el miembro dentro de ella. Sam no desconocía los fundamentos de la reproducción animal: una vez habían tenido varios caballos en sus establos.

Puso el dedo sobre la imagen del hombre y trazó la exquisita forma de la cabeza a los pies. Era inconcebible que cada hombre desnudo fuera tan impresionante como el ilustrador había hecho este. Cerrando los ojos, Sam evocó su propia imagen, recordando el dibujo para su posterior reflexión; sin embargo, su imaginación no le permitía ignorar lo recién aprendido tan rápidamente.

Abrió los ojos cuando se dio cuenta de que el hombre había adquirido una apariencia muy familiar en su mente, hasta cierto hoyuelo.

La mirada de Sam saltó a la puerta abierta del estudio, para ver la cara exacta que su mente había conjurado sin su permiso.

Lord Ridgefeld, Elijah, estaba en silencio en la entrada.

Se aclaró la garganta y cruzó el umbral.

—Mis disculpas, señorita Samantha. No era mi intención asustarla, ni tampoco quería interrumpir su concentración.

—¡Milord! —Sam miró el tomo abierto en su regazo y lo cerró con un poco más de fuerza de lo que era apropiado o necesario, lo que hizo que la atención del marqués se dirigiera al libro que sostenía—. Lord Ridgefeld —tartamudeó—. No sabía que aún había alguien en la planta baja.

Su mirada se posó en el libro que intentó esconder dentro de sus faldas mientras su cara se inflamaba con el calor que sentía en los muslos.

Capítulo cuatro

Elijah había pasado inadvertido a los ojos de la muchacha por algunos minutos, lo que le permitió darse el lujo de contemplar su apariencia sin darle a ella la misma oportunidad. Su abuelo siempre había afirmado que una verdadera persona solo podía verse cuando no se daba cuenta de que estaba siendo observada. Eso era cierto con respecto a la señorita Samantha; había notado su sonrisa, pero aún no le había dado esa tímida elevación en la comisura de los labios. No, su boca había tenido esa sonrisa cautivadora cuando entró en la habitación, tenía los ojos firmemente cerrados. Era la razón por la que no había anunciado su presencia antes.

Aunque por un breve momento, habían compartido un secreto.

—Lord Cartwright me invitó a reunirme con él después de que me hubiera instalado —Eli desvió la mirada del libro que Sam había tenido en su regazo y que ahora tenía apretado contra el pecho, lo que empujaba sus pechos más arriba. Era muy impropio darse cuenta de los atributos de una mujer y absolutamente inadecuado pensar en ellos mientras la conversación se detenía —. Puedo ver que él no está aquí, así que le daré las buenas noches.

Eli asintió al tiempo que forzaba la mirada al rostro de la muchacha, pero no era más cautivante que la visión de su pecho contra la tela de su vestido. Debería alejarse ahora, huir de la habitación y volver a sus aposentos, o mejor aún, abandonar la casa por completo y dejar que la lluvia cayera sobre él para bajarle un poco la temperatura.

Su instinto le decía que se fuera, pero algo en lo más profundo de su ser lo instó a quedarse.

—Los caballeros se retiraron hace más de una hora, milord. —Las palabras entrecortadas de Sam hicieron que su voz sonara más ronca de lo normal, aunque no era consciente de lo que era *normal* en ella—. Creo que si se da prisa, puede que aun estén en la sala de billar.

Había explorado un poco la planta baja después de haber bajado las escaleras. No había nadie y había temido que hubiera tardado demasiado con su comida y ayudando a Mathers a desempacar.

—La dejaré disfrutar de su noche —Elijah hizo una breve reverencia a Sam antes de irse.

—¿Milord? —el joven se detuvo a mitad de camino—. No estaba en la cena. ¿Está todo en orden?

¿Ella había notado su ausencia? Eli hubiera querido cerrar los ojos y grabar ese momento en su memoria, apreciarlo más tarde. Habían pasado años desde que alguien se había preocupado así. Su abuelo había dado un paso atrás cuando Eli se fue a Eton; su nieto estaba en camino de convertirse en hombre y no necesitaba niñera.

Elijah no se había dado cuenta de lo mucho que echaba de menos que otra persona pensara en él, preguntara por su bienestar y notara cuando él no estaba cerca.

Eli se volvió lentamente hacia Samantha, notó que había deslizado el libro detrás de ella y que había colocado las manos sobre el regazo.

—Ha sido un largo viaje —Elijah no hizo ningún comentario sobre su vacilación al estar rodeado de tantos extraños, cada uno que intentaba conocerlo y saber de dónde venía, el único invitado que nadie conocía en la residencia. Pero eso no era completamente cierto. Había conocido a la señorita Samantha, aunque brevemente.

—He comido en mi habitación miró al suelo con contricción, inseguro de por qué sentía que su ausencia la había disgustado.

Se había cepillado los largos cabellos y los había atado con una cinta verde que combinaba con la faja de su vestido y resaltaba el cabello castaño rojizo. El resplandor de la chimenea detrás de ella iluminaba sus largas trenzas. Casi podía imaginarla en ropa de dormir, sentada ante el calor del fuego y leyendo una historia de aventuras. Tal vez, incluso una historia similar a las aventuras a las que su abuelo lo había llevado. ¿Se sentaría, embelesada, mientras él relataba las historias sobre sus hazañas?

—¿Qué estaba leyendo? —Se adentró en la habitación, sin saber por qué deseaba quedarse y aprender más de la señorita Samantha. No era apropiado estar solo en una habitación, después del anochecer, con una mujer con la que no se estaba casado; aun así, no pudo resistir la necesidad de estar cerca de ella—. ¿Puedo verlo?

Se levantó rápidamente, sosteniendo todavía el libro a sus espaldas.

—Yo... bueno... estaba a punto de irme a mi habitación.

—No la retendré, entonces —dijo, al tiempo que se movía hacia un estante y simulaba inspeccionar la hilera de libros. No tenía ninguna intención de elegir uno, pero solo el interés demostrado por la muchacha fue suficiente para que él escudriñara seriamente los títulos.

—Solo buscaba un libro para mantenerme ocupada mientras estaba aquí — miró por encima del hombro hacia un estante en la esquina—, pero encontré algo interesante.

Se deslizó junto a él, pero el joven habló antes de que ella pudiera irse.

—Ya que está vagamente familiarizada con el estudio de Cummings, ¿podría sugerirme un libro?

No se detendría a pensar en las razones que tenía la muchacha para estar buscando un libro en el estudio privado de Cummings y no en la biblioteca.

Se volvió lentamente, cuidando de mantener el libro oculto a la vista. El interés de Elijah se despertó y la curiosidad resultante fue difícil de ocultar.

—¿Qué tipo de historias encuentra de su agrado, milord? Su voz tembló—. Si bien no estoy muy familiarizada con la colección de Lord Cummings, muchos están organizados de manera similar.

—¿Asume que disfruto historias de fantasía y cuentos de ficción? Levantó la ceja en señal de pregunta y esperó a que ella entrara en la conversación y se quedara. Cuando encontraba el tiempo de leer por placer, casi siempre leía una historia de expediciones y aventuras.

Se mantuvo concentrado en el estante más cercano a él, evitando la mirada de ojos muy abiertos y el rincón que la había visto inspeccionar momentos antes.

—No obstante, *sí* disfruto de cuentos de aventuras, piratas o incluso algún espía ocasional. —Pasó la mano a lo largo de los libros en el estante y detectó varios autores de los que nunca había oído hablar. Incluso con la impresionante colección de libros de su abuelo, todavía había escritores que escapaban a su atención—. Dígame, señorita Samantha, si tuviera que elegir un libro, que veo que tiene, ¿de cuál se trataría?

Eli se volvió hacia ella entonces. El rostro de la muchacha se había vuelto escarlata y sus ojos no se encontraron exactamente con los del joven, sino que se fijaron su hombro.

Seguramente, la mujer estaba escondiendo algo, y tenía la intención de averiguar qué.

###

Sam apretó más el libro detrás de su espalda mientras se sonrojaba, sin duda. Afortunadamente, las llamas en la chimenea habían disminuido lo suficiente

como para ocultar el color en las mejillas. ¿Había visto el libro en su regazo antes de darse cuenta de su presencia?

Por el escrutinio indecoroso de ella, Sam debería mostrarle exactamente lo que estaba leyendo antes de que él interrumpiera sus pensamientos; no necesitaba conocer sus reflexiones en torno a su forma desnuda: la curva de su espalda, el ancho de sus hombros, los músculos fuertes y tensos ocultos por el pantalón y la firme redondez de su trasero. Incluso su hoyuelo, escondido, si no fuera por su sonrisa.

Pensamientos sobre los que una joven educada no debería meditar sola en el estudio de un extraño donde cualquiera podría tropezar con ella. Sam estaba contenta de que fuera Lord Ridgefeld quien hubiera interrumpido sus disquisiciones tan inapropiadas. Ella, y sus hermanas, nunca habían sido perfectas señoritas. Criadas entre las cuatro paredes de un supuesto reputado burdel, las mujeres de la Casa Craven habían estado bombardeadas por escándalos y ruina desde mucho antes del fallecimiento de su madre.

Parte de ella disfrutaba que Lord Ridgefeld no supiera nada de su familia y de su educación, especialmente su desafortunado nacimiento bastardo. Estos nuevos rumores aún no habían llegado a todos los salones de baile de Londres y Marce esperaba desesperadamente que cada una de sus hermanas consiguiera un marido antes de que los viejos chismes volvieran a perseguirlas —y hacer que los partidos más favorables fueran imposibles.

Él esperaba su respuesta.

Aunque ella no sabía cómo responder. ¿Debería ser honesta y mostrarle para qué había venido? Había pocas posibilidades de que volvieran a encontrarse después de partir de Derbyshire para sus respectivos hogares.

¿La tomaría por una mujer indecente? ¿Buscaría a Lord Cartwright o Lord Cummings para revelar su malvado secreto? ¿Llamaría la atención sobre sus intereses lascivos?

Todo lo que cualquier caballero tenía derecho a hacer pero ella no temía nada de esto.

—Creo que preferiría una historia de pasión —confió para probar cómo reaccionaba al pronunciar la palabra en voz alta por primera vez. Se le escapó como cualquier otra, sin embargo, sintió que la recorría un escalofrío de anticipación—...y aventura.

Ella se arriesgó a mirarlo. Todavía estaba inspeccionando el estante, pero su espalda se había puesto tensa y su mirada se había detenido en un solo libro.

—La pasión y la aventura están estrechamente entrelazadas en muchas historias, porque ¿no es la pasión una aventura en sí misma? —Su lenta inspección se reanudó y él se movió a la siguiente área. Afortunadamente, estaba en el lado opuesto de *In Physica Educationem en Caritat*, y esperaba que su selección de libros se cumpliera mucho antes de que doblara la sala y encontrara la privadísima colección de Cummings—. Y ninguna aventura está completa sin que la pasión se haga realidad, ya sea el deseo de un tesoro o el contacto de piel con piel.

Miró por encima del hombro y Sam desvió la mirada una vez más. No podía saber de las novelas privadas de Cummings, ni que las había localizado y que tenía el primer volumen detrás de la espalda. ¿Era lo suficientemente valiente como para mostrarlo?

—¿Crees que un libro puede capturar la pasión por los tesoros y el contacto de un cuerpo, milord? —Sam se dio vuelta y se detuvo para pararse ante el fuego; necesitaba el poco calor que le daba para mantener a raya el hecho que estaba temblando, aunque no por la corriente nocturna que sentía en el cuerpo. El calor cubrió totalmente su vestido, y le calentó el trasero, de manera similar a la que la intensa mirada de lord Ridgefeld le calentaba su parte de adelante—. Considero que la educación es un tesoro que ninguna persona debe perderse.

Ella había sentido la mirada de Eli sobre ella mientras cruzaba la habitación, probablemente evaluando su pregunta.

—Supongo que depende en gran medida del tema que se enseña en el libro.

—¿Es usted un hombre que valora las conversaciones sobre el clima y otras cosas intrascendentes cuando las mujeres están cerca? —Sam no estaba segura de por qué importaba tanto saber si encontraba valor más allá de su belleza. Ella sería la primera en admitir que no había buscado atención al utilizar sus rutilantes talentos más allá de su encanto.

El intelecto era la habilidad de Jude.

La astucia era la habilidad de Payton.

Y Marce... su capacidad de persuasión era legendaria.

A Sam se le había dado belleza, y más allá de su gracia, los hombres no buscaban saber si poseía ingenio que rivalizara con su exquisitez exterior.

Siempre le había parecido dudoso que un hombre se atara a una mujer sin saber si ella poseía el sentido común necesario para encontrar la salida de un establo sin ayuda.

Eli se dejó caer pesadamente en la silla que Sam había desocupado momentos antes.

—He encontrado significado e importancia en las discusiones que versen sobre todos los temas. Una vez me encontré varado durante un monzón en Sudamérica. ¿A mí (así como a los demás lugareños) nos hicieron desnudar y presionar nuestros cuerpos unos contra otros para evitar el congelamiento—. Sam abrió los ojos muy grandes ante esas palabras—. Vamos, señorita Samantha —insistió—. No puede pensar que todas las discusiones sobre el clima tienen poca... *pasión*.

Sam deseaba exigirle que le contara sobre las pasiones que había experimentado durante su estadía en América del Sur. ¿Se había enamorado? ¿Lo habían obligado a dejar a la mujer y regresar a Inglaterra? ¿Por qué le importaba, en realidad?

Había tanto que no sabía de él, mucho más que ella, de hecho.

¿Qué hacía un noble inglés en Sudamérica, donde se rumoreaba que la enfermedad y la hambruna corrían desenfrenadas entre las aldeas locales?

La idea de que otra mujer estuviera sentada en algún lugar del otro lado del mundo, soñando con el cuerpo desnudo de lord Ridgefeld era demasiado para ella. Sin darse cuenta, sus ojos viajaron ida y vuelta de la cabeza a la punta de las botas Hesse.

La sonrisa de satisfacción le dijo que él sabía exactamente lo que ella estaba imaginando y no pareció enojarse ni desanimarse. Él solo cruzó las manos sobre el regazo y permitió que ella se sintiera satisfecha. Mientras pensaba en el tiempo que Eli había pasado en Sudamérica y en si había tenido un amante, aparentemente Lord Ridgefeld no lo hacía. Parecía estar bien en el presente, evaluándola, como ella había hecho con él.

—He compartido con usted mi extravagante historia —dijo, al tiempo que levantaba la barbilla y, por primera vez en su breve relación, parecía el noble arrogante que era, los ojos como desafiándola—. ¿Está preparada para ofrecerme una muestra de su confianza?

¿Cómo fue que su conversación se centró en el tema de la confianza, especialmente entre dos personas que habían sido extrañas pocas horas antes?

Sin embargo, si fuera a obtener más información sobre sus aventuras, entonces debería ser un poco más abierta.

—Ciertamente, ¿qué tiene en mente?

Inesperadamente, se puso de pie y dio los pocos pasos para pararse frente a ella y solo se detuvo cuando sus narices estaban a escasos centímetros de distancia.

—Vería el libro que tan abiertamente esconde detrás de su espalda.

—No escondo ningún libro, milord —murmuró.

Él no pudo insistir. No lo haría. Ningún hombre exigiría que una mujer le mostrara lo que buscaba; una vez más, no estaba exigiendo nada de ella. Era simplemente una petición, una muestra de confianza, como lo había llamado tan hábilmente.

—Oh, pero ambos sabemos que eso no es cierto, señorita Samantha —el cálido aliento llegaba en cascada sobre la mejilla de la muchacha y hacía que sintiera otro estremecimiento. ¿Tenía el hombre alguna idea de cómo su cercanía la afectaba? Ciertamente, él no le causaría tal incomodidad si lo supiera... o tal vez esto estaba ocurriendo exactamente como lo había planeado —. ¿El libro?

Por fortuna, él dio un paso atrás, pero extendió la mano y esperó a que ella pusiera el tomo en su mano.

—Milord —suspiró—. No puedo.

—No puedes, ¿o no quieres? —preguntó, su voz se hizo más profunda.

Sí, sabía el efecto *preciso* que tenía sobre ella... y lo disfrutaba inmensamente.

—Nunca lo imaginé como un canalla, milord.

—Llámeme Elijah —respondió—. Cualquier mujer que se atreva a insinuar que soy un canalla debería llamarme por mi nombre de pila porque, lamento informarle, usted no me conoce en absoluto. Sin embargo, si insiste en usar el término, haré honor a su significado.

Le rodeó la cintura con los brazos, le rozó el cuello con los labios y temió por un momento que la besara. Justo allí en el estudio de Cummings, la puerta se abre de par en par para que cualquiera que pasara los viera. En cambio, hizo algo que temía mucho más: le arrebató el libro de la mano.

—Déjame ver lo que intentas esconder con tanto ahínco —Elijah tomó el libro y se apartó de ella, caminó hacia la puerta por la que había entrado. Cuando sus pasos vacilaron, ella supo que había abierto la tapa de la primera imagen, o más que probable, hablara latín con fluidez. Deseó poder evaluar su rostro cuando viera en su totalidad el atrevido libro con el que había estado a

punto de huir. Sus hombros se pusieron rígidos una vez más y ella temió que sintiera repulsión por su elección del incorrecto material de lectura.

—Milord...

Un profundo rumor llenó la habitación y tardó un momento en reconocer el sonido. El maldito hombre se estaba riendo, de ella.

Nadie se atrevía a reírse de ella, al igual que él había insinuado que nadie se atrevería a llamarlo canalla.

La cara le ardía de vergüenza, le roía las entrañas, como si acuchillaran por dentro.

Le había suplicado que confiara en él, y ahora, se reía de ella.

—Señorita Samantha —se volvió para mirarla—. Debo admitir que estás llena de sorpresas... sorpresas tan grandiosas que pueden hacer que un hombre de mi clase se sonroje como una debutante recién presentada en sociedad.

Los ojos le brillaban con alegría mientras ella volvía su mirada hacia él. Ciertamente, *no estaba sonrojado*, ni siquiera en lo más mínimo.

—No he participado de nada tan... escandaloso... escandaloso... y cautivador desde que estuve en África Occidental. ¿Sabías que hay una tribu de nativos que vive en una parte de Ghana que no usa ropa? Ni un solo taparrabos en todo el pueblo. Hombres, mujeres y niños, por igual, caminan tan desnudos como el día en que llegaron al mundo.

El infeliz la estaba molestando, y lo único que Sam podía hacer era imaginarlo bajo el ardiente sol del desierto sin ropa para proteger su piel de la dureza del calor. En su mente, ella estaba de pie a su lado, vestida de manera similar, o en este escenario, desvestida. Extendió la mano hacia adelante y entrelazó los dedos en el largo cabello de la muchacha, su única protección del abrasador sol en el cielo. Tenía la garganta seca como la arena, y las palabras se atascaban, incapaz de expresar ningún sonido; no obstante, él parecía entender su incomodidad, la tomó de la mano, y la hizo volver hacia un oasis paradisiaco a la distancia: ¿por qué no había escuchado antes el agua? ¿por qué no se dio cuenta de que había santuario contra el calor estaba a tan poca distancia?

Comenzaron su caminata hacia los árboles altos y de sombra: una cascada que asomaba entre el follaje.

La arena ardía bajo sus pies descalzos.

Una vez más, Elijah acudió a su rescate, la tomó en sus brazos y la cargó a la seguridad, sus cuerpos ardientes se presionaron cerca...

—¿Señorita Samantha? —Sentía el susurro cerca de su oreja, un profundo y rico murmullo de promesa.

Abrió los ojos de golpe. Elijah estaba de pie frente a ella una vez más. Más cerca esta vez. El libro largamente olvidado a favor del aquí y ahora. Estaban en este momento, juntos y solos. No era necesario ver las imágenes en papel porque no podían compararse con la realidad.

¿Le mostraría Elijah la realidad si ella se lo pedía? ¿Le suplicaba? ¿Le imploraba?

Apenas pudo evitar que la pregunta pasara por sus labios, aunque se le escapó un suspiro.

—¿Milord? —palabras simples, apenas audibles para sus propios oídos, eran todo lo que necesitaba para cerrar la distancia entre ellos.

Presionó sus labios contra los de ella, exigiendo, pero de ninguna manera controlando. Él buscó el permiso mientras permitía que la muchacha marcara el ritmo del beso.

Sam no quería dejar que este momento, este regalo, escapara sin explorar.

Ningún libro, ni imagen, ni conversación podrían haberla preparado para la gloriosa sensación de su boca moviéndose contra la de ella. La tibieza de los labios de Eli le envió una corriente de deseo a través de ella.

Para asombro de la muchacha y de Eli, a juzgar por la repentina sacudida de tensión en su espalda, Sam deslizó los brazos alrededor de la cintura de Elijah y se acercó a él, sus cuerpos ahora estaban conectados desde el pecho hasta el muslo.

Él separó los labios, su lengua trazó la curva en su labio inferior, más caliente que el sol en el safari africano. Era un calor más que bienvenido; una emoción sensual la atravesó y se acumuló entre sus muslos, en su lugar más íntimo.

Sam permitió que las manos del joven exploraran su espalda y descendieran para acomodarse en sus redondeadas nalgas.

Otra forma masculina que no podía ser transmitida adecuadamente por una mera imagen en una página.

Demasiado pronto, retrocedió y el vacío llenó el espacio entre ellos. Él se movió muy rápido, las manos cayeron a los lados mientras caminaba por la habitación hacia la puerta abierta justo cuando un sirviente entraba, con los brazos cargados de madera estacionada para avivar el fuego por la noche.

Sam no lo había escuchado acercarse, no había sentido nada más que su corazón que latía en forma errática, Elijah acompasaba su ritmo.

—Milord. Señorita. —El sirviente asintió con la cabeza al pasar junto a ellos, probablemente ansioso por completar su tarea para poder retirarse por la noche—. Disculpen la intromisión. Solo será un momento.

Elijah se aclaró la garganta y asintió con la cabeza a Samantha cuando el hombre se arrodilló frente al hogar, de espaldas a ellos.

Ella se atrevió a echar un rápido vistazo al sirviente, muy atento en su tarea antes de mirar hacia abajo para descubrir que los dos botones superiores se habían desprendido. ¿Cómo había sucedido eso?

La cinta que sostenía su cabello hacia atrás solo unos momentos antes yacía a sus pies, descartada. Ella puso sus manos contra sus ardientes mejillas.

Su corazón latía tan fuerte que apenas escuchó las palabras de Elijah por sobre el su pecho que subía y bajaba.

—Le doy las buenas noches, señorita Samantha. —Con una cortés reverencia, salió de la habitación y la dejó, decididamente sola, además del sirviente y muy insatisfecha.

Sam miró por la habitación.

En Physica Educationem in Caritate: Volumen Unum había desaparecido.
Desaparecido

Estupendo.

Capítulo Cinco

Eli subió las escaleras de dos en dos; seguía el sonido de voces (risas femeninas y risas masculinas) hacia donde suponía que se servía la comida. El delicioso aroma de carnes adobadas y pan fresco lo recibió cuando entró en una gran habitación. La enorme mesa estaba casi desbordando; hombres y mujeres comían mientras un niño corría de un lado a otro de la habitación. Otro niño, tal vez, menor a dos años, cantaba a pleno pulmón al tiempo que una mujer extendía la mano y lo sujetaba del brazo, al tiempo que trataba de persuadirlo para que tomara un bocado de unos huevos que danzaban precariamente en la punta del tenedor a una pulgada de su boca.

Era un completo caos, pero parecía que solo él lo había notado. Todos los demás disfrutaban de sus platos mientras hablaban con otros invitados; algunos gritaban hasta el otro extremo de la mesa.

Había pasado demasiados años solo en la compañía de su abuelo.

La idea de entrar en el campo de batalla que era el comedor era aterradora. La habitación parecía empequeñecida por la reunión, ciertamente no era lo suficientemente grande como para mantener a todos los reunidos. El latido de su corazón le retumbaba en los oídos. No era lo suficientemente fuerte como para ahogar el ruido, pero ensordecedor hasta el punto que hizo que las conversaciones fueran ininteligibles. Eli permaneció enraizado donde estaba, justo al otro lado del umbral; se debatía en regresar a la tranquila seguridad de sus habitaciones y pedir que le sirvieran su comida allí.

—¡Lord Ridgefeld! —llamó Cartwright, lo que desterró toda esperanza de escapar, al menos hasta que hubiera sido presentado y se hubiera alimentado en forma adecuada. El latido de su corazón se aceleró y la habitación explotó a su alrededor en ruido y risas—. Adelante. Adelante. Tengo que presentarte a muchas personas.

Su abuelo siempre había descripto a Simon Montgomery como un erudito silencioso, tímido e introvertido, que evitaba las situaciones desconocidas. Parecía que sus cercanas nupcias habían alterado ese aspecto, para mejor.

Eli entró en la habitación y todas las miradas se volvieron hacia él. Los utensilios quedaron suspendidos en el aire a medio camino, las conversaciones se interrumpieron e, incluso, el niño dejó de luchar contra su madre, que aún lo aferraba.

La sensación de que todos conocían a todos y de que él era el único extraño lo alcanzó. Eli se tomó un momento para enderezar su capa ya perfecta y aclararse la garganta seca.

Con una débil sonrisa pegada al rostro, Eli continuó hacia Cartwright que estaba sentado a la cabecera de la mesa. Al menos otros veinte caballeros y damas abarrotaban la habitación mientras los sirvientes iban y venían, sirviendo comida y volviendo a llenar vasos vacíos.

Se le indicó un asiento junto al novio. Al dar la vuelta a la mesa, notó un familiar halo de cabello castaño ubicado frente al asiento que le habían asignado. La sonrisa, un momento antes débil, ahora era plena.

La larga noche había transcurrido envuelta en sueños sobre ella: sus dedos recorrían su largo cabello, su boca exploraba la de ella, sus manos desabotonaban lentamente su blusa una vez más mientras inspiraba profundamente su aroma a lavanda. Se había despertado varias veces con el cuerpo empapado en sudor por los anhelos apasionados por una mujer que apenas conocía. Sin embargo, en su estado de ensoñación, ella había susurrado promesas de soledad olvidada y un anhelo de estar a su lado para siempre.

—Lord Ridgefeld —Cartwright puso la mano sobre el hombro de Eli y se volvió para mirar a la mujer que había invadido la mente y le había robado el sueño a Elijah la noche anterior—. Le presento a mi prometida, la señorita Judith Pengarden.

—¿Perdón? —Tartamudeó Eli, con el estómago apretado—. ¿Señorita Judith Pengarden?

—Sí. —Cartwright le apretó el hombro, pero Eli no pudo dejar de mirar a la zorra pelirroja—. Esta es mi futura esposa.

Ella se puso de pie con una sonrisa de bienvenida, no la tímida y torcida del estudio.

Cualquier otro comentario le quedó atravesado en la garganta. ¿Cartwright está comprometido? ¿Señorita Judith?

No podía ser. No, esta mujer, su nombre era Samantha, no Judith.

—Milord —asintió a modo de saludo antes de volver a sentarse—. Es un placer conocerlo. Simon me ha contado mucho sobre su abuelo. Es un honor contarle entre nuestros invitados para nuestro día tan especial.

No vio reconocimiento en sus ojos; ella no traicionó su encuentro en lo más mínimo y asintió con la cabeza para que tomara su asiento. Eso era imposible. Cartwright sabía que se habían encontrado, los había saludado fuera del día anterior... atestiguó que se alejaba intencionalmente del carruaje

de Eli. El latido de su corazón se aceleró una vez más y notó un brillo de sudor en la frente. A diferencia de la noche anterior, esto no se debía a los sueños eróticos de una doncella con un ardiente ingenio que hacía juego con sus largas trenzas.

—También estoy contento de estar aquí... —Sus palabras se perdieron, sin poder agregar "Señorita Judith". No era Judith, o tal vez lo era y era a él a quien le habían mentido.

—Elijah —Cartwright recuperó su asiento e hizo las presentaciones por la fila de invitados—. Lord y Lady Haversham, con su hijo, Neill. El Sr. Jakeston y su esposa, Ruby.

Continuó por la mesa hasta que Elijah finalmente reconoció un nombre.

—Los hermanos de Jude: Garrett, Marce y Payton.

La vista del trío fue inesperada. ¿Hermanos? Ni uno solo se parecía. Garrett y Marce tenían el pelo como el oro hilado y la melena de Payton era tan oscura, que lindaba con el ébano, mientras que la prometida de Cartwright tenía el cabello rojizo más profundo. Casi podía sentir el largo entre los dedos, suave y saltarín con rizos que amenazaban con tomar el control.

Cada uno de ellos le ofreció un saludo educado; sin embargo, Eli apenas pudo emitir una respuesta mientras su cabeza daba vueltas.

Había sido invitado (un invitado de honor) a la boda de lord Cartwright en Derbyshire... y le había devuelto la amabilidad al hombre besando a su prometida, desabotonando el vestido de la mujer, oliendo el aroma a lavanda de su cabello. Tal vez el acto más libertino de Eli había sido ese y la broma ingeniosa y coqueta de la mujer, su conversación fácil, una conexión mucho más profunda que la lujuria.

Eli era un canalla. Un libertino. Un caballero deshonesto. Un hombre depravado de la peor clase. Había soñado la mayor parte de la noche cómo desfloraba a la novia de otro hombre. Se le estrujó el pecho mientras se pasaba los dedos por entre los cabellos.

A su alrededor, la actividad comenzó una vez más. Colocaron ante él una bandeja humeante cargada con huevos, jamón, pan y bayas. El sabroso aroma le daba náuseas, ¿o era su miserable engaño lo que lo corroía por dentro?

Había pocas posibilidades de que pudiera retener la comida en el estómago.

Eli debería excusarse, regresar a su dormitorio y hacer las maletas. Instruir a Mathers para que prepare el carruaje para la partida. Era el curso de acción

apropiado y realmente necesitaba apegarse a su naturaleza honorable, a pesar de su vergonzoso encuentro de la noche anterior.

Había arruinado todo. Era un marqués, un caballero muy noble y el hombre del que su abuelo se había sentido orgulloso de llamar familia. ¿Cómo había tomado un sendero equivocado en este angustioso camino?

Maldición, ¿por qué las imágenes de la sirena seguían nadando en sus pensamientos... incluso ahora, cuando sabía que pertenecía a otro?

—¿Viaja desde lejos, milord?

Apartó los ojos del plato para encontrarse con los de ella por sobre la mesa y la escudriñó antes de responder a su pregunta. Ella, la señorita Samantha, sabía exactamente cuánto había recorrido para llegar a Derbyshire. ¿Por qué ahora fingía ignorancia? Había respondido a su pregunta el día anterior. Aun así, la pregunta requería respuesta, porque estaba acorralado. Sintió la atención de varios invitados centrados en él.

—Más de diez horas.

—Esa es una gran distancia—. Ella se llevó un bocado a la boca, lo colocó con delicadeza en la lengua y sonrió como si fuera el mejor trozo de pan con mermelada que alguna vez hubiera comido—. Es más que bienvenido de quedarse en Hollybrooke el tiempo que quiera.

—No necesito volverme un invitado permanente, muchas gracias, Jude.

Parecía que su anfitrión había llegado. Eli retiró con dificultad su intensa mirada de la mujer el tiempo suficiente para ver a un hombre alto y delgado entrar en la habitación.

—Usted debe de ser Lord Ridgefeld. Es un placer conocerlo.

Estoy seguro de que te vendría bien una compañía en esta enorme casa — replicó Cart, al tiempo que ocultaba su sonrisa con otro bocado de pan tostado —. Mi prometida solo intentaba asegurar tu futuro, Cummings.

Elijah ya había visto a Lord Cummings una vez. Hacía mucho tiempo, cuando él y su abuelo habían visitado Londres con el propósito de visitar el museo; sin embargo, Cummings no había dejado en él una impresión duradera.

—Tengo mucho que hacer en mi propiedad, mis señores —replicó Eli—. No tengo planes de prolongar mi bienvenida.

Cummings tomó asiento y habló en voz baja con el Sr. Jakeston, dándole a Eli la oportunidad de inspeccionar a la mujer frente a él mientras compartía con Cartwright una broma privada. Su risa no era la risa profunda y gutural con la que se había familiarizado; no, esta tenía el tono de una ligera brisa.

Su voz también sonaba como la melodía de una canción alegre.

Era algo que podía disimularse con facilidad, pero la mujer que tenía delante carecía de la presencia que había disfrutado el tiempo que había estado con la señorita Samantha. La señorita Judith Pengarden era la imagen especular de la mujer que había tenido en sus brazos en el estudio. Con la que había tropezado, que leía un texto viejo y escandaloso. La misma señorita a la que había envuelto sus brazos, colocado los labios sobre los de ella y había bebido su aroma a lavanda mientras sus bocas bailaban.

Pero la mujer sentada frente a él no poseía ninguna sonrisa tímida. Ella lo miraba con franqueza, no desde la mirada de ojos entrecerrados bajo las pestañas. No podía imaginarse a esta mujer metiéndose en el estudio privado de un hombre en busca de una novela atrevida que ninguna mujer inocente debería siquiera sospechar que existiera.

—¿Se siente mal, Lord Ridgefeld? —preguntó ella.

La había estado mirando, de forma descortés, estudiando cada detalle: la longitud de su cabello, la elevación de su barbilla, el tono exacto de sus ojos verdes.

—¿Elijah? —inquirió Cartwright, su tono severo le indicó que otros también habían notado el interés de Eli.

Sacudió la cabeza.

—Mis disculpas, mi señor. Señorita Judith. Creo que me siento agotado por el viaje. Pienso que sería prudente retirarme a mis aposentos y descansar durante la mañana.

La preocupación hizo que la señorita Judith frunciera el ceño y Cartwright asintió con la cabeza.

—Seguro. Los viajes largos en carruaje son muy exigentes para el cuerpo. Por favor envíame un mensaje si necesita algo.

—Si me disculpan... —Eli retiró su silla hacia atrás y se puso en pie, evitando el contacto visual con la mujer frente a él. Algo estaba terriblemente mal. ¿Podría la mujer traicionar tan fácilmente a lord Cartwright y luego sentarse frente a Eli con su prometido a su lado, como si nada hubiera ocurrido la noche anterior?— Espero verlos a todos más tarde.

Eli se tambaleó hacia la puerta, murmurando disculpas mientras pasaba invitado tras invitado hasta que finalmente escapó de la habitación. Lanzó una mirada por encima del hombro para ver si le seguían las miradas, pero nadie le hizo caso. Cart y su prometida ya estaban sumidos en una profunda conversación entre ellos. Escuchó la charla de mientras volvía a la escalera.

Estaba todo dado vuelta. La prometida de lord Cartwright lo había engañado solo dos noches antes de casarse, y con un extraño, nada menos. Aunque si le hubieran preguntado a Eli una hora antes, habría desafiado a cualquiera que lo llamara a él y a la señorita Samantha extraños, mejor dicho, la señorita Judith. ¿Por qué el nombre falso? ¿Pensaba la mujer que no la descubrirían, que su doble juego no se conocería? Tal vez traicionar su intención era más aceptable si se hacía con un extraño al que no era probable que volviera a ver; por lo tanto, cualquier culpabilidad o recuerdo quedaría fuera de la vista.

Eso solo pondría a Elijah en la mira del conde: había deseado a la prometida de lord Cartwright. No importaba que ella le hubiera mentado. El caballero era él; se suponía que debía estar más allá de todo reproche. Era él quien había ingresado al estudio sabiendo muy bien que estaban solos y que su posición los llevaría a ambos por un camino desagradable.

Elijah Watson, el octavo marqués de Ridgefeld, había comprometido a la prometida de otro hombre. Él solo tuvo la culpa de su situación. Se le heló la sangre al pensarlo: se convertiría en el hombre que su madre adoraría y que su abuelo despreciaría.

Solo ahora, lo dejó preguntándose si era el hijo de su madre o el hombre que su abuelo había criado para llevar el apellido de su familia.

Elijah tenía que tomar muchas decisiones: antes que nada, qué debería hacer para corregir los errores que había cometido.

Capítulo Seis

Sam cerró la puerta de su dormitorio. Las bisagras no gruñeron en señal de protesta, estaban bien engrasadas, como todas las puertas de la gran casa de lord Cummings. No había un objeto fuera de lugar. Cada piso, cada barandilla y cada mesa estaban pulidos hasta brillar. Marce se ocupaba con precisión de Craven House, era lo único que podía llamar suyo, pero todavía había quehaceres que nunca se llegaban a terminar. No era el caso de Hollybrooke Manor. Los criados estaban disponibles si un invitado necesita ayuda, aunque ese no había sido el caso la noche anterior.

La tarde y las primeras horas de la mañana las había pasado imaginando todas las formas en que podría haber pasado su tiempo en el estudio si el sirviente no hubiera arruinado todo y enviado a Elijah hacia la seguridad de sus aposentos. El hombre ni siquiera le había hecho la cortesía de dejar el libro por el que había arriesgado tanto.

Era irritante.

Sin embargo, tenía que dejar de pensar en eso, especialmente si quería lograr todo lo que debía hacer ese día y no arremeter contra sus hermanos durante los preparativos para el siguiente.

Los pasillos estaban desiertos cuando había intentado seguir a Elijah y exigirle que le devolviera el libro, pero él había desaparecido. Si hubiera sabido dónde estaba su habitación, Sam podría haber sido tan atrevida como para llamar a su puerta; sin embargo, con tantos huéspedes en la residencia y la gran cantidad de habitaciones en Hollybrooke, incluso ella no era lo suficientemente descarada como para atravesar los pasillos en busca de la ubicación de Lord Ridgefeld.

Jude la había llamado a desayunar a una hora muy impía, probablemente necesitara su ayuda para entretener a todos sus invitados a la boda. En cambio, Sam se había tomado su tiempo poniéndose el vestido, cepillando su cabello hasta que brillara antes de fijarlo precisamente en su lugar, al revés para dejar al descubierto su largo y esbelto cuello, aunque prefería que cayera holgadamente sobre sus hombros. Se había tomado más tiempo para elegir los zapatos perfectos, aunque no se había traído más que tres pares, pero pensó si los blancos o los crema se adaptarían mejor a su vestido rosa. Luego se sentó a su tocador para seleccionar los accesorios perfectos para acompañar a su

atuendo y finalmente se decidió por unos simples pendientes de ópalo con un broche a juego.

El plan era llegar al final del desayuno, esperar que Elijah estuviera en la habitación, y simplemente sentarse junto a él y luego exigirle que le devolviera lo que le pertenecía, no a ella exactamente, pero se imaginó que eso era demasiado tirado de los pelos.

Sam levantó la barbilla y corrió hacia la escalera principal. No le serviría de nada perder la comida por completo y, por lo tanto, tendría que perseguir a Elijah más tarde o arriesgarse a volver al estudio a buscar el volumen dos de *In Physica Educationem in Caritate*. Podría decirse que era la tarea más simple, pero después de una noche completa envuelta en un mundo de ensueño con Elijah, estaba ansiosa por verlo en carne y hueso, determinar si había pasado las horas oscuras en su propia tierra imaginaria de sueños.

Incluso la idea de su nombre envió punzadas de deseo a través de ella.

De seguro no desperdiciaría el tiempo que pasara en Derbyshire. El estudio de Cummings (y Lord Ridgfeld) ofrecía la distracción perfecta para mantener a raya su aburrimiento.

—Buenos días, señorita...

Sam se concentró en el hombre que se dirigía hacia ella, sus botas de punta sonaban distintivamente ya que uno de sus pies no levantaba tan alto como el otro, haciendo una especie de sonido de raspado mientras se movía.

No muchos podían decir si se paraban frente a Jude o a Sam.

Innumerables personas, incluso sus propios hermanos, miraban dudosos cuando entraban y se encontraban a una de ellas, y esperaban a que hablaran antes de identificarlos por la voz más suave, más femenina de Jude, o la profunda y ronca de Sam.

—Señor Chastain —dijo Sam, tranquilizando al hombre—. Es bueno verlo a usted y a Ellington llegar a tiempo para la ceremonia de mañana. Jude está feliz de que ambos puedan estar aquí.

—Llegamos tarde la noche pasada, cuando todos estaban ya acostados —le ofreció una cálida sonrisa—. Sé que Ellie está deseando pasar tiempo contigo y con tus hermanas. Los extraña mucho a todos.

Desde que Lady Ellington se casó y se convirtió en Lady Chastain, había estado ocupada renovando su nuevo hogar, una casa que había permanecido

desocupada durante casi dos décadas. Sam solo podía imaginar la carga de trabajo que enfrentaban Ellie y su esposo, Alex.

—Tengo muchas ganas de verla también —respondió Sam—. Voy camino a desayunar, ¿la encontraré allí?

—La dejé junto a tu hermana solo hace unos momentos, necesitaba regresar a nuestra habitación —dirigió a la joven una rápida reverencia—. Disfruta la comida. Regresaré en breve. ¿Hasta entonces, por favor, vigíla.

Sam no pudo evitar reír.

—Lo haré, milord.

Ellington tenía más o menos la misma edad que Sam y Jude, pero desde su casamiento, Ellie se había convertido en una verdadera dama: sus modales eran impecables, su equilibrio y gracia eran ya casi legendarios en Londres y sus días como carterista habían quedado, claramente, atrás. Al igual que su propia hermana, Jude, Ellie no estaba dispuesta a poner en peligro la buena posición de su marido al continuar cualquier dudosa actividad.

En los últimos meses, Marce le había confiado a Ellie que vigilara a Sam y Jude durante las reuniones de sociedad. Habría sido cómico y completamente absurdo menos de un año antes.

Lord Chastain recorrió el pasillo y entró en las cámaras a dos puertas de su habitación, su ligera cojera apenas se notaba.

El sonido de otro par de Hessians que subían las escaleras hizo que Sam anhelara volver a su dormitorio para esperar hasta que nadie estuviera cerca. Si seguía encontrándose con personas, nunca llegaría al salón a desayunar antes de que Elijah se fuera. Se consoló al saber que al menos uno de los dormitorios había sido tachado de su lista cuando Lord Chastain entró en su habitación.

Sam dobló la esquina, preparado para saludar a quien viniera en su dirección y luego apartar los ojos y continuar sin más conversación.

Sin embargo, la familiar mandíbula y el cabello castaño chocolate del hombre que subía por la parte superior de la escalera hicieron que Sam se frenara en seco y se le cortara el aliento. ¿Por qué Ridgefeld era tan atractivo? Desde luego, no era más atractivo o encantador que las docenas de otros hombres que había conocido en Londres. En todo caso, era demasiado estirado para ella, un poco demasiado apropiado y... todo pensamiento se desvaneció

cuando notó su intensa mirada que caía sobre ella, el reconocimiento y luego una expresión de absoluta perplejidad.

—Lord Ridgefeld —le dedicó su sonrisa más amable. Cualquier cosa para seducirlo y hacer que le devolviera el libro y, tal vez, convencerlo de que continuara su educación en las artes de la carne—. Iba camino al salón a desayunar—. ¿Ha comido?

Su pregunta se encontró con una pertinaz inspección, los ojos la escudriñaron de la cabeza a los pies y la espalda otra vez, finalmente se posó en el broche en su garganta. No había señales del hoyuelo que se había acostumbrado a ver.

La inquietud se apoderó de ella y se tomó el cuello del vestido que, de repente, sentía demasiado apretado.

—Estoy seguro de que hace solo unos momentos disfrutabas del desayuno —su mirada se centró en la de ella como si estuviera inspeccionando la respuesta a sus palabras—. Si no me equivoco, te inclinas por los huevos, el jamón y el pan fresco con mermelada.

Abrió muy grandes los ojos. Era la comida favoritas de todas las mujeres de Craven House, pero cómo lo sabía él, era sorprendente.

—Ciertamente estás en lo cierto y Hollybrooke Manor tiene uno de los mejores cocineros de toda Inglaterra, o al menos de eso se jactó Lord Cummings en mi primer día aquí —sus palabras no hicieron nada para suavizar su mirada—. ¿Vendrá conmigo, milord?

—Sabes muy bien que hace solo unos momentos nos sentamos uno frente al otro y hablamos de mis viajes y de mi familia —su voz se alzó con fastidio—. Sin embargo, no me imagino cómo has hecho para cambiarte el vestido tan rápido.

—¿Te has cambiado...? —Sam dio un paso atrás, despreciándose a sí misma por sentir la necesidad de cubrirse ante sus palabras de ira. ¿Se había vuelto loco? Estaba diciendo tonterías, pero el veneno detrás de sus palabras era inconfundible—. Acabo de salir de mi habitación.

—Pude haber sido lo suficientemente tonto una vez para creer lo mejor de una mujer, pero ese tiempo ha pasado —Una vena latía en su frente y las fosas nasales echaban humo—. Dígame, señorita Judith Pengarden, ¿siempre planeó traicionar a su prometido o nuestro encuentro casual fue realmente casual?

Sam traba de recuperar el aliento mientras trataba de ocultar lo divertido de la situación. De todos los momentos que había para que alguien confundiera a las hermanas... este ciertamente no era lo más conveniente.

—¿El tiempo que pasamos la última noche fue solo una cita o planeas continuar fingiendo afecto por Cartwright? —inclinó los hombros hacia adelante y la ira lo abandonó—. Maldita sea, Lord Cartwright es un buen hombre. Será un esposo respetable y un padre maravilloso.

Se le cayó el corazón a los pies.

—Elijah... yo... —su respuesta ininterrumpida no hizo nada para frenar su furia.

—Guarda tus explicaciones —cortó el aire con la mano y así sus palabras—. No me interesan las racionalizaciones ni ninguna justificación que hayas elaborado para justificar el engaño.

—Permíteme explicarte. Esto... es solo un malentendido, te lo aseguro.

—¿Crees que tus promesas significan algo? —Resopló—. Tengo asuntos que atender. Debería irme.

Hizo un movimiento como para empujarla a un lado y abrirse camino. Sin pensar, Sam lo tomó del brazo para detenerlo. Suponía que pronto descubriría su error, pero ni una parte de ella quería que estuvieran en desacuerdo hasta que pudiera atrapar a Jude y Elijah en la misma habitación juntos. ¿Por qué no había mencionado que Simon se casaría con su hermana, su hermana gemela idéntica?

—Por favor, espera y deja que hable.

—La única persona con la que debería estar hablando es Lord Cartwright —su amenaza le dolió, haciendo que su acusación fuera profunda—. Tengo mucho que explicarle y disculparme, por lo que debo despedirme de inmediato.

—¿Quieres decir del momento que pasamos en el estudio? —se inclinó hacia él, cerca, aún descansaba la mano en el brazo del muchacho—. Eso no es necesario. Si solo escucharas...

—¿Te escucharía tejer otra red más elaborada de mentiras?

Cada partícula de cercanía que creía que existía entre ellos desapareció.

Nunca había tenido la intención de engañarlo o embaucarlo de ninguna manera. Todos los asistentes eran familiares o amigos cercanos. Habían pasado muchos meses desde que había tenido que explicarle a alguien que si pensaban que la habían visto en alguna parte, era completamente probable que hubieran conocido a Judith.

La situación sería cómica si tuviera algo que ver con alguien que no fuera el hombre con el que había pasado la noche soñando, envuelta en sus sólidos

brazos, sus labios recorriéndole el cuello y sus pechos y su corazón latiendo en unísono con el de ella.

Un rubor le calentó las mejillas ante la idea de su miembro hinchado. ¿Realmente se parecía a la imagen del libro? Podía pasar un poco más de tiempo hasta que descubriera la respuesta a su pregunta porque en ese momento, el único hombre que podía contarle (o devolverle el libro y permitirle encontrar su propia respuesta) estaba enloquecido.

—Permíteme pasar, *señorita* —la voz era uniforme y no delataba la furia que bullía en su interior.

Capítulo Siete

Eli miró a la mujer, todo su ser le gritaba que se alejara de ella, que fuera a sus habitaciones. La sala no era un lugar para discutir asuntos tan íntimos. Sin embargo, *ninguna* parte de él quería abordar la situación, solo correr y olvidar su traición.

Era la cosa contra la que se había protegido desde la última traición de su madre. Eli había tenido razón al no confiar en otra persona, a nunca permitir a alguien se acercara tanto que pudiera herirlo.

Quería quedarse, exigirle que le dijera por qué le había mentado, pero de su propia madre había aprendido que la gente a menudo no tiene ni idea de por qué hace las cosas que hace. Su conexión con la señorita Samantha —¿la señorita Judith? — había sido cierta, hasta el punto de ser casi tangible. Justo cuando sus labios tocaron los de ella, pensó que podía aferrarse a esa pasión y nunca dejarla ir. La peor parte era que no se había preocupado por confiar en ella. La había tomado por quien ella había dicho que era y por lo que parecía ofrecer, sin duda alguna.

Elijah había causado involuntariamente un daño irreversible a un hombre al que respetaba. Lord Cartwright no había pedido nada de esto, pero lo peor de la situación recaería sobre él. Estaba en el derecho del conde desafiar a Eli a un duelo en honor de la señorita Judith.

—Hablamos de asuntos muy privados —parecía extrañamente inusual que estuviera preocupado por los detalles de su pasado cuando su futuro estaba en peligro—. Lo que has hecho es traicionero.

Una puerta se abrió detrás de él, y se cerró en silencio al tiempo que pasos doblaban la esquina.

—Señorita Samantha, pensé que estabas en camino al salón para desayunar —Lord Chastain se detuvo por un momento y miró cómo sostenía el brazo de Eli. Lo soltó, liberando así a Eli para que se fuera—. Lord Ridgefeld, qué placer verlo de nuevo.

Chastain la había llamado Samantha, pero ella era Judith. Seguramente, la mujer no tendría el hábito de engañar a otros también. Al mismo tiempo, descubrió que estaba contento de creer que ella se había propuesto no solo engañarlo a él sino también a otros.

Eli esperó hasta que Chastain comenzara a bajar las escaleras antes de enfrentarla una vez más.

Ella tuvo el valor de sonreír y cruzó los brazos sobre el pecho.

Elijah se volvió en silencio, aturdido, pero Chastain se había alejado de su vista, en completa ignorancia de la conversación que había interrumpido. Eli había estado tan seguro de que la mujer del desayuno y la que estaba frente a él eran la misma. Elijah había permitido que sus emociones, sus sentimientos de rabia, traición y vergüenza, dominaran su naturaleza intuitiva.

Su acusación y su amenaza velada de ir a ver a Cartwright habían sido inconfundibles. Él había dicho las palabras con intención de herir, incluso si solo representaba una fracción de cuánto le había herido el engaño de la muchacha.

Eso no era completamente cierto. De hecho, había percibido algo extraño, más o menos diferente, en la mujer que estaba en el piso de abajo. Compartían el mismo color y forma de ojos, su cabello era del mismo color y los cuellos eran igualmente delgados; sin embargo, la voz de esta mujer tenía un tono más profundo y gutural, el cabello era un poco más largo, y una cierta calidad de mando la llenaba mientras lo miraba fijamente.

—¿Mellizas? preguntó—. Cuando estuvimos juntos, nunca mencionaste que había una mujer deambulando por la casa de Lord Cummings que era tu viva imagen.

—Nunca preguntaste. —levantó la barbilla, desafiante—. Te conté que mis tres hermanas estaban aquí para la boda.

—... pero no que fuera tu hermana, *tu hermana gemela*, la que fuera a casarse con Cartwright.

—Debo de haberme olvidado, milord —una chispa de malicia centelleó en sus ojos verdes—. Pude haber estado a punto de decírtelo cuando tus labios aterrizaron en los míos.

—¿Esperas que crea eso?

—¿Tienes alguna prueba en contrario, milord?

—¿Dejarás de dirigirte a mí como *milord*? —Había estado en sus brazos, los labios juntos, apretados, mientras sus manos exploraban sus cuerpos. Desde entonces había tenido pensamientos bastante inapropiados sobre ella. Ciertamente, habían pasado por sobre las formalidades—. Es Elijah o Eli, con un demonio.

Eli quería agarrar a la mujer y sacudirla, furioso con la situación y con ella, pero, en cambio, insistió en que lo llamara por su nombre de pila. Tenía

poco sentido más allá de su necesidad insaciable de escuchar su nombre en los labios de Sam. No tenía derecho a desearla como lo hacía.

—Ciertamente, Elijah —pronunció cada sílaba y prestó mucha atención a la última mientras su nombre salía de su boca. Era como si ella se sintiera como la parte perjudicada, y él no fuera la víctima de su estratagema—. No fue mi intención engañarte de ninguna manera.

—¿Y tú eres la señorita Samantha, no la señorita Judith que se va a casar con Lord Cartwright? —Necesitaba que ella lo dijera en voz alta. La atracción que sentía por ella no podía continuar, pero necesitaba saber que no había hecho nada completamente perjudicial. No es que besar a una mujer inocente y joven no fuera perjudicial, pero era reparable, especialmente porque nadie había presenciado tan comprometedor situación.

—Soy quien siempre he dicho ser: Samantha.

Continuó.

—Entonces, te debo una disculpa por mi comportamiento y las extravagantes acusaciones.

Lo miró en forma sospechosa.

—Acepto tu disculpa, Elijah... con una condición.

No estaba seguro de estar de acuerdo con aceptar alguna condición, especialmente si tenía que ver con el travieso libro escondido debajo de la ropa de cama en sus habitaciones—. Estoy dispuesto a escuchar cuál es la condición y evaluar si podemos llegar a un acuerdo.

De ahora en adelante me llamarás Sam cuando estemos solos, en privado —cuando él no estuvo de acuerdo, agregó mientras daba un paso hacia él— Dijiste algunas cosas muy hirientes, Elijah. Odiaría ver nuestra animosidad continuar por un malentendido que ya ha sido rápidamente rectificado.

Dio otro paso adelante como si lo retara a retroceder. Nunca había sido alguien que permitiera que los demás lo intimidaran, y este desliz de una mujer ante él no sería su perdición.

—Sam. Es nombre de hombre, ¿no es así? —preguntó.

—Al igual que Jude, es el nombre de un hombre —replicó rápidamente—. Mi querida madre, bendita sea, era aficionada a los apodos masculinos. Tenía la impresión de que una mujer podía obtener más si tenía un nombre fuerte. Como gemelas, apenas más grandes que la palma de la mano de un hombre, necesitábamos toda la fuerza que pudiéramos obtener.

Sintió que su enojo menguaba ligeramente y buscó profundamente para aferrarse a la onza de la traición que lo había asaltado cuando entró en la sala

del desayuno.

—Me dirigiré a ti como Sam en privado —dijo entre dientes.

Afortunadamente, solo estaría en Hollybrooke durante dos días más, como máximo. Era poco probable que tuvieran otro encuentro a solas, sin importar cuánto lo anhelara su traicionero cuerpo.

El malentendido entre ellos, de hecho, se había rectificado. No obstante, Eli trababa de encontrar algún resto de ira al cual aferrarse... para recordar lo que cada mujer era capaz de hacer, en caso que lo olvidara una vez más. No tenía motivos para permanecer furioso con Sam, pero su desagrado consigo mismo era válido. Ciertamente, ella debería de haber sido más comunicativa durante su encuentro, aunque no debería de haberse apresurado a confiar en ella y luego, apresurarse aún más a llegar a una conclusión incorrecta.

—¡Samantha Jane! —abrió grandes los ojos y miró hacia las escaleras, desde donde tronaban unas pesadas botas en dirección a ellos.

—¿Samantha Jane? —Eli arqueó una ceja.

—No es Samantha Jane... es simplemente Samantha —dijo entre dientes—. Mi querido hermano cree que es gracioso inventar segundos nombres absurdos.

Antes de que pudiera decir otra palabra, su hermano había llegado a la parte superior de las escaleras y estaba casi sobre de ellos.

—Sam —su respiración estaba un poco sacudida por el esfuerzo—. Marce requiere tu asistencia, inmediatamente.

—Eso suena terriblemente horrible, querido Garrett Mallory —arrulló, como si devolviera su gusto por los nombres de una manera burlona, que obviamente tenían en común—. Bajaré enseguida.

—Hazlo. Es más que urgente. —El hombre parpadeó varias veces y miró a Samantha y a Eli como si lo notara por primera vez y se preguntara qué estaba haciendo Elijah solo en la compañía de su hermana—. Ridgefeld, ¿verdad?

Se le erizó la piel ante el intenso escrutinio del hombre.

—Lord Ridgefeld me rescató de la tormenta ayer, Garrett —y en tono de reproche, agregó—. Sé amable.

—¿Te rescató, dices? —Garrett abrió muy grandes los ojos, en señal de sorpresa—. Nos hubieras hecho un servicio mucho mayor dejándola a merced de los elementos, te lo aseguro.

—Podría haberme ahorrado un montón de problemas, también —murmuró Eli.

Se rió entre dientes junto con Garrett y se dio cuenta de que le simpatizaba mucho el hombre.

—Encantado de conocerte, Ridgefeld —Su sonrisa desapareció

—. Llámame Garrett, todos lo hacen.

—Es un placer, Garrett.

—Ridgefeld, espero verte por aquí. Samantha Constantine, te esperaremos en el estudio de Cummings. —Su hermano se puso serio, sus labios se apretaron severamente—. Date prisa.

Eli vio como el hombre volvía sobre sus pasos por el pasillo y bajaba apresuradamente las escaleras.

—No te pareces a ninguno de tus hermanos, solo a la señorita Judith —había sido presentado brevemente durante el desayuno.

—Tenemos diferentes padres y solo una madre —suspiró.

—¿No soy el primero en preguntar sobre las diferencias?

—Alguien lo menciona al menos una docena de veces al año —Enderezó los hombros—. ¿Hemos solucionado nuestro malentendido, milord?

Por mucho que quisiera aferrarse a su ira, no estaba dirigida específicamente a ella. Y debía dejarla ir, al menos hasta que partiera de Hollybrooke y estuviera a salvo en su carruaje, en viaje.

—Creo que sí, señorita Samantha.

—Maravilloso —su sonrisa tímida regresó—. Deberás escoltarme a cenar. No llegues tarde.

Eli se permitió sonreír ante la exigente petición: la mujer era un demonio sin disfraz.

—Por supuesto, señorita. Estaré encantada.

A juzgar por el comentario de su hermano, ella había sido difícil toda su vida. Era algo a lo que no estaba acostumbrado, una mujer con la entereza para plantarse y decir sus demandas en voz alta y clara y que no escapaba a la primera señal de problemas. Era la única razón por la que estaba cumpliendo su pedido sin cuestionarla en lo que respecta a su naturaleza dominante.

Sam —apodo que sonaba extraño, incluso en su mente— giró y siguió a su hermano escaleras abajo.

Eli la acompañaría a cenar y probablemente se sentaría a su lado para disfrutar toda una noche de su risa tonta y su peculiar humor.

La única pregunta que quedaba era: ¿en qué ocuparía las próximas nueve horas hasta que pudiera volver a verla?

Capítulo Ocho

—¡Garrett! —gritó Sam mientras volaba escaleras abajo e intentaba seguir los pasos largos de su hermano—. Disminuye la velocidad. Este vestido me impide bajar más de un escalón a la vez.

—Ya hemos hecho esperar a Marce lo suficiente. —Sus severas palabras no condecían con su comportamiento normal y despreocupado—. Ahora, date prisa.

—Cielos, ¿qué puede ser tan importante? —Samantha dio el paso final hacia la planta baja y aceleró, y así sujetar el brazo de Garrett para frenarlo—. ¿Marce está molesta porque no llegué a tiempo al desayuno?

Sam transitaba por una fina línea en lo que respectaba a su hermana mayor. Durante todo el viaje desde Londres Payton y ella habían escuchado una conferencia sobre la importante de dar una impresión positiva y de cómo, bajo ninguna circunstancia, causarían vergüenza a Jude ante la familia y amigos de Cartwright. Habían desfilado como si fueran una familia normal y habían sido tratados como si pertenecieran a la alta sociedad. Con el matrimonio de Jude con Lord Cartwright, Sam supuso que *su hermana* sí pertenecería a aquella ahora, pero ¿dónde, exactamente, dejaba a sus otros hermanos?

¿Debían permanecer en las sombras y recibir invitaciones que les realizaban por obligación?

Sam no toleraría tal cosa.

—¿No has ido al desayuno? —preguntó Garrett—. Lo hubiera obviado si hubiera sabido que era una opción.

Él le lanzó una sonrisa presumida cuando llegaron a la puerta cerrada del estudio de Cummings.

Adentro se escuchaban varias voces alzadas: conocía bien la de Marce y el tono más ligero de Jude, pero la voz que se escuchaba más alta en la habitación no le era familiar. Podría ser la pesada puerta que distorsionada de las palabras.

—No voy a disfrutar de lo que hay al otro lado de esa puerta, ¿verdad?

Miró hacia la puerta cerrada, su sonrisa desapareció—. Todo lo que pido es que escuches a Marce, y no pierdas la cabeza.

—¡Como si alguna vez reaccionase de forma exagerada!

—Como si hicieras algo *más que* reaccionar de forma exagerada, Samantha Olivia.

Sam y Jude nunca habían estado separadas. Al igual que la conexión entre Marce y Garrett, que compartían un mismo padre, ella y su gemela se conocían; siempre tenía al menos una persona de la que podían depender. Y Jude estaba, en este mismo momento, preparándose para dejar a Sam atrás para casarse con Simon y formar su propia familia.

Sam se quedó inmóvil, sin alcanzar la puerta ni tener la energía para huir. No había nada que Samantha pudiera hacer para cambiar la situación, además de suplicarle a Jude que no se casara; sin embargo, Simon era un hombre bueno y amable que cuidaría de su esposa y su familia.

¿Cómo podría hacer algo Sam para poner en peligro ese futuro, a pesar de que la había dejado a la deriva, sin una persona estable que la anclara a la orilla?

Era una forma infantil de pensar, especialmente con respecto al matrimonio de su hermana gemela, pero no importaba lo duro que Sam tratara de reprimir sus sentimientos de resentimiento y abandono, todavía estaban allí. Siempre latentes bajo la superficie, amenazando con hacerla perder el control.

Garrett abrió la puerta de par en par y descubrió que Jude estaba sentada en el borde de la tumbona, Marce en una silla de respaldo alto cerca del escritorio, desde donde dominaba la habitación y un hombre al que nunca había visto, yendo de un lado a otro frente a la chimenea. La habitación parecía diferente a la de la noche anterior iluminada y sin el crepitar del fuego.

Sam entró en la habitación, y Garrett se retiró, cerrando la puerta, dejándola a ella y a sus hermanas a solas con el hombre.

Algo en la posición de los hombros de Jude hizo que Sam corriera hacia el lado de su gemela.

—¿Jude? —se sentó en el diván, alcanzó la cara de Jude, y la giró hacia ella—. ¿Has estado llorando? ¿Alguien te ha lastimado? Sam no toleraría eso... nunca—. Y estás pálida como un fantasma.

Jude juntó las manos para tranquilizarla. Estaban heladas, las puntas de cada dedo tenían un tinte azul.

—Samantha... —la voz de Marce arrancó la mirada escrutadora de Sam desde las manos de Jude hacia donde estaba sentada su hermana mayor—. Ponte de pie. Hay alguien que quiero presentarte.

Sam se arriesgó a mirar a su gemela, cuya mirada se había posado en el desconocido que caminaba de un lado a otro frente al fuego, pero Sam no tuvo tiempo de inspeccionar al hombre cuando su hermana estaba tan dolorida.

La sala estaba iluminada por la tensión. Marce estaba sentada erguida y tiesa como una vara y el hombre avanzaba con paso firme y pesado desde la esquina del escritorio hasta el hogar y luego a las ventanas lejanas, solo para girar y volver sobre sus pasos. Las fuertes pisadas llamaron su atención; la zancada segura y el patrón muy familiar para ella. Era igual que su propio ritmo.

Tacón. Punta. Tacón. Punta.

Marce se había quejado durante años de que sonaba como si una estampida de elefantes entrara en su oficina, que estaba directamente debajo del dormitorio de Sam y Jude.

El cabello oscuro y cobrizo del hombre estaba cortado precisamente por encima del cuello y sus ojos evitaban los de ella.

No necesitaba ver el color. Serían verde salvia.

Lo mismo que los ojos de color musgo de Jude, que era la viva imagen de ella.

—¿Qué está pasando, Marce? —Sam se movió para pararse frente a su hermana mayor, con los brazos en jarra.

Su hermana respondió poniéndose de pie para mirar a Sam, con su pequeña estatura casi un pie más baja que las hermanas gemelas, lo que le permitió a Sam ver sus rizos dorados sujetos a su coronilla.

El hombre carraspeó y dejó de caminar para detenerse de espaldas al fuego.

Tenía la frente transpirada. Estaba nervioso, como debería estar.

El cabello rojo fuego acompañaba un temperamento coincidente. El cabello en la parte posterior de su cuello se erizó cuando el hombre, su estatura varios centímetros más alta que la suya, se movió para pararse frente a ella cuando Marce volvió a su asiento.

Ahora lo comprendía. Su hermana solo estaba allí para mantener a raya el temperamento de Sam. Para recordarle su condición de dama educada, no gracias al hombre que tenía adelante.

—¡Por todos los cielos! —Sam se enfureció. El jadeo de Jude llenaba la habitación—. El padre pródigo ha regresado.

Cambió el peso del cuerpo de un pie al otro y frunció el ceño, lo que traicionó su malestar ante la situación.

—Lord Beauchamp —Marce comenzó con la presentación (una que no debería ser necesaria entre padre e hija)—. Esta es la señorita Samantha Pengarden, su hija.

Sam lo evaluó, entornando los ojos para imitar el gesto del hombre. Luego de una inspección más cercana notó que el cabello rojo de Beauchamp estaba cubierto de gris, los hombros delgados para que coincidieran con su delgado cuerpo y el rostro estaba surcado con líneas que notaban la edad. Sus arrugas mostraban a un hombre que había experimentado mucho en su vida, aunque no todo positivo.

Les habían contado desde que tenían la edad suficiente para notar que otros niños tenían una madre y un padre, mientras que ella y sus hermanos solo tenían una madre, que Madame Sasha, su madre, había sido la amante de Beauchamp. La situación no se había vuelto agria hasta que el anciano Beauchamp le exigió a su hijo que se casara y que se casara bien.

Su madre y Beauchamp se habían separado y él se había casado rápidamente, sin ceremonia.

Sin embargo, no antes de dejar a Sasha con un regalo de despedida: sus hijas gemelas en el vientre.

Dexter Pengarden, el vizconde de Beauchamp, miraba a una y a otra, como si no estuviera convencido de que existieran dos mujeres idénticas.

—¿Qué está haciendo aquí? —dijo Sam con los dientes apretados.

—He sido invitado.

—Debe de estar equivocado —se rió de la ridícula insinuación.

Para demostrar que estaba equivocada, sacó la invitación del bolsillo de su abrigo y se la tendió.

Sam desplegó la invitación que ella conocía muy bien. Ella y Payton habían pasado varios días escribiendo a mano treinta hojas idénticas para entregarlas a todos sus familiares y amigos en las que los invitaban a acompañar a Jude y a Cart, en Derbyshire, a una fiesta de boda en el jardín. Esta carta en particular había sido escrita por Payton; la letra apretada y pesada era inconfundible.

¿Pero quién se la había enviado? Jude, seguramente, no. Su hermana le habría pedido permiso. Payton y Lord Cartwright no sabían quién había engendrado a Sam y Jude. Incluso Garrett nunca había mostrado el menor interés en localizar a ninguno de sus padres. Eso solo dejaba a una persona, una mujer con cabello de oro hilado y ojos que eran sabios más allá de sus años. La persona en la que todos podían confiar que cuidara de ellos:

asegurarse de que siempre tuvieran cobijo, comida y calzado con medias calientes.

—¿Marce? —desafió Sam, al tiempo que se volvía hacia su hermana mayor.

Un sollozo salió de la garganta de Jude y enterró el rostro en las manos, sus hombros temblaban debido a al llanto silencioso.

—Pensé que ya era hora de que ustedes dos conocieran mejor a Lord Beauchamp.

—¿Qué te haría pensar en esa idea loca? —Sam se volvió hacia Beauchamp, quien sabiamente había permanecido en silencio, aunque continuaba inspeccionando a su descendencia.

—Tú y Jude están tomando vuestro lugar en sociedad —Marce se encogió de hombros como si sus acciones no alteraran la vida de sus hermanos—. No fue algo que pensé que sucediera, pero está hecho; por lo tanto, solo sería una cuestión de tiempo antes de que las dos se cruzaran con Lord Beauchamp. Pensé que sería mejor que sucediera aquí, entre familiares y amigos, en lugar de un salón de baile abarrotado de personas. Además, la *gente linda* seguramente reconocería el parecido muy rápido y los rumores se extenderían. Tu nombre y el de tu hermana estarán vinculados a él y la conexión se sabría en todos los salones de Londres. No me arriesgaré a que ustedes dos sean alimento para todos los chismosos.

—Eso no nos preocupa —a Sam no le importaba si el nombre de su padre fuera envuelto en mala fama, o si estuviera relacionada con rumores infundados. Toda su vida había sido un escándalo, desde el nacimiento hasta el día de hoy. Había crecido como la hija bastarda de un vizconde. Todavía se podía oír el canto de sus compañeras de escuela, y eso que habían pasado años desde que alguien se hubiera atrevido a hablar de su nacimiento menos que honorable.

—A mí no me importa y a Jude tampoco si la desgracia cae directamente sobre su cabeza. Tendría bien merecido el escándalo. Jude y yo sobreviviremos.

Sostuvo la mirada de Beauchamp mientras hablaba, satisfecha de que se entendiera su significado. Que todo Londres rumoreara con sus admiradores sobre las gemelas que parecían sospechosamente similares a Lord Beauchamp y que incluso llevaban su apellido. El vizconde merecía ser ridiculizado, condenado al ostracismo y rechazado por la sociedad. Había dejado a la mujer

que había afirmado amar, para cuidar y criar a sus hijas mientras se iba con otra mujer. Una que su familia consideró *adecuada*.

—No es él quien me preocupa, Sam —murmuró Marce—. Jude se casará mañana a la mañana y tomará su lugar al lado de Simón como su condesa. Pronto te enamorarás tú misma y no quiero que corran rumores sobre ninguna de las dos.

—Jude, ¿sabías sobre esto?

—No —resopló su gemela, en un intento por disminuir sus sollozos—. Solo llegué unos minutos antes que tú.

La habían aleccionado para no causarle ansiedad a Jude antes de su boda. La amenazaron con ser confinada a su habitación hasta que terminara la temporada y la habían vigilado con atención desde su llegada a Derbyshire. ¿Cómo era posible que este hombre entrara a la casa y causara tantos estragos en vísperas de las nupcias de Jude?

—Haré llamar a lord Cartwright para que lo eche de la casa, como se merece.

—Estoy aquí para ver el casamiento de Judith y luego me iré, pero no antes.

Beauchamp comenzó a pasearse una vez más. Había terminado de estudiar a sus dos hijas gemelas.

—Seremos cordiales si nos vemos en Londres. No hay razón para provocar chismes donde no tiene que haber ninguno.

—¿Y qué de su esposa, mi señor? chilló Jude.

Había sido la razón por la que había dejado a Sasha antes de que se comenzara a notar que estaba encinta y la razón por la que había permanecido ausente de sus vidas. Beauchamp tenía una esposa que había anhelado tener sus propios hijos y no estaba dispuesta a permitir que Jude y Sam formaran parte de aquella, especialmente una vez que la vizcondesa tuviera su propio hijo.

Beauchamp bajó la cabeza ante la mención de Lady Beauchamp. ¿No había informado a su esposa de su viaje a Derbyshire? ¿Qué había cambiado, si estaba dispuesto a enfrentar su ira ahora, pero no todos estos años?

Pero fue Marce quien respondió la pregunta.

—Falleció hace cinco años durante el parto.

—¿Lo sabías? —Sam le lanzó las palabras a Marce con más fuerza que si hubiera tirado una piedra—. ¿Por qué no nos dijeron?

Jude se acurrucó como en un caparazón silencioso mientras se balanceaba suavemente hacia adelante y hacia atrás en el diván. Nunca había sido buena para los enfrentamientos y las voces alzadas.

—Tu madre, Madame Sasha, me prohibió hacer contacto con ninguna de las dos —confesó Beauchamp—. Estaba respetando sus deseos.

—*Respetando* sus deseos —repitió Sam con una sonrisa—. Ciertamente no la respetaba lo suficiente (no la amaba lo suficiente) como para permanecer a su lado y ayudar a criar a sus hijas. No la respetaba lo suficiente como para dar voluntariamente a sus hijas todo lo que merecían como hijos de un vizconde, ilegítimas o no. No la respetaba lo suficiente como para enviar dinero para asegurarnos tener comida en la mesa y ropa para mantenernos abrigadas. No nos amó a Jude ni a mí lo suficiente como para estar allí cuando lo necesitamos. No nos amó lo suficiente como para venir por nosotros tan pronto como pudo. No le importó lo suficiente como para saber cómo estábamos después de la muerte de nuestra madre.

La risa de Sam se convirtió en un gemido profundo cuando se quedó sin aliento; un enorme vacío se apoderó de ella mientras la soledad la inundaba.

Era injusto que cargara a Jude con sus sentimientos, especialmente porque ella se casaría mañana e iría a un viaje a la propiedad familiar de Cartwright. Marce claramente no tenía la misma mentalidad que Sam.

La habitación se estaba cerrando sobre ella mientras los sollozos de Jude aumentaban en intensidad... Sam giró hacia la puerta, necesitaba aire, necesitaba espacio... necesitaba algo que no podía definir.

Su mano sujetó la perilla mientras la giraba y abría la puerta y salió al pasillo. Los sollozos la siguieron, rebotaban en las paredes del pasillo y hacían eco en la casa: un chillido de miedo de una doncella que pasaba bastó para detener a Sam lo suficiente como para darse cuenta de que era su llanto desesperado que reverberaba por la casa, no el de Jude.

Sam huyó escaleras arriba, tropezó dos veces, pero se enderezó rápidamente, solo raspó una rodilla mientras subía. Necesitaba con desesperación el solaz de sus habitaciones.

¿Podría olvidar todo lo que había sucedido en el estudio de Cummings, retroceder en el tiempo hasta que Garrett fuera a recogerla?

El golpe de la puerta de su dormitorio sonó cuando ella se apoyó contra la superficie dura y se deslizaba al suelo. Le temblaban las piernas, incapaces de mantenerla en pie por más tiempo, y se permitió abandonarse a los gritos; unos

profundos aullidos de angustia tiraban de sus entrañas y su pecho se agitaba con cada gemido.

No tenía ni idea de qué hacer, cómo reaccionar o qué decir. Una parte de ella deseaba tomar a su padre y nunca dejarlo ir, mientras que la otra parte deseaba volver unas horas atrás, regresar al salón de arriba, con Elijah.

Lord Ridgefeld sería incapaz de las muchas transgresiones que Sam endilgaba a su padre.

El marqués nunca la lastimaría; nunca la dejaría sin ninguna explicación, sin ni siquiera ver hacia atrás.

Capítulo Nueve

Elijah dejó escapar un suspiro de alivio cuando atravesó las puertas dobles y se encontró en la terraza que daba a los jardines de Lord Cummings. El aire fresco, el espacio para moverse y la soledad eran inmediatamente tranquilizadores. Nunca había vivido en una casa abarrotada de personas, nunca había entendido la realidad de vivir con hermanos o parientes a excepción de su abuelo. Cualquier recuerdo de algún momento en que su madre estuviera presente se le escapó, *si* había algún recuerdo que pudiera conservar.

Cuando era niño, los únicos sonidos dentro de su casa eran los que él mismo hacía. El abuelo lo alentó a explorar la propiedad: caminar por el estanque, pescar en el arroyo que alimentaba el estanque, trepar a los árboles frutales —aunque todas estas actividades se hacían más agradables en compañía.

Eli solo tenía como compañero a su abuelo. Pasaron años buscando aventuras, viajando por el continente y por el extranjero, coleccionando cualquier cosa de interés. En resumen, su educación había sido placentera. Amor, risas y aprender todo en abundancia para Eli.

Eso no le había impedido sospechar que algo faltaba; sentía un sentimiento de vacío permanente.

Y había pensado tontamente que, si traía a su madre a casa, a Inglaterra, podría llenarlo. Había creado una imagen de una damisela en apuros, que esperaba al caballero andante que la rescatara. La dura realidad era que su madre estaba exactamente donde quería estar, lejos de su único hijo y de su país de nacimiento.

La risa invadió el alivio que sentía cuando doblaba lentamente una esquina de la terraza, lo que reveló un grupo de invitados jugando al bádminton en una extensión de césped recién cortado. Una ligera brisa movía las faldas de las mujeres en torno a sus tobillos y empujaba el cabello de los hombres hacia sus rostros. La tormenta del día anterior había pasado y había dejado solo cielos azules, sin nubes. Pero el viento se mantuvo, un recordatorio de la naturaleza voluble de los patrones climáticos de Inglaterra. Fue bueno ver que se había despejado antes de la boda de lord Cartwright, ya que sin duda las lluvias en el día de la boda no podían ser un augurio favorable.

Había llovido la noche antes de que su barco había atracado en Baltimore: su abuelo se había ido hacía solo algunos días y él había salido a buscar a su madre. Eli debería de haber anticipado su fracaso. Cómo deseó haber permanecido a bordo del *Cameron de Gazelle*, esperando viajar a Canadá y luego regresar a Liverpool sin saber el destino de Alice Watson.

Sin embargo, había estado solo. Deprimidamente solo. No muchos hablaron con él después del fallecimiento de su abuelo, ya sea porque intentaron darle espacio y tiempo para hacer el luto, o no sabían qué decirle a un joven que había perdido a su único pariente conocido.

Eli no había querido continuar la vida solo. El deseo de encontrar a su madre, traerla de vuelta a Inglaterra y crear la familia que le faltaba era lo único que lo había sacado del barco ese día, en pos de su tonto recado.

Montado en su corcel blanco, Eli había localizado a su madre.

El problema había sido que esperaba rescatarla. Él no sabía que *ella* era el dragón que le habían enviado a matar. Había rechazado la sugerencia de dejar América, lo que finalmente había enviado a Eli corriendo a Liverpool, solo.

Era extraño que el viaje de regreso y el tiempo que había pasado en Inglaterra desde entonces parecieran más vacíos simplemente porque sus esperanzas de futuro (una con su madre), se vieron frustradas para siempre. No tenía ningún interés en volver a casa, no tenía interés en conocer a su hijo y, ciertamente, no había una devoción maternal por la felicidad de Eli o la comprensión de su dolor y pérdida.

La mujer lo había destruido, ella sola. Era preferible creer que sus cartas habían dejado de llegar porque estaba en peligro y silenciosamente le suplicaban que fuera a buscarla. No es que se hubiera convertido en una común ramera.

De solo pensarlo, la ira, como una brasa al rojo vivo, lo invadió una vez más. Su madre, Alice, tenía todo lo que podía soñar en Inglaterra... una casa de campo, fondos ilimitados y un hijo que la amaba a pesar de todo lo que había hecho. Sin embargo, por la razón la razón que fuera, había preferido una existencia dependiente de un hombre.

Eli se apoyó contra la barandilla, tratando de enfocarse en la gente a la distancia: a qué jugaban ahora, quién estaba ganando y qué les parecía tan divertido.

Había descubierto escasos momentos de felicidad desde la muerte de su abuelo y aún menos destellos de paz. Ingenuamente, había pensado en

encontrar una sensación de tranquilidad lejos del lugar que había llamado hogar durante toda su vida y había puesto kilómetros y horas de viaje entre él y cada elemento que le recordaba al difunto marqués.

La sola presencia del anciano lo seguía. Si su abuelo estuviera aquí, estaría con las personas en el césped, riendo y disfrutando de la compañía de tantos invitados. Insistiría en que Eli también se reuniera con ellos.

No era esa la forma en la que Elijah veía las cosas. Había acompañado a su abuelo durante los años de viaje, pero siempre se mantenía entre bambalinas, observando a las numerosas personas que buscaban al marqués, pendientes de cada una de sus palabras, a la espera de cualquier cumplido que el anciano dijera. Y había sido generoso con sus buenas nuevas, buenos deseos y elogios. Su abuelo nunca había dejado de notar el peinado diferente de una mujer, o el extravagante nudo de corbata de un hombre.

—¡Lord Ridgefeld! —Un hombre lo llamó desde el otro lado del césped y lo saludó con la mano—. Venga con nosotros.

Eli no estaba de humor para zambullirse en la alegría, ni tampoco quería amargar a los otros invitados con su temperamento adusto. En cambio, actuó como si no hubiera escuchado al hombre llamarlo. Lord Haversham, Eli pensó que recordaba el nombre del hombre.

Ya era hora de que se fuera de la vista para evitar otra invitación para participar en algún juego.

Volvió sobre su camino a lo largo de la terraza y más allá de las puertas por las que había salido. El césped verde ya no llenaba el área más allá de la terraza, sino que había sido reemplazado por un laberinto de flores y arbustos con senderos de guijarros blancos que zigzagueaban desde un rosal hasta un alto seto donde había anidado entre dos arbustos con flores azules.

Cada planta había sido podada con precisión para la boda de Lord Cartwright y Miss Judith al día siguiente. Ni una sola flor se atrevió a marchitarse, ni una hoja se atrevió a caerse; el cuidado del jardín era diferente de cualquier otro que hubiera visto antes.

Un equipo de jardineros debía de haber trabajado toda la mañana para eliminar cualquier daño causado por la tormenta. Cada flor apuntaba hacia el cielo, absorbía los rayos del sol como si no hubiera caído una gota de lluvia el día anterior. El viento, tan evidente y áspero en el otro lado de la casa, no molestaba una sola hoja en el jardín.

La vista frente a él era serena. Le dolía pensar en la perturbación de las hermosas flores y los arbustos bien cuidados que estaban por venir. Una

mañana rodeada de tanta exquisitez, sentarse entre las plantas, aspirar su aroma, mientras Lord Cartwright entraba en los lazos del matrimonio. Era un lugar impresionante, pero entendía la soledad necesaria para que prosperasen las flores, así como su paz se había roto irrevocablemente desde su llegada a Hollybrooke, así los invitados reunidos harían añicos la armonía del jardín de Cummings.

Ciertamente, su forma de pensar no podía ser la correcta. La felicidad y la alegría engendraban felicidad y alegría. ¿Las flores no florecerían brillantemente, y los arbustos no serían más altos cuando se les infundiera el buen ánimo de la fiesta de bodas?

Tal vez era posible que solo Eli floreciera rodeado de quietud, silencio y soledad.

Equilibró su peso sobre la barandilla y se cruzó de brazos.

Respirando profundamente, Eli cerró los ojos.

La calma lo envolvió, calmó su melancolía y lo obligó a concentrarse en el ritmo regular de su corazón. El mismo órgano que hasta no hacía mucho tiempo había latido con una intensidad que nunca había sentido. Había sido la visión de la señorita Samantha que venía hacia él en el pasillo lo que había cambiado las cosas. Había estado enojado, se había sentido traicionado y, por primera vez, saber que estaba solo en la fiesta en la casa de Cummings no había sido de su agrado.

Entonces, su furia se había calmado, y algo totalmente nuevo lo alcanzó. Su ingenio rápido, su sonrisa maliciosa y su mentón levantado. La señorita Samantha apareció ante sus ojos cerrados. Su cabello castaño caía por su espalda mientras huía del corredor en busca de su hermano. Pero su cabello había sido inmovilizado sobre su cabeza esa mañana; era otro momento íntimo que recordaba. Había querido llamarla por su nombre, pedirle que se quedara con él, que no lo dejara solo.

La señorita Samantha de ninguna manera podía entender su sensación de soledad, su casa, sin duda, estaba siempre llena de sus hermanos y de actividad. Estaba a gusto entre la multitud, dando la bienvenida a los invitados y disfrutando de sus atenciones. O al menos, eso es lo que él imaginaba de ella. Su alegre disposición no dejó dudas de que ella era sociable cuando estaba rodeada de la gente linda, tan en desacuerdo con la personalidad de Elijah.

Una parte de él se lamentaba por la persona que podría haber sido si su padre no hubiera muerto y su madre no lo hubiera abandonado. Su abuelo lo

amaba, se aseguraba de educarlo, de viajar y de que fuera el caballero perfecto; sin embargo, eso no significaba que una parte más profunda de él no se diera cuenta de que algo faltaba.

Permitió que la quietud se hiciera cargo una vez más, desterrando los pensamientos de su madre, su abuelo y una cierta doncella encantadora y de cabello de fuego. Con la eliminación de esos pensamientos, el sonido del viento soplando a través de los árboles junto a la casa se alejó, y la risa de los invitados se aquietó.

La serenidad encontrada en completo silencio, acompañada por la oscuridad permitió que delicados sollozos descendieran hacia él. Un llanto desgarrador, devorador de almas y desgarrador del destino invadió su sensación de aislamiento. Si no fuera porque los gritos femeninos aumentaban y disminuían, Eli imaginaría que era su propia agitación interna que finalmente salía a la superficie, que exigía ser reconocida y tratada.

Eli se movió hacia el sonido, viniendo desde más abajo en la terraza, hacia las puertas por las que había salido. Bajó al césped y miró hacia arriba mientras los sollozos continuaban, llevados con la brisa.

La tristeza del llanto hizo que Eli se frotara el pecho donde un profundo dolor había echado raíces, una combinación del sonido de arriba y su propio y profundo dolor.

Una necesidad intensa se apoderó de él, y lo empujó de regreso a la casa y hacia los sollozos. Si fuera capaz de calmar la herida de la mujer, ¿sanaría la suya también?

Elijah no estaba seguro de dónde había salido esa lógica absurda, pero necesitaba que fuera cierto. Una vez dentro de la mansión, el llanto desapareció, bloqueado por las paredes y pisos de gruesa madera. Sin embargo, sabía la dirección general de la habitación que daba al jardín trasero de la gran casa.

Al apresurarse por las escaleras hacia el piso de arriba, Elijah agradeció no encontrar a nadie mientras subía los escalones de tres en tres. Una vez que llegó al Descanso del piso superior, comenzó a correr, el sonido de las botas muy alto, a pesar de la gruesa alfombra que cubría el piso.

Capítulo Diez

Sam se calmó lo suficiente como para moverse hacia la gran cama de cuatro columnas que dominaba la mayor parte de la habitación de invitados, pero los dolientes sollozos no cesaron, aunque las lágrimas habían desaparecido hacía unos momentos. Normalmente, los cubrecamas y las cortinas de color melocotón habrían sido lo suficientemente frescas y ligeras para levantarle el ánimo, pero ahora, la habitación se había vuelto de un naranja ofensivo y agrisado. Su lengua viajó por los labios secos, saboreando solo los restos salados de sus lágrimas, evidencia de sus emociones en conflicto con respecto a la aparición de Lord Beauchamp.

Padre.

Su padre.

El término era extraño para ella y no tenía ningún sentido más allá de llenarla de una sensación de vacío y que estaba destinado a profundizar el inminente matrimonio de Jude.

¿Cómo podía Marce pensar que era inteligente invitar al hombre a Derbyshire?

Beauchamp no se molestó en viajar por Londres para ver a sus hijas, ¿pero había viajado hasta Hollybrooke? ¿Con qué propósito?

Había vivido dieciocho años enteros sin un hombre en su vida, excepto Garrett, y lo había hecho muy bien. Si el vizconde esperaba que hiciera cola y fingiera ser la hija que siempre había conocido, el repugnante hombre no conocía a Sam en absoluto. Nunca se habían conocido, de hecho, nunca había tenido tan siquiera un interés pasajero en su descendencia. No podía ser la buena hija, al igual que él no tenía ni idea de cómo ser padre.

Por supuesto, parecía que muchas personas que ella creía conocer estaban haciendo cosas completamente inusuales y fuera de lugar. Las acciones de Marce despertaron una sensación de traición en Sam. ¿No se le había ocurrido a su hermana mayor preguntarle a ella o a Jude si tenían interés en conocer a su padre?

Jude posiblemente habría aceptado la invitación con un poco de persuasión, pero Sam, no. Ella nunca lo habría aprobado. Era la boda de Jude,

pero esto afectaba la vida de Sam tanto como la de Jude.

Por lo que había escuchado a puerta cerrada mientras crecía, Beauchamp había mostrado un ligero interés en tener un hijo con su madre. Eso fue hasta que nacieron ella y Jude, y no solo era una niña, sino que era un par de niñas. El hombre había corrido hacia las colinas.

Una vez, hace muchos años, cuando su madre no le quería comprar una muñeca que tanto deseaba en el mercado, Sam gritó que, si su padre estuviera allí, le habría comprado una bonita muñeca, un estante entero de muñecas... porque *él* la amaba. Había sido injusta, y ella había gritado en un momento de indignación y furia infantil. Sam recordó la forma en que su madre había sonreído y salido tranquilamente de la tienda, dejando a Sam en el suelo, llorando. Jude había estado a su lado, indecisa entre seguir a su madre y a sus otros hermanos o quedarse con su gemela. Al final, Sam se quitó la suciedad del vestido y salió de la tienda; Jude caminando firmemente a su lado.

Nunca se había disculpado por las duras palabras, pero esa noche, Sam y Jude habían escuchado a Sasha hablar con otra mujer en su estudio, algo sobre haber sido bendecida por haber dado a luz a niñas, o el *horrible hombre* habría regresado para llevarse a su hijo —o hijos, según el caso— y criarlo como propio con su esposa estéril y fría.

En ese momento, no sabía de quién hablaban.

Y a medida que Sam crecía y maduraba, había llegado a comprender el descuido y el dolor que su madre había presenciado a manos de Beauchamp. Era demasiado soñar que había cambiado, que ahora era capaz de anteponer las necesidades de los demás a las demandas de él o de su familia.

El poco placer que había empezado a sentir en Hollybrooke se había esfumado rápidamente y había empeorado aún más sabiendo que la seguiría de regreso a Londres.

Un ligero toque sonó a la puerta.

Sam intentó quitar las lágrimas que le quedaban en la cara, pero su palma solo encontró la piel seca. ¿Marce había venido a confrontarla sobre su grosero comportamiento? Tal vez fuera Jude que venía a llorar sobre su hombro, aunque Sam no podía ser la fuerte en esta situación. No era la persona en para que alguien buscara apoyo... también se estaba desmoronando.

El golpe se oyó de nuevo.

—¡Vete! —le tembló la voz y se quedó en silencio, aunque pronto insistió otro golpe.

Sam se puso en pie y se dirigió hacia la puerta para despedir a quien intentara interrumpir su momento de debilidad. Nunca había sido alguien que buscara tiempo a solas. Daba paso a muchos pensamientos que era mejor dejarlos ocultos, encerrados profundamente dentro de ella.

Sintió el frío del pomo de la puerta contra la palma de la mano mientras giraba y abría la puerta un poco.

Si se tratara de una de sus hermanas, habría entrado en la habitación sin previo aviso o habría exigido que le abriera. Sería vergonzoso no solo para su familia sino también para ella si un sirviente estuviera esperando al otro lado de la puerta.

—¿Sí? —los ojos intentaron adaptarse a la luz brillante en el pasillo. Parpadeó rápidamente para ver mejor: su habitación estaba envuelta en sombras, ya que Sam no se había molestado en abrir las cortinas o en encender una vela a su regreso. Había despedido a su doncella hasta después del almuerzo porque Sam esperaba estar abajo con los otros invitados—. Necesito estar unos momentos a solas. Puede regresar en una hora para ordenar la habitación.

—¿Señorita Samantha? —Sam entrecerró los ojos y vio a Lord Ridgefeld de pie frente a su puerta —¿Está bien? Estaba en la terraza y la escuché sollozar.

Espectacular.

Un testigo de su debilidad.

No bastaba con que Beauchamp hubiera aparecido y arruinado los días que le quedaban cerca de su gemela, sino que ahora todos los invitados abajo la habían escuchado revolcarse en su autocompasión, y llorando porque había aparecido un hombre que no había conocido hasta ese momento y quien, de hecho, significaba menos que nada para ella.

Echó un vistazo más allá del marqués, buscando al grupo de invitados que probablemente esperaba a una distancia para escuchar todos los sórdidos detalles.

—¿Mi hermano te envió a ver cómo estaba? —arqueó las cejas como si lo desafiara a negarlo. Era muy impropio que un hombre visitara a una mujer en sus aposentos, aunque Sam no había registrado ese hecho antes de formular la pregunta.

—Ciertamente, no.

—¿Están todos hablando de mí y de nuestro invitado inesperado? —insistió Sam—. Puedes hacerles saber a todos que estoy bien. Has cumplido

con tu obligación.

—¿Están todos hablando de qué? —entrecerró los ojos, confundido.

Sam abrió la puerta y rodeó a Lord Ridgefeld, para luego mirar hacia el pasillo en ambas direcciones. Si había un público que esperaba, estaba fuera de vista y, sospechosamente silencioso. Era probable que tuviera miedo de respirar y perder cualquier hilo de conversación que flotara hacia él.

Su educación le gritaba que nadie estaba cerca y que Elijah estaba aquí por su propia cuenta.

—Le aseguro, estoy solo, señorita Samantha —dio un paso atrás para dejarla pasar, pero sin pensar, ella lo sujetó del brazo y lo arrastró dentro de sus habitaciones y cerró la puerta detrás de él—. No creo que esto sea correcto.

—Oh, no seas tan remilgado, milord —volvió Sam a su cama y se dejó caer—. No deseo que una audiencia me escuche llorar. Y necesito recordarte, que, si estuvieras preocupado por la corrección, no habrías llamado a mi puerta.

—Muy cierto. Sin embargo, estabas llorando. —No se suponía que fuera una pregunta, así que Sam se mordió la lengua—. Dime, señorita Samantha, ¿qué te ha molestado? Intentaré arreglar las cosas.

—¿Es que alguna vez dejas de ser el implacable caballero?

—Yo... bueno... no —balbuceó las palabras y endureció la postura.

Lo que le trajo a la mente otra imagen, un dibujo para ser exacto, de otra cosa, rígida y grande. Sam sintió el rubor subir por sus mejillas. En sus sueños... en el pasillo... Sam no pudo evitar pensar en las imágenes del malvado libro.

—Llámame Sam —espetó. ¿Por qué el hombre la hacía sentir a gusto y al mismo tiempo nerviosa con una sensación muy cercana a la necesidad? Ella nunca había necesitado a otra persona, más allá de su gemela, por supuesto—. Quiero decir, mi familia me llama Sam, eres libre de hacer lo mismo.

Le dedicó una débil sonrisa mientras cruzaba la habitación a grandes zancadas y se sentaba en una silla de respaldo recto.

La simple vista del joven hizo que todos los pensamientos acerca de la sorpresa que le había producido conocer a su padre desaparecieran de su mente. Estaba sola, en una habitación con Elijah... y lo último que quería era ocupar sus pensamientos con Beauchamp.

Elijah se movió en la horrible silla mientras trataba de encontrar una posición más agradable; desafortunadamente, el asiento no se la proporcionó.

Finalmente, se conformó con encorvarse ligeramente, y extender las piernas y cruzarlas a la altura de los tobillos.

Sam se rió cuando cruzó los brazos sobre el pecho.

—¿Qué es gracioso? —preguntó.

—Pareces un niño petulante —no debería encontrar ni un poquito de alegría en un día como hoy, pero Sam se daba cuenta de que su ingenio parecía descarrilarse cuando Elijah estaba cerca.

—Tal vez, en este momento, me sienta como un niño petulante —contestó a modo de broma, aunque Sam notó el cambio de expresión, como si un banco de nubes se hubiera posado sobre él—. Ahora, ¿qué es lo que te ha contrariado, Sam?

Colocó ambas manos a los lados sobre la cama y se enderezó. El hombre tenía la extraña habilidad de alejar todos los problemas. Había hecho exactamente lo mismo cuando su carruaje se había detenido a un costado del camino y le había ofrecido transportarla de vuelta a Hollybrooke antes de que la tormenta desatara su furia sobre ella. Antes de su llegada, Sam solo pensaba en irse de Derbyshire y regresar a Londres (rodeada de hordas de personas elegantemente vestidas donde pensaba que pertenecía). Pero durante el último día, no había pensado en volver ni una vez (y sospechaba que la muchedumbre solo mantendría a raya sus dificultades).

—Ya me siento mejor, no te preocupes. —Lo último que Sam quería contarle a Elijah era el motivo por el cual había estado llorando. Era tonto, en verdad. Una mujer que lloraba por su padre y su comportamiento rufianesco. Ciertamente, había cosas mucho más tristes en el mundo.

La miró con suspicacia.

—No te creo en absoluto. Tu llanto era desgarrador. Tengo que saber por qué.

Era una orden y, sin embargo, permanecía tranquilo y cómodo.

—Samantha —dulcificó el tono de voz y se adelantó para descansar las manos en las rodillas—. Sam, no pienses que no he pasado dificultades y tristezas.

Tristeza... siempre volvía a esta palabra. Lo que menos pensaba ella era en tristeza, pero ¿qué sabía Elijah sobre eso? ¿Había amado a una mujer que le había arrancado el corazón para después aplastarlo con sus zapatos de baile? O peor, ¿estaba aún enamorado de una dama que no le correspondía?

Era un pensamiento impactante (e imposible). En cierto punto, Sam había llegado a imaginar al hombre como de ella; ninguna otra mujer tenía derecho a

él física o emocionalmente.

—Dime qué sabes sobre la tristeza —murmuró Sam y evitó mirarlo, temerosa de lo que él pudiera ver en sus ojos verdes.

—Eso no sucederá hasta que me informes qué te ha hecho llorar —refutó.

Sam se puso en pie, se cruzó de brazos y caminó hacia él, solo para volver sobre sus pasos hacia la cama.

—Si no me lo dices, tendré que adivinar —enarcó las cejas y volvió a sonreír al tiempo que se daba golpecitos en la barbilla, pensando—. Déjame ver...

—No lo adivinarás, milord —a menos que ya hubiera escuchado chismes debajo de las escaleras, lo cual era muy probable. Le haría más daño saber que se había sentado frente a ella todo este tiempo sabiendo exactamente qué le había hecho llorar, pero la estaba obligando a decir las palabras en voz alta.

—Oh, te lo aseguro, soy muy hábil jugando a las escondidas, señorita Samantha —se rió entre dientes y se recostó una vez más en la silla—. Se sabía que mi abuelo perdía, o como él lo llamaba, *ocultaba* cosas que le pertenecían. Pasé muchas horas buscando artículos que había extraviado".

—Esto no es jugar a las escondidas —respondió ella, girando una vez más para enfrentarlo.

—Las emociones ocultas o perdidas no son diferentes de las cosas extraviadas.

La idea de que él, de alguna manera, pudiera deducir lo que la había molestado no era atractiva, pero no tenía intención de hablar de la vergüenza de su familia, especialmente con Lord Ridgefeld, que era poco más que un extraño.

—¿Extrañas a una mascota que dejaste en Londres, tal vez un gatito? —abrió grandes los ojos cuando la boca de Sam la traicionó y mostró una curva en las comisuras de sus labios—. Ah, ya sé... ¡un periquito!

—Cielos, ¿qué te haría pensar que tengo un pájaro? —Sam no pudo evitar reírse de su evidente broma.

—Bueno —Elijah se inclinó hacia adelante una vez más y la miró de la cabeza a los pies—. A veces, lleva más de una suposición. Permíteme pensar. Hizo una actuación de cerrar los ojos y suspirar ruidosamente.

Sam golpeó el piso desnudo con el pie.

Finalmente, abrió los ojos de golpe.

—Ya sé. Olvidaste tu vestido favorito en la ciudad y ahora te verás obligada a pedir prestado un atuendo de mucama para la boda de mañana.

—No seas ridículo, milord. —Sam suspiró con exasperación—. Si hubiera olvidado mi vestido, simplemente tomaría prestado uno de Jude.

—Tu hermana se casará con Lord Cartwright mañana, lo que te dejará sola. Extrañarás su compañía. Tal vez incluso envidies un poco que haya encontrado a Cartwright.

Sam se volvió hacia la cama para ocultar su expresión de completo shock. Sus propias reflexiones dichas en voz alta. Era cierto, ella sentía todas esas cosas, aunque dudaba en admitir que envidiaba a su gemela; sin embargo, le dio a Sam algo a lo que aferrarse, algo que no tenía nada que ver con Beauchamp, su repentina e inesperada llegada y el abandono de sus gemelas dieciocho años antes.

—De hecho, has estado bastante cerca —dijo Sam, girándose hacia él una vez más—. Aunque estoy muy feliz por Jude. Está enamorada. Simon es la pareja perfecta: sus temperamentos e intereses se combinan muy bien. Se adaptarán bien el uno al otro.

—Sin embargo, esto te deja sola —insistió.

—Por supuesto que no —dijo Sam con una sonrisa—. Tengo a Marce, Garrett y Payton.

—Pero Payton es poco más que una niña.

—Ya tiene diecisiete años, milord —Sam oyó la hostilidad en su tono y deseó poder volver el tiempo atrás, pero Elijah no pareció darse cuenta—. La presentarán en sociedad la próxima temporada; eso si ella puede controlar sus vicios por otro año.

—Sé una cosa o dos sobre estar solo (y el dolor que le produce a las personas). La sombra oscura volvió a nublar sus ojos—. He perdido, pero estoy tratando de seguir adelante.

Sam se sintió de inmediato arrepentida de haber sido tan insensible—. Mis disculpas, Elijah. —Se hundió en la silla de respaldo alto que hacía juego con la suya—. Perdiste a tu abuelo recientemente, y aquí estoy, hablando sobre el matrimonio de Jude y la partida de nuestra casa. Todo el tiempo, debería estar contenta de que ella todavía esté con nosotros y más feliz de lo que alguna vez la haya visto.

Elijah suspiró.

—No es *por eso* que mencioné mi reciente pérdida, Sam.

Si él dijo otra palabra después de pronunciar su nombre en voz alta, ella no lo procesó. Podía escucharlo decir su nombre, susurrar su nombre, gritar su nombre, suspirar por el resto de su estancia en Derbyshire.

—¿Me estás escuchando?nAquí estoy, un pobre sapo, desnudando mi alma, y ni siquiera me estás escuchando. —Elijah se puso de pie, y se acercó hasta ubicarse frente a ella. Ella inclinó la barbilla hacia arriba para ver su cara y evitar mirar su cintura, sabiendo lo que estaba justo al sur—. Como estaba diciendo, la mejor medicina para la melancolía es la distracción.

Se preguntó si sospechaba que había sido su distracción desde su llegada. Ah, y qué maravilla de diversión era. Cometió el absurdo error de bajar la barbilla, los ojos que se movían de su cara a sus labios, y más abajo, a su amplio pecho, contra la fina camisa de lino debajo de su abrigo.

Tragó saliva, llevando los ojos a los Elijah.

—Soy experta en el arte de la distracción.

—No tengo dudas —susurró mientras se inclinaba más—. ¿Anoche, en el estudio buscabas distracción?

—¡Mi libro! —casi se había olvidado del conjunto de volúmenes y el que se había llevado la noche anterior.

—Corrección. El libro de Lord Cummings.

—La posesión es lo que importa, mi señor.

—Entonces diría que soy el dueño legítimo del libro porque está en *mi* poder.

—Lo quiero de vuelta —demandó Sam. Su mirada se endureció—. Puedes ir a buscarlo y traérmelo.

—Claro que no lo haré —rió al tiempo que se erguía una vez más—. Además, lo correcto es regresarlo al lugar que le corresponde... antes de alguien lo eche de menos.

—¿Y si todavía no quisiera devolverlo? —Al diablo. Sam quería echarles otra mirada a sus malvadas páginas. Tal vez, más que una mirada (se llevaría la colección entera, si no fuera porque el espacio vacío en el estante llamaría la atención)—No he aprendido todo lo que quiero saber.

—Pienso que lo mejor sería que buscaras otra distracción... no tan destructiva.

Sería un desastre si la encontraran en posesión de ese libro escandaloso, pero Sam no podía pensar en ninguna otra forma de aprender las cuestiones de la carne sin tener que preguntarle a Garrett (lo que *no* era una opción) o suplicarle a Ellie que le confiara lo que escondía el lecho matrimonial.

No obstante...tenía otra opción y estaba de pe delante de ella.

—¿Te ofreces a enseñarme, milord?

Capítulo once

—Señorita Samantha, no creo que debamos discutir sobre el tema... *entre cuatro paredes*, quiso agregar, pero, inteligentemente, se guardó el comentario. Por Dios, la mujer lo había atrapado con sus propias palabras—. Creo que será mejor...

El rostro de la muchacha se iluminó con una sonrisa pícaro, lo que cortó en seco sus palabras de advertencia. Era la misma sonrisa que había notado cuando la levantó a la vera del camino antes de la tormenta.

—Pero, milord, has recomendado una diversión —hizo un pequeño mohín con el labio inferior, a modo de puchero cuando él negó con la cabeza, incapaz de responder al sugestivo comentario. Lo miró por debajo de sus largas pestañas—. Seré una alumna ávida.

La mujer era una sirena. Una pícaro descarada enviada a desviarlo de curso. Estaba haciendo un trabajo estelar.

—¿Por qué no te acompaño a la planta baja, al jardín? Hace un rato, los otros invitados estaban jugando al bádminton en el jardín al oeste de la casa.

—No es el tipo de distracción en la que estaba pensado, Lord Ridgefeld —dijo, como en un arrullo y deslizó la lengua por el labio inferior, carnoso. ¿Había hecho énfasis en *Ridge* o le había parecido?

Su cuerpo, traicionero, respondió.

Era una señorita educada. Joven e inocente, pero ella estaba jugando el papel de una cortesana experimentada. Una mujer bien versada en los talentos necesarios para seducir a un hombre, incluso a un hombre tan honorable como Eli.

—Entonces tengo otra idea, una que sin duda será más agradable.

Inclinó la cabeza un poco hacia la izquierda, interesada.

—Sigue.

—Ambos necesitamos distraernos, ¿verdad?

Había ido a Derbyshire por esa misma razón, aunque no había esperado que su viaje incluyera la enloquecedora belleza de cabello rojizo que tenía ante él, que lo había llevado a cuestionar todo lo que pensaba que era un noble marqués.

—Correcto.

—¿Por qué no nos permitimos ser *la diversión del otro* mientras estamos en Hollybrooke?

Eli no era tan crédulo como para aceptar su proposición sin más explicaciones.

—Y, dime, exactamente, ¿cómo imaginas que funcionaría?

—Bueno, nos haremos mutuamente compañía durante nuestra estada, tal como estamos haciendo ahora.

—¿Así como ahora? —estaba en el dormitorio de una señorita inocente, soltera, en una casa solariega llena de invitados; de un extraño, nada menos. Su relación ya había superado el punto de estar cerca de lo ortodoxo.

Eli miró por encima del hombro las arrugadas mantas y luego el armario con sus cosas prolijamente ordenadas. Todo estaba en orden... aún más, *él* era lo único fuera de lugar.

—No es prudente que tú y yo nos hagamos compañía de esa manera, Samantha —pronunció su nombre lentamente como si ella no fuera capaz de captar el significado de sus palabras. La habitación se cerró a su alrededor. Estaba de pie demasiado cerca de ella, tan cerca que podía oler su fragancia de bayas de enebro, un cambio de aroma del habitual perfume de lavanda. Después de menos de un día, ¿pensó que conocía la fragancia que prefería habitualmente? —Sin embargo, concedo que disfruto muchísimo de tu compañía.

No debería haber permitido que las últimas palabras cruzaran sus labios. Ella sonrió triunfal y aplaudió vigorosamente.

—Entonces propongo que intentemos que los próximos días sean tolerables para los dos... no más mal humor, no más melancolía y más diversión. Tú, dejarás a un lado tu dolor y yo, superaré mi próxima pérdida.

De ninguna manera debería estar de acuerdo con la propuesta. La decisión acertada sería darse la vuelta de inmediato y salir de la habitación sin ser visto. Olvidarse del viaje en el carruaje, de este rato, aquí en la habitación... y, si fuera realmente inteligente, ignorar el rato que pasaron juntos en el estudio. Sin embargo, Eli era reacio a agriar el estado de ánimo encantador de la muchacha al rechazar de lleno su sugerencia.

Su pedido era simple: dos días, o lo que quedara por pasar en Derbyshire, en su compañía como una distracción. No le pedía nada más que tiempo, lo que Eli tenía en abundancia.

—Para aclarar, nos acompañaremos en un entorno adecuado.

—Si ese es tu deseo, milord —concedió con un movimiento de cabeza.

—Muy bien, entonces —respondió—. Me gustaría saber más de lo que propones.

Sam saltó de su asiento y lo envolvió con los brazos y lo tiró de él, para darle un fuerte abrazo.

—Incluirá...

Sus palabras se desvanecieron mientras todo lo que Eli podía pensar era en sus brazos alrededor de él. La sensación de sus pechos contra su pecho. La forma en que las caderas se alineaban con las de él. Y que, cuando hablaba, su aliento se demorara en su cuello... cálido y acogedor.

Sospechaba que lamentaría su decisión de seguir el plan, solo esperaba que estuviera lejos de Derbyshire antes de que el remordimiento lo invadiera.

Sam lo liberó, demasiado pronto, pero también demasiado tarde para evitar la agitación dentro de él, y saltó a la cama. Parecía completamente inconsciente del escándalo que causaría si fuera descubierto en sus habitaciones privadas. Incluso *aunque* un chaperón hubiera estado presente, sería muy muy inapropiado.

No había forma de ocultar cuán consciente estaba él de su exquisita belleza: su cabello suplicaba ser liberado de los accesorios que lo sostenían para caerle salvajemente por la espalda, el vestido demasiado ceñido sobre sus pechos y la forma en que se levantaba su falda, que había un fugaz tobillo blanco, bien formado cuando saltó sobre la cama.

Su hombría saltó en respuesta.

Su cama.

Su cama arrugada y desarreglada después del sueño.

Grande, lujosa y cubierta con un suave cubrecama color de durazno y blanco. De hecho, toda la habitación estaba decorada con piezas femeninas, desde el escritorio blanco en la esquina hasta el candelabro de bronce que colgaba sobre la cama. El diván que estaba cerca de la ventana era de un blanco cremoso con almohadones que combinaban con las cortinas.

Se concentró en el preocupante comportamiento de la muchacha para evitar que sus propios y caprichosos pensamientos se transformaran en acciones.

Pero incluso con esta decoración luminosa y ligera, la habitación estaba en penumbra, debido a que las cortinas estaban bien cerradas y no había vela alguna encendida. Era más o menos la forma en la que Sam apareció cuando él entró en sus aposentos —rodeada de sombras, como acechada por lo que la perseguía y asustaba. Aunque este hecho no disminuía su brillo exterior.

Sus propias habitaciones estaban directamente enfrente de esta. La paleta de color estaba dominada por distintas tonalidades de azul oscuro, con grandes muebles de cerezo oscuro. No tenía ni una pizca de color pastel o adornos delicados y femeninos.

Por fortuna, ella saltó de la cama y se apresuró a la ventana más cercana. Corrió los pesados cortinajes, los ajustó en su lugar con un lazo y buscó en el escritorio unos momentos antes de sacar una hoja de papel y un lápiz, que tenía la punta tan afilada que parecía un arma mortal.

Por un instante, Eli temió que regresara a la cama, pero, otra vez, la suerte estaba a su favor y resolvió volver sentarse en la silla que estaba junto a él.

Se aclaró la garganta y colocó el papel en la pequeña mesa que había entre ellos.

—Ahora bien. Entiendo que no conoces a los invitados, ¿no es así? — cuando él asintió, continuó—. Bueno, me dedicaré a hacerte conocer a todos: nombres, títulos, la ubicación de sus casas e intereses. ¿Te parece bien?

—Ciertamente, me ayudaría mucho.

—Estupendo —se inclinó sobre la mesa y garabateó unas rápidas notas en el papel.

Desde donde estaba, no podía leer lo que había escrito.

—¿Qué ganas con nuestro acuerdo? —el interés que tenía en él la muchacha, confundía mucho a Eli. Era de una belleza impactante, era recatada y elegante, bendecida con un ingenio difícil de igualar. Él, en cambio, era un marginado social por elección. Aunque viajado y finamente educado (todo gracias a su abuelo), Eli no era un hombre de sociedad. Era un caballero, gracias, una vez más a su abuelo. Sin embargo, nunca había asistido a una velada de gala o a un club de juego en Londres. Pasaba la mayor parte del tiempo en su casa de campo o vagabundeando por las tierras salvajes de Inglaterra, Escocia o hasta los desiertos de África.

La aventura era lo que él ansiaba, lo que más extrañaba más de su abuelo. Sin embargo, ¿podría encontrar los estímulos a los que estaba acostumbrado en los brazos de Sam?

El brillo de los ojos de Samantha le decía que ella también buscaba aventuras, aunque Eli sospechaba que participar de una empresa en la sociedad era mucho más peligroso que explorar las grutas en Egipto.

###

Sam había quedado sin palabras cuando Elijah accedió a su pedido. Mantuvo la mirada fija en el papel que tenía delante para ocultar lo mucho que ansiaba este acuerdo. De haber sabido que abriría la puerta de su dormitorio y encontraría a Elijah allí de pie o que ella habría de proponer semejante plan, entonces lo hubiera pensado antes, en lugar de devanarse los sesos ahora para pensar cómo podría utilizar este acuerdo para su ventaja.

¿Tendría el coraje de admitir lo que realmente deseaba de esta asociación? Tal vez, no estaría tan mal admitir una mínima cuota la verdad.

—Es simple, milord. —Y así era. Al menos en la mente de Sam—. Me acompañaras por la casa de Cummings: a todas las reuniones, comidas y juegos. Parecerá que me está cortejando un marqués, un deslumbrante caballero —hizo una pausa, y le guiñó el ojo—. Esto les indicará a los caballeros que estén disponibles que soy un gran premio. He oído que la mejor forma de atraer la atención de los hombres es parecer inalcanzable —Y sin duda, impresionará mucho a su padre.

—¿Estás buscando atención, señorita Samantha?

—¿No lo hacen todas las mujeres? —contestó y dejó el lápiz.

—No sabría decir lo que busca una dama.

El hombre se comportaba como si jamás hubiera estado en compañía de una mujer—. ¿Qué hay de tu madre... o tal vez tu abuela, tías o primas?

Hundió la barbilla y Sam notó cómo las manos se crispaban en puños sobre su regazo—. Mi abuela falleció ya hace mucho tiempo; casi no la recuerdo. No tengo otros parientes femeninos. Siempre fuimos mi abuelo y yo.

—Entonces, una vez más, puedo ayudarte de otra forma —Elijah le estaba proporcionando la perfecta distracción para no aburrirse y mantener a raya a su padre hasta que se marcharan a Londres—. Te educaré sobre las mujeres. Estoy segura de que querrás encontrar una pareja en algún momento.

Si alguna vez viajaba a Londres, el marqués se encontraría acechado por cada matrona con sus niñas detrás. Sam se inclinó cerca de él, incapaz de pensar en ninguna otra mujer que pudiera estar en presencia de Eli. O peor, que Eli encontrara agradable la compañía femenina.

Sam había sido testigo de cómo las madres paseaban a tristes debutantes por los salones de baile y las presentaban a hombres de todo calibre: algunos viejos y ricos, algunos pobres y atildados y otros, repulsivos, pero bien conectados con un linaje insuperable.

Era detestable. Extremo.

Se esperaba que ella y sus hermanas se casaran, pero no las forzaban a cada caballero que se cruzaban, ni las vendían al mejor postor.

Su lugar en la zona más externa de la sociedad le proporcionaba a Sam la oportunidad y la libertad para moverse en forma casi inadvertida. A pesar de que su belleza sí llamaba la atención y estaba asociada por lo general al tipo escandaloso (lo que en algunas ocasiones ella permitía). Un casto beso en algún callejón oscuro, un baile con un lord bien parecido tal vez demasiado apretados, y hasta una vuelta en el carruaje cerrado de un lord.

Sin embargo, Sam nunca se había visto involucrada en un encuentro furtivo de ningún tipo.

Sin dudas le habían hecho propuestas: flores, regalos extravagantes, pero Marce había insistido en que devolviera a cada uno con una severa nota de que los avances impuros no eran bienvenidos.

¿Marce aprobaría que Sam pasara tiempo con Lord Ridgefeld?

—No he pensado demasiado en unirte a una dama —respondió.

—Entonces esto también funcionará a tu favor —hay algunas mujeres jóvenes aquí, y es probable que sus madres te claven las afiladas garras tan pronto como se enteren de que eres soltero, atildado y rico.

Se frotó la parte posterior del cuello.

—Permíteme reflexionar sobre esto... ganarás la atención de los hombres, y alejarás a las madres que tengan intenciones matrimoniales.

—Supongo que eso es muy cierto —Sam concordó con una sonrisa. Sin embargo, ella no mencionaría que tener a Eli a su lado durante su estada en Hollybrooke también mantendría alejado a su padre y reduciría las posibilidades de que buscara una conversación privada con ella o, Dios la ayude, hiciera que Sam causara una escena antes de que todos se reunieran. En este punto, no tenía nada que decirle a Beauchamp. No tenía ningún interés de escuchar ninguna disculpa que pudiera sentirse obligado a dar, ni a ninguna promesa que pudiera hacer de una relación futura—. ¿Tengo tu aprobación?

—¿Ambos acordamos conducirnos de manera adecuada?

—Ciertamente, milord —dijo.

—¿Me presentarán a los caballeros notables, e impedirás que las matronas me claven las garras?

—Esa será la parte fácil —el estómago vacío le hacía ruido mientras esperaba su respuesta.

Dejó escapar un suspiro bajo, largo, y llevó la mirada al regazo.

—¿No nos encontraremos en ninguna situación comprometedoras después de salir hoy de tu habitación?

Ella dudó. Por un lado, encontraba a Elijah seguro y no amenazante. Por otro lado, deseaba desesperadamente aprender más sobre el lado físico de una relación íntima y él era la única persona que podía ayudarla. Nunca aceptaría enseñarle. Sin embargo, no había ninguna razón para compartir con Eli lo que realmente buscaba.

—No, nos acompañaremos solo en las áreas públicas admitió y esperó que no notara que lo que decía estaba abierto a la interpretación. El estudio había sido un área muy pública; sin embargo, el rato que pasaron allí fue sin las miradas indiscretas de otros invitados—. Si estás de acuerdo, esperaré tu compañía para la cena.

—De acuerdo. Sin embargo, ¿cuáles son tus planes para el resto del día?
—La miró con suspicacia, como si esperara que se deshiciera en llanto una vez más al salir de la habitación—. Podemos comenzar de inmediato. Quizás pueda acompañarte a dar un paseo por el jardín, o podemos asistir a la reunión al aire libre.

No tenía idea de adónde se había ido Beauchamp después de huir del estudio, pero Sam aún no estaba preparada para enfrentar al hombre, ni las miradas inquisitivas de los demás invitados. Para la cena, tendría que recomponerse. Se esperaba que asistiera y estuviera al lado de su familia mientras se deleitaban con la comida final antes de la ceremonia del día siguiente. Incluso si su padre se presentaba a la comida, Marce nunca arriesgaría una escena al sentar a Sam cerca del hombre. Hasta entonces, tenía mucho para ocupar su tiempo y energía.

—Creo que tengo un vestido apropiado para la boda —dijo Sam—. Pero te veré esta noche.

De pie, se dio cuenta de que no quería que Elijah se fuera, pero no beneficiaría a ninguno de ellos si su doncella llegaba y los pillaba solos en su dormitorio. Él también se puso en pie y la siguió hacia la puerta.

—Tengo una última petición, milord —dijo Sam mientras colocaba la mano en el pomo de la puerta, pero sin hacer ningún movimiento para abrirla.

Él se detuvo ante ella, tan cerca que podía oler la fragancia de su camisa recién lavada.

—No creo que un último pedido pueda causar daño alguno.

Su cálido aliento le rozó la mejilla y el cuello, por lo que le resultaba difícil recordar cuál era su súplica. Se moría de ganas de tocarlo: recorrer con

los dedos su cabello cuidadosamente peinado y encontrarse con sus labios una vez más. Solo era eclipsada por el deseo de que sus manos descubrieran su cuerpo, que su lengua explorara su boca y sentir su cuerpo apretado contra el de ella.

—¿Tu pedido, señorita Samantha? —susurró.

El espacio entre ellos chisporroteó.

—Anhele que me devuelvan cierto libro —¿Era esa la petición que ella tenía en mente? No tenía ni idea—. Por favor, milord —arrulló, inclinándose al oído del joven, al tiempo que rogaba al resto de ella que permaneciera bajo control incluso mientras anhelaba tocarlo. Todo su cuerpo vibraba con un anhelo que su mente no entendía del todo.

Estaba muy cerca.

Se hizo hacia atrás y lo miró directo a los ojos, que le suplicaban que accediera a su pedido. Si le devolviera el libro y le permitiera ver las imágenes de cuerpos desnudos, de seguro dejaría de pensar en el cuerpo desnudo de *Eli*.

Se inclinó sobre ella y llenó el espacio que ella había dejado entre los dos. Iba a besarla, allí mismo, en su dormitorio. En lugar de eso, se detuvo, la boca a una fracción de pulgada de la de ella. Si hiciera puchero con el labio inferior, rozaría el de *Eli*.

La mano de la muchacha cayó del pomo de la puerta y Sam se preparó para rodearlo con los brazos cuando sus labios se unieran... si sus labios se encontraban

El silencio entre ellos se alargaba interminable mientras Sam esperaba su respuesta o sus labios.

Cada terminación nerviosa en su cuerpo reverberaba con anticipación.

—No hay ninguna posibilidad —se enderezó y abrió la puerta. ¿En qué momento había sujeto el pomo de la puerta? —. Si deseas continuar con esa escandalosa educación, necesitarás volver al estudio a buscar otro volumen, porque no te devolveré el primero.

Sam suspiró cuando el atravesó la puerta abierta hacia el corredor vacío. Sus pisadas se perdieron gradualmente al dirigirse hacia su propia habitación. La puerta se abrió y cerró sonoramente luego de que hubiera entrado.

Fue solo en ese momento que Sam se dio cuenta de que le había negado su petición final, aunque sus acciones daban algo más que las promesas combinadas de los libros. Tenía poca necesidad de regresar al estudio por otro volumen.

Lord Ridgefeld, Elijah, le proporcionaría la distracción que deseaba... y la satisfactoria promesa de mucho más.

Capítulo Doce

Eli estaba de pie frente al espejo mientras intentaba arreglar su pañuelo de seda. La condenada cosa le estaba dando mucho trabajo. Había perdido el aspecto de recién planchada tres intentos atrás. Nunca tendría que haber despedido a su valet para vestirse solo. De seguro llegaría tarde a acompañar a la señorita Samantha la cena si no podía hacer el nudo y hacerlo rápido.

Era imperativo que diera una buena impresión; sin embargo, era mucho más importante llegar libre de deseos secretos por Sam.

Mathers había pasado una hora larga con la navaja trabajando en la línea de la mandíbula de Eli. Para él, era esencial que diera una muy buena impresión a Cummings y Cartwright. Si no, los hombres bien podrían rechazar la donación de Ridgefeld. Sam estaría a su lado y lo conduciría con mano segura por la comida y cualquier entretenimiento que se hubiera planeado para la noche. Por fortuna no habían planeado ningún baile, lo que hacía que Eli no necesitara las medias y los zapatos más formales. Las detestables galas eran un mal necesario para algunos, pero él había logrado evitar esa tortura la mayor parte de su vida adulta.

Había decidido vestir sus botas Hessians, pantalones negros, una camisa ligera y un abrigo. Estaba cómodo, estaba presentable. A la moda, aunque sin ostentación.

Si hubiera estado en su propiedad, habría terminado la reunión con su mayordomo y se estaría preparando para una caminata a paso vivo por sus tierras y establos para verificar la esgrima, los caballos y las cosechas, todo el camino seguido por la horda de gatos que se habían ganado su lugar como caza ratones. Cook tendría su cena preparada cuando regresara de sus actividades diarias.

¿Se interesarían otros lores tanto por la condición de su propiedad?

Elijah no podía evitar pensar que había sido criado de una manera muy diferente a la mayoría de los hombres de la alta sociedad. Nunca había vivido una vida de lujo; había trabajado duro todos los días, ya fuera en la casa de su familia o en una de sus muchas aventuras con el difunto marqués. Sus manos tenían callos de haber utilizado un pico durante días en una excavación en Austria. Tenía las piernas musculosas de caminar detrás de un arado en África cuando había ayudado a una comunidad a sembrar en hileras. Tenía la piel

bronceada por los muchos viajes por mar. Estas fueron experiencias, aventuras, muchos nobles nunca lo sabrían. Y también recuerdos que apreciaría y que, tal vez, un día compartiría con sus propios hijos.

Sam le había preguntado si planeaba casarse pronto y él mintió, cuando dijo que no había pensado en eso y negó que fuera algo que le interesara en el presente. El hecho era que, en algún momento, en el futuro cercano, tomaría una esposa y formaría una familia, o se enfrentaría a la posibilidad de vivir solo, a excepción de los sirvientes, en su propiedad. Muy parecido a las medias y los zapatos formales, Londres pronto sería otro mal necesario, ¿de qué otra manera podría conocer a las mujeres adecuadas para casarse?

Si hubiera otra forma, Eli estaría interesado en conocerla. Las fiestas en el campo no parecían ser nada horribles; sin embargo, uno debía conocer al anfitrión y a la anfitriona para conseguir una invitación, lo cual era extremadamente difícil cuando uno no conocía bien a la sociedad.

Viajaría a Londres en un futuro cercano para transportar la extensa colección de antigüedades y artefactos de su abuelo. Ciertamente, habría suficiente tiempo para explorar la sociedad durante una semana, tal vez más.

Eli ya no podría demorarse mucho más en su habitación si planeaba llegar a tiempo para compartir la comida con los otros invitados. Excepto por aquellas a las que había sido presentado en el desayuno, no conocía a ninguna otra persona. También era probable que ya hubiera olvidado los nombres de quienes había conocido hasta el momento.

—El nudo de cochero será —murmuró Eli, mientras controlaba a tientas el nudo bastante simplista. Estaban en el campo, después de todo, ciertamente no se necesitaba prodigarse en corbatas. Se giró hacia un lado y luego hacia el otro, inspeccionando su obra. —Tendrá que servir.

Eli tomó su abrigo, se lo puso de forma que su ajustada costura se asentara sobre sus hombros. Si dependiera de él, se habría puesto una chaqueta mucho menos restrictiva; sin embargo, su ayuda de cámara le había asegurado que el ajuste era el correcto, aunque no lo favorecía.

Salió al pasillo y cerró la puerta firmemente. Habían encendido los candelabros de pared y arrojaban un brillo por el pasillo en ambas direcciones. Al principio, el profundo y ensordecedor silencio lo puso nervioso. Todos debían de estar en la planta baja.

La sensación de estar completamente solo no era nada nuevo para Eli, pero la casa desconocida lo mantenía ocupado en el esfuerzo por escuchar los extraños sonidos que salían de la vieja mansión. Una figura vestida de gala se

apresuraba a la vuelta de la esquina, los pies calzados con sandalias que no emitían sonido mientras corrían hacia él. Pasó bajo una lámpara, que iluminó su cabello rojizo y la hizo aparecer como si llevara un halo celestial. El pensamiento casi lo hizo reír ya que Sam no era de ninguna manera angelical.

Se guardó el comentario, temeroso de haber confundido a la señorita Judith con su gemela una vez más.

—Lord Ridgefeld —dijo, en un suspiro ya que las palabras la dejaron sin aliento por sus apresurados movimientos por el pasillo—. Pensé que me habías abandonado a los lobos.

Tenía el cabello bien sujeto sobre la cabeza, más o menos igual que antes. No se había imaginado el halo que había visto, sino que ese era el estilo preciso que Sam había se había propuesto. Su vestido, del más puro azul, solo complementaba su piel clara y sus ojos de color verde musgo.

Se aclaró la garganta cuando sumergió los ojos, de forma inapropiada, en el profundo escote de su ajustado vestido.

—He hecho una promesa, señorita Samantha —le tendió el brazo y ella apoyó los dedos ligeramente en la curva del codo—y un hombre solo puede ser juzgado por las promesas que mantiene, o destruido por las que abandona. O, al menos, eso dice mi abuelo... —hizo una pausa, inseguro de lo que le había hecho pensar en tan extraño adagio—. Quiero decir, lo que solía decir.

Sonaba como un perfecto idiota.

—Mis disculpas —dijo—. Es encantador verte de nuevo, señorita Samantha. Espero que tu día sea más agradable a medida que avance.

Le sujetó el brazo con más fuerza ante la mención del momento menos que recatado que habían pasado en sus habitaciones—. Con sinceridad, espero que mi noche sea más agradable que mi mañana, milord.

—Haré todo lo que esté a mi alcance para que sea así —Era una promesa que esperaba cumplir—. ¿Vamos?

Cuando ella asintió, comenzaron a caminar por el pasillo y doblaron la esquina hacia la escalera principal. Las voces de los invitados se desplazaron hacia ellos, junto con algunas suaves risas femeninas, risas masculinas más profundas y otras conversaciones joviales, una sobre otra, y que le imposibilitaba discernir algo de lo que se decía. Eli deseaba ser parte de todo, pero aun así, su inquietud lo detuvo de dar el primer paso por la gran escalera. Sam se detuvo a su lado como si hubiera notado la vacilación en sus pasos.

—Escuché que se esperaban algunas nubes de tormenta dispersas durante la noche —comentó. Sam parecía más que feliz de retrasar su llegada un poco

más.

—Eso es correcto, milord. Sin embargo, sospecho que los cielos no se atreverían a arruinar a Jude el día de su boda.

— El jardín de Lord Cummings, con certeza, está preparado para la ceremonia. —Eli recordó las rosas, los arbustos y las sendas cuidadas con esmero y precisión—. Definitivamente, está tomando en serio las inminentes nupcias de lord Cartwright.

—Han sido amigos desde su época en Eton, Lord Ridgefeld —contestó ella—. Tal vez no como hermanos, pero ciertamente más que meros amigos, o en eso insiste mi hermana.

—Espero con ansias conocer más profundamente a la pareja. —Eli dio el primer paso hacia el piso inferior y Sam hizo lo mismo.

—No nos quedemos con ellos toda la noche o —hizo una pausa y una sonrisa asomó a los labios— nos encontraremos cayendo en el hondo sopor del aburrimiento —su profunda carcajada reverberó en las altas paredes mientras giraban en el rellano para bajar los últimos pasos hacia el vestíbulo. La miró y notó la forma en que sus ojos brillaban con malicia.

—Realmente dudo que alguna vez pueda caer en un sopor contigo tan cerca.

—Oh, no hagas promesas que no puedas cumplir —replicó—; su risa burbujeaba. Eli miró hacia el vestíbulo y solo en aquel momento vio al grupo como congelado en su lugar, mirándolo a él y a Sam dar el último paso. No podía comprender sus extrañas expresiones. Los ojos de una mujer estaban muy abiertos, como sorprendidos por lo que veía; otra ocultaba su sonrisa detrás de su abanico y dos caballeros —el señor Haversham y el señor Jakeston, creía él— intercambiaron una mirada cómplice. Los dedos enguantados de Sam se le clavaron en el brazo,

—Buenas noches, Lord y Lady Haversham. Sus palabras fueron tensas como si se pronunciaran entre dientes—. Señor y Sra. Jakeston. Es un placer volver a verlos a todos.

Eli se arriesgó a mirar a Sam. Tenía los labios estirados hacia atrás en una sonrisa, pero no se parecía en nada a la sonrisa genuina que había notado en ella en varias ocasiones desde que se conocieron.

Aunque no se sentía cómodo con las miradas de los cuatro, Sam no parecía estar afectada.

Se tiró del pañuelo, de repente demasiado apretado para su gusto.

—La invitación nos llenó de alegría —dijo la mujer. del brazo de Haversham—. Fue maravilloso que Lord Cummings nos abriera las puertas de su hogar...niños y todo.

—¿Te estás refiriendo a nosotros? —Jakeston se llevó la mano a la garganta dramáticamente—. Me has herido, mi querida Lady Haversham.

La mujer de cabello oscuro, que llevaba del brazo lo golpeó con fuerza.

—No te hagas el ofendido, Harold. Tú y Brock son muy conscientes de vuestros comportamientos infantiles y, probablemente, estén orgullosos de ellos.

—Me atrevo a decir que eso me ofende —replicó Jakeston—. Me he comportado como un caballero en todo momento desde mi llegada, señora Jakeston

¡Hoy más temprano has saltado al estanque! —su esposa replicó—.

—¡No he hecho tal cosa! —replicó Jakeston—. Haversham arrojó mi taco de croquet en el agua turbia y gélida y luego me empujó al estanque.

—Jakeston se estaba comportando como un correcto caballero y rescatando la propiedad de Cummings de la ruina —dijo Haversham, interviniendo para ayudar a su amigo, pero de ninguna manera ofrecía una explicación convincente—. Solo necesitaba un poco de ayuda para recordar su obligación que tenía, como caballero, de ir a buscar el taco.

—Fue de caballeros caminar por la casa de Lord Cummings mientras correabas agua sucia del estanque en los pisos? —fue el turno de Lady Haversham de mirar en tono a su marido en tono de reproche, con los ojos entrecerrados.

—Vámonos —susurró Sam al inclinarse cerca de la oreja de Eli—. Es probable que estos dos continúen su debate hasta que salga el sol por la mañana —tiró del brazo del joven mientras daba un paso al costado para rodear a las dos parejas—. Los veremos a todos en la sala.

Se movieron hacia las voces de los otros invitados reunidos en el momento en el que Haversham y Jakeston parecían representar la escena en el estanque. Debía de haber sucedido mientras él y Sam estaban en su recámara. Eli se rió entre dientes.

—Me habría encantado ver eso.

—Oh, estoy segura de que la pareja ofrecerá diversión continua durante nuestra estada —la tensión la abandonó mientras se acercaban al salón—. Discuten y bromean mucho, como un matrimonio.

Pasaron por la puerta abierta a un tiempo. Eli sonreía como un tonto con Sam, orgullosa, de su brazo.

—¡Sam! —llamó Payton, al tiempo que saltaba desde el diván que compartía con otra joven niña. Corrió por la habitación y sujetó la mano libre de Sam—. Después de la comida habrá juegos de cartas ¡y Marce dice que puedo jugar! —La chica de pelo oscuro daba saltos ante ellos como si no notara a Eli al lado de Sam. La joven se había sentado entre los hermanos mayores de Sam en la mesa del desayuno.

—Es muy amable de nuestra hermana permitirlo —dijo Sam, apretando la mano de la niña antes de mirar a Eli—. Lord Ridgefeld, esta joven sobreexcitada es mi hermana menor, la señorita Payton Samuels —dejó caer la mano de Sam y dio un paso atrás, haciendo una reverencia profunda delante de él.

—Milord, es un placer conocerlo.

De pie, una vez más, la joven miró por encima del hombro y Eli notó que una mujer rubia y pequeña daba su aprobación.

—Y es una delicia conocer a otra de las hermanas de señorita Samantha —respondió Eli—. Espero con ansias un emocionante juego de cartas más tarde. ¿Me reservará un lugar en su mesa? —Un rubor asomó a las mejillas de la chica, y no estaba seguro de dónde había surgido su encantadora pregunta.

—Por supuesto, milord, pero espero que haya traído algún dinero extra —no tuvo tiempo de responder cuando la joven dio media vuelta para recuperar su asiento junto a la otra chica.

—Si en algo valoras tu dinero, no te sientes en la mesa de Payton. —Eli miró a Sam, frunció el ceño—. ¿Por qué no? ¿Es ella acaso una jugadora experta?

—Cielos no —confió Sam—. Es una tramposa redomada.

—¡No! —Eli miró hacia donde estaba sentada la Srta. Payton, con la cabeza inclinada hacia la chica a su lado mientras charlaban en voz baja—. No lo creo.

—Toma en serio mis advertencias —dijo Sam, llevándolo más adentro de la habitación—. Marce tiene la deuda de juego para probarlo. No estoy segura de si mi hermana está contenta de que Payton haya dominado el conteo de cartas o si prefiere continuar pagando las deudas en las que Payton incurre por ser una jugadora horrible. Se dice que ganó la tendencia a urdir mentiras de su padre.

El tono falto de humor de Sam le dijo que decía la verdad. Cartwright y la señorita Judith se acercaron para saludarlos y Eli se sorprendió una vez más por el parecido compartido por las hermanas: eran idénticas en apariencia. No era de extrañar que las hubiera confundido.

—Buenas noches, milord —saludó la señorita Judith al tiempo que le ofrecía una cálida sonrisa. Esta noche, la elección del vestuario de las hermanas no podría ser más diferente. Mientras que el escote de Sam era profundo, lo que permitía una amplia vista de su pecho, el escote de la señorita Judith estaba bien asegurado en el cuello. Ambas habían adoptado vestidos azules, pero si bien la elección de Sam era casi vibrante, de tono zafiro, la de la señorita Judith era más de lo que se esperaba que usara una mujer joven: un color pastel claro no muy diferente de un cielo brillante en un día despejado. Eli no pudo evitar notar que las hermanas evitaban el contacto visual y que Sam se había puesto tensa en su brazo.

—Y a usted, señorita Judith. Gracias de nuevo por extenderme la invitación.

—Oh, una vez que Simon explicó la situación, acepté de buena gana —dijo—. Estaremos lejos de Londres por un tiempo. No me gustaría que los visitantes del museo sufran la pérdida de una colección tan deliciosa porque estoy arrastrando a lord Cartwright al campo.

—No hay necesidad de que me arrastres, pastelito —Cart confirmó su intención, mientras acariciaba el brazo de su prometida con suavidad—. Te seguiría hasta los confines de la Tierra —Sam soltó un bufido, lo que le ganó una mirada severa de su gemela.

—Tu vestido es impresionante, querida hermana —la señorita Judith se dirigió a Sam por primera vez—. Te ves exquisita, como siempre. Estoy encantada de ver que te sientes mejor.

Eli se preguntó si el comentario era en referencia a la tarde que Sam pasó en su habitación, pero se guardó la pregunta, satisfecho de esperar un momento a solas.

—Gracias, Jude. Si nos disculpas. Creo que necesito un refresco.

—Lord Cummings tiene varias opciones en la mesa auxiliar —interrumpió Lord Cartwright, que parecía igualmente incómodo con la atmósfera tensa entre las hermanas—. Podemos hablar nuevamente en la cena. Cummings está interesado en ver la lista de artículos que planeas donar al museo. El hombre no puede hablar de otra cosa que no sea nuestra reunión.

—Por supuesto, Lord Cartwright —concordó Eli.

—Vamos, Simon. ¿No puedes convencer a lord Cummings de que vaya a una comida en la que no haya debates sobre antigüedades? La mirada penetrante de la señorita Judith hizo que su futuro marido asintiera con la cabeza.

—Son solo otras doce horas que debe esperar para ver la lista. —Lord Cartwright se frotó la barbilla, hundido en sus pensamientos—. Hablaré con él. Sin embargo, es nuestro anfitrión...

—Y yo soy la novia.

—De mi parte no escucharás ningún argumento en contrario —acordó fácilmente Cartwright y colocó un beso casto en la mejilla de la señorita Judith—. Mis disculpas por traer a colación el asunto.

Su risa ligera y melódica llenó el espacio entre ellos.

—Te perdonaré cualquier cosa.

Elijah asintió mientras la pareja se encaminaba hacia la puerta donde aparecían Lord Haversham, el Sr. Jakeston y sus esposas.

Había mucho que deseaba preguntarle a Sam, pero esta simple pregunta debería ser suficiente con tanta gente reunida cerca:

—¿Está todo bien, señorita Samantha?

—Las cosas rara vez están bien —respondió ella, forzando la risa, (aunque no estaba seguro de a quién iba dirigida)—. Vamos a pasar a la mesa de refrescos.

Notó su necesidad de cambiar de tema y fingir interés en la mesa que estaba ubicada a lo largo de la pared del fondo. Dos sirvientes estaban listos para servir jerez o algo más fuerte a los invitados reunidos allí.

Mientras cruzaban la habitación, Sam hizo un gesto de asentimiento con la cabeza a varias personas y saludó a los demás, pero no hizo ningún movimiento para detenerse a conversar y prefirió seguir su camino. Sus ojos recorrían la habitación continuamente, solo se detenían brevemente mientras observaban a las alrededor de veinte personas presentes. Era como si buscara a alguien específico, pero no estaba presente. Sus hombros se relajaron y dejó de sujetarle el brazo con tanta fuerza.

Eli se preguntó si tenía otra razón para haberle ofrecido quedarse a su lado durante su estada en Hollybrooke.

—¿A quién planeas presentarme luego? —preguntó—. Me temo que he olvidado los nombres de las pocas personas que conocí esta mañana. ¿Qué hay de ese hombre de allí? —Eli señaló con un rápido movimiento de cabeza a un hombre de pie, solo, junto a las ventanas. No había quitado los ojos de Sam

desde que habían entrado en la habitación. El hombre, mayor que Eli por, al menos, una década, lo miraba a él y a Sam, con una expresión nerviosa en el rostro. Apretaba y soltaba los puños antes de girarse bruscamente para mirar por una de las ventanas hacia la creciente oscuridad.

Sam aceptó una copa de jerez, de un sirviente antes de responder.

—Ese es Lord Gunther.

—Lord Gunther, ¿dices? —por supuesto que Eli nunca lo había visto, pero algo sobre el nombre le resultaba familiar—. ¿Dónde he escuchado ese nombre?

—En *The Post*, me atrevo a decir. Él y Cartwright se enredaron en un escándalo no hace mucho tiempo.

—¿Y aun así el hombre recibió una invitación a la boda?

—La invitación fue la que dio por finalizado el desacuerdo entre el par — Ella miró rápidamente al hombre por última vez antes de guiar a Eli hacia la puerta. Y de alguna manera convenció al hombre de que su persecución de la nueva cuñada de Lord Cartwright era deseada (y, se atrevía a decir, esperada) —. Él fue en realidad la razón por la que me embarqué en aquella caminata el otro día y la razón por la que casi me atrapó la tormenta. Ha confesado su afecto por mí y ha estado enamorado por varios meses. No puede comprender razonablemente que no sienta lo mismo por él.

Su seguridad no hizo nada para calmar el ataque de celos de Elijah.

—¿Qué problema tiene? —insistió, no dispuesto a permitir cambiar el tema de conversación

Le dio un largo sorbo a su bebida, miró con atención a la puerta una vez más cuando otra pareja entró a la habitación.

—Oh, el hombre no tiene problema alguno *si* uno se resigna a vivir en una casa que no ha visto una limpieza adecuada en más de una década, o si cree que un hombre adulto que colecciona muñecas de porcelana no es un tanto peculiar.

—¿Muñecas? —Eli no pudo evitar mirar más de cerca al hombre.

—Una habitación completa en el piso de arriba llena: demasiados estantes como para contarlos. Y probablemente me agregaría a su colección si estuviera interesada en ser su novia.

—Interesante —murmuró Eli.

—Ciertamente no es tan interesante como el hombre de allí — señaló con el mentón a un caballero delgado como una espiga, con el cabello lacio y duro como pinchos, junto a la puerta y demasiado cerca de Lord Cartwright.

—¿Quién es él?

—Sólo el propietario de la mejor casa de subastas en todo Londres, el Sr. Lewis Stanford —se inclinó hacia Eli, como si sus siguientes palabras fueran tan interesantes que temía que otros las oyeran—. Se rumorea que el hombre se viste con ropas de mujer y por la noche camina por las calles de Londres.

Eli resopló, incapaz de contener su regocijo, en el preciso momento en que el señor Stanford se dirigía hacia ellos.

—Claro que tiene una cintura estrecha perfecta para un corsé.

—Sí, aunque se dice que usa manzanas para rellenar su parte superior.— levantó su copa flauta para ocultar su sonrisa—. Lady Chastain dijo que lo vio en Covent Garden una vez. Se inclinó para recoger su abanico después de que lo había dejado caer, solo para que las manzanas cayeran y rebotaron en el suelo y rodaran bajo los pies de la muchedumbre en movimiento.

—¡Bromeas! —siseó cuando Stanford se detuvo ante ellos, saludaba a Sam y le hacía una reverencia a Eli.

—Señor. Stanford —saludó Sam—. Qué encantador verlo de nuevo. ¿Cuánto tiempo ha pasado?

—No estoy seguro, señorita Samantha —El hombre sonrió orgulloso por el hecho que Sam lo hubiera reconocido.

—Lo sé, fue en Covent Garden... ¿estoy en lo cierto? —preguntó ella.

Las mejillas del hombre se incendiaron.

—Yo... bueno... —tartamudeó, retorciéndose.

—No —asintió—, fue el mes pasado cuando fui a su tienda con mi hermana.

Stanford se relajó visiblemente, aunque sus ojos permanecieron cautelosos.

—Esa fue con certeza cuando nos vimos por última vez. Cartwright dijo que me presentaría a Lord Ridgefeld.

Sam sonrió.

—Señor Stanford, permítame que le presente a Lord Ridgefeld.

—El nieto de Melly, ¿correcto? —Stanford se volvió hacia Eli y se olvidó de Sam—. Veo el parecido. Cartwright me dice que planea donar la colección de su abuelo al museo.

—Así es, Sr. Stanford —Eli miró al hombre, la astuta mirada era la de un verdadero hombre de negocios.

—¿Toda?

—No entiendo.

—¿Es su intención entregar todas las antigüedades de su abuelo al museo? Se le erizó el cabello en la parte posterior del cuello por el interés excesivo del hombre.

—Sí, todo lo que no pienso guardar para las futuras generaciones.

Stanford buscó en el bolsillo delantero de su chaqueta y sacó una pequeña tarjeta. Se la tendió a Eli.

—Aquí están mis señas. Si está dispuesto a vender algo, estaría muy interesado.

—Mi abuelo no era de los que sacaban provecho.

—Sea como fuere, ahora usted es el marqués —Stanford hizo una sabia pausa cuando los hombros de Eli se tensaron ante la deducción—. Triste pérdida, de seguro. Melville era un hombre ingenioso, un comerciante duro.

—¿Hicieron negocios juntos? — nunca había oído hablar de Stanford antes y no había encontrado nada en todos los documentos de su abuelo que lo mencionara él o su negocio.

—Oh, no —Stanford negó con la cabeza—. Nos encontramos varias veces, pero nunca pudimos llegar a un acuerdo sobre nada.

Eli no lo dudaba. Su abuelo rara vez había renunciado a algún artefacto que había descubierto y prefería mantenerlo cerca o llevarlo al museo para que lo estudiaran.

—Fue un placer volver a verlo, Sr. Stanford —Sam se acercó—. Creo que mi hermana está solicitando nuestra atención.

—Muy bien —Stanford hizo una reverencia—. Por favor, llámeme si se encuentra en Londres, mi señor.

Mientras el hombre se escapaba, Eli podía imaginarlo con medias y botas de tacón.

—¿Quién es el siguiente? —Sam golpeaba el dedo contra su vaso, mientras captaba a todos los invitados en la habitación.

—Pensé que habías dicho que tu hermana estaba solicitando nuestra atención —miró hacia Lord Cartwright y Miss Judith, pero estaban conversando con su anfitrión, que había llegado en algún momento sin que Eli se hubiera dado cuenta—. La señorita Judith no parece necesitarnos.

—Tengo otras hermanas.

Eli miró a la señorita Payton, que había dejado su puesto de observación en el diván para hablar con otra mujer de cabello de fuego. La había visto esa mañana, la esposa del señor Chastain si no se había equivocado.

Una vez más, Sam se acercó la copa flauta a la boca y susurró:

—¿Ves a la mujer rubia, de pie junto a Garrett y que me mira fijamente como clavándome dagas?

Era la mujer quien había dado un gesto de aprobación a la señorita Payton minutos antes:

—Esa es tu hermana mayor, ¿verdad? —no pudo evitar el tono conmovido de su voz—. No se parece en nada a ti, ni a Payton.

Somos medio hermanos, compartimos una madre —respondió Sam—. El nombre de mi hermana es Marce. Desde la muerte de nuestra madre, nos ha criado a todos... en Craven House, una vez, hace mucho tiempo, el burdel más notorio de todo Londres, aunque algunos han asegurado que de toda Inglaterra.

—Bromeas —dijo Eli con demasiada fuerza, captando la atención de Lord Gunther junto a la ventana y de otros que aún no conocía.

Capítulo Trece

—Nunca bromeo cuando se trata de escándalo, milord —siseó con risa profunda y gutural—. Y te convendría no elevar la voz. Todos los asistentes son muy conscientes de mi situación familiar, por así decirlo —bueno, excepto por la inoportuna reaparición de su padre perdido. De hecho, si no hubiera sido por Elijah, Sam habría sentido enferma y se habría quedado en su habitación por la noche.

—¿Te criaron en un burdel? —abrió grandes los ojos pero no hizo ningún intento de actuar como si tratara de mezclarse con alguien más en la habitación mientras se volvía completamente hacia ella, de espaldas a los otros invitados, lo que dejaba a Sam atrapada entre su imponente marco y la pared—. Tu madre era una... una...

—Madame —ofreció el término correcto—. Madame Sasha. Y durante un tiempo, mi hermana fue Madame Marce, pero el lado inmoral de Craven House ya no existe. Lo máximo que sucede detrás de nuestras puertas ahora son los juegos de cartas de alto riesgo. Y no te veas tan sorprendido.

—Lord Cartwright es consciente...

—Todos en esta habitación están al tanto —confió Sam, mientras disfrutaba de su atónita mirada. Beauchamp, el único hombre que conocía de primera mano los placeres que se encontraban en Craven House, no estaba presente. Se sintió aliviada de no verlo entre los invitados... y se atrevió a esperar que él entendiera que se había excedido y se hubiera retirado de Hollybrooke por completo—. No mires tan fijo. Verdaderamente, las circunstancias que rodean nuestros nacimientos y crianza no son de interés aquí. Tuve una infancia similar a la de otros jóvenes de Londres, completa con educación y demás. Marce, y mi madre antes que ella, se aseguraron de que nos criaran como damas.

—Mis disculpas, no quise ofenderte ni a ti ni a tu familia —mantuvo fija la mirada mientras hablaba—. No estoy familiarizado con las costumbres de la ciudad.

—Tu asombro no me ofende, ni necesitas pedir perdón —era extraño que las circunstancias de su familia siempre hubieran sido algo que escondiera cuando era posible. Cuando asistía a las galas y a la ópera con Lord Chastain o Lady Haversham, siempre había estado protegida con su nombre y sus

contactos, pero no había dudado ni sentido ansiedad al contarle a Elijah. Ahora no era el momento de ponerse a pensar la razón de por qué era tan sincera con él; sin embargo, podría tener mucho que ver con el beso o que él la hubiera descubierto en el estudio de Cummings, aferrada a ese sucio libro. O, tal vez, fuera la forma en que le había hablado y que alivió su dolor antes hasta que ambos se rieron, y hubiera olvidado sus lágrimas.

—No mires ahora, pero tu hermana, la rubia, se dirige hacia nosotros —susurró—. ¿Qué tienes que advertirme sobre ella?

Marce flotaba justamente hacia ellos, siempre la dama equilibrada, aunque muchos nunca se dirigirían a ella como tal. Era una pena que su hermana mayor pasara la mayor parte del tiempo cuidando de la casa, de sus hermanos y cualquier persona que buscara a Craven House como refugio. Rechazaba todas las invitaciones que le hacían, excepto cuando provenía de un amigo cercano o sirviera para fomentar sus objetivos de casar a sus hermanos.

—No hay advertencia suficiente para mi querida hermana mayor —sin saberlo, Sam se acercó más a Eli, lo que hizo que los hombros se tocaban cuando Marce se abalanzó sobre ellos. Su expresión no era amistosa sino cordial.

—Hermana.

Marce la examinó, como para juzgar cuán enojada, herida o decepcionada estaba Sam con la interferencia de Marce en su vida y la de Jude.

Sam solo levantó la barbilla, decidida a no darle a su hermana ni una pista sobre el sentimiento de traición que sentía ante la intromisión de Marce.

Sin embargo, solo se adelantó y envolvió a Sam en un abrazo. La vista parecía cómica para los que los rodeaban, ya que Sam era una cabeza más alta que su pequeña hermana, aunque eso nunca había detenido a Marce.

—Samantha —Marce se echó hacia atrás para mirarla con intensidad antes de soltarla—. Por favor, preséntame a tu compañero.

—Elijah Watson, marqués de Ridgefeld, permítanme que te presente —se detuvo antes de continuar, sabiendo que su hermana se enojaría con las siguientes palabras de Sam, pero había poco que podía hacer mientras estaba rodeada de tanta gente—. Lady Marce Davenport, mi Hermana mayor.

Fiel a sus formas, su hermana se irritó por el uso del título nobiliario. Siempre había confundido a Sam por qué su hermana no reconocía su condición de hija de un duque, la hija legítima de un duque, nada menos.

—Es un honor conocerla, mi señora —respondió Eli.

—Marce —hizo una mueca, y Sam sintió una punzada de remordimiento—. Me gustaría agradecerle por recoger a Sam antes de que la tormenta la arrastrara.

—Cuando partí esa mañana, no tenía intención de rescatar a una damisela en apuros; sin embargo, me gustó mucho haber estado en el camino en el momento justo, o no hay duda de que la señorita Samantha estaría sufriendo un resfrío causado por el frío aguacero.

Una sonrisa iluminó el rostro de Marce, que ya estaba claramente cautivada por el apuesto discurso de Eli. El hombre no lo sabía, pero tenía un encanto que faltaba mucho en Londres.

—Garrett y yo somos muy afortunados de que estuviera en camino a Hollybrooke —Marce se volvió hacia Sam una vez más—. Y gracias por presentar a Lord Ridgefeld a nuestros invitados.

—Por supuesto.

Ninguno de los invitados había sido elección de Sam, porque si hubiera tenido voz en la lista de invitados, hubiera arañado a Gunther de inmediato y probablemente hubiera quemado la invitación de Stanford. Sin embargo, ambos hombres estaban cerca de Lord Cartwright. Sam supuso que al novio se le debería permitir tener a sus amigos presentes.

—Oh, hablando de Garrett, me está pidiendo que esté a su lado: la viuda del viejo Lord Cartwright ha llegado. —Marce asintió con la cabeza a los dos—. Discúlpenme... y deséenme suerte. La mujer es ciertamente una víbora, si sé lo que es una.

Elijah rió entre dientes, como ignorando cuán tensa había sido la conversación.

—Envía por mí si necesitas ayuda, mi señora.

—Seguramente lo haré —dijo Marce—. Espero con interés conversar más durante la comida.

Sam no pudo evitar sonreír. Antes de salir de su habitación para encontrar a Eli, Sam había enviado a su doncella al comedor formal para cambiar sus tarjetas de ubicación. Sabía que Elijah, como marqués, estaría sentado cerca de la cabecera de la mesa, mientras ella estaría más allá. Incluso una fiesta rural informal necesita seguir los protocolos de ubicación adecuados, pero por un nuevo par de guantes forrados de visón, su doncella estaba más que feliz de asegurarse de que Lord Ridgefeld estaría sentado junto a su amante y lejos de su hermana o de Beauchamp, si elegía asistir a la comida.

Si Marce había notado su astuta sonrisa, la ignoró mientras flotaba hacia Garrett, quien intentaba escapar de las garras de la madre de Cartwright.

—¡Querida hermana! —cantó una dulce voz detrás de ellos. Sam se volvió y vio a Lady Theodora, con una sonrisa en el rostro y un libro apretado contra el pecho—. ¿Has oído la maravillosa noticia?

Lord Ridgefeld levantó una ceja, y se preguntó en silencio sobre el hecho de que hubiera otra hermana más.

Sam negó con la cabeza antes de continuar.

—No, no he oído nada, Theo, pero antes de que me la cuentes, me gustaría presentarte a un amigo —la palabra desató una sacudida que le recorrió todo el cuerpo, desde los dedos de los pies hasta las puntas de las orejas—. ¿Puedo presentarte a Lord Ridgefeld, Lady Theodora Montgomery? Elijah, esta es la hermana de Cartwright. Y a partir de mañana, oficialmente mi familia por matrimonio... otra hermana.

Elijah hizo un gran gesto de inclinarse profundamente hacia la niña.

—Lady Theodora, el placer es mío.

Ella soltó una risita y se inclinó para hacer una reverencia.

—Llámame Theo o Lady Theo si debo llamarte Elijah.

—Una dama como tú debe llamarme Eli —dijo con un guiño, lo que hizo que Theo prorrumpiera en otra ronda de suaves carcajadas y llamara la atención de los otros invitados—. Ahora, ¿qué noticias tienes para *nosotros*?

¿Cuándo Sam y Elijah se convirtieron en 'nosotros'?

El entusiasmo de la niña siempre asombraba a Sam.

—Sí, Theo, cuéntanos la gran noticia.

Sam no admitiría que ya se había enterado de las novedades por Jude y que había escuchado a la madre de Theo despotricar por la decisión poco después de su llegada a Hollybrooke.

—Salgo para la Escuela de Educación y Decoro para Damas de Calidad Sobresaliente de Miss Emmeline, en Canterbury, inmediatamente después de la boda de Cart. Theo saltaba arriba y abajo una vez más—. Simon ha aceptado que viajara sola, con mi doncella como acompañante mientras él y Jude continúan hacia nuestra finca de campo.

—La señorita Emmeline... ¿qué? —preguntó Eli—. Debes hablarme de esta escuela.

Los ojos de Theo brillaron con alegría.

—Es un internado para niñas. Mi madre ha aceptado que estudiara allí hasta que me presenten en sociedad.

Son noticias maravillosas, Theo. —sonrió Sam en forma alentadora—. Sé que lo harás bien. Lady Theo es quizás la mujer más inteligente que conozco.

—Entonces también estoy feliz de conocerla —dijo Eli—. Espero escuchar todo sobre su estada en la escuela cuando nos encontremos.

Sonó una campana, y un criado se aclaró la garganta antes de dirigirse al grupo.

—La cena está servida, damas y caballeros. Por favor, diríjense al comedor.

Sam notó que Marce se movía en su dirección, pero Eli le ofreció su brazo, que ella tomó gustosamente antes de volverse para seguir a los otros invitados del salón. Beauchamp había tenido el buen tino de permanecer ausente.

Mientras avanzaban por el pasillo hacia los maravillosos olores de pato, pan fresco y otras exquisiteces, que luchaban entre sí para que su aroma saludara primero a los hambrientos invitados, Sam se inclinó y susurró:

—Se dice que el cocinero de Cummings fue traído desde Bucarest, cerca del Mar Negro.

—El hombre tiene muchas cosas raras en su casa — fue la primera mención a la osada colección de libros de Cummings y las mejillas de Sam se calentaron ante la idea—. Cummings está lleno de sorpresas notables.

Entraron en la habitación. Los sirvientes estaban listos para acomodar a los invitados de Lord Cummings cuando ubicaran sus lugares. La larga mesa estaba decorada con candelabros y centelleantes bandejas de plata desbordadas de carnes y quesos. Otro cuenco humeaba con sopa caliente. Era una fiesta destinada a honrar a Lord Cartwright y a su próximo enlace con su hermana.

Su gemela y su prometido estaban sentados a la izquierda de Lord Cummings, ubicado en la cabecera de la mesa, y la madre de Cart y Marce a la derecha. El asiento junto a Marce estaba sospechosamente vacío. ¿Estaba destinado a Lord Ridgefeld?

No importaba.

—Nuestros lugares están aquí —Eli la condujo hacia la mesa, las tarjetas de ubicación estaban sobre los platos; se veían sus nombres escritos con la caligrafía pesada de Jude—. Estamos uno junto al otro, señorita Samantha. Qué maravillosa sorpresa.

Payton y Theo ya se habían sentado frente a Sam.

Desafortunadamente, Stanford apareció a su lado cuando un sirviente tiró de una silla hacia atrás para que el hombre se sentara.

Su doncella, ciertamente, no se había ganado sus nuevos guantes de visón.

—Señorita Samantha —ronroneó el hombre—. Parece que compartiremos nuestra comida.

No si Sam podía evitarlo, pero había poco que hacer cuando Lord y Lady Chastain se sentaron junto a Payton y todos los demás invitados localizaron sus lugares.

Sentada, Sam movió su silla ligeramente para enfrentar mejor a Elijah y, con suerte, desalentar las atenciones no deseadas de Stanford.

—Damas y caballeros —dijo Cummings, de pie para llamar la atención de todos los invitados—. Nos hemos reunido aquí, en Hollybrooke, para celebrar a Lord Cartwright y a la señorita Judith Pengarden. ¡Disfrutemos, bebamos y seamos felices!

Todos vitorearon, levantando su vaso en señal de saludo. Sam no pudo evitar unirse al festejo. Su hermana se casaría en unas pocas horas. Nada sería como hasta entonces. A su regreso a Londres, el lado de la habitación de Jude se vaciaría: se quitarían los vestidos del armario, se quitarían los cepillos del tocador y su escritorio se trasladaría a la casa de lord Cartwright. Sus nuevos papeles y tarjetas de visita leerían *Lady Cartwright* y su nueva dirección.

Ya no eran la señorita Samantha y la señorita Judith, una pareja inseparable.

Jude, la racional y Sam, la problemática.

¿Qué sería de Sam sin su gemela a su lado?

Capítulo Catorce

—Oh, por supuesto que no, Lady Theo —advirtió Eli—. Las tierras salvajes de África son mucho más peligrosas que los páramos de Escocia. Una vez vi como un cocodrilo saltaba dos pies fuera del agua para cerrar las mandíbulas sobre un pájaro que pasaba volando por encima de él.

Entre los *Ooohs* y *Ahhhs* emitidos por Miss Payton y Lady Theo, Eli sonreía con satisfacción y arriesgó una mirada de soslayo a Sam, que usaba su tenedor para jugar con los restos de comida en su plato. No parecía haber sido afectada por el debate sobre la naturaleza peligrosa de la sociedad. De hecho, mantuvo los ojos fijos en los restos de faisán y evitó conversar con todos los que estaban en la mesa. Su humor cambió de alegre a melancólica a medida que avanzaba la noche; incluso su ingenio rápido y sus entretenidas bromas se habían callado cuando se les presentó un plato tras otro de sabrosas delicias.

Eli había tenido la impresión de que ambos habían acordado desterrar su tristeza.

—La comida es distinta a cualquiera que haya probado antes en todos mis viajes —dijo Eli, con la esperanza de sacarla de su hosco silencio—. Muchas especias que nunca antes había probado.

Lady Theo y Miss Payton charlaban alegremente entre sí lo que dejaba a Eli en libertad para dedicar su atención a Sam una vez más.

—Ahora, debo preguntar tu opinión sobre algo. ¿Crees que Stanford prefiere el perfume de lavanda o el de durazno? —susurró la pregunta, para que no fuera escuchada por los otros invitados y entre las muchas conversaciones a su alrededor; sin embargo, ella no le hizo caso—. ¿Un centavo por sus pensamientos, señorita Samantha?

Un sirviente se adelantó y le retiró el plato. Luego se dirigió a Sam

—¿Puedo retirar, señorita?

—Sí, por supuesto. Ya he terminado. Apartó el tenedor y se movió, permitiendo que el servicio recogiera su plato—. Gracias.

—Señorita Samantha. —Eli le llamó la atención antes de que tuviera tiempo de devolverlo a la mesa—. Parecías bastante distraída (lo que pensé que era mi deber) durante nuestra comida. ¿Pasa algo?

Ella negó con la cabeza y abrió la boca para hablar, pero Lord Cummings se puso de pie, una vez más llamando la atención de todos. El hombre parecía

disfrutar de sus obligaciones como anfitrión, ya que había pasado toda la comida hablando con cualquiera que quisiera escuchar.

—Señoras —la potente voz de Cummings resonó en las paredes que rodeaban la habitación mientras los sirvientes corrían de un lado a otro, retirando y limpiando los platos—. Aunque haya sido agradable tenerlas entre los pies, me temo que se han quedado más de lo debido. Si son tan amables de retirarse al salón, pronto nos reuniremos con ustedes.

Todos se echaron a reír, a excepción de Sam, mientras las mujeres se levantaban, preparadas para salir de la habitación.

Sam se puso de pie rápidamente y apenas le dirigió una débil sonrisa antes de darse la vuelta y seguir a las otras mujeres.

Un hombre, alto y desgarbado, se deslizó dentro de la habitación cuando las puertas se cerraron sólidamente detrás de él, cortando la conversación de las mujeres mientras viajaban de vuelta al salón, dejando a Eli a solas con los otros hombres. Permaneció en su asiento cuando lord Cummings y varios de los hombres se acercaron al aparador, y el anfitrión les sirvió un vaso grande de oporto.

Le dio tiempo a Eli para inspeccionar a cada caballero. Serían sus pares si elegía permanecer en Londres un tiempo después de entregar la colección de su abuelo al museo. Lord Haversham y el Sr. Jakeston se quedaron riendo de algo que Lord Chastain dijo. Eli estaba demasiado lejos para escuchar la broma, pero Jakeston le propinó una palmada a su amigo en la espalda cuando la risa se convirtió en tos, como si se hubiera ahogado con el oporto.

Stanford, el anticuario, había vagado hacia un estante a lo largo de la pared más alejada y examinado una hilera de libros. Cartwright, Cummings y Gunther estaban parados cerca del aparador y volvían a llenar sus vasos. El último hombre, que se había deslizado al grupo solo después de que las mujeres se habían marchado, se detuvo a varios pasos de distancia, sin dirigirse a nadie. Por la forma en la que había girado la cabeza, Eli sospechó que había escuchado la conversación de lord Cartwright.

Quizás él tampoco conocía a los asistentes.

Elijah se puso de pie y caminó hacia el hombre; encontraba los mechones castaños rojizos y la parte de su barbilla extrañamente familiar. Al menos podía hacer que el hombre se sintiera bienvenido, como lo había hecho sentir a él Sam el día anterior.

—¿Acaba de llegar a Hollybrooke? —preguntó Elijah, de pie frente a él.

—A primera hora de la mañana, sí —Parecía aliviado de tener a alguien con quien hablar—. Lord Beauchamp.

—Soy Elijah, Lord Ridgefeld —respondió asintiendo—. Solo llegué ayer. No asistió a la comida.

Beauchamp miró a su alrededor, algunas gotas de sudor aparecieron en la frente—. No, tenía otros asuntos que atender. ¿Es amigo de lord Cartwright?

—Sí, y no —dijo Eli con una sonrisa—. Mi abuelo y Lord Cartwright se conocían bastante. Estoy aquí por negocios con el museo. Cuando el hombre solo asintió, Eli preguntó—: ¿Y usted? ¿Es amigo o parte de la familia? Entiendo que la reunión solo incluye un número limitado de invitados.

—Sí, y no —remedó Beauchamp la respuesta anterior de Eli—. Familia. Estoy aquí para ver a mis hijas.

—Oh —Eli no se molestó en ocultar su interés—. ¿Vendrán a la fiesta en breve?

Beauchamp hizo una mueca y miró de nuevo hacia la puerta cerrada.

—Creo que están con las otras mujeres. Lo cual es seguramente más seguro para todos los involucrados.

Elijah no tenía idea de a qué se refería el hombre, pero lord Cartwright apareció a su lado y le tendió un vaso de oporto a cada uno.

—Ah, Ridgefeld, veo que ya conoces a nuestro invitado sorpresa.

—Así es. Lord Beauchamp me estaba diciendo que llegó hoy y que sus hijas están con las mujeres. Estoy deseando conocerlas.

Cartwright se echó a reír y Beauchamp palideció, perdió todo el color del rostro e, incluso del cuello antes de que la palidez desapareciera bajo su corbata.

—¿He dicho algo gracioso, milord? —las otras conversaciones en la sala se habían calmado y toda la atención estaba en Eli, o tal vez era Beauchamp. Zarcillos de reconocimiento conectados... altos y delgados, pelo de color rojo quemado y ojos del color de ...

—Soy Dexter Pengarden, vizconde Beauchamp. La señorita Samantha y la señorita Judith son mis hijas.

¿Podría ser? Sam no había hablado del hombre y había insinuado que lady Marce la había criado a ella y a sus hermanos.

Un silbido de sorpresa sonó detrás de él.

Fue alentador escuchar que él no era la única persona en la sala que había quedado descolocada por la completa sorpresa.

—Yo... bueno... —no era esta la primera vez desde que llegó a Hollybrooke, que Eli había quedado estupefacto—. Es muy agradable conocerlo, milord. —¿Pero era agradable? No fue difícil deducir que fue la llegada de este hombre lo que hizo que Sam cayera en picada.

—No te preocupes, Ridgefeld —dijo Cummings, acercándose al pequeño grupo—. No eres el único sorprendido por la aparición de Lord Beauchamp. Me temo que todavía estamos dando vueltas con incredulidad.

—Ya basta, Cummings —siseó Cartwright—. Venga, milord. Hablemos aquí.

El par se movió al otro extremo de la habitación, fuera del alcance del oído de los demás y Elijah quedó con la boca abierta. ¿Había sido esta la verdadera razón por la que Sam había llorado antes?

¿Por qué la llegada de su padre a la boda de su hermana la molestaba tanto? Eli echó un vistazo a la habitación, cada uno de los invitados había comenzado a tomar sus bebidas: pasaría al menos una hora antes de que volvieran a reunirse con las mujeres.

—¿Lord Ridgefeld?

La mente de Eli había estado en otra parte, inconsciente de que Gunther se había movido de su posición contra la pared para pararse a su lado.

Exactamente el hombre con el que Elijah no tenía interés en hablar. Se había sentado en el extremo de la mesa de Lord Cartwright durante la comida, pero había enviado miradas de descontento apenas disimuladas en dirección a Eli.

—Señor Gunther, ¿verdad? —dijo Eli a modo de saludo.

—Sí —el hombre entrecerró los ojos y los hombros se tensaron—. ¿Puedo hablar con franqueza?

—Por supuesto —aunque Eli no tenía ni idea de lo que el hombre podría tener que discutir, francamente o no.

—¿Ha dicho o hecho algo que lastimara a la señorita Samantha?

La pregunta lo tomó por sorpresa. Se había preguntado qué había alterado el comportamiento de Sam desde esta mañana, pero que Gunther sospechara que eso también significaba que el hombre estaba al menos un poco familiarizado con Sam.

Sintió una sacudida de dolor en la barbilla, ya que había apretado con fuerza los dientes para contener algún estúpido arrebató. En lugar de soltar una respuesta inapropiada, Eli respiró profundamente y exhaló.

—No tengo ni idea de lo que habla, milord.

Gunther dio un paso delante de forma amenazante.

—Es solo que me invitaron como posible pretendiente de Miss Samantha y juraría que la mujer me está evitando. Creo que sabe algo del asunto.

Claro que estaba evitando a Gunther, pero no era el lugar de Elijah iluminar al pobre hombre.

—Lamento informarle que no seré de ayuda con eso —Eli no tenía motivos para confiar en Gunther y la aversión de Sam a sus atenciones solo reafirmaba las cosas—. La señorita Samantha y yo nos hemos conocido recientemente. Me ha tomado bajo protección para presentarme a los otros invitados.

—Es bueno escucharlo, milord —Gunther suspiró de alivio—. Mi sirviente me había informado que lo había visto salir antes de las habitaciones privadas de la señorita Samantha.

Había tenido la precaución de inspeccionar el corredor en ambas direcciones cuando salió de la habitación de Sam. Eli no había visto ni oído a nadie cerca.

—Su sirviente debe haberme confundido con alguien más —Un extraño presentimiento lo recorrió. Si un sirviente, de hecho, hubiera sido testigo de su partida de la habitación de Sam, no pasaría mucho tiempo antes de que su anfitrión fuera informado. Eli no podía permitir que el hombre lo viera reaccionar de ninguna manera.

Si el hombre presiona a, Eli no tendría más explicaciones para dar. Ningún otro huésped podría responder por él, excepto...

—Fui a dar un paseo el día de hoy por la propiedad de Lord Cummings. Cruzaba el césped y caminaba cerca del estanque a tiempo para ver la caída prematura del Sr. Jakeston en el agua. Lord Haversham había visto a Elijah caminar, incluso le pidió que se reuniera con grupo en el césped, pero Eli había actuado como si no hubiera visto el gesto del hombre. Esperaba que fuera suficiente para evitar que alguien especulara más sobre el paradero de Eli esa tarde.

Afortunadamente, Gunther se rió.

—Habría dado cien libras para ver eso. ¿Es verdad que Lord Haversham lo empujó al agua helada?

Ya no había marcha atrás. Eli solo podía asegurarse de que el hombre creyera cada una de sus palabras y no surgieran preguntas futuras sobre el tema.

—En realidad, Lord Haversham estaba intentando ayudar a Jakeston a sacar un taco de croquet del agua cuando el hombre se cayó.

Era la historia que había escuchado anteriormente, después de descender las escaleras. La conmoción frenética que rodeó la caída probablemente evitaría que alguien recordara quién exactamente estuvo presente para presenciar el incidente.

Gran beneficio para Eli y su muy necesaria coartada.

Mirando por encima del hombro, notó que Lord Cartwright, Garrett, y Lord Beauchamp habían desaparecido de la habitación.

Eli tomó un largo trago de su vaso.

—¿Me disculpa?

Satisfecho, Lord Gunther asintió, se movió hacia Stanford y seguro de que Eli no representaba ninguna amenaza para su próximo noviazgo con Miss Samantha. Que para todos los efectos, era verdad.

Sin embargo, él y Sam habían llegado a un acuerdo y Eli esperaba que ella lo cumpliera.

Por su parte, él cumpliría con su parte hasta que se fuera Hollybrooke.

La idea de dejar a los invitados atrás en favor de la soledad de su propiedad ya no lo tranquilizaba.

Con todo lo que había sucedido desde su llegada o, tal vez, a pesar de todo, Elijah estaba pasando un momento agradable. No podía negar que eso se debía principalmente a Sam.

Y en ese momento, algo en su interior le decía que ella lo necesitaba.

Puso su vaso vacío en el aparador y se deslizó por de la puerta, cerrándola en silencio a su paso.

Desandó el camino al salón en el que se habían reunido antes de que se anunciara la comida. Las puertas dobles estaban abiertas, ofreciendo a Eli una vista clara de toda la habitación.

Sospechosamente junto con Sam, Lord Cartwright, Garrett, Lord Beauchamp y Lady Marce Davenport habían desaparecido.

Capítulo Quince

Sam quería arrojar algo, arrojarlo con todas sus fuerzas contra el fuego moribundo de la chimenea del estudio de Cummings; desafortunadamente, todo en la habitación valía mucho más que ella ¿No había inculcado su padre a ella y a Jude lo poco que valoraba su existencia? No, ella nunca trataría las posesiones de otro con la indiferencia despreocupada que su padre tenía por sus propias hijas.

Los pies golpeaban contra la dura madera mientras trazaba un camino de ida y vuelta delante del hogar; las mejillas encendidas, pero Sam estaba demasiado preocupada como para notar más allá del fuego que corría por sus venas.

Es cierto que ninguna persona era una posesión, sino un ser querido que debe ser apreciado, atesorado, tanto como Lord Cartwright (o incluso Lord Cummings) atesoraba los objetos que coleccionaba los llenaban de un sentido de pertenencia, especialmente ahora que Jude se marchaba. Nadie parecía entender el aislamiento tan profundamente arraigado que Sam experimentaba cada vez que Jude no estaba a su lado.

Había estremecido a Sam en lo más íntimo salir del comedor, y marchar junto a las otras mujeres, solo para caminar directamente hacia Lord Beauchamp. Había rezado por que hubiera dejado Hollybrooke después de la confrontación de esa mañana. Parecía ser lo suficientemente ingenuo como para pensar que quedarse en la residencia le ganaría algún tipo de perdón de sus hijas.

Y muy bien podría ser Jude quien lo perdonara, pero Sam no estaba de ninguna manera dispuesta a escuchar las justificaciones del vizconde por el deplorable descuido de su *familia*. Sin embargo, Beauchamp no era más una familia para ella y para Jude que para el hombre que barría la chimenea de Craven House; en realidad, al menos Sam reconocía a ese hombre, sabía su nombre y su disposición... Beauchamp era un perfecto desconocido.

Un extraño imperfecto.

¿Cómo podría el sinvergüenza pensar que ganaría algo al aparecer en Hollybrooke?

La idea hizo que Sam se frenara en seco y detuviera su ritmo frenético. Beauchamp ciertamente debí de esperar algo de ella, o peor, de Jude. ¿Qué

otra razón podría tener para aceptar la invitación de Marce?

Sam había huido de los demás; necesitaba un lugar privado y tranquilo para pensar y reflexionar sobre lo que haría a continuación.

El estudio de Cummings estaba lo bastante lejos del resto de los invitados para brindarle la privacidad y el silencio que anhelaba. Nadie la buscaría aquí. Probablemente a Jude la habían sacado de su propia celebración para localizar a su gemela. Ella había sido mucho más reservada y distante desde su llegada a la propiedad de Cummings. Sam lo entendió. Jude no había tenido la intención de dejar a Sam o hacerla sentir no deseada; desafortunadamente, eso era precisamente con lo que Sam estaba peleando. Ya no se quedaban despiertas hasta tarde, intercambiando chismes y riendo hasta que el sol de la mañana comenzaba a iluminar el cielo de Londres. No, ahora, Jude compartía esas conversaciones con Lord Cartwright, el hombre que amaba.

Lamentablemente, ella *sí* envidiaba la felicidad de su hermana.

Aunque habían crecido sin madre o padre, al menos se tenían la uno a la otra; que a veces era preferible. Una hermana también era superior a un amigo; podían discutir, discutir y estar en desacuerdo, pero siempre volvían a hablarse

Jude siempre había reconocido la necesidad de Sam de ganarse el favor de quienes la rodeaban. Su gemela había aceptado con mucho gusto su lugar a la sombra de Sam en los entretenimientos de la sociedad.

Nuevas lágrimas cayeron una vez más. Sam no las había sentido debido a su enojo, pero ahora le corrían por las mejillas y creaban senderos ardientes antes de caer por el mentón.

Sam se limpió las lágrimas del rostro. Solo necesitaba mantenerse fuerte hasta que Jude se casara por la mañana, luego podría regresar a Londres y vivir como lo había hecho este último año. Sí, un lado de su dormitorio estaría vacío, pero podría llenarlo con nuevas chucherías, tal vez incluso una bañera fija. Ciertamente, sus días y sus noches serían solitarias sin la compañía de Jude, pero Sam podría pasar más tiempo con lady Chastain, o posiblemente tomar un pretendiente o dos, siempre había caballeros que buscaban su favor. Y también estaba Payton. Su hermana menor necesitaría orientación mientras se preparaba para ingresar en sociedad: ¿por qué Sam no podía dedicar su tiempo a esta buena acción? Sin embargo, apenas un año más joven que Sam y Jude, Payton ya no era la niña que Sam parecía pensar que era.

Sin embargo, ninguna de esas cosas llenaría el lugar donde faltaba una parte de su corazón, no se había ido, sino que estaba muy lejos y fuera de su

alcance.

¿Aceptaría Payton compartir el dormitorio con ella si le suplicaba?

Sam se estremeció ante la idea. Cielos, no.

¿Qué hay de Lord Beauchamp? ¿Había hablado con Jude, la había convencido de que lamentaba todo lo que había hecho? Todo lo que *no había* hecho. ¿Sentía realmente remordimiento por el pasado y por haber abandonado a una mujer que había afirmado amar y a las niñas que el amor había dado la vida?

Era muy abrumador.

Sam se frotó las sienes para aliviar los golpeteos en la cabeza. Mientras calmaba parte del dolor, no hizo nada para ordenar sus confusos pensamientos.

No había ninguna razón para que fuera a la reunión en el salón. Tampoco podría ir a sus habitaciones. Sus hermanos no le permitían encontrar solaz en la autocompasión. Exigirían que les hablara sobre su dolor, su angustia y su desesperación. Sam no estaba lista para sostener una conversación como esa, quizás nunca fuera a estar lista para hablar sobre la aparición de su padre y la próxima partida de su gemela.

Miró las llamas mientras lamían los troncos y lanzaban una ola de calor sobre su piel. Sería tan fácil permitir que la engulleran, extinguir su pena, borrarla de su ser.

Dando un paso más cerca, Sam le suplicó al fuego que se llevara su dolor, quitarlo de su interior y destruirlo en las llamas.

—Sospechaba que te encontraría aquí.

Sam gritó, sorprendida.

Las palabras profundas y en susurro la hicieron retroceder un paso desde el hogar al tiempo que se arreglaba el su cabello antes de volverse. No había oído abrirse la puerta del estudio ni tampoco cerrarse detrás de Elijah, pero una parte de ella estaba desesperada por verlo allí, no su corazón por cierto, sino una parte de ella que reconocía lo que él podía ofrecerle.

—Me han presentado a tu padre, Lord Beauchamp —continuó hacia ella antes de acercarse a su lado y voltearse para mirar el hogar—. ¿Es él la causa de tu dolor?

Entrecerró los ojos para escudriñar el fuego y evitar al hombre a su lado. Sam no sabía cuánto debía compartir con Eli. Era un poco menos extraño que Beauchamp; sin embargo, él había demostrado cariño y compasión.

—Una gran parte de ella, sí —le tembló la voz, traicionando así el dolor que había intentado ocultar.

—¿Por qué? Quisiera creer que una persona se sentiría feliz de ver a su padre.

—Por supuesto, cualquier otra persona podría... Sin embargo, hoy la sido la primera vez que he visto al hombre —no se atrevió a mirar en dirección a Eli; no podía soportar la pena que veía en sus ojos. Solo serviría para deprimirla más—. Jude y yo conocíamos su nombre, obviamente, y compartimos el apellido, pero nunca ha sido parte de nosotros.

—¿Nosotros? —dijo con tono tranquilo.

—Craven House: Marce, Garrett, Jude, Payton y yo. Y antes de que ella falleciera, nuestra madre. Beauchamp se alejó, dejándonos a todos, para tomar su lugar como vizconde. Su padre le dio la opción de casarse con una dama apropiada y tomar un día su lugar como vizconde de Beauchamp, o quedarse con lo que le respondía por derecho y ni un chelín más. Sam suspiró y llevó las manos hacia el calor cuando sintió un escalofrío que le recorría la espina dorsal—. Eligió la opción que le daba más: las tierras de familia, las propiedades y el dinero. Se casó poco después de que naciéramos.

—Lo lamento.

—Yo también. Sin embargo, nada de esto es obra tuya, milord —Sam se volvió hacia la habitación a oscuras con lo que apagó el resplandor del fuego a su espalda y una sombra le cubrió el rostro—, aunque a menudo me pregunto si alguna vez pensó en nosotras, si pasaba por Craven House con la esperanza de vernos afuera. ¿Recordaba nuestro cumpleaños o, al ver un alhajero en una tienda anhelaba comprarlo para nosotras?

—Algo que no puedes saber a menos que preguntes —respondió Eli. Permaneció frente a las llamas y le dio un poco de la privacidad que necesitaba.

—Es fácil para ti decirlo. No sabes nada de ese desamor, de crecer sabiendo que tu padre está tan cerca pero que no le importas lo suficiente como para buscarte o querer ningún tipo de relación contigo. Sam negó con la cabeza y exhaló fuerte para calmar los nervios. Necesitaba recordar que nada de esto era culpa de Elijah, pero él era el único presente, a su lado, dispuesto a escuchar—. Mis disculpas. Estoy tan molesta que no puedo razonar con claridad. Creo que es mejor que me retire a mis habitaciones por el resto de la noche.

—Si fuera tú, no lo haría.

—¿Y por qué no?

—Tu hermano y Lady Marce te están esperando allí —confió—. Pasaba por la puerta abierta y los vi entrar. Fingí que tenía que ir a mi propio dormitorio, pero me escabullí por la escalera de los sirvientes para localizarte.

—¿Por qué pensaste que me encontrarías aquí? —murmuró, finalmente arriesgándose a dirigirle una mirada.

—Era aquí o en la carretera que conduce a Londres y, afuera, hace frío. Por no mencionar la amenaza de los animales salvajes que acechan sus presas —. Buscó a tientas la mano de la muchacha a los lados del cuerpo y entrelazó los dedos con los de ella—. No dudes de que si no te hubiera encontrado aquí, habría tomado un caballo y habría salido corriendo a la noche en tu busca.

A Sam le dolió la cabeza aún más cuando permitió que una leve risa se asomara a sus labios.

—¿Te arriesgarías por las tierras salvajes de Derbyshire después del anochecer?

—Me arriesgaría mucho más que eso, Samantha.

—Bueno, es una buena cosa que no estés en la posición donde mi padre estaba, o quizás tu elección se habría alterado significativamente — anhelaba pensar lo mejor de Eli, pero él era un señor, tal como lo era su padre y nunca pensaría indebidamente en él por tomar una decisión que beneficiara su futuro y el de su familia—. Los caballeros a veces se enfrentan a situaciones difíciles. Creo que me retiraré ahora. Buscaré privacidad en la recámara de Payton hasta que esté segura de que mi habitación es mía una vez más.

Sam retiró la mano de la de Eli y separó los dedos, aunque ella sintió el suave apretón de la mano del joven mientras intentaba retenerla. Lord Ridgefeld estaba presente en Hollybrooke para hacer negocios, no para aliviar o rectificar un error cometido hace mucho tiempo por otro hombre.

—No eres la única persona en esta habitación que ha sido abandonada por alguien cuyo único objetivo en la vida debería ser amar, proteger y atesorar a su hijo —la voz vaciló y detuvo a Sam.

Había estado tan inmersa en las circunstancias de su vida que no había pensado en la situación de Eli: por qué había sido criado por su abuelo. Cada vez que había mencionado al difunto marqués, sus ojos se habían iluminado con amor. Ella había asumido que había vivido una vida feliz y segura. Por otra parte, ¿cuántas personas pensaban lo mismo de Sam y sus hermanos?

—Vamos a sentarnos, Sam —susurró Eli, tomó su mano una vez más y, tirando de ella hacia un sillón cerca del calorito que venía del hogar—.

Tengo que contarte una historia.

—No estoy de humor para una historia alegre.

Rehusó soltarla.

—No hay nada alegre en este cuento, te lo aseguro. Sin embargo, podrías darte cuenta de que no estás tan sola como crees.

Sam quería a Eli cerca, pero no quería escuchar su legendaria historia, inventada para calmar su deshilachada alma. Anhelaba escapar a una habitación vacía, llorar hasta que no le quedaran lágrimas y caer en un sueño reparador, para luego despertar a un nuevo día. Solo entonces pudo imaginarse enfundándose su vestido de rica seda dorada y reuniéndose con su familia en los jardines de Cummings para la boda matutina de su gemela.

—Todo lo que pido es que la escuches —dijo para convencerla.

Por alguna razón desconocida, Sam se rindió y se sentó junto a Eli en el sillón. Escucharía su historia, aunque no podía prometerle que encontraría un significado detrás de sus palabras.

Él la tomó de ambas manos y entrelazó los dedos con los de ella una vez más.

Sam no podía apartar los ojos de ellos cuando Elijah comenzó su historia, con palabras suaves, dichas con reverencia.

—Viví con mi abuelo desde que tengo memoria. —Eli le apretó la mano una vez más—. Era un hombre cariñoso, un hombre honorable, un aventurero de corazón y nunca rehuía llevar a un niño en sus expediciones. Pasé mi primer cumpleaños en Roma, mi quinto cumpleaños en Oriente y mi noveno cumpleaños caminando penosamente por el Amazonas. Él es el hombre que espero ser algún día.

Elijah estaba equivocado si pensaba que su historia no era feliz, o que ya no era tan noble y puro como su abuelo.

Levantó la vista cuando dejó de ver lágrimas por el rabillo del ojo.

—Menciono esos lugares específicos porque han capturado mi vida en días muy especiales; días que deben llenarse con la familia, el hogar, el amor, la risa y la celebración. En cambio, mi abuelo, bendiga su amable alma, me llevó a explorar el mundo para no pensar en las dos personas más importantes que deberían de haber estado presentes en mi vida... pero no estaban. Una, trunca demasiado temprano y la otra, ausente por elección.

—El marqués hizo todo lo que estuvo a su alcance para asegurarse de que no estuviera inmerso en un hogar vacío, lleno de restos de padres que no recordaba. No me dio regalos extravagantes ni me trató como a un niño que

necesitara una educación adecuada. Me enseñó lo que es el amor, la compasión y la lealtad.

—Lealtad... algo de lo que mi padre no sabe nada.

—¿Es eso cierto? —preguntó Eli—. Fue leal a su padre, fue leal a lo que representa el título de vizconde. Creo que, en todo caso, carecía de la capacidad de amar.

Sam soltó un bufido impropio de una dama.

—Está aquí ahora, ¿no es así?

—Sí, pero ¿con qué fin? —Sam liberó las manos y miró a Eli que se mostraba preocupado—. ¿Por qué venir a nosotros después de todos estos años?

—¿Importa tanto? —protestó—. Está aquí.

—Y probablemente se irá y desaparecerá nuevamente tan pronto como logre lo que desea.

—Esa es una posibilidad, pero permíteme terminar mi historia.

—¿Tu lección sobre el amor, la compasión y la lealtad no fue la culminación de esta conferencia? —La ácida respuesta de Sam no disuadió a Elijah.

—Por supuesto que no, señorita Samantha —una suave sonrisa asomó a los labios. Sintió su aliento que se pegaba a sus pulmones—. Tu padre regresó a ti por su propia voluntad. Yo, por otro lado, no fui tan afortunado. Puse en peligro a alguien que significaba todo para ganar algo que creía que faltaba en mi vida. Y sufrí horribles consecuencias. Perdí a mi abuelo y la persona que quería encontrar y por la que crucé la mitad del mundo, me rechazó casi sin verme.

—Oh, Elijah, yo... —Sam se adelantó, sin saber por qué, pero sabía que necesitaba sentirlo y él necesitaba lo mismo—. Dime qué les pasó a tus padres... por qué vivías con tu abuelo.

Los dedos le rozaron la mejilla, pero no se apartó como ella había esperado. En cambio, llevó su propia mano a la de ella y presionó la palma contra su piel cálida.

—La muerte de mi padre comenzó mucho antes de conocer a mi madre. Verás, él se parecía mucho a mi abuelo aunque era propenso a asumir riesgos de naturaleza extrema. Eli volvió la cara y le dio un beso en la palma de la mano, lo que le provocó un hormigueo en todo el cuerpo—. Mi madre, Alice Watson, amaba a mi padre porque era aventurero. Nunca hubo un momento aburrido en pareja. Sin embargo, cuando mi madre descubrió que estaba

encinta durante un viaje a África, mi abuelo insistió en que volviera a Inglaterra para esperar mi nacimiento.

Sam sospechaba que esta era la parte de la historia que de ninguna manera era feliz.

—Debe de haberle molestado enviar a tu madre a casa.

—¿A mi padre o a mi abuelo?

—Tu padre, por supuesto. —Era similar a su amor por su gemela. Sería devastador cuando finalmente se abriera la posibilidad de que pasaran varios meses antes de que volviera a ver a Jude.

—No, no creo que ninguno de los dos estuviera consternado por la partida de mi madre a Inglaterra.

—¿Qué pasó después? —la pregunta la había con un suspiro de anticipación—. ¿Tu madre llegó sana y salva a Inglaterra?

—Ciertamente o tal vez no estaría sentado aquí —dijo con una risa triste—. Sin embargo, mi padre cayó de un risco muy alto cuando él y mi abuelo se peleaban por seleccionar un sitio de excavación. Mi padre se enojó tanto que se fue a caminar por la noche...

—¿Y el marqués nunca lo volvió a ver?

—Oh, no —Eli negó con la cabeza al tiempo que le soltaba la mano—. Lo encontraron temprano a la mañana siguiente o al menos lo que los carroñeros no se habían comido.

Sam jadeó mientras se tomaba la garganta con las manos, en estado de shock.

—¡Eso es horrible!

—Tal vez, sí; tal vez, no —Eli se encogió de hombros—. No podemos saber qué habría pasado hoy si mi padre no hubiera muerto.

—¿Y tu madre? —la historia no podía ser peor—. ¿Murió de pena cuando se enteró?

—No exactamente. Me dio a luz y, poco después, huyó a América.

—¿Nunca regresó?

—Enviaba cartas, aproximadamente dos veces al año, pero hace poco más de un año, dejaron de llegar —como si pudiera ser posible, una tristeza mucho más profunda brilló en sus ojos—. Temía que estuviera en problemas y que necesitara mi ayuda. Convencí al abuelo de que me acompañara a Estados Unidos, a Barmingham para ser exactos, para encontrarla.

Sam sintió un vacío en la boca del estómago y sospechó que no seguirían buenas noticias.

—¿Ambos navegaron a América? Hasta ese momento, no había sabido la extensión de sus viajes.

—Sí. Desafortunadamente, solo yo llegué a salvo —Eli se puso de pie de un salto y se frotó la cara con las palmas—. Lo siento, Sam. Eres la primera persona a quien le cuento la historia completa. No ha sido nada fácil hablar desde mi regreso.

—No necesitamos hablarlo en absoluto —protestó Sam—. Está claro lo que quieres decir.

—No, no está claro. Verás, cuando finalmente encontré a mi madre, ella ni siquiera me reconoció... su único hijo. Me dijo que volviera a Inglaterra y que la dejara en paz. —Eli se giró hacia la puerta del estudio y hacia una silla cercana. Sujetó el respaldo con tal fuerza que los nudillos se pusieron blancos—. Le supliqué a mi abuelo que viajara a Estados Unidos conmigo para ir a buscar a mi madre. Murió por mi culpa, porque le exigí más de lo que podía dar. Porque no podía estar agradecido por todo lo que tenía. Tenía que descubrir más sobre la mujer que me había dado a luz y luego me había abandonado. El marqués murió, y todo fue en vano. Estoy total y completamente solo en este mundo.

—No somos tan diferentes, tú y yo —murmuró a través del dolor que sentía por él.

—Eso es verdad. Sin embargo, si mi madre regresara a Inglaterra, si se presentara sin avisar en la puerta de mi casa, no la rechazaría. No me preguntaría cuál podría ser su motivo ulterior. Abriría los brazos y le daría la bienvenida.

—No es tan simple, milord —Sam se levantó y cruzó la habitación para pararse frente a él—. Realmente desearía que lo fuera, pero... Sam tenía los labios presionados con fuerza y sentía que era presa de sentimientos conflictivos. Sam no estaba segura de si ella sería capaz de perdonar a Beauchamp.

Eli puso las manos sobre los hombros de Sam, al tiempo que los masajeaba con suavidad.

Sam bajó la mirada, temerosa de que él viera el razonamiento en su mirada.

—¿Cómo se puede comenzar a perdonar a un hombre que permitió que sus hijas crecieran en circunstancias de pobreza mientras cenaba en su club, viajaba por Inglaterra y usaba abrigos que valían más chelines que nuestros alimentos de un año?

—De la forma en que haría a un lado el hecho de que mi madre preferiría vivir como una mujer de moral holgada en un salón americano que regresar a casa y tener todos los vestidos bonitos que pudiera soñar... tener un patrimonio como corresponde y una casa londinense... y recibir invitaciones a cada hogar en Inglaterra —las manos se movieron desde los hombros hasta su cuello y se inclinó cerca—. Uno no necesita olvidar para poder perdonar.

Sus labios casi se tocaban.

—¿Qué pasa si no quiero perdonar?

Entonces la felicidad y la satisfacción estarán siempre fuera de tu alcance —sentía su cálido caliente que abanicaba sus labios.

Felicidad y satisfacción: esas eran las dos cosas que anhelaba lograr... algún día. Ella nunca había sospechado que estarían permanentemente fuera de su alcance. ¿Cómo había logrado Jude lo que siempre se le podría negar?

—No eres tú una mujer que permitirá que algo así se escape, ¿verdad, señorita Samantha Pengarden?"

Él no esperó su respuesta sino que la acercó más; cada centímetro de sus cuerpos se tocaban, desde los pechos que empujaban contra su sólido y musculoso pecho hasta las rodillas. Sus faldas eran lo único que evitaba que su calor la tocara en lugares que ella no sabía que estaban congelados.

Sam inclinó ligeramente la barbilla hacia arriba para mirarlo a los ojos. Estaba lista para responder.

Ella esperaba ver piedad y simpatía, pero su mirada no mostraba ninguna de ellas.

Deseo. No lujuria, sino afecto mezclado con adoración.

Los labios de Eli se separaron antes de acomodarse contra los de ella.

Le dolía la necesidad de tocarlo, explorar cada curva de su cuerpo y sus manos hacían lo mismo. Era como si el beso de Eli, solo su beso, fuera lo único que pudiera devolverle la vida, hacerle creer que el perdón era posible. Esa curación de sus profundas heridas no solo era posible sino también inmediatamente alcanzable.

Este beso fue muy diferente al que habían compartido, en este mismo lugar, la noche anterior. Sam movió las manos arriba y abajo de su espalda, tirando de Eli aún más cerca. Cada parte de ella gritaba si la dejaba ir, si se alejaba, significaría el final para Sam. Él era la única razón por la que respiraba.

Estableció un ritmo exigente, primero arduo como si él también fuera a dejar de existir si sus labios se separaban, pero luego el ritmo disminuyó

cuando el beso pasó de la necesidad a un anhelo lento y creciente. Un anhelo sin fin, un anhelo que ninguna cantidad de pasión podría calmar.

Un calor se extendió a través de ella y se instaló entre sus muslos a medida que su deseo crecía. Su cuerpo sabía lo que ella necesitaba, aunque Sam no.

Eli metió los dedos en el cabello de la joven, algunas hebillas saltaron al suelo cuando sus largas trenzas cayeron sobre sus hombros.

Dejó escapar un gemido cuando sus labios dejaron los de ella y dibujaron un ardiente camino hasta su barbilla estampando besos ligeros por su cuello y aún más abajo. Sam inclinó la cabeza hacia atrás para permitirle un mayor acceso a lo que buscaba. Sus labios recorrieron un suave camino a lo largo de su clavícula y se sumergieron en la curva de sus senos, justo encima del profundo escote del vestido.

Sam exploró su trasero, moviendo sus manos cada vez más, y su boca hizo lo mismo en su frente.

Éxtasis.

—Samantha —suspiró. Desenredó los dedos del cabello mientras rozaban la curva de su cuello para unir su boca en su pecho abultado—. Eres exquisita. Cada centímetro de ti es pura perfección.

El latido de su corazón golpeaba todo su cuerpo mientras sus piernas temblaban.

Su espalda se tensó y se retiró ligeramente.

Sam no estaba lista para que las sensaciones que la recorrían terminaran; ni estaba preparada para retirar sus manos de la exploración de su trasero redondeado.

Sin embargo, parecía que Eli tampoco estaba preparado para eso. Llevó sus labios a los de ella. Recorrió con la lengua el labio inferior de Sam.

La idea de vivir en este momento para toda la eternidad sería el destino más grandioso que Sam podría desear para sí misma. Con su cuerpo contra el de él, sus labios poseyendo los de ella, y sus manos acariciándola desde el cuello hasta la cintura... si hubiera un cielo, sería este.

Se entregaría completa y libremente a Elijah y a las sensaciones que estaba causando dentro de ella. Todo lo que necesita hacer era preguntar, y ella le daría todo.

Sam siempre se había imaginado a sí misma como media persona, Jude la otra mitad.

Nunca estuvo completa sin su gemela.

Pero no era verdad. Jude no era la parte faltante que necesitaba para estar completa.

Ella necesitaba esto... este deseo, esta pasión, esta hambre que nunca cesar porque si no perecería.

—Perdón... no quise decir... —una familiar y lírica voz había comenzado a hablar y se detuvo de inmediato—. ¿Sam? Lord Ridgefeld? ¿Qué estás... debería...? ¿Cuál es el significado de... —la voz de Jude se elevaba más con cada palabra.

La espalda de Elijah se flexionó y las manos de Sam cayeron del trasero cuando ambos retrocedieron un paso para alejarse el uno del otro.

—Mirando por encima del hombro de Eli, Sam notó la conmoción en el rostro de su hermana, la boca abierta y los ojos abiertos como dos platos. Parte de Sam quería darle a su hermana una sonrisa petulante, mostrarle que a pesar de que estaba abandonando a su gemela, a Sam le iría bien sin ella. Pero lo más importante, anhelaba compartir cuánto había llegado a adorar a Lord Ridgefeld con la única persona que lo entendería.

—No es lo que parece, Jude —ganó la sonrisa de satisfacción—. Estaba enojada y Lord Ridgefeld me encontró llorando. Él solo me estaba consolando...

Sam mantuvo la mirada fija en la de Jude, temerosa de mirar a Eli, de espaldas a su gemela.

Era exactamente lo que parecía y habría progresado más si no hubieran sido interrumpidos.

Eli se dio vuelta dando un paso más cerca de Sam.

—Señorita Judith. No puedo ofrecer ninguna explicación por lo que has presenciado—. Yo...

Jude levantó la mano, silenciando a Eli.

—Lo que haya ocurrido en esta habitación no es de mi incumbencia. Estoy aquí para recoger a mi hermana. Debo hablar con ella respecto a... —Jude hizo una pausa como si determinara qué era lo correcto que decir en una situación como la que había encontrado— un asunto familiar delicado.

—Conoce a Lord Beauchamp —confesó Sam—. Lord Ridgefeld, gracias por prestarme un hombro para llorar. Fue muy noble de su parte. Ofrézcale mis más sinceras disculpas a su ayuda de cámara si he arruinado su abrigo.

Corrió al lado de Jude y notó por primera vez cuán afectada estaba su hermana por la aparición de su padre. Tenía el rostro y los ojos enrojecidos e hinchados y las manos tan apretadas que tenía los nudillos blancos,

posiblemente para evitar que temblaran. Sin embargo, parte de su enojo seguramente fue causado por haber encontrado a su gemela en un abrazo más que indecente con un hombre.

La naturaleza escandalosa de la situación impidió a Sam encontrar la mirada de Elijah. Sabía que él la perforaba con la mirada (podía sentirlo) y no podía levantar los ojos de sus rodillas.

Con moderación, Elijah carraspeó y metió las manos en los bolsillos.

—Señoras —dijo—. Les permitiré privacidad y regresaré con los demás huéspedes.

Pasó junto a ellas y salió por la puerta antes de que Sam pudiera reunir el coraje para mirarlo a los ojos.

Permanecieron en silencio durante lo que pareció una eternidad antes de que Jude se volviera para partir.

—Jude, déjame explicarte —no había mucho que decir a menos que confesara todo. Para hacer eso, Sam necesitaría entender su conexión con Elijah. ¿Era realmente solo una distracción para mantener el aburrimiento a raya mientras estaba en Derbyshire o su relación se había convertido en algo mucho más allá de la amistad?

—No hay necesidad. Lord Ridgefeld es un hombre muy guapo. Viene de una familia decente y respetable —murmuró Jude, con total naturalidad—. Podrías haber puesto la mira en un caballero mucho menos deseable. Querrás arreglar tu cabello y acomodar tu vestido antes de que nos encontremos con Marce.

Jude se hizo a un lado, permitiendo que Sam huyera a la seguridad de su habitación.

Capítulo Dieciséis

La mañana amaneció clara y brillante, sin una nube en el horizonte y ninguna posibilidad de lluvia que arruinara el día especial de Lord Cartwright y Miss Judith. Debajo de su ventana, Eli vio que los sirvientes corrían de un lado a otro, llevando grandes arreglos florales, enormes bandejas de carnes y quesos y sillas para todos los invitados. Habían dispuesto una larga mesa sobre el césped para acomodar a todos los invitados después de que las nupcias se completaran.

Eli vio a Lady Marce y a Lord Cummings que dirigían a los sirvientes dentro y fuera de la casa mientras el jardín se transformaba en un cuento de hadas caprichoso de oro y cintas de color burdeos profundo, flores y adornos de mesa. Le costaría recordar un escenario tan hermoso como el de abajo.

Un suave golpe sonó en la puerta y Mathers se apresuró a salir del vestidor de Eli para responder.

—Lord Cartwright ha solicitado la presencia del señor en el estudio de Lord Cummings.

Eli miró por encima del hombro para ver a su ayuda de cámara asentir con un gesto a la doncella y cerrar la puerta.

—Mi señor.

—Mis oídos funcionan notablemente bien, Mathers —dijo Eli con una sonrisa—. Bajaré enseguida.

Mientras salía de su habitación, Elijah se preguntó si la señorita Judith habría hablado con su prometido sobre la situación comprometedoras en que había encontrado a Sam y a él la tarde anterior. Casi había esperado que Lord Cartwright o el hermano de Sam golpearan a su puerta antes de la medianoche y que lo retaran a duelo de pistolas al amanecer, en los jardines. Sin embargo, ahora vio que no buscarían provocar un sangriento espectáculo donde los invitados cenarían.

Los pasillos estaban vacíos a esa hora temprana, muchos invitados aún dormían profundamente o se preparaban para la boda de la mañana.

Eli entró en la habitación y encontró a Lord Cartwright estudiando un gran libro abierto sobre la mesa.

El hombre de cabello rubio levantó la vista, indicándole a Eli que entrara.

Lord Cartwright estaba mirando un gran mapa de las Américas y pasaba ligeramente el dedo por el papel con un patrón de cuadrícula.

—Puedo regresar más tarde si eso te conviene —dijo Eli.

—Más tarde me uniré en matrimonio a la mujer más bella, astuta e imaginativa que jamás haya tenido el placer de conocer —Cartwright finalmente levantó la vista de su intenso estudio del mapa—. Mis disculpas. Mi hermana me trajo este maldito mapa hace unos momentos. Dijo que hay un error en alguna parte de esta página y salió disparada de la habitación. Imagina, desafiándome cuando debería reunirme contigo y luego prepararme para encadenarme a una mujer de cabello ardiente por toda la eternidad.

Cuando Eli no hizo ningún comentario, Cartwright continuó:

—Sabes que varios científicos han explorado el tema de la monogamia entre criaturas de sangre caliente. Encontraron que cada indicio asegura que los mamíferos están destinados a asegurar un compañero de vida y pasar sus días completamente dedicados a esa criatura —miró a Elijah para que comentara algo, pero agitó su mano, como para descartar el tema—. Ah, bueno, no tiene importancia. Y el reto del mapa de Theo también tendrá que esperar. ¿Te parece este un buen momento para discutir lo que tu abuelo deseaba legar al museo?

—Si tienes tiempo, aunque también puedo esperar hasta mañana, si lo prefieres —habían planeado reunirse hoy; sin embargo, era poco convencional, en opinión de Eli, esperar que un hombre hiciera negocios el día de su boda—. Tampoco me importa posponerlo hasta que regreses de tu viaje de boda.

—Por supuesto que no —Cartwright cerró el tomo y le indicó a Eli que tomara asiento frente al escritorio de Cummings—. Sin embargo, mi objetivo es verte en Londres cuando llegues para entregar los tesoros.

—Puede que no estés interesado en ninguna de las piezas, milord —se apresuró a decir Eli—. No hay nada gran valor o que tenga algún significado histórico significativo, aunque ese no era el objetivo de la colección de mi abuelo.

Cartwright se sentó en el asiento frente a él.

—Elijah... ¿está bien que te llame por tu nombre de pila? —cuando Eli asintió, continuó—. Siento que nos conocemos desde hace años. Melly solía escribir y hablar muy bien de ti en nuestras breves reuniones.

Elijah se pellizcó el puente de la nariz y parpadeó rápidamente para mantener sus traicioneras lágrimas a raya y se concentró en Cartwright una vez

más.

—El marqués era un hombre amable, generoso y amoroso. Tuve la bendición de tenerlo no solo como abuelo sino también como figura paterna.

—Y sé que se sintió bendecido también. Hablaba muchas veces sobre su vasta colección —Cartwright se inclinó hacia adelante en su silla—, aunque debo confesar que me sorprendió saber que deseaba donar la colección, en su totalidad.

También había quedado desconcertado. Su agente hablaba con malicia en contra de sus intenciones, aunque ninguno de los artículos estaban vinculados a lo que había heredado. Por lo tanto, Eli era libre de hacer con ellos lo que quisiera, o mejor aún, lo que su abuelo hubiera deseado.

—Se disfrutarán y valorarán mucho más donde muchos puedan verlos, experimentarlos y aprender de las muchas aventuras del abuelo.

Cartwright asintió como si estuviera de acuerdo con Eli.

—Sí, tengo muchas cartas para acompañar las piezas. Apuntes que me envió durante cada viaje de exploración.

—También enviaré sus diarios y los catálogos de inventario. Deberían de ayudar a etiquetar y fechar todos los artefactos, ya que redactó minuciosas notas que se refieren a cada pieza: dónde se encontró, la fecha y cualquier dato local sobre el elemento —por accidente, Elijah había tropezado con el cofre que contenía los diarios manuscritos de su abuelo. Había incluso, muchos que databan de antes del nacimiento de Eli, cuando sus padres viajaban con el marqués. Su madre había sido bastante aventurera, exploraba cuevas submarinas y cavaba en trincheras junto al padre y el abuelo de Eli—. Todos ellos pertenecerán al museo siempre y cuando usted prometa que la exhibición siempre será gratuita para los visitantes.

Cartwright se tocó la barbilla con el dedo.

—Me costó bastante convencerlo, pero Cummings acordó abrir una parte del museo para que los visitantes los disfrutaran sin cobrar tarifa.

—Es lo que mi abuelo hubiera querido —dijo Eli, sin dejarle opción, si Cartwright quería la colección—. Siempre dijo que no se trataba de los artefactos encontrados o su valor, sino del viaje de descubrimiento y de los recuerdos.

—La exhibición seguramente inspirará a otros jóvenes exploradores a seguir los pasos de Melly —coincidió Cartwright—. Ahora, ¿y tú? ¿Planeas seguir los pasos de tu abuelo? ¿Viajar por el mundo buscando aventura?

Era el tema que Eli había estado esperando, que sospechaba no podía evitar.

—Me quedaré en Inglaterra. No tengo planes de viajar ni fuera del país ni fuera de mi propiedad, sino para llevar la colección de mi abuelo al museo. Tal vez el futuro traiga algo fuera de Inglaterra, aunque no en el próximo año.

—Muy bien —Cartwright permaneció en silencio mientras escudriñaba a Eli—. ¿Puedo hacer una pregunta bastante directa y altamente inconveniente?

Eli levantó la barbilla con confianza, al tiempo que apretaba los dientes.

—Por supuesto, milord.

—Con frecuencia, Jude me dice que es grosero plantear una cuestión de naturaleza sensible —suspiró—. Por lo tanto, he puesto a tono mis modales y pedido permiso para preguntar tales cosas antes de expresar lo que deseo saber.

—Es muy encomiable —estoy aquí como tu invitado; por lo tanto, siéntete libre de preguntar todo lo que desees. *Mientras no esté relacionado con Sam, el tiempo que pasamos juntos, o nuestro momento íntimo*, Eli deseaba agregar.

—No tengo nada que esconder.

Tenía mucho que ocultar, incluido su afecto en ciernes por Sam.

—Me han llamado la atención sobre que tú y la señorita Samantha fueron atrapados en una situación bastante delicada anoche... —Cartwright rompió el contacto visual y procedió a inspeccionar sus uñas recién recortadas, obviamente incómodo con la conversación—. Verás, Jude está preocupada por su hermana y aunque estoy de acuerdo en que Sam ya es mayor, sus acciones y palabras desde su llegada a Derbyshire son bastante extravagantes y extrañas para ella.

—¿Y la señorita Judith lo ha enviado a preguntar sobre mis intenciones?

Cartwright se dejó caer en la silla, con los ojos cerrados mientras asentía vigorosamente.

—Sí, eso es exactamente lo que me enviaron a hacer. No es mi idea, pero para Jude es importante.

—Puedo asegurarle que las cosas no fueron como parecían ser —confesó Eli.

—Las cosas rara vez son lo que parecen. Algo que yo y Jude conocemos bien, Lord Ridgefeld, y por eso he sido enviado para hablar contigo sobre el incidente y no ninguno de los hermanos mayores de la señorita Samantha —

Cartwright se estremeció ante la mención de Garrett y Lady Marce—. Son una pareja feroz, sin duda.

—Agradezco tu discreción y la de Jude sobre el asunto —aunque Cartwright no le debía nada a Eli.

—No veo que haya un *asunto* en absoluto, pero mi futura esposa no está tan segura —Cartwright cruzó las manos en el regazo y miró hacia la esquina más alejada de la habitación. Eli miró en esa dirección, esperando encontrar un reloj o chuchería que hubiera llamado su atención, pero el área carecía de algo significativo—. Lord Ridgefeld, ¿puedo volver a tocar un asunto delicado?

El interrogatorio aún no había llegado a su fin. Cartwright había sido enviado a transmitir más, pero no sabía si se trataba de la señorita Judith o de Sam.

—Por supuesto, milord —se le erizó el cabello de la nuca. Por la incómoda postura del hombre, las palabras que pronunciarían no iban a ser del agrado de Eli y el conde lo sabía.

—¿Cuáles *son* tus intenciones con la señorita Samantha? —Cartwright miró todo menos a Eli, que estaba inspeccionando una imagen en el escritorio frente a él—. ¿Planeas proseguir con el cortejo?

—Nos acabamos de conocer, milord —Eli intentó disimular el impacto que sentía en la voz, o al menos disfrazarlo. Pero sería un tonto al admitir que había pensado en ese escenario desde su reunión en la carretera desierta—. Conozco a pocas personas aquí, y la señorita Samantha amablemente se ha ofrecido a hacer las presentaciones. No estaba en posición de rechazar su ayuda.

—Lo entiendo —reflexionó Cartwright—. No obstante, creo... corrección, Jude desea que sepas que la señorita Samantha está experimentando una agitación emocional —lo dice ella, no yo— ante la súbita reaparición de su padre. Me informaron que estás al tanto de este acontecimiento.

—Así es —Eli no lograba descifrar exactamente lo que estaba ocurriendo entre él y el conde.

—Muy bien. Entonces entiendes que Samantha no es precisamente ella misma en este momento, lo que Jude cree que ha hecho es aferrarse a ti, dándote una falsa sensación de sus verdaderos sentimientos. Cartwright respiró hondo y expulsó el aire lentamente—. Jude sospecha que sus sentimientos no son genuinos, sino que son producto de la desesperación, la confusión y el miedo.

Eli se irguió en su asiento.

—Me estás diciendo que...

Cartwright levantó la mano para detener a Eli.

—No estoy diciendo nada. Esto viene de Jude, quien, podría agregar, es bastante experta en asuntos del corazón, por así decirlo. Y es la única experta verdadera en el corazón de su hermana, fuera de la misma Samantha.

—Estoy seguro de que lo que ha ocurrido entre la señorita Samantha y yo no tiene nada que ver con asuntos del corazón, milord.

—Es bueno saberlo —Cartwright relajó la postura lo que hizo que liberara una tensión reprimida que Eli no había notado—. Esto es todo lo que Jude pregunta... si en algún momento sientes afecto por Sam (del que ninguno de nosotros está en contra), ella te pide que le des a Samantha el tiempo que necesita para procesar la aparición de su padre sin ser tú una distracción. Una vez que llegues a Londres con la colección de tu abuelo, puedes perseguirla con entusiasmo, si te interesa. Tendrás nuestra bendición y la de sus dos hermanos mayores.

—¿Qué hay de Lord Beauchamp?

—No tiene importancia —dijo Cartwright como descartando cualquier mención del hombre—. Sus deseos son de poca importancia para Jude y sus hermanos lo que incluye a Samantha y su futuro. Él no es su guardián, y por lo tanto, no será consultado sobre sus futuras elecciones.

Eli probablemente necesitaría tiempo para procesar todo lo referente a Sam. Se había aventurado a Derbyshire con la esperanza de deshacerse de todos los recuerdos del hombre que había perdido por su propio egoísmo; de ninguna manera había venido buscando una novia, ni siquiera un devaneo o coqueteo.

—Ahora, cuáles serán tus intenciones dentro de un mes, ninguno de nosotros puede estar seguro, pero por el momento, Jude cree que es mejor que te vayas para darle a Samantha el espacio necesario para llegar a un acuerdo con todo.

—¿Me estás echando? —preguntó Eli para obtener más información.

—Por supuesto que no —Cartwright agitó la mano, para descartar la acusación—. Quédate para la boda y a posterior fiesta, pero, por favor, mantén tu distancia de Samantha y vete con la primera luz de la mañana.

Eli solo pudo asentir; no sabía qué hacer. Si se quedaba e ignoraba a Sam, ella lo consideraría un sinvergüenza, especialmente después de la noche anterior: de todo lo dicho, todo lo compartido, y todo lo confesado.

—¿Estamos de acuerdo? —Cartwright presionó desde su lugar.

—Absolutamente, milord —era la única respuesta que Eli podía dar, aunque no podría estar más lejos de la verdad.

—Maravilloso —el conde volvió a sonreír—. Sin demora alguna, tengo una boda para la que vestirme —Si no tenemos ocasión de volver a hablar, espero verte en Londres cuando regresemos de nuestro viaje.

Eli siguió su ejemplo: se puso de pie y ambos caminaron hacia la puerta del estudio.

—Felicidades, milord —dijo Eli con una rígida reverencia—. Les deseo lo mejor a usted y a la señorita Judith en los próximos años. Estoy encantado de saber que la colección de mi abuelo será bien cuidada y disfrutada por las masas. Hasta Londres...

—Gracias por entender, Ridgefeld. —Lord Cartwright salió de la habitación y dejó a Eli que lo observaba.

Cartwright estaba en lo cierto al pensar que Sam necesitaba un tiempo lejos de Eli como distracción para determinar la relación que quería tener con Beauchamp. Era similar a lo que su abuelo había hecho por él. A Eli se le había otorgado el espacio, el tiempo y los recursos para determinar si ansiaba una conexión con su madre. Si él debía viajar todo el camino a América. Si Alice Watson, su madre, anhelaba una relación con su hijo. En ese momento, Eli le habría perdonado cualquier cosa, borró el pasado de su memoria para hacer lugar para el futuro.

Era justo que Elijah le diera a Sam la misma oportunidad.

Su único deseo era que ella no experimentara una segunda desilusión como él.

Capítulo diecisiete

Sam tomó su lugar en la segunda fila según las instrucciones de Marce. El jardín se había transformado en un espacio mágico; los arbustos estaban podados y cuidados meticulosamente y los senderos adornados con cintas de oro, flores de un perfecto color burdeos para acentuar el cabello encendido de Jude y diminutos candelabros colgaban en las ramas sobre su cabeza. Era de mañana, pero la luz centelleante que llegaba desde arriba arrojaba un brillo encantado sobre todos los invitados.

Era impresionante, todo.

Incluso la mesa preparada para el banquete era absolutamente perfecta; sillas de respaldo alto decoradas con lazos de oro y de color burdeos en formar alternada. La mesa estaba arreglada con exquisitas tarjetas de ubicación para todos los invitados, incluidos los niños. El aroma de la carne asada, el pan fresco, el queso y los deliciosos postres y dulces flotaban a través del amplio jardín y el césped. A Sam se le hizo agua la boca, aunque había comido solo una hora antes.

Todo era perfecto, como se merecían Jude y también Simon.

La pareja se había conocido en circunstancias improbables, pero superaron todas las probabilidades, al decir de Payton, de encontrar el amor, la felicidad y la esperanza de un futuro brillante.

Todas las cosas que Sam había comprendido en un momento podrían quedar fuera de su alcance.

Afortunadamente, Jude había acudido a ella la noche anterior. No le había gustado que su gemela hubiera interrumpido el momento privado de ella y Eli, pero la discusión que tuvieron después de su partida fue de verdadera iluminación. Jude no había planeado casarse y dejar a Sam y olvidarla. No, seguirían estando cerca. Eran hermanas. Más que hermanas... eran gemelas. Compartían un vínculo único, algo que ni siquiera Marce y Garrett poseían. Jude no se daría por vencida, a pesar de que se iba a casar con Simon.

Posiblemente la revelación más sorprendente llegó cuando Sam expresó su renuencia a perdonar a Beauchamp y su deseo de ver al hombre desaparecer y no regresar. Jude sentía lo mismo, pero estaba dispuesta a escuchar el lado de la historia de su padre. Cuando tuviera hijos, no quería que el estigma de

haber sido criada sin un padre los afectara. Jude no tenía que confiar en el hombre, pero al menos sus hijos conocerían a su abuelo, su linaje.

—¿Puedo sentarme junto a usted, señorita Samantha?

Sam alzó la vista para encontrar a lord Gunther, que miraba el asiento vacío a su lado.

—Ummm, este asiento está reservado. Mis disculpas, milord. Ella sonrió para calmar suavizar el insulto—. Pero creo que nos sentaremos uno frente al otro en la comida.

—Muy bien —asintió brevemente y se movió para sentarse varias filas detrás de Sam.

Se giró ligeramente para buscar a la multitud que se estaba congregando. Elijah aún no había llegado. ¿Qué lo estaba reteniendo? Tampoco había asistido al desayuno en el comedor, aunque había oído que se reuniría con lord Cartwright en el estudio de Cummings.

Se había tomado su tiempo para comer, había vuelto a llenar su plato dos veces y bebió casi una tetera completa, lo que, eventualmente, la había enviado de prisa a su habitación con incomodidad antes de que Eli le mostrara su rostro. No se habían visto desde que Jude los había encontrado. Sam deseaba verlo, hacerle saber que todo estaba bien y que Jude guardaría el secreto.

Habían compartido mucho, pero Sam sospechaba que podrían haber hablado hasta altas horas de la noche; conversado delante del fuego, antes de desplazarse al sillón y que sus voces se convirtieran en susurros.

Había experimentado la serenidad por primera vez. Momentos de absoluta renuncia: de todo lo que necesita confesar, de todo lo que le preocupaba, de todo lo que la agobiaba.

Y él la correspondió; compartió cosas a la ninguna otra alma tenía acceso. No había dicho mucho, pero Sam sabía que era verdad. No era un hombre que se aferrara con firmeza a los demás, abierto a compartir su pasado. A diferencia de Sam, quien parecía no poder dejar ir a los más cercanos a ella.

El señor Stanford caminó por el sendero, sus ojos codiciosos se posaron en la silla vacía a su lado.

Ella rápidamente colocó su abanico y su pequeño bolso en el asiento para dejar que hablaran por ella, aunque no dedicó al hombre una sonrisa de arrepentimiento. En lugar de eso, miró hacia la terraza, esperando ver a Elijah apresurarse, pero lo único que vio fue a Jude de pie justo al otro lado de la puerta doble, esperando el momento para entrar al jardín y reunirse a Simon,

que estaba charlando con el vicario William Jakeston, el hermano mayor del Sr. Jakeston, que había viajado desde Londres para actuar como su oficiante.

Lord Beauchamp también estaba desaparecido. Sam esperaba que siguiera así, al menos hasta que pudiera escapar de regreso a Londres y al santuario que era Craven House. Su padre había tenido el sentido común de no mostrar su rostro en el desayuno y dejó así a Sam feliz con sus pensamientos sobre Lord Ridgefeld sin la necesidad de ignorar su presencia. Le había prometido a Jude que no hablaría mal de Beauchamp ni llamaría la atención sobre sus conflictos familiares. Había cumplido su promesa mucho más fácil de lo que Sam había esperado.

Si solo Eli se reuniera con ella y cumpliera su promesa de distraerla, entonces todo continuaría bien. Estaba sentada frente a Lord Gunther en la fiesta, pero Eli estaría a su lado. Otra ocurrencia que había sido bienvenida y Sam sospechaba que había sido obra de Jude.

Su doncella le había asegurado que Beauchamp estaba sentado cerca de la cabecera de la mesa, como era propio del padre de la novia y toda la familia de Jude y Cartwright repartida entre los invitados.

Las cuerdas de un único violín comenzaron a indicar a todos que se sentaran antes de que el silencio cayera una vez más.

Una ráfaga de nerviosismo revoloteó dentro de Sam mientras miraba a su alrededor. Los invitados se apresuraron a tomar sus asientos. Escaneó cada fila pero no vio a Eli en ninguna parte. Sería el colmo de la vergüenza para él llegar durante las nupcias.

Una vez que todos estuvieron sentados, el violinista comenzó una hermosa canción que Sam no conocía. La leve brisa llevaba las notas, que llegaban a Hollybrooke en todas partes.

El vicario se aclaró la garganta e hizo un gesto para que todos se pusieran de pie.

Al hacerlo, Sam se volvió para ver acercarse a su hermana y a los sirvientes que vigilaban las numerosas ventanas de la mansión.

Sam miró ansiosamente el asiento vacío destinado a Elijah.

Tal vez había sido demorado por un asunto imprevisible y se reuniría con ellos para cuando sirvieran la comida inmediatamente después de la ceremonia.

Pensar en la noche anterior y los dos huéspedes ausentes hicieron que la mente de Sam se perdiera, en el mismo momento cuando Jude, del brazo de Garrett, aparecía a la vista.

Su hermana estaba deslumbrantemente elegante. Llevaba un vestido color crema y tenía hebras de oro trenzadas entre sus largos mechones rizados y una ramita de flores color borgoña en la mano. Alta y elegante, todo lo que una mujer de *sociedad* anhelaba ser. Una faja entrelazada de oro y borgoña estaba atada holgadamente alrededor de su cintura y se arrastraba por la parte posterior de su vestido, creando un abanico, que flotaba detrás de ella mientras bajaba los escalones de la terraza y entraba en el jardín.

Se podían escuchar *Ooohs* y *Ahhhs*, así como elogios a Marce por la excelente planificación de la boda en el jardín.

Sam miró hacia lord Cartwright, que estaba junto al vicario, con una sonrisa brillante en el rostro. A unos pocos metros de la primera fila, la que se convertiría en la viuda del conde Cartwright tenía una sonrisa muy parecida a la de su hijo mientras contemplaba a la mujer que daría a luz al próximo conde de Cartwright, si el buen Dios dispuesto a hacerlo.

Sam miró hacia el cielo para evitar que las lágrimas de alegría rodaran por las mejillas y arruinaran su vestido. Ni una nube flotaba en el cielo y la brisa apenas era más que un susurro en los árboles cuando Jude caminaba lentamente entre las filas de invitados. Su gemela se detuvo brevemente, dándole a Sam una sonrisa alentadora antes de que Garrett la acercara más a su prometido.

Una sola lágrima escapó cuando Sam presenció la luz que llenaba a Simon cuando Jude tomó su lugar a su lado. Estaban destinados a estar juntos, siempre y para siempre.

¿Podía haber algo similar en el futuro de Sam, también? ¿Existiría un hombre que la amara y apreciara lo suficiente como para mantenerla a su lado por toda la eternidad? ¿O estaba destinada a vivir su vida entre veladas de gala, óperas y fiestas en el jardín? Pasar de una reunión social a la siguiente en un ciclo interminable de necesidad social.

Una parte de ella se preguntaba si un matrimonio mundano era para ella. Ciertamente, después de un momento mágico, las reuniones normales de *sociedad* perderían el atractivo y Sam buscaría algo más que la mantuviera ocupada y distraída. Un par de días antes, no había deseado nada más que volver a los lujosos salones de baile, las lujosas cenas y las escandalosas casas de juegos al aire libre de Londres.

Por el momento, no quería nada más que un cálido cuerpo masculino que tomara asiento en la silla junto a ella.

Sam no había esperado que su caprichosa fantasía se hiciera realidad, pero tan pronto como lo había pensado, un hombre se sentó a su lado.

Desafortunadamente, no era el caballero que había esperado.

O cualquier caballero en absoluto. Era su hermano, Garrett.

—Este asiento está reservado. Muévete —siseó.

Echó un vistazo a su alrededor mientras los invitados volvían a sus asientos; Jude y Simon estaban de pie ante el vicario, de espaldas a la multitud.

—¿Para quién? —susurró y se ganó una mirada malvada de Marce.

—Si debes saberlo, estoy guardando este asiento para Lord Ridgefeld —había pocas posibilidades de que Garrett hubiera sido informado de lo que había ocurrido (o casi) la noche anterior. Si Jude había dicho que mantendría el secreto, no la traicionaría, incluso con su propia familia—. Ahora, sé amable y muévete. Por favor."

El *por favor* era claramente una idea de último momento y solo lo dijo para obtener lo que quería, o más exactamente, exigía.

Garrett solo se acomodó más, estiró las piernas y dirigió su atención hacia el vicario mientras hablaba.

—Se fue.

—No —tartamudeó. *Tú* debes irte. Ahora.

—Lo que he querido decir es que Ridgefeld partió esta mañana. Antes del desayuno. —ni siquiera se molestó en mirar en su dirección, lo que le confirmó que su hermano no estaba al tanto de la relación de Sam con Elijah.

Pero, se había marchado?

—No puede ser —argumentó Sam por lo bajo—. Estamos sentados uno al lado del otro en la fiesta y tiene asuntos que arreglar con Simon y Lord Cummings.

—Los negocios se cerraron, obviamente, ya que vi a Ridgefeld con su ayuda de cámara auestas, dejar Hollybrooke antes de que muchos de los invitados se hubieran levantado de dormir —Garrett la miró por el rabillo del ojo, con una ceja levantada—. En cuanto a la disposición de los asientos, no sé, pero tal vez se hayan cambiado los planes sin que Marce se enterara. Es probable que se moleste de tener un asiento vacío en la mesa. Debería de ser cómico verla luchar para que le quitaran el lugar y cambiaran los asientos en el último minuto.

El continuo monólogo de Garrett se mezclaba con el sonido del vicario que hablaba a los invitados: de la improbable reunión de Jude y Cart, su

compromiso, mutuo amor y sus planes para el futuro.

Nada de eso penetraba esa especie de bruma que había rodeado a Sam. Elijah había dejado a Hollybrooke sin despedirse.

—Seguramente deberá regresar antes de que caiga la noche —Sam no estaba segura de por qué sentía la necesidad de rechazar lo Garrett decía o lo que afirmaba haber visto—. Tal vez haya ido en viaje de negocios por un día a la ciudad.

—No lo creo, querida hermana.

Su disputa le produjo un fuerte “*Shhh*” de parte de Lady Chastain Ellington, quien estaba sentada directamente detrás de ellos.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? se inclinó para susurrar cuando Simon y Jude se volvieron a mirar, estrechando las manos.

—Cargaron su baúl y los sirvientes cambiaron su ropa de cama. Su habitación estaba al otro lado del pasillo de la mía —explicó.

Los aplausos sonaron a su alrededor cuando los invitados se pusieron de pie, al tiempo que felicitaban a Lord Cartwright y la nueva Lady Cartwright. Su hermana... una condesa.

Pero todo lo que Sam podía oír era cómo el corazón se desgarraba cuando sentía que era arrancado pieza por pieza de su pecho. No quería que fuera verdad. Anhelaba que Garrett se equivocara.

Lord Ridgefeld, Elijah, no saldría de Hollybrooke de esa manera, sin despedirse de forma adecuada. O al menos, con una nota que explicara su apresurada partida.

Él le había hecho una promesa.

Sam presionó sus labios para detener cualquier nueva negación. Solo serviría para hacerla parecer necia y tonta. De todas las personas, Elijah era consciente de la cantidad de desprecio, asco y enojo que tenía por su padre, el primer hombre en dejarla sin mirar atrás. Continuar con su vida como si ella y Jude fueran poco más que un giro equivocado, aunque su camino se hubo enderezado rápidamente y su rumbo establecido como si nunca se hubiera tomado ese desvío en absoluto.

La inconveniencia de dos hijas, olvidadas.

¿Había sido ella una inconveniencia para Eli? ¿Se había ido para solo olvidarla antes de llegar a la ciudad más cercana?

Los invitados se movían cerca de Sam, felicitaban a la pareja de recién casados, o les brindaban consejos sobre un matrimonio exitoso y expresaban su aprecio por la fiesta que se avecina.

La gente se reía de buen ánimo. Sam solo quería llorar de desesperación.
La gente se movió. Sam no podía ponerse de pie.

La gente habló de las buenas nuevas por venir. La voz de Sam estaba atascada en su garganta seca.

A medida que avanzaba el día, los invitados comieron hasta que se saciaron e ingresaron al interior al caer la tarde. Se había planeado una noche de baile y de cartas en honor a Lord y Lady Cartwright, los recién casados.

A su alrededor, todo era borroso. De repente, Sam se encontró de pie contra la pared que bordeaba la pista de baile sin recordar cómo había llegado allí, enfundada en su traje de noche de seda azul medianoche (tono se ajustaba perfectamente a su estado de ánimo).

Con el cuello tieso y las manos apretadas sin piedad delante de ella, registró la habitación una vez más, y los últimos restos de negación la abandonaron, y sintió caer los hombros en señal de derrota.

Lord Ridgefeld realmente había abandonado Hollybrooke Manor y no regresaría.

Le temblaba la barbilla y respiró de forma entrecortada para mantener a raya su llanto y sus lágrimas donde pertenecían... bien guardadas.

Ciertamente, se había equivocado acerca de Elijah y su personaje.

No era el caballero blanco que la había rescatado de la tormenta.

No era el amable caballero que le había permitido llorar en su hombro.

No era el hombre empático que le había contado sus propias penas en las manos de sus padres.

Era el marqués que había inspirado una profunda pasión dentro de ella, pero sin el resto, Sam sabía que su deseo por él se desvanecería con el tiempo.

Incluso ahora, sintió que su corazón se endurecía ante él, ante cualquier pensamiento sobre el hombre, de hecho.

Elijah, el Marqués de Ridgefeld, no era mejor que el sinvergüenza padre de Sam.

###

—¡Mathers! —Eli golpeó el costado del carruaje—. Detén el carruaje.
Necesito aire.

“Necesitar aire”... era quedarse un poco corto. Elijah necesitaba mucho más que aire para poner en orden su vida una vez más. Deseaba a Samantha

Pengarden... a su lado y en su casa, para siempre. ¿Había sido esta la aflicción que su padre había enfrentado al conocer a su madre? Había pensado tanto en Alice Watson y rara vez pensaba en el hombre que solo había conocido a través de las reflexiones de su abuelo.

El cochero se detuvo solo tres horas después de salir de Hollybrooke. Eso era todo lo que Eli podía pasar encerrado solo en el carruaje, con este único pensamiento pleno de remordimiento y arrepentimiento, como compañía.

Se había quedado de pie del otro lado de la puerta de la recámara de Sam el mayor tiempo posible antes de que los invitados comenzaran a moverse y prepararse para la boda en los jardines. Había hojeado el delgado volumen que había tomado del estudio privado de Cummings. Había evaluado la posibilidad de devolverle el libro, y le habría permitido obtener el conocimiento que nunca podría compartir con ella, pero que tan desesperadamente deseaba saber.

No podía hacerse esto. Había tomado la decisión correcta. La única decisión que beneficiaría a todos los involucrados.

—¿Milord? —preguntó Mathers, abriendo la puerta de par en par.

Eli saltó desde los confines del transporte, feliz de liberarse de las restricciones impuestas por el carruaje.

—¿Deberíamos dar la vuelta y volver a Hollybrooke? —Mathers elevó las cejas con un destello de esperanza en el tono—. Podemos llegar antes de que se sirva la comida.

—No —Eli hizo un gesto tajante con la mano, como si cortara el aire entre ellos, antes de pivotar para pasearse al lado de la carretera—. Dame unos momentos y continuaremos nuestro camino.

—Muy bien —Mathers evitó su mirada antes de volver a subir a su lugar y tomar las riendas en la mano en espera de la siguiente orden de Eli.

¡Demonios! pero Eli no había tenido la intención de ser duro con su sirviente. El hombre era leal en extremo, y uno de los pocos hombres que Eli consideraba un amigo a pesar del hecho de que él pagaba el salario de Mathers. Era algo que Mathers rara vez olvidó y, debido a ello, se había puesto a disposición de Eli, aunque raramente hablaba de sí mismo.

Eli se dio vuelta y se dirigió hacia la donde estaba Mathers.

—Mis disculpas —cuando su ayuda de cámara (y ocasional cochero) solo asintió con la cabeza pero se negó a mirar a Eli a los ojos, se trepó al lado del hombre y se frotó la cara con las palmas abiertas—. No quise hablar con dureza. Los problemas son míos y eso lo sé.

—¿Puedo hablar libremente, milord? —las manos del hombre se tensaron tanto en las riendas que sus nudillos se pusieron blancos.

—Por supuesto —suspiró Eli.

—No creo que quisiera dejar Hollybrooke —confió Mathers.

—No, no quería —la verdad era no había querido dejar a Sam y sin importar lo que los atraía—. Originalmente, vine a Derbyshire para escapar de la presión de la muerte del abuelo y la pena de no poder llevar a mi madre a casa. Desafortunadamente, mis problemas me han seguido hasta aquí.

En verdad, no había tenido el coraje de llamar a la puerta de Sam esa mañana y devolverle el libro porque sabía que era un acto egoísta. Eli había querido verla por última vez antes de partir, aunque sabía muy bien que nunca habría de confesarle que se iba de Hollybrooke. Entonces, en cambio, Eli había descubierto dónde Cummings había escondido sus tesoros, volvió a guardar el libro en su lugar oculto y huyó.

No lo hacía más honorable que su madre, que se había escapado de Liverpool en la oscuridad de la noche. Al menos le había dejado una nota al abuelo. Eli no había tenido el valor de hacer eso.

Mathers agitó las riendas, y el carruaje inició la marcha una vez más.

Elijah se acomodó para disfrutar de la sensación de la brisa fresca en el rostro, aunque no sirvió de nada para despejar la confusión de las preocupaciones que llevaba consigo.

Admitió libremente que su familia tenía cierta tendencia a huir, disfrazada de viajes o viajes de exploración, para huir de las cosas que los perseguían. Su abuelo inicialmente había buscado aventuras después de la muerte de su esposa, sin pensar en el impacto que tendría en su hijo y en su nieto. Su propio padre había emprendido hazañas mucho más arriesgadas después de enterarse del embarazo de su esposa y enviarla de regreso a Inglaterra. Y su madre había huido de Inglaterra para siempre tan pronto como le fue posible. La muerte del padre de Elijah fue demasiado para ella. Tener que cuidar a un bebé era completamente imposible.

Huir de Liverpool había sido una forma de escapar de todo y de todo lo que le recordaba a Eli sus fracasos y las cosas... las personas que nunca hubiera tenido en su vida. Y ahora, él había escapado de Hollybrooke con propósitos similares. Él nunca podría tener a Sam, no tenía derecho a poner su mirada en ella; y todos, incluida su familia, habían deducido eso. Incluso antes de que Elijah hubiera llegado a la conclusión.

El ciclo continuó. Eli fue incapaz de cambiar su curso.

—La señorita Samantha es una rara belleza —dijo Mathers y miró a Eli por el rabillo del ojo.

Pero Elijah no permitiría que sus verdaderos sentimientos hacia la mujer escaparan de él. Era demasiado tarde para eso.

—Verdaderamente encantadora —maldita sea, no había querido decir las palabras en voz alta.

—Estoy de acuerdo, milord —su sirviente sabiamente mantuvo la entrenada mirada en el camino delante de ellos, pero no pudo ocultar la sonrisa.

No importaba lo mucho que Elijah deseara desacreditar sus anteriores comentarios sin sentido. Sería total mentira decir que encontraba a la mujer algo más diferente de lo que había dicho: encantadora.

Apenas se conocían, pero había algo allí. Algo que lo atrajo hacia Sam. No le dio otra opción que estar cerca de ella, escuchar cada palabra y rezar para que continuara.

Era la razón más convincente por la que necesitaba abandonar Derbyshire. Cartwright había dicho la verdad: a Sam se le debería dar el tiempo y la oportunidad de conocer a su padre. Pero había sido el inmenso atractivo que Elijah había sentido hacia ella lo que lo había influenciado a prestar atención a la advertencia de Cartwright.

¿Qué pasaría si los sentimientos de Samantha por él fueran solo debido a la tensión ejercida sobre ella por Beauchamp?

Elijah no podía vivir sabiendo que llegaría a querer (o a estar unido) a una mujer que no compartía su mismo afecto.

—¿Cuándo crees que llegaremos a casa, Mathers? —gritó Elijah por encima del ruido de las ruedas del carruaje y los caballos al galope.

Capítulo Dieciocho

Junio de 1819

Londres, Inglaterra

Eli se sentó en lo alto de su montura y examinó las atestadas calles mientras conducía la media docena de vagones detrás de él, cada uno cargado en extremo y empaquetado con extremo cuidado, que llevaban los tesoros más preciados de su abuelo. Décadas de recuerdos, viajes y tierras extrañas cuidadosamente organizados en cuarenta y ocho grandes baúles y varias cajas. Veintisiete horas repartidas en tres días viajando desde su finca en las afueras de Liverpool hasta Londres. Cuatro ruedas de carro rotas y dos herraduras tiradas.

Tenía agotado cada centímetro de su cuerpo.

El último día, Eli había escapado de los confines de su carruaje para montar su caballo e ir por delante. Estaba contento de haberlo hecho. La ciudad era impresionante, enorme, más grande de lo que se acordaba de cuando niño. Las calles cambiaron de desagradables a bien cuidadas a medida que avanzaba hacia la casa de lord Cartwright.

Nada podría haberlo preparado para ver la ciudad más grande de su país. Rivalizaba con lo que había visto en Sudamérica y las ruinas mayas, las grandes pirámides de Egipto y los ríos lentos que viajaban a través de la selva amazónica.

¿Por qué su abuelo no le había mostrado la naturaleza majestuosa de su tierra natal?

No cabían dudas de que Eli había seleccionado el museo correcto que albergara los tesoros que había acumulado su abuelo.

Un hombre que caminaba por la calle, cerca de las fachadas de las tiendas, asintió con la cabeza en dirección a Elijah. Inclino la cabeza a cambio. Probablemente pareciera mucho más importante de lo que era cuando viajaba por delante, seguido de seis vagones y su carruaje por las calles de Londres.

Entendía por qué Sam estaba tan desesperada por regresar a Londres. La emoción lo embargó de solo pensar en ella. Se habían conocido durante un breve período, pero a Eli le costaba pensar en un momento pasado sin su tímida sonrisa, sus cabellos ardientes y su comportamiento infernal. Había

huido de su casa para escapar de todos los recuerdos de su abuelo, pero regresó con un nuevo fantasma que lo seguía a cada momento.

Había visto su hogar de una manera completamente diferente después de su viaje a Derbyshire. De repente, ya no favoreció la presencia masculina en cada rincón de la extensa propiedad. Y se encontró pensando en los lugares de fantasía femenina que habían existido durante sus primeros años: los últimos recuerdos de su madre. Sin embargo, habían desaparecido de a poco mientras su abuelo continuaba coleccionando objetos y, así, el salón lila de su madre se convirtió en el cuarto de cerámica del abuelo. El cuarto de costura de Alice Watson se convirtió gradualmente en un lugar donde el marqués había colgado su preciada colección de espadas. Al final, incluso el dormitorio de su madre (una habitación que había sido del piso al techo por entero de color de rosa) se había transformado en una sala de lectura.

El día en que él y el abuelo habían regresado de un viaje a Francia y vieron el que había sido el espacio personal de su madre, despojado de cada recuerdo de su vida había sido el día en que Eli había sabido que ella no regresaría, nunca. Tenía doce años y era casi un hombre aunque ese día se había quebrado y había llorado... y así dejó que su ira, desesperación y abandono salieran a la luz. Después de eso, había dormido durante dos días. Y se prometió a sí mismo que nunca permitiría que una mujer lo hiciera llorar de nuevo.

Había estado cerca de romper esa promesa de tan larga data cuando fue a buscar a su madre en Estados Unidos.

—Señor —llamó uno de sus conductores—. Mayfair es por allá. Continuaremos hacia el museo.

—Así es, Carter —Eli sonrió por encima del hombro. Había sido bueno viajar con un grupo tan grande. Le recordaba a su abuelo y sus muchas excursiones. Incluso habían pasado una noche acampados bajo los carromatos en una parte particularmente desolada de Buckinghamshire. Había llovido toda la noche y todos habían despertado empapados por el agua fría. Sin embargo, Eli había disfrutado inmensamente de su viaje.

—Te estarán esperando. Lord Cartwright y yo estaremos allí mañana para ordenar todo. Regresa a Mayfair cuando hayas terminado. Los esperan una comida caliente y una cama seca.

—Es muy amable de parte de Lord Cartwright alojarnos a todos —gritó Carter por encima del ruido de las ruedas del carruaje y los cascos mientras

viajaban por el camino adoquinado—, pero soy sincero al decir que no puedo esperar para volver a Liverpool por la mañana, milord.

No hace mucho, Eli habría dicho lo mismo.

Eli saludó con la mano mientras él y su carruaje se dirigían a Mayfair y los carros continuaban hacia el Museo Británico. Un peso menos. No le gustaba separarse de todo lo que su abuelo había trabajado tan duro para coleccionar, pero sabía que los artículos serían cuidados y apreciados adecuadamente. Algo que era imposible de lograr para un hombre en medio de Lancashire.

Las estrechas callejuelas estaban menos abarrotadas, lo que le daba a Eli una vista clara de las calles a su paso, cada una con grandes casas adosadas a ambos lados, arbustos bien cuidados y caminos mantenidos con esmero. Sin duda, necesitaría visitar a un sastre si planea quedarse más de una quincena en la ciudad. Se ganaría el título de campesino rústico con solo tres abrigo como la gente. Aunque un hombre solo necesitaba unas pocas prendas finas cuando rara vez dejaba la presencia de sus sirvientes.

Ordenar y almacenar todo para transportarlo de forma adecuada le había tomado más tiempo de lo que Eli había esperado y había retrasado el viaje casi dos semanas completas. El tiempo adicional, con suerte, le había dado a Lord Cartwright y a su nueva esposa la oportunidad de establecerse en su vida citadina antes de que llegara Eli y ocupara parte de su espacio y tiempo.

Le había enviado un mensaje a Cartwright donde había indicado la fecha en que planeaba llegar. Debería haberle enviado un mensaje a la señorita Samantha que anunciara su llegada, también. Posiblemente hubiera sido tan directo como para solicitar una audiencia con ella o una cita en Hyde Park. Había leído que las mujeres, y también los hombres, pasaban muchas horas a la semana en los parques de Londres o asistiendo a las exhibiciones de arte en Pall Mall. Consideraba esas actividades engorrosas y que ocupaban mucho tiempo.

También era posible que Sam lo hubiera olvidado por completo y se hubiera asegurado un pretendiente en Londres. Un caballero más acostumbrado a moverse en sociedad. Verdaderamente, deseaba haber permanecido en Hollybrooke el tiempo suficiente para contarle su afecto por ella, pero Cartwright había hecho una observación válida... y Eli aún no tenía la idea de lo que sentía por la mujer. Como muchos han escrito, la ausencia hace que el corazón se vuelva más cariñoso.

Y una cosa que Eli sabía era su afecto y añoranza por Sam. De hecho, nunca había estado tan seguro de nada en su vida hasta ahora.

Dirigió su montura hacia la casa de Cartwright y desmontó cuando su cochero se detuvo detrás de él. Mathers, su ayuda de cámara, salió rápidamente y corrió a la puerta para anunciar la llegada de Elijah. Parecía un gesto excesivamente aristocrático para él, pero si iba a causar una gran impresión, las reglas de la sociedad deben cumplirse.

—¡Ridgefeld! —Lord Cartwright se apresuró a salir, su mayordomo y dos lacayos lo siguieron cuando Eli se sacudió el polvo del abrigo—. Has llegado. El museo ha agregado personal adicional para ayudar a descargar, ordenar y organizar la enorme colección de su abuelo. Desde que escribiste que te quedarías en Londres hasta que la tarea estuviera completa... temí que sin ayuda estuvieras aquí mucho después de Navidad—. Agitó la mano hacia la puerta—. Ven. Vamos a tomar un trago y hablar sobre tus viajes.

Miró entre su conductor, ayuda de cámara, los lacayos y Cartwright.

—Crees que...

—No te preocupes —dijo, al tiempo que pasaba la mano por su cabello color arena y se balanceaba sobre los talones—. Ellos se encargarán de tus cosas. Vamos a entrar.

Cartwright no esperó a que Eli respondiera, sino que giró y comenzó a caminar hacia la puerta.

No había otra opción más que seguir al hombre o quedarse atrás.

—Podemos manejar esto, milord —confirmó Mathers.

—Gracias —Elijah se apresuró a atrapar a Cartwright mientras caminaba por el vestíbulo, murmurando por lo bajo con cada paso que daba.

—¿Perdón, milord? —Eli finalmente se puso a caminar junto a él—. ¿Qué estabas diciendo?

—¡Oh! —Los pasos de Cartwright vacilaron como si no se hubiera dado cuenta de que había hablado en voz alta—. Son cuarenta y siete pasos a mi estudio desde la puerta de entrada. Tengo cierta afición a contar... y cuando estoy muy entusiasmado, tiendo a dar pasos más pequeños y rápidos. Poco propio de un caballero. Si cuento, me ayuda.

Eli solo sonrió y asintió ante las divagaciones del conde.

—Es un placer verte de nuevo, Ridgefeld —dijo Cartwright efusivamente—. Fue una pena que te fueras de Hollybrooke cuando lo hiciste.

—Sí, bueno... —Eli se preguntó si Cartwright recordaba que casi había exigido a Eli que abandonara la boda antes—. Estoy feliz de haber llegado sano y salvo a Londres, al igual que todos los vagones. Han pasado muchos

años desde que vine a la ciudad. Espero que tu viaje de bodas haya sido agradable.

Cartwright rodeó su escritorio y se sentó e indicó a Eli que hiciera lo mismo en la silla de invitados.

—En lo que respecta al viaje de bodas, fue espantoso, debo decir. Tuve la desafortunada tarea de expulsar a los arrendatarios que alquilaban tierras en mi casa de campo. Cuando mi tío se fugó con gran parte de los cofres del tesoro de los Cartwright, fue necesario que tomara arrendatarios en muchas de mis propiedades para costear su mantenimiento y demás —sacudió la cabeza con remordimiento—. Dado que mi suerte está empezando a mejorar y mi familia pronto va a crecer, pensé que sería justo recuperar mi propiedad para uso familiar.

Se preguntó si el conde estaba acostumbrado a compartir tanto de sus negocios con sus invitados, o tal vez Cartwright necesitaba un amigo. Además de Cummings, Stanford y Gunther, Cartwright no había tenido invitados masculinos que no estuvieran conectados con la señorita Judith que asistiera a Hollybrooke. Y el trío era más socio comercial que amigo.

—Todo eso es muy molesto, aunque estoy seguro de que no te preocupa. ¿Puedo ofrecerte una bebida? —preguntó Cartwright.

—Oh, no, gracias —dijo Eli. Era demasiado temprano para las bebidas espirituosas, y el té nunca había sido un favorito de Eli—. Gracias por ofrecerme un lugar donde quedarme mientras estoy en Londres. Es bastante embarazoso admitir que no tengo mi propia residencia aquí.

—Es lo menos que puedo ofrecerte por tu generosidad con el museo. Y me atrevo a decir que mi nueva esposa se horrorizaría si permitiera que te alojaras en una pensión o en una posada mientras estuvieras en la ciudad. Sonó un chillido desde lo más profundo de la casa y Cartwright se encogió—. Aunque, es posible que sea yo quien desee buscar otro alojamiento. Mi querida madre todavía se está adaptando a ser llamada viuda y sin Theo en su casa, está completamente desocupada —Hizo una pausa y se masajeó las sienes mientras otro grito hacía eco desde el segundo piso—. Si decides buscar otra vivienda, ¿podrías preguntarle a mi querida esposa si puedo ir contigo?

Elijah se rió ante el involuntario e inesperado ingenio del hombre.

—He oído que escapar de la madre es difícil y me temo que evitar una esposa es casi imposible.

Unos pasos leves sonaron detrás de Eli y él se giró, conteniendo la respiración. Por un breve instante, Eli pensó que era Sam quien había entrado

en la habitación y se le aceleró el corazón.

Sus esperanzas se desvanecieron cuando la señorita Judith, es decir, la voz lírica de lady Cartwright, lo saludó.

—Lord Ridgefeld. Qué encantador verte de nuevo. Espero que Simon no te impida descansar después de tu largo viaje —levantó una ceja inquisitiva a su marido.

—No he... —Cartwright comenzó, pero sabiamente cerró la boca.

—He hecho preparar una habitación para ti —continuó la condesa—. En el lado opuesto de la casa de donde está la viuda de lord Cartwright, no temas. Estoy segura de que debes estar exhausto. Puedo hacer que un criado te muestre tu habitación.

—Sí, tienes razón, mi amor —concordó Cartwright—. Descanso... y un baño adecuado es justo lo que se necesitas después del viaje.

La condesa sonrió y se volvió hacia Eli.

—Si para esta noche estás descansado, puedes acompañarnos a Simon y a mí. Lord y Lady Chastain han organizado un baile en nuestro honor para celebrar nuestra unión y para presentarnos formalmente en sociedad. Realmente debes venir.

Se contuvo de preguntar si la señorita Samantha estaría presente. Por supuesto, ella no se perdería un evento en el que se celebraba a su hermana y a Cartwright.

—Voy a hacer que mi valet tenga listo mi traje de noche —dijo Eli con una sonrisa y esperó que su inquietud no fuera demasiado visible—. Será mi primera velada, sin contar los pequeños bailes de campo que se celebran fuera de Liverpool, por supuesto —No había necesidad de mencionar los muchos rituales tribales en los que había participado a lo largo de los años, pero de los que había servido con mayor precisión como testigo y espectador.

—Encantador —Lady Cartwright aplaudió con deleite—. No te preocupes demasiado. Habrá al menos una docena de rostros familiares, te lo aseguro.

Era extraño que cualquier nerviosismo se disipara rápidamente ante la idea de estar en presencia de Sam una vez más.

Capítulo Diecinueve

—¡Lord Proctor! —la profunda y áspera risa de Sam resonó por el pasillo desierto mientras los acordes de un vals atravesaban la gran casa hasta llegar al lugar privado que sospechaba que el barón había planeado llevarla toda la noche.

—Eres muy impropio.

—¡Dios mío, Sammy, no tienes ni idea de cuán impropio puede ser un hombre! —su mano se deslizó por el muslo mientras hablaba, lo que encendió las alarmas en todo el cuerpo de Sam. El apodo con el que la llamaba era casi tan ofensivo como sus habilidades en la pista de baile; de ahí que ella le hubiera permitido que la *alejara* del salón de baile—. Solo dame un besito, mi bomboncito.

¿Bomboncito? El hombre ciertamente no sabía nada de ella como para pensar que era dulce. Sam se preguntó si la consideraría azucarada si le retorció la oreja hasta que le diera un poco de espacio para respirar.

De Proctor, o Eric como exigía que ella lo llamara, se decía que era apuesto, rico y con conexiones. El sueño de toda niña debutante: cabello negro azabache... demasiado oscuro para el gusto de Sam. Penetrantes ojos azules... tal vez demasiado intensos para la comodidad de Sam. La agresiva arrogancia... un poco demasiado presente y en conflicto con la propia actitud enérgica de Sam. Sin embargo, era un candidato que estaba disponible, independiente, con una finca en Devon, una casa en Bath y una gran casa digna de un príncipe. Ciertamente, no era un conde como el esposo de Jude, ni un marqués.

¿Por qué pensó en Elijah en ese preciso momento cuando estaba en los brazos de otro hombre?

Sam había hecho todo lo que estaba a su alcance para olvidar al maldito sinvergüenza. Había abrazado la vida de la ciudad como la hermana de una condesa recién establecida. Las casas más elegantes de Londres estaban abiertas para ella, incluso antes de que Jude y Simon regresaran de su viaje de bodas. Marce se había levantado en armas con respecto a las invitaciones que aceptar y las que rechazar.

Cerrando los ojos e inclinando la cabeza hacia atrás, Sam se concentró en la mano del barón, que actualmente viajaba por su costado para ahuecar en su

pecho. Cuando llegó, ella notó el tamaño minúsculo de su amiga. Seguramente, la mano de un hombre debería de ser el doble de grande que la de una mujer.

Apartó de su mente el pensamiento extraviado mientras su cálido aliento caía sobre su cuello; los aromas del pudín de ganso de la noche abrumaron la nariz de la joven y tomaron por asalto sus sentidos.

No estaba funcionando. *Él* no estaba trabajando. Tampoco Sam había podido sentir deseo, o algo parecido, cuando fueron a la ópera, instalados en el palco privado de lord Harborborn.

Se liberó de la presión de Proctor mientras sus labios se acomodaban justo debajo de la oreja.

La vieja Sam habría ronroneado, tal vez incluso emitido un sutil gemido de placer.

Ahora, no podía pensar más que en la naturaleza pegajosa de las manos y el débil labio inferior del hombre cuando las bocas se encontraron.

Obviamente hablaba a gritos del hombre: manos sudorosas, diminutas... ojos pequeños, astutos, furtivos... y labios que probablemente permitieran que la bebida le chorreara por la barbilla. Las jovencitas hablaban de lo guapo de su aspecto; sin embargo, a ella solo le parecía un pez boquiabierto.

—Creo que es hora de regresar al salón de baile, milord —Sam dio un paso en dirección a la salida—. Los invitados ciertamente habrán notado nuestra ausencia a estas alturas.

Proctor le sujetó la mano antes de que pudiera ir más allá.

—¿Sería *eso* tan terrible?

—¿Qué está insinuando? —Sam tuvo una corazonada, pero quería escucharlo de sus labios.

—Creo que está claro, señorita Samantha —cometió el grave error de recorrer su cuerpo con la mirada antes de intentar acercarla una vez más—. Me has acompañado al parque, a la fiesta en el jardín de Abernasher, y he puesto mi nombre en tu tarjeta de baile media docena de veces en la última quincena. Creo que es obvio, no solo para ti, sino para la sociedad en general.

Había pocas razones para informar a Proctor que también había disfrutado de salidas similares con otros cuatro pretendientes desde su regreso a Londres.

Entornó los ojos. ¿Cómo lo había considerado apuesto alguna vez? ¿O el menos emocionante?

—Vamos, Sammy —continuó, haciendo caso omiso de la advertencia en su mirada—. No puedo ser el primero en proponerle un arreglo de este tipo.

Un... arreglo... —tartamudeó Sam—. Usted...

—Estoy dispuesto a procurarte una casa adosada preciosa para tu uso en Mayfair o St. James... o, hace unos días, descubrí una pintoresca casa de campo que linda con Hyde Park. La brisa de la mañana entre los árboles que cubren el área cubierta de hierba te complacería, estoy seguro —Con moderación, finalmente tomó nota de su expresión estupefacta—. Oh, también incluiré una asignación para vestidos, joyas y viajes. Y un carruaje para tu uso diario. No soy un hombre poco generoso.

Sam tomó firmemente su vestido y levantó su falda lo suficientemente como para que su pie golpeará —y golpeará profundamente— en la espinilla del barón.

—¡Ay! —saltó hacia atrás y fuera de su alcance—. Ciertamente debería de haber sospechado que una cabaña no serviría para la hija de Madame Sasha. Me pondré en contacto con mi agente para asegurarte una gran residencia. ¿Calma eso tu temperamento, mi bomboncito?

Estaba claro que el hombre claramente no tenía sentido de. Y, muy posiblemente, carecía de una buena cantidad de sentido.

—Me gustaría volver al salón de baile *ahora* —dijo con furia, girando bruscamente y comenzando de nuevo hacia donde se estaba llevando a cabo la velada.

—Pero, Sammy, aún no hemos discutido la considerable suma de dinero que estoy dispuesto a gastar en ti mientras dure nuestro acuerdo —le gritó a ella, que huía—. ¡Vamos, esto es lo que deseabas!

Sam estaba casi decidida a quitarse la zapatilla de baile y a arrojársela; sin embargo, el calzado era demasiado suave y no podría satisfacer su deseo de mutilarlo.

Para reforzar aún más su punto de vista, pisoteó el pasillo, pero sus pies casi no hacían ruido, lo que solo sirvió para enfurecerla aún más. Cómo se atrevía a sugerir que aceptara ser su amante, una vulgar muñequita de lujo, mantenida enjaulada, con las alas recortadas, por muy bien alimentada y vigilada que estuviera.

¿Es esto lo que le había ganado el ventajoso matrimonio de su hermana? ¿La oportunidad de ser la amante de un lord?

Dobló la esquina final y entró en el salón de baile por una puerta lateral y avanzó poco a poco a lo largo de la pared, para ubicarse cerca de una maceta con helechos. Necesitaba un momento para calmarse, para permitir que su temperamento se enfriara y su furia se quietara.

Proctor se arrepentiría del día en que la había conocido, si siquiera miraba en su dirección otra vez.

Sam cruzó los brazos y observó fijamente a los bailarines que se arremolinaban en la pista de baile. Vestidos de todos los colores, sombreros de todos los tamaños y estilos, adornos que chisporroteaban y señores y damas de todas las edades se contorsionaban, se balanceaban y reían.

Cada día, Sam intentaba encontrar el placer que había sentido antes de partir hacia Derbyshire: la emoción de una vuelta por el parque, el encanto de una noche bailando bajo cientos de velas brillantes y deliciosas comidas en compañía de hombres refinados. Ni siquiera una noche en el Royal Theatre tomando parte de una actuación de Charles Mathews o John Liston la dejaría aturrida por la emoción y la anticipación.

Era difícil encontrar un compañero que fuera capaz de conversar sobre cualquier tema algo más significativo que el clima o la última moda. A Sam no le importaba ni un ápice si adornaban un sombrero con manzanas pequeñas o peras, o si el pájaro posado en la decoración era un canario o un pájaro azul. ¿Para empezar, quién pensaba que era sensato coser un animal de imitación a un tocado? Se hacía aún más morboso cuando algunas de las matronas de la *high society* se jactaban de que sus ornamentaciones en los sombreros habían estado alguna vez realmente vivas.

Qué repugnante.

Una ronda de risas llamó la atención de Sam más allá de la pared donde estaba su escondite detrás de la maceta con el helecho. Las insípidas risas inspiraban imágenes de una bandada de gansos, el grupo de debutantes vestidas de colores pastel no hizo nada para hacer cambiar la impresión que se tenía de ellas, mientras se movían en como en un enjambre hacia la mesa de refrigerios, hablando en parejas y tríos sobre sus próximos compañeros de baile y los planes que tenían para el resto de la temporada.

Tal vez estas eran sus únicas dos opciones: unirse al grupo de doncellas tontas recién salidas del salón de clases, o aceptar la oferta de un señor de ser su cortesana. Ninguno de las dos hablaba de un futuro particularmente atractivo. Su ardiente cabello rojizo no encajaba bien con el lavanda, el melocotón o el azul claro, sino que corría más para el lado de los colores audaces: azul medianoche, verde Brunswick y carmín. Sam prefería que su cabello se peinara sobre la cabeza, y que el cuello y los lóbulos de las orejas estuvieran decorados con rubíes o zafiros, no perlas.

No tenía nada en común con la última cosecha de debutantes.

Sin embargo, tampoco se veía a sí misma encontrando un parentesco con las muchas amantes que ensuciaban la habitación.

¿Las muñequitas de lujo estaban juntas como lo hacían las inocentes debutantes? El nombre ciertamente implicaba que lo hacían.

Otra vez se preguntó cómo podría haber confundido las intenciones de Proctor tan completamente. Había hecho todo lo que se suponía que debía hacer un caballero: enviarle flores y regalos, hacer visitas sociales a Craven House, invitarla a pasear por Hyde Park y poner su nombre primero en su tarjeta de baile.

¿Cortejar a una nueva amante podría ser lo mismo que cortejar a una futura novia? Era impensable siquiera considerar la noción.

¡Pésimo!

Sam examinó el salón de baile una vez más, y observó a una mujer elegantemente vestida que colgaba del brazo de un hombre pretencioso, y que sostenía su abanico para ocultar la sonrisa mientras batía las pestañas. Un juego de seducción, de seguro.

Otra mujer, una viuda de edad indeterminada, presionaba tímidamente su cuerpo a lo largo del flanco de un hombre corpulento y macizo, lo suficientemente mayor para ser su padre y un anticuado admirador de las largas pelucas blancas y empolvadas. Sam necesitaba vigilar de cerca a esta pareja y observar si salían juntos del salón de baile o si se marchaban en carruajes separados.

Solo había una causa para todo: Lord Ridgefeld.

Había sido completamente ajena a la naturaleza mundana de la sociedad antes de que la encontrara en las tierras salvajes de Derbyshire. No había sabido cómo un labio inferior débil podía afectar negativamente un beso. No le había preocupado cómo otros la percibían. Ella había estado feliz, plena y satisfecha.

En ese momento, su vida no tenía ninguno de esos sentimientos.

En cambio, Sam se sentía aplastada por el aburrimiento, su familia notaba su falso entusiasmo y el vacío en su interior crecía día a día.

Incluso un coqueteo inocente en una sala oscura no había tenido atractivo, aunque probablemente se debía al hombre que había elegido como compañero. Se le hizo un nudo en el estómago cuando no pudo ver ni a un solo caballero que no demostrara ser nada apetecible ya fuera en comportamiento o en apariencia.

Le echaría una maldición a Elijah si supiera cómo.

La había arruinado, y no de una manera pecaminosa; aunque eso hubiera sido preferible a su situación actual.

Sam bufó al tiempo que golpeaba con la punta de su zapatilla en el suelo pulido.

El marqués le había quitado a Sam sus rasgos más preciados: sus tendencias frívolas, sus inclinaciones desinhibidas y su tendencia pesimista.

Si estuviera aquí, le exigiría que la devolviera a su ser anterior.

Recuperar sus besos, sus momentos de completa honestidad y su garantía de que el futuro podría ser brillante si solo ella se permitiera perdonar y olvidar el pasado.

Miró hacia las puertas de entrada, abiertas de par en par para que los invitados entraran y salieran.

Cuando Lord Gunther notó su mirada, asintió y comenzó a mirarla. La noche no podía ser peor; el hombre era demasiado odioso y aburrido, persistente hasta el extremo. Ya la habían acosado con un baile esta noche. No habría un segundo.

Imaginó apuntar a la espinilla de Gunther, al igual que lo había hecho con Proctor; sin embargo, el hombre era tan despreocupado, que probablemente se lastimaría el pie mucho antes de hacer valer su punto.

Unirse a las otras debutantes en la mesa de refrigerios no le resultaba tan ahora repelente cuanto más se acercaba Lord Gunther.

Era eso o retroceder por la puerta y salir del salón de baile, aunque eso podría muy bien enviarla a las garras de Proctor una vez más. Su reaparición lo convencería de que había cambiado de parecer con respecto a su oferta y aceptaba el arreglo. Lo que ella ciertamente no había hecho, ni haría nunca.

Con moderación, Gunther hizo una pausa para hablar con un anciano noble y Sam pudo deslizarse a través de un grupo de debutantes y salir a la terraza. Sintió el aire de la tarde frío contra su cara y la piel de su cuello. Sus pezones se endurecieron al instante dentro de su corpiño. Hubiera sido más sensato buscar refugio en otro lugar que no fuera a merced de los elementos en la terraza sin chal alguno para protegerse. Pero entre caer víctima del aire helado de la noche o quedar atrapada en otra conversación que entumecía la mente con Lord Gunther... su decisión era clara.

Sam avanzó lentamente hacia las sombras, esperando quedarse allí. La terraza elevada fue felizmente abandonada ya que el baile estaba ahora más concurrido. A medida que la habitación se calentara, la gente buscaría el aire libre para refrescarse y su indulgente alivio se haría añicos.

Había pasado poco tiempo en la casa de Lord Chastain, aunque ella y Lady Chastain-Ellington casi habían crecido como hermanas. Ellie se había casado con Alex no hacía mucho tiempo y la pareja se había embarcado en un viaje para hacer de esta su propia casa. Si Sam recordaba correctamente, si bajaba las escaleras principales hacia el césped de abajo y giraba a la izquierda, encontraría rápidamente las puertas que conducían a la biblioteca; la sala de retiro de las damas estaba al final del pasillo. Luego podía tomarse unos minutos allí y dirigirse al salón de baile cuando la mayoría de los hombres hubiera migrado a las mesas de juego.

Lanzó una rápida mirada hacia el salón de baile. Lord Gunther la buscaba con la mirada entre la multitud. Cuando él le dio la espalda, Sam bajó corriendo los escalones de la terraza y se movió por el costado de la casa, el rocío de la tarde humedeció sus zapatillas y empapó sus medias. Estarían hechos un desastre y completamente arruinados al final de la noche. La pérdida de sus zapatos era un pequeño precio que pagar por escapar de Gunther.

El hombre había intensificado su búsqueda desde que había regresado a Londres. Sam había dejado muy claro en la boda de Jude que ella no tenía ningún interés en él; sin embargo, eso no impidió que Gunther enviara obsequios y solicitara realizar visitas sociales a Craven House.

La única luz que la guiaba en la noche oscura provenía de dos dormitorios de invitados y apenas permitía ver un metro delante de ella. Con el tobillo golpeó algo sólido, y chilló de dolor y se agachó para frotar la zona dolorida. ¡Demonios! Jude era la gemela más acostumbrada a escabullirse por la noche a través de entornos desconocidos. La espinilla de Sam continuó palpitando mientras cojeaba hacia la puerta de la biblioteca mientras a cada paso rezaba que estuviera abierta y no tan oscura como afuera.

—La puerta no debería estar lejos —murmuró Sam cuando una rama se enredó en su cabello y liberó así varias horquillas. Su decisión de escapar de Lord Gunther podría haber sido una elección precipitada, pero había tomado la decisión y tenía la intención de seguir adelante.

Por fortuna, sus pies tocaron la piedra. Había llegado al área adoquinada afuera de la puerta de la biblioteca. Sam tomó el pomo y lo giró, casi esperando que protestara y no se moviera, pero oyó que el mecanismo hacía clic y abrió la puerta unos centímetros. La calidez de la habitación acarició sus brazos fríos mientras se deslizaba en la cavernosa biblioteca que tenía

cada una de las paredes cubiertas con estantes. La puerta estaba entreabierta y se veía una franja de luz en el pasillo.

Sam le debía a su hermana una sincera disculpa por insistir en que fuera ella quien entrara en casas desconocidas con el propósito de robar, pero eso había terminado con el noviazgo con lord Cartwright. Tal vez algún día, en un futuro lejano, discutirían sus fechorías pasadas. El tiempo presente no era el ideal para ninguno de ellos.

Solo sintió un poco de remordimiento ante la idea de que sus pies empapados de barro estropearan la nueva alfombra de Ellington. Aunque también retrocedió cuando se acercó a la puerta y escuchó unos pasos más allá.

Alguien venía.

Genial.

Sam echó un vistazo alrededor, un escalofrío le recorrió la espalda mientras buscaba un lugar donde esconderse si alguien entraba en la habitación. Estaba demasiado oscuro para ver algo más allá de las enormes formas de los muebles. Los pasos se detuvieron de repente antes de comenzar de nuevo, para luego sentir que el ruido disminuía gradualmente. Contó diez antes de que los pasos se detuvieran una vez más y se volvieran más fuertes una vez más.

Fuera quien fuera, estaba caminando fuera del estudio.

¿Podría Lord Gunther, o peor aún, Proctor, haber descubierto su plan? Había pocas posibilidades de que Gunther fuera consciente de que ella estaba evitando sus avances y no podría haber sido más clara con este último.

Sam contuvo el aliento mientras avanzaba lentamente hacia la puerta, decidida a echar un vistazo al hombre cuyo ritmo la mantenía atrapada.

—... ya ves, he sabido que mi afecto por ti fue... —Se aclaró la garganta—. Es con gran amor en mi corazón que pido... No, no, eso está mal. Piensa, piensa —siseó el hombre. Su voz baja hizo que le fuera imposible adivinar su identidad—. Las palabras deben ser perfectas. Mi querida señorita...

Giró una vez más y su voz bajó mientras se alejaba de Sam.

—Tal vez debería comenzar solicitándole un baile. Oh, está bien. Y luego pisándole sus delicadas zapatillas de baile. Con eso no daré una buena impresión y no le caeré en gracia.

El tono hizo cosquillas en sus recuerdos como si Sam conociera la voz. Haría coincidir una cara con el habla familiar.

Las palabras que se dirigían a Sam le hicieron creer que estaba luchando con algo y si tenía que adivinar, se trataba de causar una impresión favorable en una mujer que le importaba. Sería en su beneficio si Sam saltara de la habitación y le contara que estaba loco, que al final, incluso si declarara sus sentimientos, solo se lastimarían el uno al otro. Dejaría a al menos una persona desafortunada con emociones que no estaban preparadas para manejar. Traición, arrepentimiento y remordimiento por nombrar algunas. No, sería mejor para el hombre que mantuviera sus tiernos afectos para sí y continuara con su vida en este momento. Le ahorraría mucho dolor, sin mencionar la interrupción del sueño debido a las andanzas de su mente en las horas de la noche.

Su furia se encendió una vez más, caliente y brillante como la noche de la boda de Jude cuando finalmente aceptó que Elijah había dejado a Hollybrooke... y no regresaría. El hombre la había atraído, había utilizado todos sus poderes persuasivos para hacer que Sam se sintiera como nunca antes: que para él, había querido decir algo más, haber *sido* algo más. No se había dado cuenta del impacto que su amabilidad había tenido en ella y, en verdad, tampoco lo había hecho hasta que él desapareció.

Pudo haber sido su intención desde el principio y, si se hubiera quedado más tiempo, Sam podría haber cometido el último error y haberle dado una parte de ella que nunca podría recuperar.

Era su deber, no... su obligación, advertir al pobre tonto en el salón que no se enredara en asuntos del corazón. No valía la pena el sufrimiento que vendría cuando el cuento de hadas terminara y se disipara como la niebla matutina de los páramos.

Si su interés fuera simplemente tratar con asuntos de la carne, entonces ese sería un camino mucho más justo y agradable, con certeza. Mientras uno elija a su compañero sabiamente. Sam no, y para su continua consternación, se había enterado de que no todos los hombres sabían besar correctamente. Los labios de Elijah contenían la cantidad perfecta de calidez, mantenían el grado correcto de presión, e incluso pensar en los momentos privados que podían pasar juntos la hacía correr a toda velocidad. Ella no había experimentado la misma oleada de placer con ninguno de los hombres con los que había estado desde su regreso a Londres.

Se negó a reflexionar sobre esto.

Sin embargo, eso no impidió que Sam pusiera la culpa directamente sobre los hombros de Elijah.

El hombre afuera giró de nuevo y su voz se elevó lo suficientemente fuerte como para que ella pudiera comprender sus palabras.

—... antha, he perdido cada momento desde que partí de Derbyshire. Desearía haberme quedado para estar a tu lado. Había asuntos que escapaban a mi control... ¡no! —suspiró dramáticamente. Pero las orejas de Sam se animaron ante la mención de Derbyshire—. Señorita Samantha, seré tan sincero como pueda. Me parece que me preocupó mucho por ti, y si tú, a su vez, tienes una atracción similar... no, eso es demasiado directo... si sientes algo similar por mí. Sí, eso es mejor.

Ridgefeld! Él estaba aquí... en Londres... en el primer baile de Jude y Simon como recién casados.

Sintió un nudo en el estómago y contuvo el aliento, mientras esperaba escuchar lo que murmuraría a continuación. La euforia se disparó dentro de ella al mismo tiempo que su mente racional le decía que no pensara demasiado en su reaparición. Le dijo que se enfadara por haber mostrado la cara aquí después de dejar a Hollybrooke sin decir una palabra.

Sam sabía que viajaría a Londres, con la colección de su abuelo a cuestas, pero nadie había dejado escapar que había llegado. Había pasado la mayor parte de la tarde con Jude y no había dicho una sola palabra.

Tampoco la había llamado. No es que hubiera esperado que la visitara en Craven House.

Elijah no le debía nada. En todo caso, era ella quien estaba en deuda con él por haberla rescatado de la furia de la tormenta y despertar en ella una pasión que no había conocido antes.

Había comenzado una docena de cartas desde su regreso a Londres y quemado cada una en el hogar de su dormitorio, no dispuesta a permitir que su debilidad por Elijah se grabara para siempre en tinta. Solo serviría para lastimarla aún más, en detrimento de su futuro, donde sea que se dirigiera. Por sus palabras, él había estado pensando en ella tanto como ella había pensado en él, lo que solo sirvió para aumentar su irritación con él.

Sam había pasado casi seis semanas pensando laboriosamente lo que había hecho mal, los errores que había cometido y por qué había huido sin siquiera despedirse.

Y ahora, pensó mostrar su rostro, en el baile de su hermana y declarar su afecto por ella. Las cosas no eran tan simples. Sam no podía borrar de su memoria las muchas noches que había llorado en su almohada hasta que se

quedara dormida, temiendo todo el tiempo que una de sus hermanas la oyera y viniera a preguntar qué la había molestado tanto.

Fue muy vergonzoso.

Llorar por un hombre... ¿no había aprendido nada de los errores de su madre?

Afortunadamente, Jude había estado con Simon en viaje de bodas. Su gemela era la única persona lo suficientemente cerca como para notar su dolor; su conexión era tan completa. Con el tiempo, las lágrimas se habían detenido, pero lo que quedaba era peor que mil noches sin dormir. Una sensación de pérdida en la boca del estómago que se agitaba todos los días. Un recordatorio constante por la chispa de pasión que ella conocía y negaba. Le dolía saber que se había ido... y dolía aún más que no supiera por qué.

Si Elijah pensaba que podía regresar y que todo sería perdonado y olvidado, estaba decididamente equivocado.

¿No habían discutido sobre su incapacidad de perdonar a otros por fechorías pasadas, o era solo ella quien recordaba cada palabra que habían pronunciado ese día en sus habitaciones en Hollybrooke?

No importa cuánto anhelaba perdonarlo y actuar como si nunca hubiesen discutido, Sam no estaba segura de poder hacerlo.

Capítulo Veinte

Eli se volvió bruscamente y caminó de nuevo por el pasillo. La cabeza le daba vueltas con las palabras que parecía no poder ubicar en el orden correcto. Y no había lugar a errores cuando al fin hablara con Sam. ¿Debía declarar su cariño de inmediato, o tomar un enfoque más lento, más pausado y comenzar con una caminata en la terraza o una visita social en la mañana o incluso un paseo por el parque? Se quedaría poco tiempo en Londres, ¿cuánto tiempo?, no lo había decidido, pero quedarse una temporada con Lord Cartwright y su nueva esposa parecía una invasión a su privacidad.

Lo que llevó a Eli a su situación actual. Había llegado al baile después de que la comida había terminado y se quedó en las sombras del salón y vio a Sam coquetear con varios caballeros, bailar aún más y al final, salir de la habitación con un hombre cuyo cabello negro como el ébano y piel bronceada habían hecho que la sangre de Eli hirviera de celos. Le había dirigido a varios señores la sonrisa tímida que él había pensado había sido solo para él. Y todo el tiempo, había ignorado la presencia de Eli y actuaba como si no lo hubiera visto acechando en los márgenes de la habitación.

Todo esto debería de haberle confirmado que el tiempo que habían pasado juntos solo había sido un acto de conveniencia y no de afecto y atracción mutuos; sin embargo, simplemente aumentaba la necesidad de Eli de estar con ella, la de compartir los sentimientos profundos que sentía por ella y rezar para que ella los correspondiera. Había sido pura y absoluta tortura ver a otro hombre girar con ella en de la pista de baile mientras otro le alcanzaba una copa de champán.

Él debería ser su compañero de baile. *Él* debería ir a buscarle un refrigerio. *Él* debería haber escapado de la habitación con ella a su lado. No esos hombres que ciertamente no sabían otra cosa más de Sam que de su belleza exterior.

Nunca se había imaginado a sí mismo como un hombre posesivo, pero tal vez solo había sido porque nunca había poseído algo por lo que valiera la pena luchar, digno de tener, digno de proteger a toda costa. Una gran parte de él sabía que sus sentimientos extremos eran injustificados y casi obsesivos, aunque esa realidad no se le había hecho carne hasta que la había espiado del brazo de otro hombre; un hombre que era mucho más versado en las formas de

la *alta sociedad* que él, un hombre que sabía, sin duda, jugar el juego tímido del gato y el ratón, ya que había actuado sin haber sido afectado por la sonrisa coqueta y el batir de pestañas.

Maldita sea... A Eli lo afectó y se había ubicado al otro lado de la habitación, no directamente delante de ella. Era por completo enloquecedor. Había estado pensando en la molesta mujer desde que la había encontrado en esa carretera desierta. Se podría decir que había sido bendecido; aunque últimamente, se le había pegado más como una maldición.

Sam se había divertido... inmensamente, mientras se escondía en las sombras. Se reía. Golpeaba juguetonamente el brazo de un caballero con su abanico. Había revoloteado entre los invitados. Siempre equilibrada y elegante.

Y luego, en una última puñalada al corazón, se había escabullido de la habitación con el caballero de cabello oscuro. Ella se había acercado demasiado. El hombre había inclinado la cabeza en su dirección. Ella le había susurrado algo al oído.

A Eli le había hervido la sangre, y su corazón latía erráticamente.

Estaba celoso. Eli estaba celoso.

Le dolía la mandíbula de haberla tenido firmemente cerrada para contener un grito de cólera, por sí mismo, por Sam y por el hombre que se había atrevido a tomar el lugar de Eli a su lado.

Ese debería ser él, no ese... libertino. Eli no sabía nada del hombre, pero no aprobaba su asociación por principio. Incluso Eli, que había estado al abrigo de la sociedad, entendió el escándalo que podría resultar de un hombre que escolta a una mujer solitaria en un hogar oscuro sin un chaperón.

Ciertamente, incluso en la compañía de una dama adecuada detrás de ellos, todavía habría chismes.

La señorita Samantha se divertía... y Eli no tenía derecho a interferir, incluso si la pareja estaba al borde de la perdición. ¿Tal vez había sido cortejada y se había prometido mientras estuvo en Liverpool estas seis semanas? No sería honorable de su parte impedir el camino que ella había emprendido.

Lord Cartwright había estado en lo cierto. La expresión de afecto de Sam hacia Eli había sido falsa, provocada por el impacto de la reaparición de su padre y la boda de su hermana. La conexión entre ellos (algo que Eli había pensado que era más profunda que cualquiera que hubiera conocido) no había

sido más que la necesidad de una mujer de aferrarse algo tangible a mientras su vida se descontrolaba.

Era extraño imaginar que Sam no tuviera el control total de su vida y la de quienes la rodeaban.

Ella había superado todos los obstáculos que había en su camino. El matrimonio de su hermana y la consiguiente partida de la vida cotidiana de Sam, el repentino e inexplicable interés de su padre en sus hijas gemelas y, por último, él. Se había alejado de él. Estaba feliz.

Debería permitir que ella fuera feliz.

Sin embargo, Eli se sentía miserable.

Cerró los ojos con fuerza y giró una vez más; notó cómo sus pisadas coincidían con el latido de su corazón.

Había sido miserable por largo tiempo. Mucho más de lo que se hubiera dado cuenta. Antes del fallecimiento prematuro de su abuelo, antes de su decisión de encontrar a su madre, posiblemente ya en su época de Eton. Solo que él no sabía que no era algo que faltaba sino *alguien*.

Había asumido erróneamente que encontrar a su madre llenaría el vacío que sentía de modo tal que lo colmaría. Cuando eso no funcionó, Eli había apostado a que la única forma de superarlo era quitar todos los recordatorios de su abuelo de su casa y donarlos para que todos los disfrutaran.

La chispa de la vida lo había tocado claramente durante su corta estancia en Hollybrooke y eso lo llevó a creer que su decisión era la correcta. Tarde, descubrió que todo había sido debido a la señorita Samantha Pengarden. Había sido su destino pasar cerca ella ese fatídico día. No lo había comprendido del todo entonces, pero ahora, no tenía dudas.

Eli se detuvo una vez más y tiró de su pañuelo.

Después de su regreso a Liverpool para ordenar, empacar y transportar los tesoros del difunto marqués, ella lo había perseguido. Cada día. Cada noche. Mientras trabajaba. Mientras comía. Mientras se encontraba con su mayordomo. Mientras se bañaba. Cuando trataba de encontrar la paz del reposo, sus sueños se llenaban de imágenes de ella. Si no los hubieran molestado en la biblioteca de Cummings esa noche. Si no hubieran sido interrumpidos en su dormitorio esa tarde. Si hubiera sido lo suficientemente hombre como para rechazar la advertencia de Lord Cartwright y permanecer en Derbyshire para escoltarla a la boda y la fiesta...

Se estremeció al pensar adónde los habrían conducido esos momentos de intimidad.

Pero no se había quedado para descubrir qué podría haber ocurrido entre ellos y se sentía aún más miserable.

La diferencia era que ahora no podía negarlo. Ahora, sabía la fuente de su descontento. Ahora, no tenía más alternativa que reclamarla para sí mismo o marcharse y permitirle vivir la vida que había elegido.

Ninguna elección era fácil. Ninguna decisión haría que Elijah se sintiera satisfecho.

Sam podría rechazar su proposición. Podía estar enamorada del hombre de pelo negro y Elijah ser como un recuerdo lejano.

¿Qué haría Eli entonces?

No podía volver a Liverpool como si nada de eso hubiera sucedido, dejar a un lado su afecto y añoranza y continuar con su vida.

Posiblemente asistir a las fiestas campestres organizadas por los lores vecinos, conocer a una joven señorita y casarse y olvidar el infierno que solo un cierto demonio de cabello de fuego podría traer a la vida. Continuar con una vida mundana y cuidar su patrimonio, ser un esposo atento y rezar para que una horda de pequeños niños Ridgefeld poblara su casa. ¿Cómo era eso justo para cualquiera, especialmente para él?

Eli hundió las manos en los bolsillos, frustrado por haber permitido que se desastre semejante hubiera sucedido.

Su abuelo no se había embarcado en un viaje que no satisficiera sus necesidades y deseos. El viejo había querido ver África y así lo hizo. Había deseado viajar a lo largo de las claras playas de Grecia. Se había sentido inspirado por las ruinas de Egipto. Había viajado cerca y lejos porque le había dado placer, felicidad y propósito.

El difunto marqués no querría nada menos para su nieto.

Que la felicidad de Eli fuera estar con una mujer no debería hacerla menos importante.

La felicidad era felicidad, sin importar la forma que tomara.

Sin embargo, la noche le había enseñado a Eli una cosa muy importante: Sam parecía feliz sin él. Si bien su futuro dependía de ella, era posible que el de Sam no dependiera de él.

—Debería irme ahora, partir, volver a casa —murmuró. En algún momento, había dejado de caminar y permanecía inmóvil, con los ojos desenfocados mientras la mente le daba vueltas. Ciertamente, le perjudicaría mucho menos no expresar nunca el profundo afecto que sentía por ella en lugar de hablar y que le enrostraran de vuelta sus sentimientos cuando ella le

informara que había elegido a otro—. Es absurdo pensar que los asuntos del corazón valen todo esto.

Una fuerte inhalación y el chirrido de una puerta abierta hicieron que Elijah se diera vuelta, con una explicación ya preparada en la punta de la lengua. Es terriblemente vergonzoso que te pillen hablando entre dientes en un pasillo oscuro y desierto en una casa desconocida.

—Mis disculpas —No pasó otra palabra por la apretada garganta. Abrió grandes los ojos cuando una figura vestida de gala salió de la habitación al pasillo.

Se plantó sobre los dos pies mientras caminaba hacia él, tenía la punta de las zapatillas de fiesta llenos de barro y fangosos que asomaban por debajo del largo vestido de raso. Cuando se acercó, su mirada recorrió la estrecha cintura, la faja atada a su alrededor, y más hacia el cielo, hasta su atrevido escote. Por más que lo intentó, Eli no pudo evitar ver la belleza de su rostro, su cabello castaño rojizo recogido sobre su cabeza con una cinta sujeta en sus rizos y los aretes en forma de lágrimas que solo llamaban la atención sobre su cuello largo y elegante.

¿Cuánto había oído de sus divagaciones?

La única pregunta que eclipsaba ese pensamiento era donde había quedado el señor del cabello negro. ¿Esperaba el regreso de Sam en los rincones oscuros de la habitación de donde había salido? La idea de que otro hombre tuviera pensamientos impuros sobre Sam, que la tocara, que la besara, que la abrazara, le nublaba la vista.

—¡Señorita Samantha! —aunque la había estado observando desde muy lejos toda la noche, de cerca, estaba exactamente como él lo recordaba. Su mente que había vagabundado durante las largas seis semanas nunca se había desviado de la verdad: su piel delicada e inmaculada era la de una rosa inglesa verdadera; su espalda recta y el mentón levantado mostraban su autoestima y confianza.

Era la elegancia personificada. Era recatada, pero estaba al mando. Hablaba bien y estaba preparada.

Lo que decían sus ojos entrecerrados era un misterio.

Sus labios formaron una sonrisa, una sonrisa que nunca había visto antes aunque le era familiar; evocaba recuerdos de hace mucho tiempo... en un lugar lejos de Londres.

Su mirada evaluadora, sus movimientos firmes pero sin pretensiones y el hipnótico balanceo de sus caderas lo mantuvieron concentrado únicamente en

cómo avanzaba hacia él. Era incapaz de mirar hacia otro lado. Incapaz de decir una palabra.

Impotente para correr, pero incapaz de gritar pidiendo ayuda.

Era la leona en un safari africano... lista para atacar.

Y Eli era su presa.

Mientras se abalanzaba sobre él, notó la furia en sus ojos, la ira en sus pasos y el sólido conjunto de sus hombros.

Sin embargo, estaba demasiado débil para romper el contacto visual, demasiado frágil para saber siquiera que debería correr.

Había caído en su trampa, en trance, tanto que realmente creía que se deleitaría con su ira.

Capítulo Veintiuno

Tenía la mirada inyectada en sangre cuando se detuvo frente a él; instantáneamente se acercó a ella y envolvió los brazos fuertemente alrededor de la muchacha.

¿Cómo se atrevía Elijah a mostrar su rostro esta noche, de todas las noches, en un baile organizado en honor de su hermana? Después de todo lo que había hecho (o, en realidad, no había hecho), para entrar a la casa de Lord Chastain y fingir que tenía algún tipo de interés por ella. Ridgefeld no podía ser tan tonto como para pensar que creería cualquier cosa que él dijera.

Sam se estremeció ante el contacto antes de ponerse tensa para resistir su abrazo. Dejó que los brazos sueltos colgaran a los costados del cuerpo mientras esperaba que la liberara. El impulso de aceptar su calor, derretirse en su abrazo y ceder a sus deseos era fuerte. No importaban qué delirios pasaran por su mente, siempre volvía a la conclusión: la había dejado.

Sin mirar atrás, sin una nota de despedida, sin una palabra final.

Elijah Watson, Lord Ridgefeld, le había provocado emociones que Sam nunca había soñado como posibles. Se había mantenido a su lado y escuchado los secretos más oscuros de su familia, la había consolado durante momentos difíciles y se había comprometido a estar a su lado hasta que partiera hacia Londres.

En cambio, había demostrado que cada hombre era como había temido: igual que su padre y que Lord Proctor. Sus intenciones eran mentir, hacer trampa y robar hasta obtener exactamente lo que deseaban. Elijah no era diferente. Sus acciones habían demostrado que era un hecho.

La soltó y dio un paso atrás. Con ese movimiento huyó del olor de Elijah: sándalo y almizcle. Como si hubiera pasado el día trabajando duro en un establo.

Necesita recordarse que tenía razón y que Elijah había estado equivocado.

—Señorita Samantha —tartamudeó—. Me estaba preparando para ir a buscarte.

—¿Es así, milord? —Sam se cruzó de brazos cuando dio un paso hacia ella una vez más y la miró fijamente—. ¿Para qué?

—Sí, yo...

—Irónico, porque te busqué en Hollybrooke la mañana de la boda de mi hermana. Imagina mi sorpresa cuando descubrí que te habías ido... sin siquiera una palabra de despedida—. No le diría cuánto la había herido ese día. Que la hubiera abandonado la había lastimado más profundo que cualquier herida que su extraño padre pudiera infligirle—. Imagina cuán tonta debo de haber parecido cuando discutía con mi hermano lo equivocado que estaba. Usted, Lord Ridgefeld, me hizo una promesa. No había forma que pusieras la cola entre las piernas y huyeras.

—No, no fue así —Elijah extendió los brazos hacia ella, rogándole con la mirada que lo abrazara, pero Sam solo dio un paso atrás y aumentó así la distancia entre ellos—. Tengo tanto que explicar.

—Desafortunadamente, no deseo escuchar—. Oír sus excusas, sus razones, su necesidad de aliviar con disculpas la herida que le había causado—. Y menos aún estar aquí contigo.

—No entiendo... —abrió muy grandes los ojos—. Sam, nunca te haría daño, nunca. Debes creerme. No fue mi idea partir de Hollybrooke. Me habría quedado si hubiera sido una opción; sin embargo, no fue así. La decisión no fue mía.

Sam se concentró en su enojo hacia él y permitió que sus palabras le resbalaran. Le había creído una vez y la habían tomado por tonta. Eso no volvería a suceder.

—Señorita Samantha —continuó—. Regresemos al salón de baile. Te traeré un trago. Podemos pasear por la terraza y hablar.

—No —solo una palabra, pero le rompió el corazón pronunciarla. Ella necesitaba que la escuchara y se alejara... antes de arrepentirse de su decisión.

—Entonces mañana. Te llamaré. Podemos pasar la tarde en Hyde Park.

—No, no creo.

Se quedó con la mirada perdida y vaciló un poco.

—He viajado todo el camino...

—Para entregar tus tesoros familiares al museo.

—Pero esa no es la única razón —se apresuró a agregar—. Podría haber arreglado el transporte sin haberlo supervisado en persona.

—Tus idas y venidas me preocupan poco —murmuró. Sería inteligente volverse y regresar al salón de baile, rezar para que no la siguiera, esperar que no siguiera defendiéndose—. Te deseo buena suerte, milord.

La sujetó del brazo pero rápidamente la soltó y colocó la mano ligeramente sobre su antebrazo. Que Eli la sostuviera, no le impedía partir;

fueron sus ojos los que la mantuvieron congelada en su lugar. Conservaban la suavidad a la que ella estaba acostumbrada, aunque ahora había algo más allí. Algo que llegaba más lejos que las nubes de tormenta que acechaban justo debajo de la superficie. Era exactamente lo que ella había notado en él ese primer día: algo dentro de la lucha por liberarse del dolor que lo envolvía.

Sam negó con la cabeza para aclarar sus pensamientos y mantener a raya su traicionero cuerpo.

—Por favor, Sam —susurró—. Permite que te acompañe de vuelta al salón de baile, y te explicaré todo. Pero debes saber que te tengo un profundo aprecio.

Ella se estremeció al pensar en cómo él la habría tratado si no le *tuviera un profundo aprecio*. Se le aceleró el corazón cuando sus pensamientos se volvieron aún más traicioneros; sus brazos la rodearon, sus labios se presionaron contra su garganta, y el firme largo de su deseo que presionaba, inconfundiblemente, contra ella y creaba un anhelo, un deseo con el que solo había soñado en las últimas semanas.

—Me quedaré en Londres... cumpliré la promesa que te he hecho —dijo, pasándose la mano por el cabello, despeinando sus mechones—. Me quedaré todo el tiempo que creas que me tomará cumplir nuestro trato anterior. O cualquier arreglo nuevo que creas conveniente.

Quería creer que decía la verdad, anhelaba que se quedara en Londres, pero en cambio le preguntó:

—¿Qué te hace creer que necesito tu compañía ahora que he regresado a Londres?

Alzó una ceja mientras él permanecía en silencio, obligándolo a hablar.

—Yo, bueno... —comenzó antes de hacer una pausa para respirar profundamente—. Si te estás viendo o estás enamorada de otro caballero, haré lo más honorable y me haré a un lado.

—No he dicho nada sobre otro caballero —¿Podría Elías conocer a Lord Proctor, haber visto cómo se habían abrazado? Ciertamente no—. Es solo que...

—¿Qué? —insistió.

—Sam, haré cualquier cosa para demostrar que mi devoción por ti es pura.

Sam se tocó el mentón mientras pensaba en su propuesta. Tenía que considerar el fiasco con Proctor. El hombre pensó que estaba en busca de un benefactor. Fue espantoso e insultante. Y no podía olvidar el continuo interés de Gunther. Como uno de los amigos de Lord Cartwright, sería difícil disuadir

a Marce y Garrett si Gunther buscara mantener un noviazgo serio. El hombre tenía título, era rico y de seguro se ocuparía de Sam de una manera acorde con sus necesidades.

—¿Juras que no te volverás a ir? —y agregó a toda prisa— ¿hasta que te diga que tu promesa está cumplida?

—Por supuesto, tienes mi palabra —sintió que liberaba la tensión de los hombros, como si pensara que había ganado la batalla. Había mucho que el hombre necesitaba aprender—. ¿Aceptas?

¿Por qué sentía que algo más que su estada en Londres dependía de su respuesta?

—Todavía no lo he decidido —no se rendiría tan fácilmente... y tal vez—; sin embargo, me temo que nuestro acuerdo original ya no será adecuado.

Frunció el ceño. Era la primera muestra de inquietud que había notado desde que lo había confrontado. Si sospechaba que estaba evaluando cómo usar su oferta para su mayor ventaja, no lo demostró.

Entonces te deseo una agradable velada —dijo con una reverencia—. Acepta mis disculpas por interrumpirte.

Amagó a pasar junto a ella sin siquiera ofrecerle el brazo para escoltarla de vuelta al baile. Sin embargo, eso era exactamente lo que ella quería que él hiciera solo un momento antes.

Ahora, no estaba tan segura.

Dos podrían jugar este juego. Ella giró rápidamente y colocó el brazo sobre la manga del muchacho y se acomodó junto a él.

—¿Puedo proponer un nuevo acuerdo? —preguntó, sin atreverse a mirarlo. Por mucho que Sam hubiera disfrutado permitiéndole alejarse, haciéndole sentir una pequeña muestra del dolor que había sentido, admitió a sí misma que lo necesitaba. No... lo *quería* a su lado. Era absurdo si quiera considerarlo. La había abandonado, pero solo después de enterrarse en su corazón. Se había llevado una parte de ella con él. Era justo que devolviera el favor.

Sus pasos flaquearon.

—Por supuesto. Te debo al menos la oportunidad de establecer nuevos términos.

Sam no pudo evitar preguntarse por qué le importaba si lo alejaba. La había dejado, no al revés. ¿Qué significaba para él? ¿Por qué buscarla?

Tenía poco sentido para ella.

Sin embargo, si ella pudiera hacer que Proctor y Gunther creyeran que estaba apalabrada, entonces cumpliría su propósito.

—Estar en Londres es muy diferente a Derbyshire. Los estándares de la sociedad son muy diferentes a la naturaleza despreocupada de las fiestas en casas de campo. Hay apariencias que guardar. Lugares a los que hay que ir para que te vean. Gente a quien hay que encantar. ¿Estás dispuesto a hacer todo eso conmigo?

Se acercaban al salón de baile por lo que podían hablar más libremente.

—Tienes mi atención, señorita Samantha —se detuvo antes de reunirse con los otros invitados.

La invadió una sensación de victoria. No sería difícil asegurar que Elijah se enamorara perdidamente de ella. Era deslumbrante, encantadora y un diamante de primera agua. Solo entonces le haría lo que él le había hecho.

Sam se arriesgó a mirarlo por el rabillo del ojo.

Inhaló bruscamente. De seguro, su sonrisa no significaba que creía que él repartiría las cartas.

Capítulo Veintidós

Eli tiró de Sam tan cerca a su lado como le permitía el decoro cuando entraron por las puertas dobles, abiertas al salón de baile. Muchas personas se volvieron en su dirección, algunas con expresiones llenas de sorpresa, otras con envidia y muchas con indiferencia. En apariencia, él y Sam no eran más que otro par de personas elegantemente vestidas que entraban en una habitación llena hasta reventar de otras parejas ataviadas de manera extravagante. Sin embargo, sabía que había mucho más en su conexión con Sam.

Hasta dónde tendría que llegar para probar que ese punto aún se estaba por determinar.

Al examinar la habitación, Eli localizó a Lord Gunther y luego al caballero del cabello negro.

Ni una sola vez permitió que su sonrisa flaqueara, aunque la envidia le corroía las entrañas. En su brazo estaba la mujer más encantadora de la habitación. Su astucia solo era comparable a su encanto. Eli desafiaba a cualquier hombre a estar en desacuerdo.

A partir de las crudas y celosas miradas sobre ellos, ni un solo hombre (en voz alta o no) habría discutido su evaluación.

—Estoy para lo que gustes mandar —la tranquilizó—. Solo necesitas ordenar.

—Primero —bajó al salón de baile—, me acompañarás a todas las reuniones sociales.

—Esto es muy parecido a lo que hemos hecho en Hollybrooke —asintió con la cabeza.

—En segundo lugar, me acompañarás cuando lo desee —hizo una pausa, sonriendo a una pareja mientras pasaba—. Buenas noches, Lord y Lady Michaelson. Espero que hayan disfrutado la comida —devolvió su atención al joven—, a donde quiera ir.

Eli asintió con la cabeza a la desconocida pareja mientras pasaba y notó al mismo tiempo, la forma en la que el hombre miraba de cerca a Sam y la dama entrecerraba los ojos mientras su esposo miraba boquiabierto.

—Sí, gracias —dijo Lord Michaelson mientras la pareja seguía su camino. Sam se inclinó hacia él y susurró:

—No están seguros de si soy Judith.

—Qué pena —la condujo hacia la pared más alejada que llevaba a la mesa de refrigerios y lejos de Lord Gunther. El caballero del cabello negro había desaparecido en la sala de juegos—. Explícame dónde exactamente quieres que te acompañe.

Agitó la mano, como diciendo que no era importante.

—Todavía tengo que decidir, milord.

—¿Y la tercera condición de nuestro acuerdo?

—Si me encuentro en una conversación de la que deseo ser rescatada, te haré una señal y tú vendrás en mi ayuda, sin importar con quién esté hablando.

Parecía lo bastante simple y muy en línea con lo que Eli había esperado de esta relación. Le estaba pidiendo que la cortejara... en pocas palabras, pero su significado no podía ser más claro. Cumpliría con sus demandas hasta que pudiera admitir que también sentía atracción por él.

—¿Puedo hacer una pregunta, o dos?

—Ciertamente, milord —llegaron a la mesa de refrigerios y aceptaron las flautas de champán de un sirviente antes de volverse. La condujo hacia la terraza. Sin embargo, Sam parecía estar de acuerdo con el destino previsto—. Hasta podría permitir tres.

Tomó un sorbo de su bebida para ocultar su sonrisa antes de aclarar su garganta. En nuestro acuerdo anterior, también estaba obteniendo un beneficio. Con estos nuevos términos, ¿qué ganaré?

—Lo mismo, por supuesto —replicó ella—. Mantendré a raya a las doncellas ávidas de matrimonio.

—Y...

—¿Y qué?

—Ahora, para este arreglo, estás pidiendo más. Es justo que las cosas sigan siendo mutuamente beneficiosas para los dos. Él sabía que corría el riesgo de que se fuera, que cancelara el acuerdo por completo; sin embargo, no podía permitir que ella lo tratara como su perro faldero. No deseaba nada más que continuar su relación, ¿pero a costa de su honra? No, no era opción para él.

Permaneció callada mientras salían a la terraza. La brisa nocturna había cesado y el frío había dado paso a un agradable fresco, aunque no muchos desafiaron a los elementos en el área al aire libre. Le venía bien a Elijah y su necesidad de tener privacidad.

Sam soltó una breve carcajada.

—Milord, eres tú quien me debe, no al revés.

—Lo que sea —continuó Eli—, no tengo ni idea de qué es lo que esperas de mí.

Sam se llevó la yema del dedo al labio, pensando.

—Un beso.

—¿Solo un beso? —un solo beso nunca sería suficiente para satisfacer la creciente necesidad que sentía.

Se detuvieron en la barandilla de la terraza, Sam retiró la mano del antebrazo de Eli y colocó ambas manos enguantadas en la fría pared de roca.

—Un beso es una ofrenda muy generosa.

—No dije que no lo fuera —imitó su postura y miró hacia la oscura noche más allá—. Sin embargo, ningún contrato es legalmente vinculante ni de buena fe si ambas partes no reciben satisfacción mutua.

—¿Y qué sugieres para que este arreglo sea más... *beneficioso mutuamente*?

—Un beso por cada vez que te acompañe. Un beso por cada tarea que complete —en cierto modo, sabía que esta nueva propuesta jugaba mucho a su favor. Si algo provocaba un profundo deseo en ella, sería otro beso. Muchos besos más, si tenía suerte—. Simple y sin complicaciones.

Ella lo miró con suspicacia.

—Muy bien. Un beso a cambio de cada favor que solicite.

Eli sonrió en la noche, feliz con su acuerdo. En esencia, cortejaría a la señorita Samantha Pengarden y, si todo funcionaba a su favor, estaría profundamente enamorada de él antes de darse cuenta de su estratagema para hacerla suya.

###

Le tomó catorce horas a Eli darse cuenta de que había cometido un gran error al llegar a un acuerdo con Sam. Y pensar que, en cualquier momento, él había tenido la sartén por el mango, le demostraba ahora lo equivocado que había estado. Lo había engañado totalmente. Tiró la carta sobre el tocador y se frotó la cara antes de leerla una vez más, aunque las palabras seguían siendo las mismas.

Estimado Lord Ridgefeld:

Gracias por su amable respuesta. Es mi deseo conocer el club de boxeo de un caballero. Llega a las once en punto y asistiremos a las rondas de la

mañana en club para caballeros Jackson. Espero no estar equivocada al suponer que tu posición puede ganarnos la entrada.

Atentamente,

Señorita Samantha Pengarden

Con certeza, no era su intención pedirle que se asegurara de poder ingresar a un club de boxeo para hombres como el Jackson. Lo gracioso, o posiblemente, lo más *triste* de todo el lío era que Eli nunca antes había estado en un club de boxeo. Sería la primera vez para ambos. Ciertamente, él había sido testigo de competiciones de fuerza y honor durante sus viajes, pero nunca había ingresado en un establecimiento adecuado, destinado únicamente al ejercicio físico en lugar de hacerlo para reparar una equivocación o devolver el honor perdido.

Con la esquila en la mano, Eli llamó a su carruaje y llegó a recogerla a Craven House, una casa bastante amplia en el límite de Mayfair. La residencia estaba en el límite, de la propiedad: dos bloques hacia cualquier dirección colocarían el hogar en un área de élite o en una sección bombardeada por la creciente pobreza y los duros aprietos financieros. El jardín immaculado y la pintura fresca le dijeron a Elijah que Sam y su familia se enorgullecían de su hogar. Un cartel colgaba con orgullo, mostrando el nombre del señorío: *Craven House*.

Mathers abrió rápidamente la puerta del carruaje y bajó los escalones para que Eli se apeara.

—¿Puedo llamar para anunciar su llegada, mi señor?

Eli temía que nunca se familiarizaría con que Mathers se dirigiera a él de manera tan formal. Él y su sirviente tenían una edad similar y habían crecido como amigos. Su ayuda de cámara (y a veces, conductor de carruaje, lacayo y confidente) era nieto de la propia ayuda de cámara del difunto marqués. Era natural que Mathers sirviera a la familia Ridgefeld como lo había hecho antes su familia.

—No, gracias —dijo Eli, al tiempo que saltaba de su carruaje con más ganas que el momento requería—. Puedo recoger a la señorita Samantha.

Con pasos pesados, subió por el camino, sin saber qué le había dicho Sam a sus hermanos sobre la salida. Eli no mentía, ya que sabía que el engaño nunca favorecía a un hombre. Y no quería nada más que causar una impresión notable en la familia de Sam. Durante los próximos días, y posiblemente semanas, haría todo lo que estuviera a su alcance para cortejarla de forma

adecuada... tal vez, incluso, les esperaba una propuesta de matrimonio. Sin embargo, eso sería imposible si mintiera y su familia alguna vez se enterara.

Un rayo de color verde oscuro se movió detrás del seto al costado de la casa, llamando la atención de Eli y lo detuvo antes de dar los últimos pasos para llamar a la puerta principal. La figura se había movido demasiado rápido como para ser un sirviente que trabajaba en sus tareas. Examinó el lugar donde había visto el movimiento pero no vio nada más que arbustos cuadrados bien recortados.

—¡Lord Ridgefeld! —Eli se giró hacia su carruaje hacia donde Mathers estaba de pie, boquiabierto, y mirando a Sam—. Veo que recibiste mi misiva. No estaba segura de si estarías en el museo para recibirla.

Dos cosas estaban claras. En primer lugar, Sam no confiaba en que él mantuviera su parte del trato. Y en segundo lugar, no tenía intención de decirle a su familia adónde se dirigían, que estaba con él, o que no tenían una adecuada chaperona.

—Di mi palabra y la cumpliré —Eli volvió sobre sus pasos hacia el carruaje—. Pensé que hablaría con tu familia.

Sosteniendo con fuerza una bolsa grande en su pecho, miró por encima del hombro y luego volvió a mirarlo.

—Han salido por la tarde, milord. Si hubieras llegado hace solo diez minutos, los habrías atrapado antes de partir hacia Hyde Park —Él alzó una ceja mientras una sonrisa serena se extendía por el rostro de Sam—. ¿Vamos?

Mathers se adelantó y le tendió la mano para ayudarla a subir al carruaje.

Eli frunció el ceño. ¿Desde cuándo sus sirvientes recibían órdenes de otros?

—¿A dónde, milord?

—Al club para caballeros Jackson —Eli recuperó su lado en el carruaje, frente a Sam, que todavía se aferraba al bolso que sostenía, sin duda una bolsa demasiado voluminosa para los planes de la tarde—. Es bueno volver a verte, señorita Samantha.

—Y a ti, Elijah —la manera entrecortada en que su nombre salió de sus labios le aceleró el pulso—. Gracias por acompañarme.

Dijo las palabras como si él tuviera una opción en el asunto, que no fuera romper su promesa que le había hecho.

—Es un placer, te lo aseguro —miró la bolsa una vez más. La acercó más como para esconderla en sus faldas—. ¿Puedo preguntar qué has traído?

—Claro que puedes.

Esperó, pero no dijo nada más.

—¿Qué hay en la bolsa, Sam?

—Mis guantes de boxeo, es decir, los guantes de boxeo de Garrett.

—¿Qué planeas hacer con ellos? —algo le dijo que no quería saber la respuesta, especialmente si tenía algo que ver con Eli, los guantes y subir al cuadrilátero.

—Subir al cuadrilátero, por supuesto —como para acentuar sus palabras, su carruaje se puso en movimiento.

—Absolutamente no —Eli negó con vehemencia. Pondría en riesgo a su propia persona antes de permitirle participar—. Hice una promesa; sin embargo, no puedo, en mi conciencia, cumplir esa promesa si esto te pone en riesgo. No lo haré. El ingreso de una mujer a un club de boxeo de un caballero es extravagante e inaudito. ¿Pero subir al cuadrilátero? Absurdo.

—*Of* —se giró y apartó la cortina del carruaje para ver por dónde iban—. Si insistes, dejaré mis guantes en el carruaje.

—Es muy amable de tu parte —dijo Eli, mientras frotaba las palmas contra el asiento de terciopelo para secar el sudor nervioso que se había acumulado en ellas. De haber insistido con su estúpido plan, ¿habría cedido a sus demandas? Había tenido un momento difícil ya que se estaban abriendo paso en Jackson sin que nadie notara la asistencia de Sam. Afortunadamente, parecía que el propietario no estaba en absoluto conmocionado por el pedido que había hecho por escrito y, en realidad, había insinuado que el pedido de Eli era bastante común—. ¿Puedo preguntarte por qué estás interesada en el Jackson?

Se le iluminó el rostro y una sonrisa traviesa se le instaló en los labios.

Labios que le encantaría besar cuando terminara la tarde y hubiera cumplido su primer deseo.

—Sospechaba que nunca estarías de acuerdo en acompañarme a White. La segunda mejor opción es la de Jackson —su sonrisa se agrandó, cuando finalmente el entendió lo brillante de su plan—. Aunque es solo un club de boxeo, ganaré una visión extraña de cómo sería vivir la vida de un caballero.

El tránsito de la mañana era ligero y su carruaje atravesó la ciudad sin demora y giró hacia la parte posterior del gran edificio que albergaba el club de boxeo. En cualquier otro día, Eli habría disfrutado asistiendo al establecimiento, mirar a dos hombres intercambiar puñetazos y la emoción de ponerse los guantes él mismo. Pero no este día.

—¿Dónde estamos? —preguntó y dejó que la cortina volviera a su lugar cuando se volvió para mirarlo. Se mordió el labio inferior, presionada para evitar mostrar su escepticismo—. Este no es el de Gentleman Jackson.

Era el turno de Elijah de parecer presumido, sabiendo que sería capaz de cumplir su promesa, pero también de mantener intacta su reputación, al menos un día más.

—Claro que sí.

—Pe...pero... —tartamudeó—. Estamos en un callejón.

—Directamente *detrás* del club de boxeo —Se envalentonó, incluso cuando ella entrecerró los ojos. Mathers abrió la puerta y ubicó los peldaños, justo cuando la puerta trasera del club se abría de golpe y aparecía un hombre ancho de hombros con un cuello tan grueso como un buey. Debía de ser el dueño y un ávido boxeador—. Tu entrada privada al libertinaje te espera.

Eli se apeó del carruaje y extendió su mano para ayudar a Sam.

Una mirada al hombre que sostenía la puerta y abrió los ojos tan grandes como platos.

—Lord Ridgefeld —su anfitrión se inclinó ante Eli y se volvió hacia Sam —, Señorita Samantha Pengarden. Soy el Sr. John Jackson. Es un placer tenerlos a los dos en mi estimado establecimiento. Su cuadrilátero privado lo espera. Justo por aquí.

Jackson se apartó y los dejó atravesar la entrada antes de entrar apresuradamente para guiarlos por un pasillo bien iluminado.

—Pedí ser testigo de un combate de boxeo, no —Sam hizo una pausa e hizo un gesto hacia la sala vacía frente a ellos—...de esto.

—Fue una sorpresa recibir su pedido, milord —espetó Jackson por sobre el hombro cuando doblaron una esquina y se detuvieron frente a una puerta cerrada—. Tuve la oportunidad de encontrar a su abuelo varias veces e, incluso, a su padre una o dos veces, aunque era solo un muchacho.

Eli juntó sus manos detrás de su espalda y bajó los ojos al piso mientras disminuía el paso. Lo último que quería que Sam o Jackson vieran eran las lágrimas que amenazaban con salir ante la mención de su padre y abuelo.

—He preparado mi cuadrilátero privado para que asistan a un combate — Jackson abrió la puerta y permitió que Sam y Eli entraran. Un gran cuadrilátero de boxeo se alzaba en el centro de la habitación. Habían empujado contra la pared varios bancos ásperos para dejar espacio a dos sillones mullidos, ubicados con precisión para tener una vista completa del cuadrilátero. Varios hombres se apinaban en la esquina más alejada.

—Dos de mis mejores luchadores se han preparado para pelear para usted —el propietario les indicó que se sentaran.

Eli guió a Sam a su lugar mientras observaba cada detalle de la habitación, desde las paredes de color crema, los guantes colgados, los grandes carteles hechos a mano de hombres vestidos de sport, hasta los signos reveladores de manchas de sangre seca en el piso de madera, ya sea olvidadas o que no habían podido limpiarse.

—Este deporte no es para ojos delicados, Sam —Eli se inclinó y susurró—. Podemos irnos cuando tú digas.

Se mordió el labio inferior, acercó los brazos y las piernas mientras una mirada suave e inexpresiva se apoderaba de su rostro normalmente animado —. Solicité esta excursión y sé lo que me espera —colocó los tobillos debajo de la silla y cruzó las manos sobre el regazo.

Ni una sola vez Eli había sido testigo de este lado tan reservado de ella.

¿Estaría nerviosa por el espectáculo que verían?

Jackson le había asegurado a Eli en su nota que había ordenado a sus combatientes que pelearan en forma ligera: no habría sangre en ninguno de los dos contendientes.

—Necesito hablar con el Sr. Jackson. ¿Puedo traerte algo? ¿Una bebida quizás?

—No, Elijah —dijo Sam—. Gracias.

—Muy bien —se puso de pie y se movió hacia Jackson para darle las gracias por haber satisfecho su extravagante petición.

—Señor Jackson, gracias por organizar esto, especialmente en tan poco tiempo.

El hombre se rió suavemente, tal vez, en un tono demasiado agudo para un hombre de su inmenso tamaño.

—Puede que no lo creas, milord, pero las mujeres integrantes de la aristocracia (desde matronas ancianas hasta jóvenes debutantes), rutinariamente organizan peleas privadas. Es justo que les permita entrar, siempre y cuando no interfieran con el sector masculino de nuestra membresía.

—¿Los maridos y tutores no tienen problemas?

—He aprendido que los hombres y mujeres de la *alta sociedad* no siempre se preguntan cómo los otros pasan su tiempo —Jackson miró hacia los hombres que se estaban calzando guantes—. Sin embargo, negocios son negocios. Si pone comida en mi mesa y mis puertas se abren, las damas pueden solicitar reuniones privadas aquí.

Miró hacia el cuadrilátero.

—Los hombres están listos.

Eli nunca habría imaginado que la delicada sensibilidad de las mujeres pudiera soportar el vuelo de los puños y los nudillos al encontrarse con la carne. ¿Había asistido Sam a una reunión privada en Jackson antes? Por la rigidez de sus hombros y su expresión boquiabierta mientras miraba a los hombres entrar al cuadrilátero, sospechaba que no.

Se deslizó en su asiento y le dio unas palmaditas en las manos.

—¿Estás lista?

—Creo que lo estoy, milord —le regaló una sonrisa de labios apretados

—. Hace tiempo que quería ver lo que hace mi hermano cuando dice que va a su club de boxeo.

—Jackson seguramente hará un espectáculo para ti —Eli se relajó en su silla. Solo el tiempo diría si había cometido un gran error al acordar llevar a Sam a un espectáculo tan violento.

Capítulo Veintitrés

Todo el cuerpo de Sam canturreaba por lo bajo de emoción. Se sentía fortalecida, liberada (aunque un poco consternada por la violencia del encuentro), al salir con una sonrisa de satisfacción mientras el Sr. Jackson cerraba la puerta. Nunca hubiera creído que Elijah cumpliera su promesa y la acompañara al Jackson. Había esperado que le avisara que no podía acompañarla ese día o que llegara y le prohibiera ir a un establecimiento deportivo masculino.

Aunque no fue solo la visión de los luchadores sin camisa, las manos enguantadas y levantadas y listas para la batalla lo que hizo que sintiera una sensación de mariposas en el estómago como señal de expectativa que la atravesó en el momento en que entraron al salón privado. Sam solo podía pensar en una cosa después de que hubieran salido de Craven House: el beso que le daría a Elijah al final de su excursión.

Había soñado con presionar su cuerpo contra él, poner los labios sobre los de él y permitir que su lengua explorara... desde aquella noche en el estudio en Hollybrooke. De hecho, ni bien sus labios habían dejado la boca de Eli aquella noche tan lejana, ya anhelaba otro beso.

Recordar la escandalosa imagen en *In Physica Educationem en Caritate: Volumen Unum*, no había atenuado su necesidad. La vista había llenado muchas noches solitarias en las últimas seis semanas. Varias veces, se había preguntado si Eli había devuelto el libro al estudio de Cummings antes de partir. No podía haber tenido tanta suerte al saber que se había fugado con el volumen.

El sol brillaba intensamente y asaltó sus ojos después de haber pasado el tiempo en el interior débilmente iluminado de la sala privada de entrenamiento del Jackson. Todo había sido emocionante, pero mucho menos grandioso de lo que ella había esperado. Garrett se apresuraba a ir a su club todos los martes por la tarde exactamente a la una en punto. ¿Podría ser que su hermano realmente necesitara ejercicio?

—¿Señorita Samantha?

Se concentró para intentar alejar los pensamientos de su mente y ver la mano que le tendía Elijah. Su carruaje esperaba en el callejón donde lo habían

dejado. ¿Cuánto tiempo habían estado dentro del club? El sol había alcanzado el cenit e iniciado su descenso hacia el horizonte occidental.

Media tarde.

Sus hermanas, con un poco de suerte, seguirían ayudando a Jude: a instalarla en su nuevo hogar, ofrecerle sugerencias para hacer renovaciones y a evitar que la viuda Lady Cartwright hundiera sus garras en su nueva nuera mientras Simon manejaba sus asuntos en el museo.

Había sido demasiado fácil deslizarse de la casa sin previo aviso. Antes del compromiso de Jude con Simon, Marce había sido como un halcón que revoloteaba sobre sus hermanos y que esperaba que alguien se saliera de la línea. Ahora parecía que podían ir y venir a su antojo; aunque, ciertamente, estas bendiciones no continuarían. Era seguro que su sirviente, el Sr. Curtis, vería el carruaje regresar para depositarla en su puerta. Era posible que fuera peor si el anciano sirviente veía a Sam besando a Lord Ridgefeld.

El carruaje de Ridgefeld, aunque anticuado, era cómodo y estaba bien mantenido, pero aún mucho más lujoso que el carruaje de Craven House. Los asientos de color burdeos oscuro mostraban lo mejor del tapizado verde oscuro con el que hacía juego. A ella le gustaba mucho la forma en que se combinaban los dos tonos y silenciosamente se había comprometido a encontrar una faja del tono exacto para usar con su vestido.

Cuando el carruaje comenzó a salir del callejón, Sam se encontró con la mirada de Elijah y sabía que él también estaba pensando en el beso que vendría. Tal vez debería cerrar las cortinas, deslizarse en el interior del carruaje para sentarse a su lado y darle su recompensa antes de llegar a casa.

—Estás sonrojada, ¿tienes calor? —preguntó, con un toque de preocupación en la voz.

No podía admitir que era la expectativa de su partida lo que le provocaba ese calor en las mejillas, aunque su preocupación le trajo a la mente otra razón.

—No, milord. Todo lo contrario, debo admitirlo. La brisa de las cortinas abiertas me pega bastante fría en la cara.

Sin decir una palabra más, giró hacia un lado y luego hacia el otro y quitó las cuerdas de las cortinas liberando así el material para cubrir las ventanas, lo que proyectó una sombra sobre su rostro. No le gustaba la forma en que ocultaba sus profundos ojos de color cacao o las oscuras pestañas que los enmarcaban. Ocultaba la forma en que sus labios se separaban cuando sonreía y aparecía el hoyuelo. Sam no tenía necesidad de verlos ahora en realidad, ya

que sus recuerdos los conjuraban cada vez que cerraba los ojos. Luchó contra el impulso de bajar la mirada y que las sensaciones de placer tomaran el control. No se permitiría ni siquiera el más breve momento de fantasía mientras el hombre real se sentaba a escasos centímetros de ella.

Tan cerca... pero tan increíblemente lejos.

Si le suplicaba que viniera él, ¿acudiría voluntariamente?

¿El simple pensamiento la convertía en una mujer desvergonzada, indigna de un hombre como él?

Sam no podía pensar, no lo haría, en esos términos. Al igual que los hombres, las mujeres tenían necesidades. Hasta ahora, además de algunas decisiones no tan inteligentes, había logrado dominar sus deseos desde que echaron un vistazo a la impudencia negada a las damas solteras. Si preguntaba cortésmente, ¿le mostraría Elijah todo lo que no había podido ver en el poco rato que había tenido *In Physica Educationem in Caritate* en su poder?

Si hubiera estado pensando en forma correcta la noche anterior, Sam lo habría agregado a su lista de demandas en recompensa por su descortés partida de Derbyshire.

La probabilidad de que él siguiera respondiendo a sus demandas (o que tuviera planeadas muchas otras) tenía un sentido de urgencia que la llenaba. Llegarían a su casa en breve.

Sam se corrió desde su lugar y se sentó junto a Elijah.

Sus ojos apenas notaron la conmoción de su movimiento cuando sus manos se deslizaron alrededor de su espalda y debajo de sus rodillas, levantándola, para acomodarla en su regazo. Los músculos de sus muslos se podían sentir a través de sus muchas capas de enaguas con ballenas y sus pantalones de lana.

Su pulso se aceleró al mismo tiempo que dejaba escapar un gemido.

Sam no dudó un momento antes de enlazar los brazos alrededor de su cuello y deslizarse más cerca de él. El calor de su cuerpo la calentó.

—¿Estás reclamando tu compensación, milord? —la pregunta la dejó en un suspiro cuando el deseo se unió en el centro de su ser. El ligero movimiento de balanceo del carruaje agregaron un ritmo sensual al abrazo.

Un escalofrío lo recorrió y su boca aterrizó contra la de ella, aplastante, exigente, controladora, cautivándola por completo. Sus manos se movieron a lo largo de su espalda lentamente, en desacuerdo con la intensidad del beso. Ella enredó los dedos en su cabello, sosteniéndolo firmemente mientras lo apretaba contra el asiento. La necesidad de estar más cerca de él, de sentir

más de Elijah contra ella, era más de lo que podía soportar y Sam se liberó rápidamente. Tomó su falda larga y se la ajustó para montarlo a horcajadas, con las rodillas a cada lado de sus caderas, en el asiento del carruaje.

La posición le permitía sentir su deseo por ella: la longitud endurecida de su hombría luchaba contra la solapa de sus pantalones, que pedía a gritos ser liberado. Como por su propia voluntad, sus caderas presionaron contra él, y se estremeció de necesidad.

Nunca se había sentado a horcajadas sobre un hombre, pero su cuerpo sabía exactamente qué hacer mientras suavemente comenzaba a balancearse de un lado a otro. Presionó su núcleo a la longitud rígida a medida que el calor entre ellos crecía.

Tan concentrados estaban por la fricción que sus cuerpos habían creado que Sam casi pierde el ritmo con el beso.

Pero cuando las manos de Elijah bajaron aún más y las ahuecó sobre su trasero y lo levantó ligeramente, su lugar más íntimo perdió el contacto con él. El cambio de posición presionó los pechos de la muchacha contra el pecho y su boca se movió de sus labios y trazó una línea de besos a través de su mejilla, hasta su oreja.

Gimió cuando tomó el lóbulo entre sus dientes y lo mordisqueó... tan dulcemente, que Sam pensó que lo había imaginado.

Pero luego, llevó la boca hacia un punto detrás del lóbulo y entonces sintió como chispas de anhelo que la recorrieron. Un lugar escondido ¿Sabían todas las mujeres casadas y los hombres con experiencia de este delicado lugar que podría enviar a una mujer a un frenesí de deseo?

No sabía, pero lo único que entendió fue que no quería que los labios de Elijah abandonaran ese lugar tan sensible.

—Elijah —echó la cabeza hacia atrás y abrió los ojos para ver el techo del carruaje cerrado. Trató de concentrarse en una pequeña rasgadura en el material sobre ella, cualquier cosa para evitar pensar en la tormenta que crecía en su interior con cada segundo que sus cuerpos permanecían juntos—. No te detengas.

La única respuesta de Elijah fue arrastrar los labios hacia abajo por su cuello.

Su pecho se sacudió mientras luchaba por llevar aire a sus pulmones... y recordar qué hacer una vez que estuviera allí.

Todo era demasiado.

Sin embargo, no lo suficiente.

Sintió cada centímetro de ella inundarse de un mayor calor, tan caliente que sintió que, en cualquier momento, perecería en las llamas de la lujuria. Sentía el tirón constante del infierno.

Sam se puso rígida y se preparó para dejarse caer en el abismo del deseo... voluntariamente.

Oh, iría tan fácilmente, solo para sentir esta sensación para siempre.

El calor se convirtió en una extrema conciencia de dónde descansaban sus manos, la sensación de los pechos apretados contra la almidonada camisa de lino, la forma en que el pañuelo rozaba el pecho expuesto sobre su escote.

Sam ordenó que sus dedos entraran en acción, decididos a darle un poco del placer que le estaba dando. Suavemente, sus manos acariciaron el cuello de Elijah, hacia arriba y hacia abajo, sobre sus omóplatos. Era puro músculo. Resultado de años explorando los confines del mundo conocido.

En cierto modo, Sam era ahora un explorador, un aventurero con un curso preparado para descubrir todo lo que la carne tenía para ofrecer.

Y comenzaba con Elijah Watson, Lord Ridgefeld, un marqués de lo más apropiado.

Capítulo Veinticuatro

El carruaje disminuyó la velocidad, lo que hizo que se detuvieran fácilmente, aunque eso no impidió que los labios de Eli continuaran su camino a lo largo de los desnudos pechos. La mordisqueaba con suavidad y el resultante estremecimiento de placer fue toda la confirmación que necesitaba para llegar hasta ellos y tirar del escote de su vestido hacia abajo para revelar más de su expansiva piel de porcelana. Estaba en la cúspide de la total desinhibición, respiraba en ráfagas irregulares a ritmo con el latido de su corazón que golpeaba contra sus labios.

Elijah estaba consciente de la locura de sus acciones, de la naturaleza deplorable de sus pensamientos y de la ruina que pronto podría caer sobre ellos si continuaban por el camino de placer que habían elegido. Debería arreglar las cosas; devolverla al asiento frente a él para que acomodara su vestido, arreglara su cabello y esperar que sus labios rojos e hinchados volvieran a la normalidad antes de entrar a su casa.

Sin embargo, ya había superado el pensamiento racional. Incluso si hablaba con ella, era poco probable que Sam lo oyera; su necesidad coincidía con la de él.

Permitió que su boca recorriera los últimos centímetros para tomar su pezón sonrosado entre los labios. Chupó suavemente y ella lo recompensó con un profundo gemido, la cabeza todavía echada hacia atrás en éxtasis.

Eli se alejó, encantado por la belleza cruda y pura de Sam.

Era la perfección.

Una diosa impecable que necesitaba desesperadamente en su vida.

El impulso de abrazarla, mantenerla, protegerla lo consumió.

Pero, ¿de qué debía protegerla?

—Milord —la llamada de Mathers se abrió paso a través del deseo que lo aturdía—. Hemos llegado.

De repente, proteger a Sam de sus anhelos llenos de lujuria era primordial. Era una dama y merecía mucho más respeto del que le había mostrado hasta ahora.

Si bien la codiciaba y su necesidad de poseerla y hacerla suya era casi abrumadora, *no* era suya. Las libertades que se había tomado iban mucho más

allá de lo que era correcto y aceptable, incluso para una pareja ya en pleno noviazgo.

Eli inmovilizó las caderas de Sam mientras se apoyaban en su hombría.

—Sam —murmuró, tratando de llamarle atención, para detener sus manos desde su salvajemente tentador viaje por los costados hasta la cintura de sus pantalones—. El carruaje se detuvo... en tu casa.

La naturaleza grave de sus palabras (y las repercusiones que podrían tener), no disminuyeron la exploración de su cuerpo en absoluto.

Cerró los ojos y se concentró en la sensación de las manos de Sam a través de su camisa. Quería desesperadamente gritarle a Mathers que diera la vuelta a la manzana... que continuara a través de la ciudad... y hacia el campo.

Cualquier cosa para ganar más tiempo con ella.

—¿Quién, por todos los demonios, está bloqueando el camino? —los ojos de Eli se abrieron de golpe al enojado bramido, al mismo tiempo que Sam se ponía rígida en su regazo—. Tú, hombre, ¿de quién es este carruaje?

—De Lord Ridgefeld, señor —Mathers gritó en respuesta.

—Si está dentro de la casa, le suplico tenga la amabilidad de llevar su carruaje a los establos.

—Mi amo aún está en el interior del carruaje —el tono vacilante en la voz de su sirviente hizo que Eli levantara a Sam y la sentara en su asiento.

Se enderezó el vestido con manos temblorosas, aunque no hizo ningún movimiento de partir.

—Tu cabello —dijo Eli al tiempo que tanteaba en su asiento y recogía las hebillas dispersas que se habían saltado de sus rizos. Varios bucles colgaban sueltos sobre sus hombros—. Aquí.

Sam le quitó las hebillas y se las colocó hábilmente en el cabello, poniendo en su lugar los rizos. No estaban ubicados en forma tan precisa como cuando había salido de su casa, pero Eli esperaba que su hermano no se diera cuenta.

Había muchas expresiones que esperaba ver en su rostro: los ojos muy abiertos en estado de shock, los labios apretados con fuerza por el miedo o, incluso, su postura como vencida por la incredulidad.

Pero mantenía los ojos fijos en los de él mientras trabajaba apresuradamente para corregir su apariencia. Pudo ver la lengua se movía con rapidez por el labio inferior cuando su barbilla se levantó un poco y bajó los párpados. Era la imagen de la sensualidad, las mejillas encendidas y los labios hinchados.

Eli se endureció aún más. Una excitación casi dolorosa.

—O le ordena a Ridgefeld que salga de su carruaje o se aparte.

—Es mi hermano —Sam susurró después de que sus manos habían evaluado el cabello—. Y está lívido. ¿Cómo se ve mi cabello?

—Casi como cuando te recogí —quería causar una buena impresión a su familia. Había planeado conquistar a las hermanas de Sam con su encanto. Lo único que había logrado hacer era enfurecer a su hermano.

—Maravilloso —dijo y volvió a su sonrisa tímida—. Desviaré la atención de Garrett mientras partes. Espero con ansias nuestra próxima salida.

¿Próxima salida? Eli no estaba seguro de que lograría salir de la entrada de la casa sin que Garrett lo retara a defender el honor de su hermana.

Sam le estampó un beso en los labios y abrió la puerta de par en par, sin darle la oportunidad de responder cuando Mathers apareció con los escalones antes de que Sam saltara del carruaje sin ayuda.

—Gracias por una tarde maravillosa, milord. Espero ansiosamente nuestro paseo en faetón en Hyde Park mañana. Esperaré su llegada a la una en punto

Hablaba demasiado fuerte y no había posibilidad de que su hermano no escuchara cada palabra.

—Por supuesto, señorita Samantha —el carruaje estaba vacío y cavernoso sin ella—. Espero con ansias nuestra próxima salida.

Miró por encima del hombro y le guiñó un ojo antes de dirigirse a su hermano que esperaba.

—Buen día, querido hermano —su tono ronco era suave como la miel y Eli podía ver desde su ventajosa posición dentro del carruaje que Sam le daba a su hermano su sonrisa más encantadora, dulce y sin pretensiones—. No sabía que nos visitarías hoy.

—Vengo todos los días —dijo bruscamente cuando la puerta del carruaje se cerró—. ¿Qué está haciendo Ridgefeld aquí? ¿Y por qué estás en su carruaje? ¿Dónde está tu chaperona?

—Lord Ridgefeld me ha traído a casa, tonto —su respuesta amortiguada atravesó las cortinas y el carruaje se sacudió cuando Mathers se acomodó en su puesto. Eli notó que había evitado sus otras preguntas—. Ahora, dime, Garrett. Te vi bailar con la bella y muy deseable Miss Mallory Stewart... ¿puede la familia esperar que ella y sus padres vengan a cenar pronto?

Eli se rió de su habilidad para distraerlo.

Un haz de luz brilló a través de la fina grieta entre la cortina y el marco de la ventana. El hermano de Sam miró del carruaje (con ojos saltones) a su

hermana. Se notaba que el hombre tenía sospechosas, aunque Eli no estaba seguro si cuestionaba la presencia de su hermana en el carruaje de un hombre sin la correspondiente chaperona, o si sus preocupaciones estaban más cerca de las intenciones de Eli en lo que a Sam se refería.

Deslizó el brazo por el de Garrett y tiró. Con una última mirada al carruaje, su hermano permitió que Sam lo arrastrara hacia la casa.

—La muchachita no tiene ni un solo pensamiento en la cabeza que valga la pena. Te lo aseguro, no vamos a recibir a ella ni a sus padres... jamás. Garrett se rió entre dientes—. Aunque ella haya sido bendecida con una delantera y unas caderas que tienen a muchos hombres tropezando para tocarlos.

—¡Garrett! —la voz de Sam reaccionó con la palabra— Ese comentario es muy inapropiado para un caballero. Al menos hasta que la pareja esté casada y haya compartido el lecho matrimonial.

—¿Y qué sabes de estar casada y de compartir el lecho matrimonial, mi querida Samantha Eugenia Constantina Pengarden?

Una parte de Eli ansiaba estar con la pareja, riéndose y bromeando junto a ellos, compartiendo un raro momento de camaradería; sin embargo, sintió que era una ocurrencia privada que solo podían disfrutar y comprender los hermanos. Algo prohibido para Eli. No importaba cuánto intentara negarlo, anhelaba la cercanía de una familia.

Quería quedarse para escuchar la respuesta de Sam a la pregunta de su hermano, pero los hermanos habían entrado ya a la casa y desaparecido de vista.

—Al museo —ordenó Eli cuando la puerta de calle se cerró de golpe.

—Por supuesto, milord —gritó Mathers. Con apenas un pequeño movimiento de las riendas, el carruaje comenzó su lento andar hacia el Museo Británico y los días de trabajo que aún le esperaban a Eli. Catalogaría, organizaría y prepararía los tesoros de su abuelo para ser exhibidos. Afortunadamente, el trabajo era una tarea sin sentido y le daría tiempo suficiente para pensar en todo lo que había sucedido entre él y la señorita Samantha Pengarden y reflexionar sobre lo que les depararía el mañana.

Capítulo Veinticinco

Sam se fue acercando lentamente hacia Elijah, encaramados en la parte más alta del faetón, mientras él conducía hábilmente el carruaje a través de Hyde Park. El cielo estaba despejado y apenas soplaba una ligera brisa, lo que hacía que la tarde fuera perfecta para el paseo. Los vendedores de naranjas gritaban a los carruajes que pasaban mientras el aroma fresco de la fruta flotaba en el aire.

El faetón pertenecía al esposo de Jude, lo que significaba que Elijah se estaba quedando en la residencia de Lord Cartwright. Era extraño que su hermana no le hubiera informado de este hecho durante su visita matutina a Craven House, ni la mañana anterior, ni siquiera en el baile, dos noches antes. Aún más peculiar, Sam no se había preguntado dónde había encontrado alojamiento Eli.

—Espero que tu noche haya sido agradable —Elijah mantenía la cautelosa mirada al frente.

No había dicho mucho desde que la había recogido, y había preferido concentrar su atención en conducir el faetón. Había dicho que habían pasado muchos años desde que lo había hecho y el de Cartwright era bastante antiguo y no estaba en el mejor estado.

—Como tantas otras cosas en Craven House —dijo. No había preguntado por la conversación de ella y Garrett el día anterior—. Marce ha organizado un juego de cartas, y me han encargado mantener a Payton en el piso de arriba y fuera de la vista, algo que una vez fue responsabilidad de Jude.

—¿Juego de cartas? —se giró hacia ella con una ceja levantada—. Tu madre alguna vez fue propietaria de un burdel y tu hermana ahora tiene un salón de juegos en tu casa.

—Es mejor que un burdel, ¿no? —Sam no pudo evitar reírse de su sorpresa—. Pero en serio, sí, ella organiza partidas de cartas. Solo unas pocas reglas: los hombres deben recordar sus modales, abstenerse de beber en exceso y mantener sus manos quietas... aparte de eso, que traigan su dinero. La casa se lleva una comisión y los hombres son libres de jugar hasta altas horas de la noche siempre y cuando no se inicien pleitos. Nos permite mantener nuestra libertad financiera.

Permaneció en silencio cuando de repente un carruaje cerrado se detuvo junto a ellos y una mujer joven se asomó por la ventana.

—¡Buenos días, señorita Samantha!

—Igual para usted, señorita Mallory —respondió Sam—. Permítame presentarle a Lord Ridgefeld, mi compañero esta tarde.

—Un placer, milord —los ojos de la niña viajaron a lo largo de Elijah, y Sam sintió que los celos crepitaban en su interior—. Un clima agradable para pasar un día en el parque, ¿no es así?

—Ciertamente, señorita Mallory —Elijah asintió con la cabeza—. Es un gran placer conocerla.

Sam entrecerró los ojos sobre la señorita Mallory cuando la niña se rió, al tiempo que se cubría la boca con el abanico. Ella pensó que a la muchachita le interesaba Garrett, entonces, ¿qué demonios estaba haciendo al mirar a Elijah?

—Que tengas un maravilloso paseo —le deseó Sam. Tiró de la manga de Elijah, indicándole que se fuera y se alejara de la niña impertinente—. Esa es la debutante que está enamorada de Garrett.

—Parece bastante amable —agitó las riendas, y los caballos comenzaron a caminar acompasados.

—La señorita Mallory es un buitre y su madre es mucho peor. Afortunadamente, Garrett no tiene título, no tiene casa propia y tiene fondos limitados —eso hacía que el interés de la chica por él fuera aún más desconcertante. Podría ser nada más que la necesidad de rebelarse contra los deseos de su familia al buscar el favor de un hombre inadecuado—. No obstante, no permitiré que la chica me deprima. No en un día tan hermoso como este —inclinó su rostro hacia el brillante sol sobre su cabeza, el borde de su sombrero cayó hacia atrás ligeramente para permitir que los cálidos rayos llegaran a su rostro.

—¿Has tenido algún problema después de que me fui ayer? —preguntó—. Ciertamente te habría llevado a la puerta y hablado con tu hermano.

—Todo fue perfecto —y realmente, lo había sido. Solo había necesitado una mención a Mallory, y Garrett se había distraído lo suficiente como para olvidar todo sobre el carruaje de Elijah en el camino de entrada... con su hermanita adentro. A Sam no le gustaba manipular a Garrett; sin embargo, si surgía la necesidad, tenía que hacerse, especialmente si ella y Elijah iban a continuar el arreglo sin que hubiera preguntas innecesarias de sus hermanos—. ¿Y tu noche fue bien?

Elijah permaneció en silencio por mucho tiempo, Sam lo miró.

—¿Te sientes mal, milord?

—Mis disculpas —se frotó la cara con la mano que tenía libre y se masajeó el cuello—. Pasé el resto del día en el museo desempacando, organizando y catalogando todas las posesiones de mi abuelo. Fue muy extenuante, y la tarea no está ni siquiera cerca de finalizar.

Sam sintió un poco de culpa.

—Y aquí estoy, exigiéndote que pierdas un tiempo precioso en un paseo en carruaje por el parque.

—No puedo pasar cada hora de vigilia en el museo —dijo con una sonrisa—. Esta salida es un bienvenido respiro. Especialmente contigo por compañía. Sam miró hacia otro lado cuando sintió que se sonrojaba.

—Que tengan buen día —dijo a un trío de matronas que caminaban por el sendero junto al camino del carruaje, con la esperanza de que atribuyeran sus mejillas escarlatas al clima cálido—. También disfruto tu compañía, milord —encontrar la mirada del joven mientras hacía esta confesión era demasiado. Se daría cuenta de cuán verdadera era la declaración y Sam no estaba preparada para eso.

—Entonces, supongo que es una buena idea que haya extendido mi estada varios días.

—Eso es sumamente conveniente, Lord Ridgefeld —admitió.

—Es Elijah, ¿recuerdas?

En su mente, había pensado en él como Elijah desde la noche que habían pasado juntos en el estudio de Lord Cummings, solos, si no fuera por el vil libro. Sam no se había atrevido a entrar en la habitación y recoger otro volumen después de que Elijah se hubiera marchado de Hollybrooke.

Quebrada. Se había quebrado y sentido dolida después de que se fuera. No le había quedado ningún impulso o entusiasmo para explorar las complejidades del lecho matrimonial. Pero después del momento en el carruaje el día anterior y el calor de su muslo presionado contra el suyo ahora, Sam deseaba estar a solas una vez más, no en aquella posición elevada del faetón para donde podía verse todo, sin privacidad, incluso los besos más pequeños.

¿Reclamaría su recompensa por la salida de hoy? ¿Sería Sam lo suficientemente fuerte como para obligarlo, incluso sabiendo que muchas personas podrían presenciar su momento de intimidad?

¡Diablos!. Sam presionaría sus labios, así como cada centímetro de su cuerpo, a su derecha aquí. Ahora mismo. En el medio de Hyde Park, con

cualquier cantidad de integrantes de la sociedad como testigos de su ruina como mujer. Pero sería la ruina más dulce y pública.

Ciertamente desalentaría a Lord Gunther y a Lord Proctor.

—Eli —permitió que el sobrenombre escapara de ella. Dos sílabas que tenían calor acumulado en su punto más delicado—. Es un nombre varonil y fuerte.

—Gracias —dijo con una sonrisa y una mirada de reojo—. Me lo puso mi abuelo el día en que nací.

—¿Lo eligió tu abuelo?

—Sí, no había nadie más dispuesto a darme un nombre apropiado.

—¿Y tu madre? —preguntó Sam en un susurro mientras otro carruaje pasaba sin detenerse a saludarlos—. ¿No había elegido un nombre antes de tu nacimiento? —Volvió a perder la mirada en el infinito—. No quiero ser curiosa.

—Está bien, Samantha —dijo, pero la sensación de agobio no lo dejó—. Mi madre apenas se dio cuenta de que estaba embarazada una vez que supo de la muerte de mi padre. Permaneció en cama... apenas comía... y no hablaba con nadie. Entonces, si ella había elegido un nombre para mí, no se lo contó a nadie antes de huir poco después de mi nacimiento. Se quedó lo suficiente como para que pintaran un retrato que nos representara a ella y a mí, pero luego su atención se centró rápidamente en otras... cosas.

—Eso es horrible —y no tan diferente de su propia historia, aunque fue su padre quien abandonó a su madre—. No era mi intención mencionar asuntos tan delicados.

Condujo a los caballos hacia un lado del camino y los detuvo, anudó las riendas a la clavija de madera junto a él antes de volverse para mirarla. Sam no se atrevió a mirar a su alrededor para ver si habían atraído la atención de nadie. Todo se desvaneció cuando fijó los ojos en ella.

—Eres la primera persona a quien he contado sobre las circunstancias que rodearon mi nacimiento —confió—. Mis sirvientes están conscientes de ellos. Posiblemente, incluso Lord Cartwright tenga una idea, pero no se lo he contado a nadie. Ni siquiera a mis compañeros en Eton.

—¿Por qué decirme a mí? —Habían compartido unos breves momentos de intimidad, pero nunca había esperado que eso los llevara a confesar sus secretos más íntimos—. No me malinterpretes, te agradezco que pienses tanto en mí como para compartir esto, pero...

Tomó las manos enguantadas entre las de él, la mirada siempre firme en ella—. Confío en ti, Samantha. Desde que mi abuelo falleció, eres lo más parecido a un amigo que he encontrado. Creo que haber tropezado contigo en ese camino desierto fue el destino; tenía toda la intención de unirnos.

Una grande y extraña sensación se asentó en la boca del estómago. Elijah había sido una distracción, algo para desviar su atención de la reaparición de su padre y mantener a raya a Lord Gunther. Le dolió mucho cuando se fue de Hollybrooke sin despedirse, ¿pero el destino?

Ciertamente, su relación no tenía nada que ver con ningún enlace permanente, y menos con el destino.

—No entiendo, milord.

—Sam, dejé Hollybrooke para darte la oportunidad de conectarte con tu padre; algo que anhelé hacer con mi madre pero que me fue negado.

—¿Qué te haría creer que alguna vez querría conectarme con mi padre? siseó—. Nos abandonó a Jude y a mí. Dejó a mi madre sin mirar atrás después de descubrir que no había tenido la desgracia de dar a luz a una niña... sino nada menos que gemelas. Nos dejó para vivir apenas por encima de la pobreza mientras se casaba con la novia adecuada y buscaba una familia ideal. Sam se rió entre dientes, no con su habitual risa profunda y gutural, sino con una risa maníaca—. Imagina su desgracia al descubrir que su esposa no era una yegua de cría capaz de darle un heredero y un segundón y mucho menos una hija.

—Mi presencia fue una distracción, todo el mundo lo sabía.

—¿Quién es todo el mundo?

—Tu familia.

—¿Mi familia? —preguntó ella—. ¿Te pidió mi familia que te fueras sin decir adiós?

Sacudió la cabeza.

—Expusieron las razones por las que debería partir; sin embargo, fue mi decisión hacerlo de inmediato.

Solo había sido una distracción para ella... eso es lo que habían acordado.

Sam no esperaba que se desarrollara ningún cariño más allá de la atracción física, lo cual era innegable. Pero había pocas otras explicaciones sobre por qué había insistido en que Eli la acompañara a las salidas. Estaba de vuelta en Londres. Era mucho más simple evitar la atención no deseada de los hombres que ella encontraba que no le gustaban. Sam no necesitaba que Elijah la protegiera... ¿de qué había esperado que la protegiera?

Era una mujer capaz. Llevaba una vida decente. Tenía una familia que la quería mucho y ella le retribuía ese sentimiento con todo el corazón.

Pero aun así, ella se sintió atraída por Elijah. Deseaba tenerlo cerca y no solo por lo que podía enseñarle sobre el placer.

—¿Quién te pidió que te fueras de Hollybrooke? —exigió Sam—. Necesito saber quién haría tal cosa. Fue Marce... no, Garrett, quien, sin que nadie lo invitara intentó guiarme por un camino que no elegí. ¿No es así?

—No, Sam, te lo aseguro.

—Entonces, ¿quién? —su voz se quebró mientras se descontrolaba.

Elijah echó un vistazo alrededor antes de volver a tomar las riendas y hacer que los caballos continuaran por el camino.

Necesita saber quién en su familia la traicionaría tan abiertamente sin siquiera consultar a Sam para saber que quería.

—Dime quién fue, Elijah —infundió a la demanda de toda la severidad que poseía, en un tono como para hacerle saber que no podría ocultarle la verdad.

—Fue Cartwright; sin embargo, admitió que el consejo provenía de la señorita Judith, ejem..., Lady Cartwright. Elijah se aclaró la garganta cuando Sam permaneció en silencio—. Pensó que era mejor que te diera la oportunidad de decidir si querías entablar una relación con tu padre. Era una distracción del serio asunto en cuestión. Lo cual creí que era verdad. Los dos sabemos que ella tenía razón.

¿Su propia gemela le había hecho esto? Parecía imposible que Jude quisiera hacerle tanto daño a Sam. ¿Cómo se atrevió a huir con su nuevo marido y dejar a Sam sola, incluso llevarse a Eli lejos de su compañía?

—¿Y te fuiste? —Sam no pudo evitar la tristeza en la voz o que la vista se le nublara y la cabeza le diera vueltas. No debería de haberlo presionado para que le diera una respuesta. Le había llevado semanas, pero Sam había superado el dolor de la desaparición de Eli. Hubiera sido mucho mejor no saber el motivo de su apresurada partida. Tal vez incluso siguieran pensando que lo habían llamado para asuntos importantes. Le dolía saber que la única persona que debería de cuidarla por encima de todos los demás lo había enviado lejos.

Pero eso ya no era verdad o incluso posible. Jude tenía a Simon ahora. Su lealtad pertenecía únicamente a su esposo, no a su gemela.

—Creo que es hora de volver a Craven House —dijo con los hombros vencidos.

—Creo que eso es lo mejor, milord.

Capítulo Veintiséis

—Lo hicieron pensando en lo que era mejor para ti —Eli mantuvo las manos apretadas sobre las riendas mientras navegaba por el camino que conducía desde Hyde Park. Tenía que preguntarse cómo el día había dado un giro tan inesperado. Habían sido todas sonrisas y risas hasta que había descubierto la razón que había tenido Elijah para partir de Derbyshire. Sin embargo, ¿cómo podría estar enojada con su hermana? Había sido él quien se había ido sin decir adiós. Le había hecho una promesa y no se había quedado lo suficiente para cumplirla—. Si quisieras estar enojada con alguien, debería ser conmigo.

Elijah ansiaba tenerla cerca una vez más, que enredara los dedos en su cabello y sentir que el perfume de ella lo abrazaba. Cualquier cosa menos ver a la mujer junto a él en ese momento, los hombros caídos y los brazos alrededor de su cuerpo en un abrazo y con la mirada perdida a la distancia... a la nada.

Giró por la calle principal que conducía a Craven House. No era tarde, y la mayoría de la gente de sociedad estaba de compras o de paseo por uno de los muchos parques de Londres o de visita, lo que dejaba las calles menos concurridas que en cualquier otro momento del día. Pasaron a varios carruajes y hombres a caballo, pero no tantos como para interrumpir el paseo.

Eli llevaba los caballos en un sólido trote mientras se movían por la ciudad.

Miró hacia adelante pero arriesgó varias miradas de soslayo en dirección a Sam, que iba con la mirada fija en el horizonte o en la costura de su abrigo.

La necesidad de consolarla era fuerte; sin embargo, Eli tenía cierto conflicto sobre la forma de calmar el dolor que había causado.

—¡Señorita Samantha! —gritó una voz masculina detrás de ellos—. ¡Samantha!

Eli miró por encima del hombro para descubrir al hombre de pelo negro que había escoltado a Sam desde el salón de baile dos noches antes. Aunque sentía curiosidad sobre él, Eli apretó los dientes, celoso, cuando el hombre gritó una vez más para llamar la atención de Sam.

—¿Deseas que me detenga? —preguntó Eli.

Se giró levemente y miró hacia atrás al hombre que creaba la conmoción.

—Lord Proctor... —siseó y se volteó, cuadrando los hombros—. Ciertamente no deseo que te detengas, milord.

—Es posible que no podamos evitarlo —dijo Eli, echando otra mirada sobre su hombro antes de tirar de las riendas—. Su carruaje está ganando velocidad y pronto estará junto a nosotros.

—Entonces, por el amor de Dios, aumentemos nuestro ritmo también.

—No estoy seguro de que este faetón pueda ir más rápido.

—¡Es un maldito faetón; está destinado a la velocidad, milord! —gritó y tomó las riendas—. Démosle rienda a los caballos y perdamos a Lord Proctor.

Quería cuestionar su razonamiento, pero cuando tomó el control de los caballos y con un chasquido de riendas, pasaron de un trote ligero a un galope a toda marcha. El caballo directamente frente a Eli se resistió ligeramente, descontento con el repentino cambio de ritmo.

—Señorita Samantha —llamó, mientras sujetaba la barra a su lado—. No creo que sea seguro o prudente hacer esto en una calle concurrida de Londres.

—¿Dónde está tu espíritu de aventura, milord? —gritó sobre el golpeteo de los cascos.

En el fondo del océano Atlántico, no muy lejos de la bahía de Chesapeake. Eli se mordió la lengua para evitar que las palabras se le escaparan de los labios. Había mucho que estaba dispuesto a compartir con Sam. No estaba, empero, dispuesto a compartir la verdadera magnitud de la culpa que sentía por la muerte de su abuelo y menos con Sam. Habría admitido generosamente una pequeña parte de los fantasmas que lo atormentaban; no obstante, hablar de ese peso que lo agobiaba, solo serviría para minimizar la pureza de su remordimiento. Tal vez algún día... aunque no sería hoy.

En cambio, Eli enganchó sus botas debajo del borde delantero del carruaje y se sujetó con fuerza mientras daban la vuelta en una esquina, salvándose, por poco, de chocar con un carro lleno de carbón. No tenía idea de cómo Sam se mantenía en su asiento mientras el carruaje se movía de un lado a otro e iba a los saltos.

—El maldito tonto todavía nos sigue —gritó Sam.

En la carrera, el viento le había quitado el sombrero de la cabeza y le colgaba por la espalda. Con cada momento que pasaba, se le soltaba más el cabello y volaba detrás de ella. Incluso los ojos le brillaban como nunca antes los había visto.

Estaban encendidos con... vida.

Aventuras.

La emoción del peligro

—Gira allí —gritó Eli, al reconocer el ancho camino que conducía al campo. De seguro, el hombre no los perseguiría fuera de la ciudad.

—¿Por qué busca tu atención?

Miró rápidamente en dirección a Eli y su sonrisa le flaqueó.

—Conversamos brevemente en el baile la otra noche. Eso es todo. Es probable que busque continuar con ella.

—¿Y no quieres? —dijo, enarcando las cejas.

El camino que tenían delante se iba despejando a medida que viajaban desde las calles bien cuidadas de la ciudad a las carreteras que partían de Londres, plenas de las huellas de los carruajes y bordeadas de arboledas. El faetón saltaba y rebotaba sobre la superficie irregular.

Debían disminuir la velocidad antes de que ocurriera algo desastroso.

—Lord Cartwright se enojará conmigo si dañamos su transporte, Sam.

—Entonces, recemos para que Lord Proctor abandone su persecución pronto.

Siguieron dando saltos y tumbos por el camino, Chocaron y se empujaron por el sendero. Dejaron atrás a varios hombres a caballo y una carreta que llevaba fruta al mercado.

—Se está rezagando —gritó Eli—. Disminuye la velocidad.

—No hasta que se haya perdido de vista.

Doblaron otra curva y, en el momento en el camino se hacía más duro, el faetón dejó escapar un fuerte crujido.

—Algo no está bien —Eli se inclinó sobre el costado del faetón mientras aminoraban la velocidad al ver una tabla de madera que sobresalía de la parte inferior del carruaje.

—¡Diantres!, creo que rompimos el eje.

—¿Qué? —preguntó Sam, con los ojos abiertos de par en par—. ¿Se soluciona fácilmente?

—No tengo mucha experiencia en reparaciones de carruajes, pero ciertamente nos quedaremos atrapados aquí si no puedo repararlo —se detuvieron y Eli saltó del faetón. Luego, ayudó a Sam a hacer lo mismo antes de que ambos se pusieran en cuclillas para ver el daño hecho a la parte inferior del vehículo—. Es sorprendente que la rueda no se haya caído del todo. Por mucho que me duela el orgullo admitirlo, creo que esto está más allá de mi nivel de habilidad.

Eli se enderezó y se sacudió el polvo de los pantalones. Una mirada en ambas direcciones le indicó que estaban solos; no había otro carruaje a la vista.

—Al menos perdimos a Lord Proctor —murmuró—. ¿Por qué el hombre iría tan lejos para llamar tu atención?

Ella se encogió de hombros y clavó la punta de su zapatilla en la tierra blanda al costado del sendero.

—Muy bien —dijo—. Guarda tus secretos.

Abrió muy grandes los ojos y dio un golpe en el suelo con el pie.

—No lo hago. El hombre es una molestia y no tengo ningún interés en relacionarme con ese sinvergüenza.

—¿Sinvergüenza? —Eli alzó las cejas ante el veneno destilado por Sam.

—¿Vamos? —Le tendió el brazo.

—¿Adónde?

—Bueno, es que, o nos sentamos aquí y esperamos la caída de la noche (te recuerdo que todavía hay animales cazando, incluso tan cerca de Londres), o empezamos a caminar y conseguir que algún carruaje nos lleve —movió ligeramente el brazo para indicarle que lo tomara—. De cualquier manera, no es seguro esperar aquí donde algún bandido podría pasar y robarnos.

—No temáis, milord —dijo Sam con una sonrisa—. Defenderé vuestro honor.

—No esperarías menos, ya que es tu culpa que estamos en esta situación, para empezar.

Ella deslizó el brazo sobre el de él.

—¿Por *mi* culpa? —se pusieron uno junto al otro mientras reflexionaba sobre sus palabras—. Si no te hubieras detenido para recogerme en el camino en Derbyshire, no creo que estuviéramos en esta situación —lo miró fijamente, con los ojos chispeantes de risa mientras trataba de mantener una expresión seria.

—Muy cierto —admitió, mientras sorteaba un enorme hoyo en la carretera—. Debería haberte dejado a merced de la tormenta. Es probable que hubieras sucumbido a los elementos y hubieras flotado con la lluvia o te hubieras congelado al borde de la carretera. Ahora puedo ver la ventaja en ese curso de acción.

—¡No te hubieras atrevido! —tartamudeó.

—¿Y si lo hubiera hecho? —replicó.

—Ciertamente no te habría culpado. Soy bastante problemática. Mi familia puede dar fe de eso.

—¿Me harías un favor? —le apretó el brazo.

—Depende.

—No culpes a Lord y Lady Cartwright por lo que sucedió en Derbyshire —La miró, aunque no pudo ver la expresión porque el cabello rojizo, que estaba suelto, se lo impedía—. Solo deseaban que tuvieras la oportunidad de arreglar la relación con Beauchamp. Además, nos habían atrapado en una situación que no era del todo inocente.

Un retumbar de las ruedas de un carro contra el camino rocoso detrás de ellos llamó la atención de Eli.

Se volvieron a un tiempo para ver un carro vacío tirado por un solo caballo, conducido por un granjero, el rostro veteado de suciedad y la sonrisa dentada reconfortante, mientras se detenía junto a ellos.

—¿Aquel bonito carruaje es el de ustedes? —gritó.

—Así es, señor —respondió Elijah, sonriendo a su vez—. Supongo que no se dirigirá Londres y estaría dispuesto a llevarnos su carro.

El hombre, al menos treinta años mayor que Eli, miró a su harapiento caballo y miró su carro vacío. ¿Tú y la señora se quedaron varados?

—Sí. —Elijah sacudió la cabeza con pesar—. Había planeado un hermoso picnic en el campo con mi esposa y nuestro faetón rompió un eje. Terrible error. No revisé el carruaje antes de salir de la ciudad. No se arriesgó a mirar a Sam después de referirse a ella como su esposa.

El conductor se rascó la cabeza.

—Bueno, mi propia esposa solo nos envió, a mí y a mi hijo, a la ciudad a recolectar madera para reparar el granero. Ah, y harina. Lo dejé con sus caballos. Supongo que no se molestará si los llevo hasta el mercado de Piccadilly.

—Perfecto —Sam no esperó a que el conductor cambiara de opinión y, antes de que se arrepintiera, se apresuró a tomar un lugar en el carro y dejó que Eli la siguiera—. Ven, querido, dulce esposo. Nuestro día no está completamente arruinado, después de todo. Gracias buen hombre. Soy la señora Ridgefeld y este es mi esposo, Elijah. Sin duda lo recompensaremos por el transporte.

Yo soy Ralph, señora —el hombre se quitó el sombrero y asintió con la cabeza—. Es un placer conocerlos, pero no se necesita ningún dinero. Voy

hacia allá de todos modos. Cuando regrese a casa, si me darán instrucciones para que les envíen los caballos seguros, lo haré.

—Bueno, es muy amable, Ralph, y también su hijo —Sam le dirigió su sonrisa más encantadora y Ralph se puso tan rojo como el sol que se ponía en el horizonte lejano—. Mi esposo y yo estamos muy agradecidos por su ayuda.

Elijah subió al carro y se instaló al lado de Sam, su esposa por el momento. Estaría mintiendo si no admitiera que el sonido de su nombre en sus labios, junto con el término esposo, no le traía a la mente todo tipo de pensamientos perversos... principalmente, la idea de hacer de Sam una esposa adecuada, su novia.

Ciertamente, se estaba desarrollando una especie de noviazgo entre ellos. ¿Por qué otra razón exigiría que la llevara de excursión? No pasaría mucho antes de que fuera necesaria una conversación con su tutor, ¿era Marce o Garrett? Él le haría conocer sus nobles intenciones... y rezaría para que la familia de Sam lo aprobara.

Capítulo Veintisiete

Sam se deslizó en la casa y suspiró, al tiempo que cerraba en silencio la puerta detrás de ella. Su cara todavía estaba acalorada por las emocionantes escapadas con Eli. Aunque no había reclamado su beso en pago, le debía una gran recompensa. Apoyándose contra la puerta, Sam puso los dedos sobre los labios y cerró los ojos mientras imaginaba el beso que vendría. Ella sería atrevida y lo abrazaría, tal vez, deslizaría las manos debajo de su camisa para sentir los músculos que sabía que estaban ahí abajo, ocultos a la vista.

Los latidos de su corazón se aceleraron ante la idea y era probable que el rostro se hubiera enrojecido aún más.

—¿Acabas de saltar de un carro?

Los ojos de Sam se abrieron de golpe y dejó caer la mano a un lado.

Maravilloso.

Debería haber hecho fuerza porque Ralph los dejara en el mercado, que había sido su plan original, pero el hombre había insistido en llevarla a casa sana y salva.

Su hermana menor, Payton, se encontraba justo afuera del salón, cuyos ventanales daban al camino de entrada.

Fabuloso.

Había visto todo...

—¿Y ese era Lord Ridgefeld, el que estaba contigo? —colocó las pequeñas manos en jarra. Se había convertido en una mujer sin que Sam lo notara y en una mujer observadora, por cierto—. Estoy segura de que Marce disfrutará de la historia que cuenta cómo mi hermana más majestuosa saltaba de la parte trasera de una carreta de mercado como la hija de un vulgar granjero —Payton sonrió triunfante.

—¡No te atreverías! Replicó Sam, mientras caminaba hacia su hermana y cruzaba los brazos—. Le contaré a Marce sobre tus escapadas nocturnas a las casas de juego.

—No puedes probar nada —Payton no se molestó en negar las salidas nocturnas, señaló, simplemente, que no había evidencia de que existieran.

Afortunadamente, Sam había estado guardando pequeñas piezas de evidencia, en caso de que surgiera la necesidad de usarlas.

—Hace algunos días, llegó una nota... algo sobre que debías pagarle a un comerciante cinco libras la próxima semana —los ojos de Payton se abrieron con sorpresa, con la boca abierta. Sam continuó—. Por lo tanto, creo que es una ventaja para las dos, mantener los pequeños secretos entre nosotras, lejos de los demás. ¿No te parece?

Payton solo asintió con la cabeza; se podían ver los rizos color chocolate rebotar por el exagerado y forzado movimiento.

—Muy bien —Sam sonrió—. Ahora, debería correr a mi habitación y refrescarme para la cena. Ese granjero debe haber transportado cien cerdos en ese carro. Huelo peor que una caballeriza en pleno verano —Aunque Sam no olvidaría la amabilidad de Ralph.

Sam avanzó con paso seguro junto a Payton, segura de que su hermana nunca correría el riesgo de que Marce se enterara de sus crecientes deudas de juego. Así como Sam no se deleitaría si su hermana mayor cuestionara sus salidas con Lord Ridgefeld, o peor aún, sus intenciones hacia el hombre.

Con el hombre.

Todos tenían secretos, solo era cuestión de encontrar los medios para mantenerlos ocultos.

Por ahora, Sam debía averiguar cuál sería su próxima salida con Elijah. Había disfrutado mucho en Jackson y Hyde Park. Ni siquiera era una exageración admitir que había disfrutado de su imprudente paseo en faetón por el campo, aunque tenía los pies un poco doloridos de su corta caminata hasta que Ralph los había encontrado y les había ofrecido ayuda.

Eso, para no mencionar los doloridos brazos luego de haber sujetado las riendas mientras los caballos corrían casi desbocados. No había ninguna posibilidad de que admitiera que había estado asustada durante su corta visita a Londres.

—Sabes, querida hermana —gritó Payton, deteniendo a Sam antes de que comenzara a subir las escaleras. No se volvió para mirar a su hermana menor—. Cuando me corteje un hombre, necesitará más que un caballo sucio y un carro. Supongo que no todas las mujeres son tan especiales como yo.

La espalda de Sam se puso rígida, pero se negó a volverse, sin ánimo de discutir con su hermana ni defender a Elijah.

—Entonces creo que es grandioso que Lord Ridgefeld no me esté cortejando —hizo una pausa y dudó si debía decir más—. Y, afortunadamente, para todos los caballeros interesados, eres demasiado joven aún para un

noviazgo, lo que te brindará tiempo suficiente para mejorar tu lloriqueo y tu disposición simplona.

Ante el jadeo de Payton, Sam sonrió para sí misma y comenzó a subir las escaleras.

No importaba cuánto molestara a Payton, Sam estaba segura de que la niña necesitaba tiempo para madurar antes de tener un gusto definido y de que le gustara algún hombre. Una vez que su hermana menor saboreara los placeres que un hombre podía dar, se enamoraría del primer caballero que pudiera llevarla al borde del éxtasis y saltaría sin necesidad de que la empujaran. No es que Sam fuera tan ingenua como para permitir que Elijah la llevara hasta el borde del abismo. Tampoco confiaba lo suficiente como para tirarse por el precipicio con solo él como guía.

—Que tengas una tarde maravillosa, Payton —Sam dobló la esquina en la parte superior de las escaleras y continuó por el pasillo hacia su habitación... y bendijo la privacidad.

Necesitaba soledad para decidir qué salida realizaría a continuación con Lord Ridgefeld. Su presencia había sido ciertamente de gran ayuda; había traído diversión y una sensación de ocio a su rutina normal desde que había comenzado a asistir a las reuniones de la sociedad. Era un despertar constante, vestimenta, comidas, visitas de cumplido, algún entretenimiento por la tarde, más comidas y veladas nocturnas. El ritmo no le dejaba tiempo para disfrutar de los grandes momentos que había experimentado en los últimos meses.

Una vez a salvo en su habitación (vacía ya de todas las pertenencias de Jude), Sam suspiró de alivio.

Del armario, colgaba un precioso vestido de color de rosa, listo para su salida nocturna. No tenía ni idea qué habían planeado para ella esa noche, pero el vestido era ciertamente recatado, un suave color rubor que de repente parecía demasiado inocente para que Sam lo vistiera de manera convincente. ¿La sociedad la vería con el vestido y sospecharía el placer que había experimentado con Elijah?

La sola idea del momento íntimo en el carruaje le produjo una ola de calor en el cuerpo. Se quitó el abrigo de los hombros para protegerse del calor que la invadía mientras se apresuraba hacia la ventana, y la abría de par en par para permitir que entrara la brisa.

Sam examinó el camino de entrada y la calle de abajo, pero Elijah y el carro habían desaparecido de la vista. Sintió como una puntada de remordimiento. Ciertamente, se habían peleado, pero si ella no hubiera

insistido en que trataran de escapar de Lord Proctor, el carruaje de Cartwright no estaría ahora roto fuera de la ciudad y Sam podría haber convencido a Elijah de extender la salida. Había mencionado un picnic en el campo. Algo totalmente carente de interés para ella, pero con Eli... pensó que disfrutaría de la excursión.

Quizás le pidiera eso. O ir a la ópera. Sintió en la mente torbellino de posibilidades. El teatro de la ópera de Covent Garden, su jardín y los senderos oscuros y los palcos privados.

Sin embargo, Marce nunca aceptaría permitirle ir a la ópera o a Covent Garden con Lord Ridgefeld, sin chaperona. Sería altamente indecoroso y de seguro ganaría una atención indebida, lo que solo aumentó el deseo de Sam de hacer exactamente eso.

Además, le debía a Elijah una recompensa por la salida de la tarde.

¿Qué mejor manera de pagarle que pedirle que la acompañara a Covent Garden esa misma noche? De seguro, no rechazaría su pedido, ya que era bastante inocente. Sobre todo, si podía convencer a Jude y a Lord Cartwright para que se fueran con ellos. Su gemela le debía mucho más que una simple noche en la en la ópera por su participación en la huida de Elijah de Hollybrooke.

Sam corrió a su escritorio y redactó una nota rápida, donde solicitaba a Jude y a su esposo que la acompañaran a Convent Garden. Como era la invitada, no tendrían más opción que invitar a Lord Ridgefeld. Pero, con rapidez, Sam añadió que Elijah también era bienvenido, solo en caso de que Simon fuera demasiado obtuso para darse cuenta de que sería grosero no traer a Ridgefeld consigo.

Sam guardó la pluma y espolvoreó la página para asegurarse de que la tinta no se corriera después de doblar la nota. No podía arriesgarse a que su mensaje fuera ilegible cuando Jude lo leyera. Su hermana, su mejor amiga y confidente, ¿sospecharía de las intenciones de Sam ocultas detrás de su invitación?

A decir verdad, a Sam no le preocupaba cómo Jude fuera a interpretar la nota. Estaba decidida a volver a ver a Elijah: cuanto antes, mejor. Había mucho más que quería saber de él antes de desaparecer una vez más en los confines de Liverpool.

###

Eli entró en el museo, incapaz de disimular la sonrisa. Había pensado que el rápido paseo de Piccadilly al museo le daría tiempo para apartar a Sam de su mente, al menos hasta que la tarde de trabajo estuviera completa. Una vez que hubiera regresado a la casa de lord Cartwright y a su habitación, sería libre de permitir que sus pensamientos... y deseos volvieran a ella. Por ahora, tenía que completar una tarea y si no borraba la sonrisa de satisfacción antes de reunirse con Cartwright, el conde seguramente sospecharía que Elijah tenía algo totalmente diferente en su mente, que no tenía nada que ver con la valiosa colección de su familia.

Las exhibiciones estaban llenas de hombres, mujeres y unos cuantos niños de buen comportamiento que iban de aquí para allá, mientras Eli se dirigía a la puerta que conducía a las oficinas y a los talleres ocultos en el interior del gran edificio. Disfrutaría de la oportunidad de traer a Sam aquí para pasear por las vitrinas y desaparecer en el oscuro laberinto de pasillos y explorar, no solo los tesoros escondidos que no se exhiben públicamente sino también entre sí.

—Ridgefeld —Lord Cartwright se interpuso en su camino—. He estado tratando de llamar tu atención desde que entraste al museo.

—Mis disculpas, milord. Está bastante ruidoso aquí.

—Cartwright miró alrededor. El museo estaba como siempre, silencioso como un mausoleo. Sacudió la cabeza como si hubiera pasado por alto algo importante, pero no estaba dispuesto a admitirlo—. No te esperaba esta tarde. Iba en camino a encontrarme con Garrett en White para una comida. ¿Vienes?

Había esperado pasar varias horas sin sentido, clasificando artefactos y tomando notas para las tarjetas de presentación y no sentarse con los dos hombres más cercanos a la mujer a la que apenas podía dejar de pensar.

Maldita sea, tal vez una comida y una bebida lo ayudarían a resolver su inminente dilema. La posibilidad de discutir durante la comida su intención de cortejar a la señorita Samantha de forma adecuada, con la aprobación de su hermano y su cuñado.

—Si tienes otros planes... —Cartwright enarcó las cejas.

—No —insistió Eli—, no tengo ninguno. Me encantaría acompañarlos.

Cartwright lo tomó del hombro y se volvió hacia la puerta principal.

—Maravilloso, mi carruaje está al llegar para llevarnos.

Ante la mención del medio de transporte, Eli recordó el faetón dañado de Cartwright que estaba abandonado en la carretera que salía de Londres. Si tenía previsto abordar el tema del noviazgo, no sería en su mejor interés

mencionar el carruaje roto hasta *después de* que Cartwright y Garrett estuvieran de acuerdo en que cortejara a Sam. Diablos, tal vez, debiera esperar para contarle al conde hasta que todos los papeles de los esponsales hubieran sido firmados.

El viaje en carruaje hasta White fue rápido, Cartwright se perdió en sus propios pensamientos y no se molestó en charlar.

Le dio tiempo a Eli para quitarse la suciedad del carro de Ralph de los pantalones. Le había ofrecido dinero al hombre a cambio de transportarlos hasta Londres, pero el granjero se había negado y había prometido echarle un vistazo al faetón en su camino de regreso para asegurarse de que los vándalos no se le habían echado encima.

Le volvió la sonrisa al pensar en Sam acurrucada en el sucio carro, sin ninguna queja, ya que fueron dando tumbos y sacudidas todo el viaje. No era difícil imaginarla: una mochila pesada en la espalda y vestida con pantalones que le sujetaban los muslos mientras se mantenía a su lado al explorar un desierto o usar los machetes para abrirse camino a través de la jungla sudamericana.

Continuaba sorprendiéndolo con cada hora que pasaban juntos. En Derbyshire, le había parecido como la debutante consentida y bien educada que era, pero incluso entonces, Eli sintió en ella una gran profundidad. Una parte que ocultaba de los demás. Lo más probable era que si él no la hubiera encontrado en el estudio de Cummings, hojeando ese escandaloso libro, nunca hubiera descubierto la criatura encantadora que era.

Sam no confiaba fácilmente, pero tenía buenas razones. Algo que Eli entendía mejor que la mayoría.

Se apresuraba cambiar de tema si sentía que no era de su agrado, otra habilidad en la que Eli era experto.

Sam no tenía ningún reparo en obtener lo que quería, por cualquier medio necesario, ya sea una lección de intimidación o una salida demasiado inadecuada para una doncella inocente. Elijah envidiaba este rasgo en ella. Tendía a alejar a los demás, negarse a sí mismo lo que realmente anhelaba, en un intento de mantener a los otros a raya y se protegía, a su vez, contra el dolor y la pérdida.

Sin embargo, estaba decidido a cambiar. El objetivo que tenía para prolongar su estada en Londres era cortejar a Sam como correspondía. Haría cualquier cosa, todo, para verla feliz; para volver a verle en los ojos aquella luz que había notado por primera vez en Hollybrooke. Que Sam pareciera

disfrutar el tiempo que pasaban juntos también le daba a Eli la esperanza para el futuro: el futuro de *ambos*.

Esperaría con ansiedad su siguiente esquila en la que solicitara su compañía para una salida. ¿O estaba preparada para invitarlo a su casa, Craven House? Tal vez era su turno de tomar la iniciativa y llamarla, ¿hacer un plan propio?

Maldita sea, pero no tenía idea de qué hacían las parejas cuando se cortejaban, especialmente en Londres. En Liverpool, podría invitarla al puerto y llevarla a una de las muchas goletas para ver la puesta de sol. O invitarla a la reunión dominical en su parroquia para una comida con la comunidad local. Incluso una tarde en Tidbell's Inn para tomar el té.

Las conexiones de Eli y el conocimiento de la vida de la ciudad, o la falta de ella, no podían ser más evidentes que en ese momento.

Se concentró en Cartwright en el asiento opuesto, observó al hombre garabatear en un pequeño diario que tenía cerca, el lápiz se movía febrilmente sobre el papel como si sintiera que los pensamientos se evaporarían si disminuía la velocidad.

—¿Qué estás escribiendo? —preguntó Eli.

Cartwright alzó la vista, perplejo, como si hubiera olvidado que no estaba solo en el carruaje.

—Ah, estoy tomando notas de temas para hablar con mi querida hermana, Theodora, cuando viaje a su escuela en Canterbury.

Eli se imaginó a la niña precoz que había conocido en Derbyshire, de no más de trece años, pero destinada a ser una verdadera belleza con un intelecto acorde.

—Espero que su viaje a la escuela haya ido bien. Si mal no recuerdo, partiría hacia Canterbury cuando tú y lady Cartwright empezasen su luna de miel.

Los ojos del hombre se abrieron de par en par.

—Correcto, Lord Ridgefeld. No esperaba que recordaras esa información sin importancia.

—No todos los días un hombre conoce a una joven destinada a la grandeza, Cartwright —Elijah se preguntó si hablaría de Lady Theodora o Sam—. Tengo muchas ganas de hablar un día con su hermana sobre los méritos de los internados de niñas versus los tutores privados.

—Estoy seguro de que Theo disfrutaría de un animado debate sobre el tema —Cartwright asintió con la cabeza y un mechón de cabello rubio le cayó

sobre la cara.

El carruaje se detuvo y la puerta se abrió para revelar el famoso club de caballeros White. Hasta ahora, Eli solo había tenido acceso a historias sobre la grandeza del lugar: el interior oscuro y masculino, la camaradería masculina dentro de sus exclusivas paredes y el relajarse para compartir una velada privada leyendo *The Post* y bebiendo oporto.

—¿Vienes, Ridgefeld? llamó Cartwright desde acera fuera del carruaje.

Eli se apresuró a reunirse con él y ocultar su entusiasmo por estar adentro. Sería indecoroso mostrar su euforia al embarcarse en una tradición milenaria entre los hombres de la sociedad. Su abuelo había traído al padre de Eli aquí hace muchos años. Y si al difunto marqués le hubieran concedido algunos años más, Eli estaba seguro de que también habrían venido juntos.

En cambio, Cartwright estaba a su lado y el hermano de Sam esperaba adentro. ¿Podrían estos dos hombres llenar el vacío que la muerte de su abuelo había dejado dentro de Eli? ¿Se convertirían en sus amigos? ¿Su familia?

—Bueno, Ridgefeld —Cartwright le dio una palmada en la espalda—. Disfrutemos de un poco de paz y tranquilidad antes de regresar a mi casa y descubrir el entretenimiento nocturno que mi querida esposa ha planeado para nosotros.

Eli tragó saliva.

—¿Nosotros?

—Usted es nuestro invitado y Jude me ha informado que es apropiado divertir al invitado mientras dure su estada —Cartwright recitó las palabras lentamente, al igual que la mañana de su boda en la oficina de Cummings cuando le pidió a Eli que partiera. El conde era solo un mensajero y, por lo tanto, no era responsable de las repercusiones que Eli enfrentara con Sam—. ¿Vamos?

La puerta se abrió a medida que se acercaban para permitirles la entrada y se cerró con la misma rapidez para evitar que los ojos indiscretos de los transeúntes invadieran y perturbaran la santidad del club.

¿Dejaría Elijah su tranquila existencia en Liverpool por una vida rodeada de la naturaleza extravagante de la sociedad de la ciudad? La respuesta era simple... si ese fuera el deseo de Samantha, se lo concedería.

Cartwright saludó a lord Garrett Davenport y el hombre se dirigió hacia ellos.

—No has dicho que lo traerías —el hermano de Sam asintió con la cabeza hacia Eli, sin dejar lugar a malentendidos—. Pero supongo que puede

quedarse. Por aquí.

Lo primero que Eli pensó fue que el hombre estaba bromeando. Apenas se conocían el uno al otro; hubo pocas oportunidades para que el hombre se formara una opinión firme en un sentido u otro sobre Eli en tan poco tiempo. Sin embargo, eso no detuvo la punzada de dolor que había sentido.

El trío se movió a una mesa preparada para ellos ante el hogar rugiente, al tiempo que un criado agregaba un tercer lugar.

—Espero que no te importe que haya elegido el urogallo y el salmón silvestre para nuestra comida —Garrett se dejó caer en su asiento, con una bebida en la mano, obviamente indiferente a si alguno de los dos hombres no estaba de acuerdo con la comida seleccionada.

Elijah se volvió para admirar los grandes ventanales en el frente del establecimiento, las paredes de madera de caoba oscura que combinaban a la perfección con los muebles. Incluso el atuendo de los sirvientes estaba resaltado con un azul oscuro, el mismo tono utilizado para la tapicería de las mullidas sillas esparcidas por la habitación en algún arreglo organizativo que eludía la comprensión de Eli.

Detrás de él, Eli oyó a Garrett hablar en voz baja con Cartwright: *El faetón... campo de Londres... reparaciones... maldito inconveniente... nadie herido... solo el carruaje*, eran las únicas palabras que podía distinguir entre la pareja. Sam debía de haberle dado la noticia de su infortunado paseo en faetón a su hermana.

—¿En la carretera que sale de Londres? —gritó Garrett ostentosamente detrás de él, antes de susurrar—, eso está muy lejos de Hyde Park, ¿no crees? ¿Qué hacían allí todo el camino? ¿Pensaste en preguntar eso?

—Claro que lo hice —el chillido de Cartwright decía que no había pensado en cuestionar nada de eso y Eli estaba contento. Sería una conversación que tendría en otro momento—. Pero Garrett, la probabilidad de que un carruaje tenga problemas es bastante alta, especialmente con un faetón de su edad y uso. No creo que justifique una discusión mayor.

Eli continuó inspeccionando la habitación, cualquier cosa para mantenerse alejado de la discusión del faetón dañado. No es que estuviera evitando la conversación, sino que Cartwright era un hombre mucho más agradable y comprensivo sin Garrett cerca.

Unas risas y un grito de indignación lo hicieron girar para mirar una mesa al otro lado de la habitación. Un grupo de hombres se sentaba relajado mientras jugaban una partida de faro estaba en marcha. Se acercó más, tal vez,

era la necesidad de ser parte de la diversión que lo alcanzaba. Un hombre con un abrigo amarillo mostaza sorprendentemente brillante barajaba un mazo de cartas con facilidad y sostenía una conversación fluida con los jugadores reunidos alrededor de la mesa. Si Cartwright y Garrett no lo esperaran para cenar, Eli estaría tentado de tomar asiento en la mesa y poner a prueba su suerte en una mano. Nunca había pensado en sí mismo como un hombre especialmente providencial, especialmente después de la muerte de su abuelo y el desinterés de su madre por reunirse con su único hijo, pero desde que conoció a Samantha, las cosas habían mejorado.

Las cosas, no.

Él había mejorado.

Las opiniones de Elijah sobre la vida y su futuro se habían alterado de una manera misteriosa e inesperada.

Por un breve instante, realmente deseó pertenecer aquí entre los miembros más ricos de la sociedad: el mundo de Sam, no el suyo.

—¡Vamos a tenerlo, Calhoun! —El hombre redondo y calvo que barajaba las cartas gritaba—. Registre la maldita apuesta y permítame intentar otra ronda. Algunos de nosotros tenemos otros entretenimientos esta noche.

—Entonces vaya no moleste —masculló un hombre, obviamente Calhoun, encorvado sobre un gran tomo con una pluma fresca con tinta—. Necesito asegurarme de que la redacción sea correcta, o Applegate probablemente intente escapar de cumplir sus deudas... nuevamente.

Un hombre larguirucho y pecoso se enderezó con indignación.

—Siempre he pagado mis deudas. Tengo un padre enfurecido que lo demuestra.

La mesa estalló en otra ronda de risas.

Elijah se preguntó si se hubiera criado más cerca de Londres sabría por qué Calhoun estaba preocupado por la verborrea de una apuesta escrita o por qué el enfurecido padre de Applegate había obtenido una respuesta tan jovial de parte de los hombres alrededor de la mesa.

Con un gesto de su mano, Calhoun se sentó y sonrió.

—Muy bien. Espero con interés ver que intentes librarte de esta, Applegate.

Antes de que el hombre repartiera las cartas, un sirviente se adelantó para sacar el gran libro de la mesa, obviamente, el famoso libro de apuestas del club White.

El sirviente hizo ademán de llevarse el libro encuadernado en cuero, pero notó el interés de Eli y se detuvo.

—¿Quisiera realizar alguna apuesta, milord?

—Haz que traiga el maldito libro aquí —gritó Garrett, haciendo señas a Eli para que volviera a su mesa y a su acalorada discusión sobre el faetón—. Puedes leer la cosa en tu tiempo libre una vez que tomes un trago.

Garrett obviamente no estaba a favor de que Eli se reuniera con ellos. Un hecho que normalmente le preocuparía, pero por el momento, la temeraria actitud del hombre importaba poco. Siguió al sirviente de regreso a su mesa y tomó uno de los dos asientos libres, con la espalda directamente a las llamas del fuego. Le daba a Eli una amplia oportunidad para inspeccionar la habitación: la multitud crecía a cada momento mientras los hombres inundaban el club en grupos, pares y algunos solos.

Mientras buscaba en el mar de caras desconocidas, el criado vestido de negro y azul dejó el libro de apuestas sobre la mesa frente a él. Elijah pasó su mano lentamente sobre la gastada cubierta de cuero para acariciar el agrietado encuadernado cuando el olor a papel viejo e historia lo inundó. ¿Cuántos hombres habían llenado este club, ingresado su nombre y apuesta en este mismo libro? Esto habría sido un tesoro único para coleccionar.

Elijah cerró los ojos y respiró profundamente mientras Cartwright y Garrett hablaban. Perdió la noción de las palabras cuando abrió el tomo en una apuesta registrada en enero de 1797. Se le escapó una risa cuando leyó lo que estaba en juego, una apuesta bastante mundana, pero el vencedor tenía derecho a poner un anuncio a página completa, en *The Post* con respecto al tamaño minúsculo del miembro viril del perdedor.

¿Había hecho eso Lord Argyll después de haber ganado su apuesta?

Ah, qué bueno sería localizar una copia del periódico a partir de finales de enero de 1797.

—¿Algo gracioso? —preguntó Cartwright.

Elijah recurrió a las apuestas registradas más recientemente.

—Un Sr. Marcus Bosworth apostó que no podían engañar a su padre para que comprara un caballo cojo. Desafortunadamente, el anciano Bosworth fue engañado y, por lo tanto, Lord Argyll fue anunciado vencedor.

—¿Cuánto ganó Argyll? —Garrett tomó un largo trago de su bebida—. ¿Algunos chelines, una libra?

—No —Elijah se rió de nuevo, mientras sacudía la cabeza—. Se ganó el derecho de colocar un anuncio en *The Post*, denunciando el... mmm... la

grandeza de la hombría de Bosworth.

—¿Quién hablaría mal de las partes de un anciano? —La frente de Cartwright se arrugó confundida.

—No son las partes del viejo Bosworth —replicó Elijah—. Si no del Sr. Marcus Bosworth. Me pregunto si el tonto alguna vez se encontró con una novia con la suerte de que no leyera *The Post*.

—Nunca he entendido la lógica al apostar en un resultado indeterminado e impredecible —Cartwright se reclinó en su asiento, su interés en el libro de apuestas se había desvanecido—. No tiene absolutamente ningún sentido.

—Hay mucho de lo que haces que no tiene sentido para mí, Cart —se rió Garrett—. Disfruto de una buena humillación de vez en cuando.

Elijah leía página tras página de apuestas sobre carreras de caballos, expediciones de caza de invierno e, incluso, las apuestas ocasionales sobre quién reclamaría la mano de cierta dama, o más chocante aún, qué caballeros quedarían atrapados en el lazo de matrimonio de una dama.

El trabajo en el museo y la persecución de la señorita Samantha prolongarían su estancia en Londres en el futuro previsible. Elijah volteó a las apuestas registradas más recientemente. Quizás apostara algún dinero en una apuesta abierta. Algo con apuestas moderadas y una alta probabilidad de pago.

Casi se acercaba a la última apuesta que estaba registrada cuando le llamó la atención un nombre familiar, escrito con la letra fuerte y audaz de un hombre.

¿Quién ganará a la señorita Samantha P como amante?

La página estaba dividida en cinco columnas: Lord Gunther, Lord Proctor, Sr. Tobias Shillings, Lord Meyton y...

Lord Ridgefeld?

—¿Qué demonios?... —debajo de cada nombre, los hombres habían estado haciendo apuestas, grandes apuestas, sobre quién se llevaría primero a la mujer a la cama como su amante. Aún más sorprendente, su nombre solo tenía un hombre que había apostado por él: ¿Sr. Harold Jakeston?— Está bien...

Antes de que Eli pudiera cerrar de golpe el libro de apuestas, salir corriendo de la habitación y quemar todas las pruebas de la escandalosa apuesta antes de que cualquiera de sus compañeros la viera, Garrett retiró el libro de su alcance.

El rostro del hermano de Samantha pasó de una sonrisa pausada a una tensa línea de incredulidad que expresaba indignación, sus fosas nasales se

dilataron y empujó su silla hacia atrás para pararse. La mirada fija de Garrett se alzó para encontrarse con la de Elijah.

—Yo nunca —protestó Elijah—. Jamás he considerado...

Garrett plantó sus palmas sobre la mesa y se inclinó hacia Elijah.

—Maldición, sería mejor que no te atraparan con mi hermana en una situación comprometedor de ningún tipo —dijo furioso Garrett—. No soy tan indulgente como para aceptar tu propuesta de matrimonio después de arruinarla. Oh, no, verás la hoja de mi espada o el extremo de mi pistola antes de aceptar algo así.

—Garrett inmediatamente giró y salió por la puerta principal.

—Y el hombre dice que soy el extraño —murmuró Cartwright, al tiempo que retiraba su diario del bolsillo—. Lord Garrett tiene cierta tendencia a la dramatización, no dejes que te convenza de lo contrario. Se parece mucho a sus hermanas en ese sentido. —Cartwright asintió, como si estuviera de acuerdo con sus propias palabras—. No importa, habrá más comida para nosotros.

Elijah arrancó la página del libro de apuestas y se la metió en el bolsillo sin que Cartwright levantara la vista de sus garabatos.

—Milord, usted no puede... —el sirviente que había entregado el libro a su mesa se apresuró a regresar—. Ese libro es una parte de la historia. No debe ser alterado de ninguna manera. Debo exigirle que devuelva lo que ha tomado.

Cartwright miró al hombre que tartamudeaba, con la confusión grabada en el rostro—. Yo traje este diario, mi buen hombre. Ahora, retírese antes de que nuestra comida se enfríe.

Eli se arriesgó a mirar al sirviente, con el rostro enrojecido y nervioso e hizo lo que haría cualquier marqués y asintió con la cabeza al hombre. A regañadientes, el sirviente se inclinó, agarró el libro y cruzó la habitación, con un ojo puesto en Elijah mientras lo hacía.

Nadie volvería a apostar por la señorita Samantha otra vez, o le responderían a él en persona.

Capítulo Veintiocho

Sam esperaba en el vestíbulo a que trajeran su carruaje para llevarla a encontrarse con Jude y Lord Cartwright. La tarde se había deslizado con lentitud mientras esperaba la respuesta de su hermana. Había llegado durante la cena y su ama de llaves se la había entregado inmediatamente a Sam ante la mirada desaprobadora de Marce.

Le costó un poco convencer a su hermana mayor para que accediera a las súplicas de Sam. Era solo una noche en la ópera al aire libre, y una mujer respetable y casada la acompañaría, como correspondía; sí, se había rebajado tanto como para desafiar a Marce a refutar el estado respetable recién adquirido de Jude como condesa y ahora Sam estaba casi libre de los confines de Craven House. Lo más impactante de toda la situación fue que Marce no le había pedido a Sam que se llevara a Payton con ella.

Con un poco de suerte, los nuevos Lord y Lady Cartwright, tan enamorados, estarían demasiado pendientes el uno del otro para darse cuenta que ella y Elijah se escabullían.

Para apaciguar a su hermana aún más, Sam se había puesto el recatado vestido de noche rosado con cuello alto, hombros cubiertos y guantes blancos. La redecilla con cuentas de marfil y el abanico a juego lucían espléndidos con su vestido y no le quitaban protagonismo a los pendientes de perla. Se había recogido el cabello en la parte posterior de la cabeza y había dejado que los mechones colgaran libremente sobre un hombro.

No tuvo necesidad de mirarse en el espejo otra vez. Elijah, y cualquier hombre con buena vista, notaría lo impactante que se veía. Llena de gracia, equilibrada; una dama, cada centímetro.

Si solo su carruaje se apresurara.

Estaba lista para ser cualquier cosa menos una dama.

Jude la esperaba en breve y no querían llegar tarde y enfrentar la abrumadora multitud de personas que se apresuraba a sentarse antes de que se abriera el telón.

La puerta de entrada se abrió y entró Garret tambaleándose, y chocó contra el marco de la puerta.

Tenía el rostro rojo como el fuego, la camisa desabrochada y el cabello despeinado.

—¡Cielos! —gritó Sam, con la mano apoyada contra el pecho para calmar los erráticos latidos del corazón—. ¿Qué pasa contigo?

—¿Conmigo? —la risa cínica llenó la habitación mientras colocaba la mano sobre su propio pecho, imitando la pose de su hermana—. No importa. ¿A dónde vas? —miró de pies a cabeza su elegante atuendo y su limpio cabello.

Sam respiró hondo mientras se negaba a apartar la vista de la mirada intensa de su hermano.

—Jude me invitó a ir con ella y Lord Cartwright a la ópera. —una forma bastante ajustada de la verdad—. Marce me dio permiso para ir. Está en su oficina si quieres comprobarlo por ti mismo.

Garrett entrecerró los ojos, resopló y echó a andar por el pasillo hacia la oficina de su hermana, con el hedor a licor como estela.

Arrugó la nariz ante el horrible olor. Era muy impropio de su hermano beber demasiado... y luego atreverse a mostrar la cara en Craven House. Marce no era tonta. Lo único que despreciaba más que el escándalo era un hombre que bebía en exceso.

Más extraño aún, su hermano nunca se había interesado mucho por las idas y venidas de sus hermanas. Había muy pocos motivos ahora para que notara más que al pasar cómo se entretenía Sam por la noche. Si bien era el único hombre de la familia, era común que Garrett dejara la crianza de sus hermanas menores a Marce.

El cabello en la parte posterior de su cuello se erizó a pesar del calor del vestíbulo. Cualquier cosa fuera del carácter de Garrett inquietaba a Sam.

Afuera sonó el tintineo de los aparejos de los caballos.

Su doncella había insistido en que tomara su chal y su manguito, así como su chaqueta. La ópera al aire libre era un poco fría hasta bien entrada la noche y Sam pensó que era inteligente escucharla. Especialmente porque planeaba escabullirse de las áreas iluminadas por unos momentos a solas con Elijah.

Sam se apresuró a salir y el señor Curtis la ayudó a entrar en el carruaje antes de partir. Estaba a poca distancia de la casa de lord Cartwright. Sin que nadie invadiera sus reflexiones, Sam permitió que sus pensamientos corrieran libres. Inmediatamente se enfocaron en Lord Ridgefeld. El corte de sus anchos hombros. La forma en que sus ojos coincidían con la sombra de su cabello casi a la perfección: oscuros con toques de oro. La forma en que un solo hoyuelo se formaba en su mejilla cuando sonreía. Sus manos fuertes.

Esas mismas manos que habían sostenido el travieso libro en Hollybrooke. Le brillaban los ojos con sorpresa pero rápidamente ese brillo se convirtió en una profunda mirada llena de lujuria. En su alterada memoria, ningún sirviente los había interrumpido. Habían permanecido envueltos en los brazos del otro mientras sus labios y manos exploraban el contenido de sus corazones. Exploraron tanto como pudieron estando completamente vestidos, Eli la tomó en sus brazos y la llevó al diván, colocándola suavemente y su cabello se arremolinó como un halo, todas las hebillas parecían haber desaparecido repentinamente y olvidadas.

El cuerpo de Elijah no la siguió al diván. No, él tenía otros planes para ella.

Su cuerpo se estremeció ante la idea.

En lugar de reunirse con ella, se arrodilló y usó sus manos para levantarle las faldas y revelar sus zapatos. Esas mismas manos las quitaron suavemente, los dedos se arrastraron a lo largo de la parte inferior de sus pies cubiertos antes de viajar hasta su tobillo y aún más allá.

La cabeza de Sam cayó hacia atrás y gimió, tal como lo hizo en su propia imaginación esa noche.

Los dedos le acariciaron la pantorrilla hasta justo arriba de la rodilla. Con un rápido tirón, el nudo se deshizo y Eli bajó la media. Le sonrió maravillado antes de presionar los labios en la pierna y seguir el camino que las manos habían tomado para quitarle la otra media.

¿Por qué anhelaba que sus manos se movieran más arriba, entre sus piernas, no hacia abajo?

Ella tragó saliva y alteró su propio recuerdo. Ahora la mano seguía el camino que ella imaginaba. Más y más alto hasta que rozó su punto más sensible. El calor la inundó, sintió fuego en su centro, mientras se movía para permitirle a Elijah un acceso más fácil para correr sus calzones hacia un lado y...

—¿Samantha? —Jude se aclaró la garganta—. ¿Duermes?

Los ojos de Sam se abrieron de golpe e intentó enfocarse, pero todo lo que vio fue el techo del carruaje cerrado; aún tenía la cabeza aún echada hacia atrás y estaba a punto de emitir otro gemido.

¿Cómo había viajado todo el camino hasta la casa de Cartwright en un abrir y cerrar de ojos. Seguro que eso no era posible. Tal vez estaba dormida, y Jude estaba invadiendo su sueño. Sam echó un vistazo a la puerta abierta del

carruaje, vio a su hermana asomada, la cabeza inclinada hacia un lado y los labios fruncidos.

No, no tenía esa suerte; realmente había llegado.

No importaba cuánto deseara regresar a sus reflexiones de momentos antes, era imposible.

—¿Estás enferma? —preguntó Jude—. Podemos hacer que te lleven a casa si lo deseas.

Sam se sentó derecha y buscó a tientas el manguito y el bolso, aún tenía el chal cruzado sobre los hombros.

—¡Cielos, no! —Sam se movió para apearse y Jude dio un paso atrás para darle espacio—. Estoy bastante bien, te lo aseguro y con ganas de pasar una noche en Covent Garden.

—Muy bien —Jude evaluó a su hermana, de la cabeza a los pies. A menudo se preguntaba si cuando su gemela la miraba, se sentía como si estuviera mirándose en el espejo—. Mi carruaje espera.

Sam siguió a Jude hasta el carruaje de Cartwright, mientras miraba por encima del hombro para ver a Simon de pie junto al vehículo. Pero Elijah no estaba a la vista. ¿Era posible que rechazara la invitación? O más lo más probable, Simon no lo hubiera invitado en absoluto.

Una noche entera atrapada con Jude y su nuevo y cariñoso marido sería más de lo que podría soportar. Decir que estaba enferma no parecía una idea tan mala.

Era obvio que Elijah estaba harto de ella y de sus travesuras.

¿Sabría Simon que era culpa de Sam que su faetón yaciera abandonado en la carretera que salía de Londres?

La sonrisa de bienvenida cuando ella y Jude se reunieron con él, le dijo que no. Esto fue un alivio, pero ¿culpó a Elijah? ¿Simon y Elijah habían discutido sobre el carruaje dañado? ¿Le habían pedido a Eli que abandonara la casa de Cartwright? Sabiendo que necesitaba asumir la responsabilidad por su parte en el incidente, sintió como si tuviera una piedra en la boca del estómago.

Sin embargo, Simon no se vería tan... feliz, si él y Elijah hubieran tenido una discusión sobre el faetón.

—¿Nos vamos? —preguntó Simon, al tiempo que tendía la mano hacia su esposa—. —Creo que tengo muchas ganas de ver la obra.

Jude golpeó le golpeó el brazo, riendo.

—No estás para nada ansioso o entusiasmado por ir al Covent Garden. Tú y Ridgefeld habrían disfrutado mucho más pasar toda la noche atrincherados jugando a los naipes en el White, o clasificando artefactos antiguos y polvorientos en el museo —agitó el dedo índice delante de la cara de Cart—. La primera regla del matrimonio es no mentirle a tu esposa.

Jude dejó caer un beso rápido en la mejilla de Simon y lo tomó del brazo.

Sam tuvo que recordarse a sí misma que estaba feliz de que su hermana hubiera encontrado una pareja amorosa, un hombre que se adaptaba perfectamente a ella en todos los sentidos... incluso si sus demostraciones de afecto dejaban a Sam pensando en su propia falta de conexión con los demás.

Un movimiento llamó la atención de Sam mientras rodeaban el carruaje.

Apartó los ojos de su hermana y notó a través de la puerta abierta una figura ya sentada en el medio de transporte.

Cualquier mal pensamiento que ella tuviera se evaporó.

Elijah.

Sonrió tentativamente. Había algo diferente sobre en la postura de sus hombros.

—Buenas noches, Lord Ridgefeld —Sam le dedicó una sonrisa para nada tímida—. No sabía que vendría con nosotros.

El ceño fruncido de Eli le dijo que no había creído en sus palabras ni por un segundo.

—Sí, bueno —interrumpió Simon—. Mi querida esposa dice que es apropiado y esperado, invitar a nuestro huésped a venir con nosotros. También dice que sería grosero por parte de Ridgefeld rechazar la invitación —hizo una pausa y miró a Jude para obtener su aprobación. El ceño fruncido de la muchacha le indicó que no tenía que repetir esas palabras—. De todos modos, aquí estamos todos. Dos de nosotros desean estar en otro lugar...

Sam alzó una ceja a Elijah; su pregunta era clara: ¿deseaba estar en otro lado?

Cuando solo se encogió de hombros, Sam aceptó la ayuda del lacayo para subir al carruaje y se sentó al lado de Elijah.

—Estoy segura de que mi querida hermana y yo podemos encontrar un par de caballeros que estarían más que dispuestos a acompañar a dos bellas damas a la ópera —bromeó Jude, haciendo un mohpin.

—No hay posibilidad de que mi esposa busque a otro hombre para salir por la noche.

La pareja entró al carruaje y no tuvo más que sentarse para que se cerrara la puerta.

Sam se acomodó en el asiento. Había deslizado el muslo para descansar contra el de Eli. El interior del carruaje en penumbras (y el volumen de sus faldas) ocultaban el sutil movimiento de la vista de los demás, pero la mirada de soslayo de Elijah le indicó que estaba al tanto de cada uno de sus movimientos, aunque no se apartó.

Interesante.

—Tengo entendido que la representación de esta noche será una tragedia.

—¿La fierecilla domada? —preguntó Simon.

—Esa es una comedia, mi querido esposo.

—Cualquier mujer hermosa transformada en fiera es ciertamente una tragedia —replicó Simon—. ¿Entonces es esa en la que el rey pierde la cabeza?

—No, inténtalo otra vez.

Simon se dio un golpecito en la barbilla, pensativo y Sam prácticamente pudo verlo pensar en todas las obras de Shakespeare.

—Es Romeo y Julieta —dijo Sam antes de que Simon se pusiera más nervioso—. Una gran historia de amor con un final nefasto.

Simon resopló con irritación.

—He leído el trabajo, estudié los antiguos textos de Shakespeare. De todas sus obras, creo que es su historia más inverosímil.

—¿Cómo? —preguntó Eli, rompiendo su silencio.

—Ningún hombre o mujer tan profundamente enamorado iría a tal extremo para demostrar su afecto. Es absurdo—. Simon asintió, como si su enunciado fuera un hecho y no tuviera sentido refutar su validez.

Solo el pensamiento hizo que Sam negara con la cabeza. Había estado pasando tanto tiempo con Simon que había empezado a pensar como él: validez. Apenas si sabía el significado de la palabra, pero podía usarla en una oración correcta, aunque solo fuera en sus pensamientos.

—La idea no es ridícula —respondió Jude y se volvió para enfrentar a Simon—. Conozco a cierta mujer que estaba lista y dispuesta a entregarse al magistrado para demostrar su amor. Preparada para pasar una cantidad indeterminable de tiempo encerrada en La Torre. Y lo habría hecho sin pensarlo dos veces, solo para mostrar su amor por otro.

Jude hablaba claramente de sí misma y de su pasado con Simon, aunque Elijah probablemente no conocía la historia. Tendría que contársela en otro

momento, pero esta noche era para ellos... y para Sam, que intentaba descubrir lo que sucedería en su sueño después de que la mano avanzara cada vez más arriba de su pierna. Su cuerpo parecía entender lo que venía después, pero Sam anhelaba el conocimiento físico a su propia imaginación.

—Tienes razón, Judith, como parece ser la costumbre.

—¿Puedo poner eso por escrito para que Sam y Lord Ridgefeld firmen como testigos?

—Ni lo pienses —murmuró Simon con una sonrisa—, deja de asustar a Lord Ridgefeld. Debe de pensar que ustedes dos son dominantes y exigentes. El hombre nunca fijará su atención en un grillete si ustedes dos son un ejemplo de las mujeres que se encuentran en sociedad.

Elijah se puso tenso a su lado.

—Ciertamente no tengo aversión al matrimonio, milord.

Sam arriesgó una mirada en dirección a Jude y notó la sonrisa de complicidad de su hermana. Si bien Sam no sentía aversión por el matrimonio, tampoco planeaba asumir el papel de esposa rápidamente.

—Llámame Simon, o Cart, y todos los hombres en su sano juicio deberían tener una saludable aversión al matrimonio, o nunca sobrevivirán a la prueba.

Jude se enderezó en su asiento y se cruzó de brazos.

—¡Será mejor que bromees, milord, o no sobrevivirás a la noche!

—Como dije, Ridgefeld, el matrimonio es una locura total —continuó Simon—. Afortunadamente, también soy un firme creyente de que un hombre debe estar un poco loco para tener algo de cordura.

—¡Ay, tú! —Jude descruzó sus brazos y deslizó la mano en la de Simon—. Sabía que me amabas.

—Contra mi mejor juicio, y el consejo de la viuda del conde de Cartwright, te adoro —le apretó la mano. Muchos pensarían que bromeaba, pero Simon rara vez bromeaba. De hecho, Sam estaba segura de que, a menos que hubiera una fórmula numérica escrita para crear una broma, su cuñado era incapaz de hacerlo—. Ahora, no monopolicemos la conversación. En los últimos dos días, Ridgefeld y yo hemos hecho un progreso sorprendente con la colección de su abuelo.

Con no monopolizar la conversación, Cart claramente había querido decir que trataría de reenfocar la discusión en otro tema que le interesaba: cualquier cosa relacionada con antigüedades o coleccionar objetos antiguos.

—Creo que nos tomará otros dos días, como máximo, ordenar todo y confirmar todos los detalles de cada pieza —Elijah se iluminó como Simon

con el cambio de conversación.

¿Estaría feliz de haber terminado con el trabajo en el museo? ¿Cuáles serían sus planes después?

|Sam no esperaba que se quedara en Londres antes de regresar a casa... ni siquiera por ella.

Aunque ella no tenía nada con él ni él con ella.

Era una distracción y, una vez que se fuera de Londres, Sam necesitaría encontrar otro medio para mantener a raya a los gustos de Lord Gunther y de Lord Proctor. Los hombres buscaban una escandalosa relación, para consternación de Sam. No sería la amante de ningún hombre, sin importar las promesas que hicieran.

—He trabajado con mis sirvientes durante más de un mes preparando todo, pero me temo que las colecciones se hayan multiplicado en mi viaje a Londres —ambos hombres se rieron del ingenioso comentario de Elijah; Simon, una risa clara y sincera, mientras que la risa del compañero de asiento de Sam se describiría mejor como reservada—. Hay muchos recuerdos escondidos dentro de simples objetos. Una aventura en Grecia, una experiencia cercana a la muerte frente a las costas de una isla tropical cuando nuestro barco hizo agua, o la vez que mi abuelo estaba decidido a escalar un acantilado vertical de vértigo en el Congo.

—Debes de haber vivido una infancia emocionante, milord —suspiró Jude—. Mi hermana y yo fuimos confinadas principalmente a Londres y no fue solo hasta el año pasado que nos aventuramos más de una hora de paseo en contadas ocasiones.

—Tengo que admitir que ambas parecen inteligentes y de mundo. Nunca hubiera sospechado que ninguna de ustedes no hubiera salido de Inglaterra.

—Aunque te sorprendería saber dónde hemos viajado *dentro* de Inglaterra —fue el turno de Sam y Jude de reír, mientras los hombres parecían inseguros de lo que Sam había dicho. Jude había confesado que había hablado con Simon sobre su pasado juntas: cuando se habían dedicado a robar dentro y fuera de las mejores casas de Londres sin que nadie lo supiera, hasta que Lord Cartwright descubrió sus escapadas nocturnas y exigió a Jude que abandonara sus actividades escandalosas... y devolviera los artículos que ella y Sam habían trabajado tan duro para robar—. Somos mundanas a nuestra manera.

—Aunque hubieras estado en una celda toda tu vida; aun así, habría pensado que eres cautivante —dijo Simón efusivamente.

—Vas demasiado lejos, mi señor —Sam volvió una mirada aguda hacia su cuñado—. De haber estado en ese lugar, tendría la piel pastosa, el cabello lacio y sin brillo, y sería tan salvaje como un gato montés.

El espíritu festivo invadió el interior del carruaje y Simon miró por el cristal de la ventana.

—Hemos llegado. Lord Haversham tuvo la amabilidad de prestarnos su palco privado para que no tengamos necesidad de mezclarnos con la masa del público en general.

Sam solo sonrió, sabiendo que planeaba hacer todo lo posible por mantenerse a sí misma y a Elijah, fuera del palco y en las sombras, lejos de los senderos iluminados.

###

El trío interactuaba como si se conocieran desde mucho tiempo antes que esta temporada londinense. Definitivamente, Elijah era el extraño en el grupo; sin embargo, disfrutaba el ir y venir entre Sam y su hermana, así como de la opinión de Lord Cartwright. El conde nunca tuvo la intención de incitar a la risa con sus comentarios. No obstante, el hombre poseía un talento desconocido para hacer bromas. Y, a medida que atravesaban la multitud dentro del teatro al aire libre, su fácil conversación continuó.

A pesar del papel arrugado en el bolsillo de su pantalón, Eli descubrió que disfrutaba inmensamente de su compañía y se hinchó de orgullo al tener a la señorita Samantha del brazo mientras recogían bebidas y corrían al palco antes de que comenzara la obra.

Se debatió acerca de ir a ver a los otros hombres que figuran en la hoja de apuestas, pero se había quedado perplejo en cuanto a qué decirles. Proferir amenazas o instigar un duelo no sería más adecuado en esta situación que exigir a Sam que se mantuviera alejada del grupo de hombres lujuriosos empeñados en arruinarla ante toda la sociedad.

Sintió que le hervía la sangre al pensar en los nefastos planes del grupo. Apostar a la inocencia de Sam como lo harían en una carrera de caballos... inconcebible, despreciable e incivilizado.

—Lord Ridgefeld —preguntó Sam, mientras daba un tirón al brazo—. ¿Está todo bien?

—Muy bien —intentó una sonrisa débil, pero sentía la tensión de contener la ira—. Sin embargo, creo que disfrutaría de un poco de aire fresco antes de

continuar a nuestro palco. No estoy acostumbrado a las multitudes y me siento un poco abrumado.

Ella lo miró con suspicacia, ya que sabía que había algo más que una sensación de claustrofobia que lo que lo molestaba—. Voy contigo.

—No es necesario.

—Claro que sí —dijo Cart—. Samantha conoce la ubicación del palco de Haversham; de lo contrario, podrías estar deambulando por el teatro mucho después de que comience la función. Si voy a sentarme a ver todo el tiempo toda la maldita cosa, tú también

—Es la única y noble opción, milord —respondió Eli—. La señorita Samantha y yo regresaremos antes de que comience la obra.

—Ojo con lo que lo haces —fue la gemela de Sam quien hizo la advertencia, con la mirada fija en su hermana.

Si Eli no hubiera sabido que a las mujeres se les prohibía entrar en White, habría creído que Lady Cartwright estaba al tanto de la hoja que había arrancado del libro de apuestas. Tal vez debería hablar con la condesa y averiguar el mejor camino para mantener a Sam fuera de peligro. La oferta de matrimonio de Eli sería sin duda la forma más directa de evitar que la reputación de Sam se viera empañada por la pequeña apuesta de los hombres.

¿Pero Lady Cartwright le ofrecería ayuda o rechazaría sus honorables intenciones con Sam?

—Por aquí, Lord Ridgefeld —Sam lo condujo lejos de la multitud hacia varios senderos iluminados y bordeados por arbustos y setos a cada lado—. Los senderos están notablemente despejados a esta hora de la tarde.

El murmullo de la conversación y las risas de la multitud de la ópera se desvanecieron medida que avanzaban hacia los senderos que parecían alejarse serpentear alrededor del teatro al aire libre. Eli la guió por un sendero angosto aunque lo suficientemente ancho como para que pudieran caminar uno al lado del otro, para cada tanto agacharse debido a alguna rama rebelde.

Continuaron hasta un rincón privado donde había un banco.

—Tu vestido es deslumbrante esta noche. Y tu cabello, no lo he visto peinado de esa manera antes. Las palabras salieron de su boca, una tras otra. Eli era un poco mejor que un colegial enamorado con su primera novia. Con sorpresa, se dio cuenta de que Sam era, de hecho, la primera mujer por la que había sentido algo más que amistad. El cariño y el afecto crecían rápidamente. Casi más rápido de lo que le resultaba cómodo—. Creo que los tonos suaves te favorecen.

Ahora sonaba como un verdadero dandi inglés; el tipo que revoloteaba como una mariposa con un atuendo de color a juego.

Mantuvo su mirada fija en el suelo delante de ella mientras deambulaban.

—Siempre he preferido las telas brillantes y audaces en lugar de los tonos apagados, pero creo que tienes razón, Elijah.

¿Alguna vez habría una palabra hablada tan dulce como su nombre en sus labios?

Un dandi y un poeta. Muy apropiado que vieran una obra de Shakespeare.

—Mi señor —se detuvo lo que podría hacer que Eli se detuviera junto a ella o la dejara atrás, y él no tenía intención de dejarla. ¿Por qué el pensamiento sonaba verdadero y no solo en este momento?— Te debo una recompensa —respiró suavemente.

¿Recompensa? Su compañía era recompensa suficiente para mantenerlo satisfecho durante muchos días por venir.

Eli guardó silencio mientras se acercaba a él y presionaba su cuerpo contra el suyo. Temía moverse, o incluso respirar, ya que seguramente cortaría la conexión entre ellos y apagaría el fuego que residía en su mirada intensa y que se disparaba a través de todo su cuerpo.

—No me debes nada —¿Cómo explicarle que era él quien le debía? Además del difunto marqués, Eli nunca se había sentido cerca de otra persona, nunca había confiado en otro para que no le hiciera daño al irse. Pero Sam... todo sobre ella era diferente. Había ofrecido todo su ser en cada salida que compartieron, malditas fueran las consecuencias. Era superficial, pero dentro, sentía un alma más oscura y profunda que había experimentado su propio dolor, aunque nunca permitió que eso ensombreciera su presente—. Tengo una confesión, Sam.

Su forma, un momento antes de fundirse contra él, que se había curvado para ajustarse a los contornos de su gran cuerpo, ahora se puso tensa. Eli la abrazó para mantenerla cerca. Nunca encontraría el coraje para decir lo que debía decir si ella no estuviera en sus brazos.

—¿Elijah? —la pregunta apenas había salido de sus labios cuando se puso de puntillas y presionó sus labios contra los suyos.

El beso fue exigente de forma instantánea, extraído de Eli y se entregó a ella mientras sus manos rodeaban su cuello y corrían por su cabello.

Necesidad. Era la única forma en que podía describirlo.

Ella lo necesitaba.

Él la necesitaba.

La única pregunta era: ¿buscaban lo mismo del otro?

No importaba Eli le daría lo que ella exigiera.

Atención. Completa adoración. Amor. Posesiones. Vestidos. Joyas costosas. Su casa.

Cualquier cosa que ella deseara, estaba dispuesto a dárselo si estaba en su poder.

Lo único que estaba más allá de su poder era alejarse. Dejarla. No podría, no lo haría.

Sonó una trompeta, lo que indicaba que la obra debía de comenzar en instantes.

A regañadientes, Eli retrocedió cuando cada fibra de su instinto le decía que se mantuviera firme y que nunca la soltara.

Ella lo miró, con los ojos entornados por la lujuria... ¿y se atrevía a esperar algo mucho más profundo?

Su sonrisa tímida y habitual regresó.

—Creo que ahora estamos iguales una vez más, milord.

No estaban ni siquiera cerca. Sin embargo, su confesión necesitaría esperar otro momento mientras ponía su mano sobre su brazo y volvían de nuevo hacia Lord y Lady Cartwright, que esperaban en el palco privado de Haversham.

Capítulo Veintinueve

Eli miró hacia la casa a oscuras que se alzaba frente a él, y ajustó su chaqueta de montar para protegerse del frío. No había luz en ninguna ventana y ninguna actividad externa lo llevó a creer que había alguien en casa. Se estaba haciendo tarde. Su caballo prestado pisó con fuerza sus cascos en el camino empedrado y sacudió la cabeza, mostrándose disgustado por estar afuera en el frío cuando podía estar abrigado en los establos de Cartwright.

Había pasado todo un día desde que Eli había visto u oído de Sam. Había pasado más de veinticuatro horas comiendo, durmiendo o trabajando en el museo, aunque todos sus pensamientos habían girado en torno a ella. Sus perfectos labios de capullo de rosa, sus candentes rizos de color de fuego, su mirada inquietante, que siempre parecía encontrar las pequeñas cosas que Eli deseaba ocultar, pero que luego se transformaba perfectamente en la tímida diablilla.

Eli finalmente había renunciado a su día de trabajo cuando había etiquetado erróneamente un sable de Oriente como una guadaña de los campos de trigo inglesa, utilizada después del Gran Incendio de Londres. Fue un error que ningún verdadero coleccionista habría cometido; afortunadamente, Lord Cartwright no había descubierto el error antes de que Elijah lo hiciera. Había decidido entonces que era hora de regresar a la casa de Cartwright; una comida, un baño caliente y un buen descanso eran justo lo que anhelaba su cuerpo y su mente.

Además de tener a Sam en sus brazos.

Sacó la esquila de su bolsillo, una sola línea en papel prístino color crema.

El mayordomo de los Cartwright le había entregado la nota, dirigida a él, cuando había regresado del museo.

14 Saint George Street, Hanover Square – a las 10 - En punto.

Tal vez el remitente quería decir las diez de la mañana, no esa noche; sin embargo, la escritura elegante de Sam era inconfundible, y Eli no se arriesgaría a perderse otra salida con ella, incluso si se llevara a cabo en una parte desconocida de Londres, en una casa desconocida, sin ninguna explicación de por qué. Eli vio un poste donde el camino desaparecía detrás

de la casa. Aseguró las riendas a un poste, buscó en cada ventana alguna señal de que hubiera alguien adentro.

El sonido de las ruedas de un carruaje y unos cascos sonaron a corta distancia y atrajeron a Eli hacia la calle, flanqueada a cada lado por casas mantenidas cuidadosamente. Se refugió junto a un arbusto alto y se mantuvo oculto a la vista cuando el carruaje se acercaba desde la misma dirección de la que él había venido. Para su sorpresa, el carruaje redujo la marcha a paso de hombre antes de girar en el camino de entrada a la calle Saint George y detenerse a pocos pasos de donde estaba, en las sombras.

Estaba intrigado, no había dudas al respecto. ¿Qué había planeado Sam exactamente para la noche?

Sam se apeó del carruaje como si leyera sus pensamientos. Su reluciente vestido dorado se hizo visible solo por un momento antes de que se cubriera con su larga capa. Eli notó que su cabello estaba cubierto por una gorra, enmascarando su color vibrante, pero aun así, sabía que era ella: por la curva agraciada del cuello, la postura segura de los hombros y la inclinación de la barbilla. Que también reconociera al cochero y conductor de la noche anterior solo confirmaba que era ella.

El carruaje se alejó y la dejó de pie afuera de la residencia; aferraba su bolso con una mano mientras algo más colgaba de la otra.

—Señorita Samantha —llamó, al tiempo que salía de entre las sombras.

—Shhhh, milord —siseó y se encontró con él a mitad de camino—. Toma esto. Átalo con fuerza.

Sam le mostró una máscara de dominó negra, como su propio disfraz pero en oro y delineado en plata.

Eli tomó la máscara y la dio vuelta en sus manos.

—¿Qué es esto?

—Apúrate y ponte la máscara, milord, antes de que alguien nos vea —no dudó en ponerse el antifaz dorado en el rostro con un simple lazo en la parte posterior de la cabeza, mientras su bolso colgaba de su muñeca.

Las fuertes campanas de St. George sonaron en de la noche fresca y dieron las diez en punto.

—Vamos, está por comenzar y no podemos llegar tarde —los ojos le brillaban de emoción en la oscuridad y cualquier duda persistente de su parte desapareció cuando rápidamente se aseguró su propio disfraz.

Su abuelo se había equivocado. No se necesitaba recorrer los siete mares en busca de aventuras. En Londres había, en gran abundancia si uno contaba

con la guía correcta.

Tomó su mano en el momento en que terminaba y lo arrastró hacia la casa a oscuras.

—Parece que no hay nadie en la residencia.

—Ay, milord, me referiré a ti solo como tal esta noche; lo que está más allá de la puerta principal de esta casa de seguro te sorprenderá —dijo sin aliento cuando llegaron a la entrada.

—¿Cómo debería llamarte?

—Como quieras, milord —el tono burlón se suavizó como transformándose en otra cosa, como si el apodo cariñoso que eligiera significara mucho para ella—. Pero debes decidir rápidamente antes de que se abra la puerta.

Sam llamó ruidosamente a la puerta y sonaron unos pasos adentro.

—No tardes... —levantó una ceja, desafiándolo a responder.

—Mi bella doncella —respondió sin pensarlo más—. cuando frunció la nariz, lo intentó de nuevo—. ¿Mi perfecta rosa inglesa? —pensaba que el juego de palabras entre una rosa roja y su cabello de color rojo era perfecto, pero la expresión en el rostro de Sam, decía que el nombre no le satisfacía en absoluto—. ¿Mi encantadora marquesa?

Los ojos se entrecerraron detrás de la máscara antes de reírse profundamente.

—Espléndido. Nadie sospechará quién soy realmente.

Se sintió verdaderamente inquieto cuando la puerta se abrió para revelar a un criado, elegantemente vestido de verde y negro que lucía su propia máscara.

—Bienvenidos —dijo a modo de saludo—. Mi amo está contento de que estén aquí. Quítense los abrigos y vayan por aquí, el juego está por comenzar.

Sam hizo lo que se le indicó y comenzó a buscar al hombre, pero Eli la detuvo y le susurró:

—¿A dónde me has traído? ¿Y de qué *juego* habla?

—Santo cielos, milord, ¿no puedes ver que es una diversión? No sé quién vive aquí. Tampoco ninguno de los otros invitados. Oí por casualidad que Payton —bajó la voz a un siseo cuando pronunció el nombre de su hermana— hablaba de la emoción de una noche como esta y simplemente tenía que saber más, ver más, experimentar más. Y entonces, ¡aquí estamos!

El criado abrió un par de puertas dobles y se hizo a un lado para que Sam y Elijah ingresaran a la habitación.

—Disfruten la noche. Diríjense a cualquier sirviente si necesitan algo. No podrán distinguir a mi amo de ningún otro jugador.

—¿Estás listo, milord? —preguntó con un guiño y él supo que su máscara ocultaba una sonrisa.

Elijah no estaba de ninguna manera listo cuando posó la mirada en la habitación frente a ellos. Al menos cinco mesas estaban distribuidas por el gran espacio, cada una llena de hombres enmascarados y varias mujeres vestidas como si estuvieran asistiendo a una gran fiesta: un baile de máscaras. Dos sirvientes servían en cada mesa; uno repartía bebidas de una bandeja de plata en alto y otro sentado entre los invitados.

—¿Un juego de naipes? —preguntó.

—Pero no cualquier juego de naipes; un juego de naipes de alto riesgo donde hay más en juego que el dinero —Sam se alejó un poco de él y el balanceo de sus caderas al entrar en la sala captó su atención—. Vamos, mi señor —señaló por encima del hombro como la sirena que era.

Fue entonces cuando notó que su vestido tenía un profundísimo escote en la espalda, casi hasta su redondeado trasero. ¿De dónde había sacado un vestido tan atrevido? Ciertamente, su familia no podía saber de su existencia, o la salida nocturna de Sam con la atractiva creación dorada. Se acercó a su lado, preguntándose si su escote sería tan atrevido.

Elijah no tenía necesidad de ver por sí mismo. Todos los ojos en la habitación se volvieron para verlos entrar y él no era tan tonto como para pensar que alguien lo había notado a su lado.

La había llamado encantadora.

No podía haber imaginado qué tan exacto era eso. Lo único que lamentaba era que, hasta el momento, no había pedido su mano para que fuera su marquesa.

De las miradas lascivas escondidas detrás de las máscaras de muchos hombres... y las miradas envidiosas de la docena de mujeres presentes, él no debería esperar mucho para preguntar.

Capítulo Treinta

Sam trató de calmar sus nervios y mantenerlos a raya mientras avanzaba por la habitación, con movimientos acompasados de cadera. No es que buscara atención; no obstante, esperaba que su sensual atractivo hiciera que los jugadores bajaran sus defensas y que aflojaran sus bolsillos lo suficiente como para darle a Sam unas buenas manos. Su bolso colgaba de la muñeca, lleno de su asignación mensual y algo extra que había sacado de la caja de emergencias en la oficina de Marce.

Todos en la sala sentían la presencia de Elijah a su lado, un paso detrás de ella.

Su protector.

¿Por qué esa palabra la llenaba de un sentido de justicia?

Nunca había necesitado que nadie la cuidarla, viera por ella o se sintiera responsable de su bienestar.

—Mi encantadora marquesa —la voz le acarició el cuello—. Me temo que el juego no comenzará en absoluto esta noche si distraes a tantos con tu presencia.

Era cierto. Incluso los sirvientes habían dejado de poner bebidas delante de los invitados o barajar cartas y distribuir fichas.

Sam encontró una mesa con dos lugares vacíos y comenzó a caminar hacia ellos. Para mantener la confianza en alto, necesitaría a Elijah cerca toda la noche. Los jugadores en la mesa eran completamente desconocidos, ya que cada uno seguía las reglas de la casa y tenían los rostros cubiertos con máscaras de distintas formas y colores. Dominós, hadas, mariposas, dioses y diosas griegos, animales con plumas y piel se sentaban a cada mesa.

Fue como entrar en una tierra de ensueño... la princesa de todos con el príncipe a su lado.

—Tome asiento —le gritó un hombre, indicándole a Sam que se sentara en el asiento desocupado junto a él; la otra silla vacía estaba dos jugadores más allá.

Algo en el tono del hombre hizo que Sam se prefiriera ir más allá de la silla que él había señalado y se sentara entre un hombre corpulento y una mujer delgada como un espiga, vestida con un modesto atuendo y dejó que Elijah se ubicara en el asiento al lado del aquel hombre desagradable. Se

sentó en la lujosa silla con respaldo alto mientras un sirviente le ponía una copa de champán en la mesa.

—Gracias —murmuró con un tono más ligero que el suyo, normalmente profundo.

Miró a Eli a través de la mesa después de que él también hubiera aceptado una bebida y la hubiera vaciado rápidamente, antes de asentir con la cabeza al ofrecérsele otra.

Sí, el hombre era interesante. Una entretenida distracción y un compañero agradable.

Se frenó en seco cuando iba a agregar sus talentos para el placer ya que su rostro se acaloró ante la idea. Afortunadamente, la máscara dorada hizo su trabajo y ocultó bien su incomodidad.

¿Cómo había sabido Payton de aquella reunión? Sam se estremeció al pensar en su pequeña hermana asistiendo sin protección de ninguna clase contra las miradas lascivas. Solo pensaría en el juego que tenía entre manos, no en su seguridad.

—Soy Viggo, mi señora —el hombre desagradable se inclinó ligeramente hacia adelante y bloqueó así a Elijah de su línea de visión—. ¿Puedo preguntar cómo debo llamar a una mujer tan hermosa como usted?

Viggo? —seguro que ese no era su verdadero nombre.

—¿Cómo, puedo preguntar, sabes que la belleza se esconde detrás de mi disfraz? —no había sido su intención que sonara como un coqueteo, pero la chispa que notó en los ojos del hombre le dijo que lo había tomado como permiso para poner su atenciones sobre ella—. Podría tener cicatrices de alguna enfermedad o podrían faltarme los dientes.

Sam creyó haber escuchado a Elijah reírse de sus extravagantes palabras, aunque todavía no pudiera verlo.

—Es tu alma la que es hermosa, mi señora —las palabras fluyeron dulces y fáciles como la miel.

—¿Y si no fuera una señora?

—Todavía podrías ser hermosa, incluso sin tener linaje.

—Ella es *mi* marquesa encantadora —Elijah anunció a la mesa en general. Pero Viggo no apartó su mirada de Sam.

—Tu coqueto juego de palabras me hiere, *mi señora*.

Era difícil determinar si las palabras del hombre sonaban más como el sonido de una serpiente al reptar o el bufido de un gato. De cualquier manera, ambos eran repulsivos. Dolía pensar que un hombre la supusiera tan fácil de

reclamar como algo de su propiedad. Sam había venido a divertirse un poco, no a encontrarse con otra proposición escandalosa.

—Dime que no tienes compromiso esta noche.

—Por supuesto que tiene compromiso esta noche. Y la siguiente y las futuras, Viggo.

Sam se quedó sin aliento ante la voz estruendosa de Elijah. Estaba enfadado, pero Viggo era lo suficientemente inofensivo y de seguro no era motivo para atraer una atención desmedida hacia ellos o una razón para insultar a su anfitrión al interrumpir su partida. Su mirada severa no hizo nada para mantener a Elijah en su asiento mientras se ponía de pie y tocaba a Viggo en el hombro para llamar su atención.

—Milord —ronroneó Sam—. Siéntese. Es obvio para todos los aquí que yo *le pertenezco* —puso énfasis adicional en la palabra “pertenecesco”, ya que sospechaba que Viggo no buscaba a una dama, sino más bien una cortesana—. Disfrutemos de un emocionante juego de naipes.

Elijah recuperó su asiento y Viggo dirigió su atención al sirviente que anunciaba el comienzo del juego. El Veintiuno era matemática simple y Sam era muy buena con los cálculos mentales. En la mesa al lado se jugaba Hazard: dados en lugar de las cartas.

Puso el bolso sobre en la mesa y sacó un billete para cambiar por fichas y otros jugadores hicieron lo mismo. Repartieron la primera mano y tanto Sam como Elijah se vieron obligados a renunciar a su apuesta inicial para la ronda. Las siguientes manos pasaron de la misma manera; Viggo ganaba mucho más de lo que perdía. Rayos, Sam debería haber escuchado más cuando Payton le enseñaba a jugar a las cartas: qué manos descartar y en cuáles apostar mucho dinero. En poco tiempo, solo tenía media docena de fichas apiladas ante ella y le preocupaba que su noche terminara mucho antes de lo deseado.

Un fracaso miserable.

No es que Sam esperara ganar, pero la primera vez que jugaba fuera de Craven House debería de durar más que una caminata en Hyde Park, sin duda.

Las fichas de Elijah eran al menos el triple de las suyas.

Una mano más y le pediría a Elijah que la acompañara a otra mesa de juego, una más a su gusto.

El sirviente repartió dos cartas a cada jugador y Sam levantó rápidamente las suyas, que sostuvo cerca para evitar que los otros invitados vieran su mano. Dos diez.

Un total de veinte puntos... la mano óptima era veintiuno.

Maravilloso.

Aunque nadie podía ver detrás de su máscara, sabía la importancia de no delatar su mano, “venderse” como diría Payton. La comisura de los labios hacia arriba, la contracción nerviosa de un ojo, o incluso la jugarrear con las cartas eran suficientes para señalar que se sentía segura de sus cartas. Ella ganaría su primera mano.

Los invitados lanzaron sus cartas, agregaron una apuesta o pasaron al siguiente jugador. Elijah pasó, sin aumentar el número de fichas, y entonces fue el turno de Viggo. Lanzaba fichas adicionales tan a menudo como descartaba su mano; sin embargo, esta vez, Sam tuvo suerte. Empujó su pila entera de fichas al centro de la mesa.

Era fácilmente cuatro veces más dinero que ella había traído consigo y diez veces más de lo que estaba apilado frente a ella.

—Es tu turno, mi señora —dijo el caballero corpulento a su derecha.

Sam se mordió el labio. Todavía tenía algunas monedas en su bolso, pero incluso con eso, no era suficiente para igualar la apuesta de Viggo. Su mano fue a la perla de ópalo que colgaba de su oreja. No había traído nada más de valor con ella.

Veinte era una mano mejor que la mayoría que había ganado las últimas doce manos.

—Estaría muy feliz de prestarte suficiente dinero para igualar mi apuesta —dijo Viggo galantemente—. Si ganas, puedes devolverme el dinero. Si pierdes... —Dejó la frase en suspenso, pero Sam no tan ilusa como para saber que el hombre reclamaría el pago de la deuda de forma no tan respetables.

Echó un último vistazo a su mano antes de colocar sus cartas boca abajo, quitarse los pendientes de ópalo y empujarlos hacia el centro de la mesa con las otras fichas. La mujer junto a ella jadeó, al tiempo que llevaba la mano al pecho cubierto y lo presionaba como si quisiera impedir que el errático corazón saltara de aquél.

Elijah se aclaró la garganta en un intento de llamar su atención. Aunque lo enojaría, evitó su mirada y sonrió detrás de su máscara.

—Creo que mis ópalos hacen que la apuesta sea pareja —dijo—. ¿Está de acuerdo, Viggo?

Los otros jugadores tiraron sus cartas en un gesto de derrota, Elijah con ellos.

—Muestre su mano —llamó el sirviente.

Sam tragó saliva cuando Viggo mostró triunfalmente sus cartas: un as y un diez.

Veintiuno.

Sam deslizó sus cartas sobre la mesa, boca abajo.

Viggo se rió entre dientes, sabiendo que la había vencido.

—Es una pena que pierda un recuerdo tan valioso —dijo como complacido por ser quien le quitara sus pendientes de ópalo.

—No se preocupe. Era consciente del riesgo que suponía cuando los coloqué sobre la mesa.

—Desearía que todos los hombres jugaran con tanta gracia cuando pierden como usted, mi señora.

Se levantó y notó que los ojos de Viggo se estrechaban detrás de su máscara cuando Elijah también llevó su silla hacia atrás para partir.

—No se vaya —dijo Viggo—. Tal vez pueda saldar la deuda y recuperar sus joyas.

A Sam no le gustaba la insinuación en el tono del hombre y temía que Elijah supiera exactamente adónde apuntaban los pensamientos del hombre cuando gruñó.

—Vamos, hermosa dama —dijo Viggo, en un tono meloso—. Estoy seguro de que no desea regresar a casa sin su tesoro. Solo pido un momento a solas con usted.

###

Elijah ya tenía bastante del vil y despreciable hombre y sus comentarios inapropiados.

—Viggo, ha sobrepasado los límites de la corrección. Se disculpará de inmediato por su comportamiento audaz y sus modales toscos. Ningún caballero noble le habla a una verdadera dama en un tono tan irrespetuoso.

Se le pusieron los nudillos blancos de apretar los puños cuando Viggo solo dejó escapar una fuerte risa que parecía más un cacareo. Tres hombres en la mesa se pusieron de pie. Habían supuesto que no habría otro juego en esta mesa en el corto plazo y se marcharon a buscar asientos vacíos en otros juegos.

—¿Verdadera dama? —Viggo continuó riéndose de sus palabras—. Su *encantadora marquesa* ya ha admitido que no es una verdadera dama. Y, para ser sincero, no sería difícil asegurarme de que se convierta en *mi* marquesa

encantadora, al menos por una noche. La llamaré con cualquier título que desee siempre y cuando ella cumpla *mis* deseos.

—Creo que es prudente que nos vayamos, milord —le tomó un momento a Eli reconocer que el tirón que sentía en la manga era Samantha. Se sacudió de su agarre y se levantó de su silla de repente, que cayó hacia atrás y golpeó a un hombre en la mesa de al lado—. ¡El...milord!

—No nos marcharemos hasta que este sinvergüenza se disculpe con usted —Elijah escupió las palabras, cada sílaba más dura que la anterior—. Ahora, Viggo... ¿tiene algo que decir?"

El ofensor también se había puesto de pie.

Un único mechón de cabello negro como el azabache había caído hacia adelante para cubrir parte de su máscara; tenía el cuerpo relajado y tranquilo para la pelea que vendría si no pedía perdón.

Eli había sentido que conocía al hombre cuando le ofreció a Sam el asiento a su lado por primera vez, pero la voz no le resultaba familiar. Ahora, el cabello negro y ojos pequeños...

Lord Proctor.

El nombre del hombre escrito en imprenta con mano firme en la página del libro de apuestas. ¿Había reconocido a Sam detrás de la máscara y el cabello oculto? Peor aún, ¿Sam sabría que era Proctor y jugaba abiertamente con él?

De repente, permanecer un momento más en la presencia de aquel canalla era más de lo que Eli podía soportar. Sus puños amenazaron con arremeter contra Proctor, sin importar lo mucho que su buen sentido le dijera que se alejara antes de que las cosas se salieran de control y la identidad de Sam quedara expuesta.

—Mis señores —un hombre jovial rió entre dientes y caminó entre los dos hombres—. Reanuden el juego o márchense. Esto pretende ser un lugar amistoso de diversión en las mesas de juego, no una competencia de fuerza.

Sam se había retirado unos pocos pasos, dejando olvidados los pendientes perdidos en la mesa.

Ciertamente, sería sabio irse.

Eli miró a Proctor a los ojos mientras pronunciaba las siguientes palabras.

—Mis disculpas por interrumpir su noche. Soy lo suficientemente hombre como para admitir y remediar una situación cuando tengo la culpa. Gracias por su amabilidad —esto último estaba destinado a su anfitrión, aunque la amenaza era evidente—. Disfrute la noche.

Levantó la mano y arrebató las joyas de ópalo olvidadas de Sam (sin importarle que Proctor exigiera que se las devolviera ya que era su legítimo dueño) y se las guardó en el bolsillo hasta cuando pudiera devolvérselas a Sam.

Asintiendo a su anfitrión, Eli giró y se reunió con Sam mientras salían del salón de juegos. No escapó a su atención el hecho de que ella mantuvo a unos pocos pies de distancia cuando partieron.

¿Estaba enojada o avergonzada por las insinuaciones lascivas del hombre? De no ser así, Elijah estaba lo suficientemente furioso por los dos.

El sirviente rápidamente ayudó a Sam a ponerse la capa antes de ayudar a Eli con la de él.

Y tan rápido como habían entrado en la casa, estaban otra vez afuera, solos. Su caballo aún permanecía atado al poste y el carruaje de la Casa Craven no estaba a la vista. La temperatura se había desplomado aún más desde su llegada y una ráfaga de frío gélido atrapó el borde de la capa de Sam y la azotó alrededor de sus piernas.

Se quitó la máscara de la cara, sin molestarse en desatarla y giró para mirarlo.

Esperaba ver lágrimas o angustia grabadas en su delicado rostro; en cambio, solo había una furia feroz.

Tiró la máscara al suelo y dio un paso hacia él.

—¿Cómo te atreves a reclamarme como si fuera una cosa? No soy algo para ser poseída, *milord*.

¿Estaba furiosa con él?

—Solo intentaba evitar que el hombre arrojara dudas sobre tu reputación.

—Iba a ser una velada agradable, vestida con un disfraz y mi identidad oculta. El hombre era inofensivo, sus palabras no me insultaban. Él no me conocía... era solo una diversión sin sentido. La noche iba a ser un momento para que todos los presentes actuaran fuera de carácter...

—Te hacía insinuaciones ante toda la mesa —tronó Elijah que, a su vez, se quitó su propia máscara de un tirón rápido. Necesitaba que ella viera su rostro, que solo intentaba protegerla—. Cualquiera caballero no se mantendría al margen y permitiría que semejante deshonra fuera dirigida contra una mujer.

Ella se cruzó de brazos.

—Su insinuación, su *proposición* como la llamas, no estaba demasiado lejos de nuestro acuerdo.

La acusación lo hizo retroceder. Sus palabras lo hirieron más profundo que cualquier daga.

—Compañía y recompensa —continuó; cerrando la distancia entre ellos y presionó el cuerpo contra el del joven. Se levantó de puntillas para besarlo, pero se detuvo a una pulgada de sus labios—. Y hablando de recompensas, creo que te debo una por acompañarme esta noche, aunque la noche no fue como esperaba.

Sacó la cara y los labios de Sam aterrizaron en la mandíbula.

—No. Mi parte en nuestro acuerdo no era...

—Tu parte de nuestro trato ha sido cumplida, Elijah —susurró—. Tu compañía como distracción de mi vida mundana ya no es necesaria. Puedes regresar a Liverpool, o donde sea que consideres tu hogar, con la conciencia limpia, tu parte en este acuerdo será retribuida en su totalidad.

—Este jamás ha sido solo un arreglo para mí, sórdido o no —confesó.

—Desafortunadamente, yo solo buscaba algunos días de coqueteo.

No podría decir eso; sin embargo, cuando la miró a la cara, solo vio determinación.

—También buscaba un noviazgo, Samantha.

Sacudió la cabeza.

—Me importas. Mucho —fue su turno de alejarse de él—. Mírame, Sam —se inclinó hacia adelante y le sujetó la barbilla, forzándola así a mirarlo, para que viera realmente lo que guardaba en sus ojos y creyera en cada palabra que pronunciaba—. No vine a Londres simplemente para entregar la colección de mi abuelo al museo. Si hubiera sido ese el objetivo, lo habría enviado todo con emisarios de confianza y me habría quedado en mi casa.

Cuando ella permaneció en silencio, continuó,

—Estoy de acuerdo, puedo haber reaccionado excesivamente a la situación esta noche, pero solo tenía la intención de protegerte del daño.

—Hay una delgada línea entre la necesidad de proteger y la de poseer. Y no tengo intención de ser propiedad de nadie. Tampoco necesito protección —hizo un gesto para pasar junto a él cuando sonó el sonido de las ruedas del carruaje contra los adoquines. Su anfitrión debía de haber tenido la amabilidad de enviar a buscar a su cochero—. Ahora, le daré las buenas noches y que Dios lo acompañe en su viaje de regreso a Liverpool.

—No tengo intención de partir, Sam —no la abandonaría nuevamente, no importaba cuántas veces ella lo rechazara. Incluso si Cartwright, con Judith a cuestas, le ordenara mantener su distancia de Sam, Elijah no podría. La

maldita mujer se había infiltrado en cada uno de sus pensamientos... todos sus deseos... todas sus esperanzas para el futuro.

—Bueno, no tengo intención de seguir conociéndote. La distracción que una vez ofreciste ya no me atrae —Se inclinó y recuperó el antifaz que había descartado antes de levantar la barbilla y pasar a su lado. El cochero mantuvo abierta la puerta del carruaje y la ayudó a subir antes de ubicarse en su puesto —. ¡A casa, señor Curtis! —gritó.

Elijah se quedó helado, mirando el carruaje partir sin que Sam se dignara ni siquiera a mirar por la ventanilla mientras se alejaba.

Una distracción. Un coqueteo. Sin consecuencias.

Sus airados reclamos lo asaltaron uno por uno y trajo recuerdos de su viaje a Estados Unidos y de otra mujer que no tenía espacio para él en su vida.

Había metido la cola entre las patas y había huído... directamente a su barco para navegar de vuelta a casa.

A Elijah le quedaba menos de un día de trabajo en el museo.

¿Estaba destinado a repetir sus acciones?

¿Poner distancia entre él y Sam y rezar para que su corazón se arreglara con el tiempo?

Aunque sospechaba que cuando el corazón de un hombre se rompía tantas veces como el de él, no había forma de juntar todas las piezas para recomponerlo.

Pero cada centímetro de él gritaba que no había nada más que quisiera intentar.

Capítulo Treinta y Uno

Sam se permitió derramar algunas lágrimas mientras el carruaje corría hacia su casa. El llanto quedaba enmascarado por el Sr. Curtis y el sonido de las ruedas. Cada parte de ella amenazaba con fragmentarse en pequeños pedazos y esparcirse al el viento, pero había llegado a un lugar seguro y, en la intimidad de su oscuro carruaje, no tenía que preocuparse de ocultar su sufrimiento el silencioso llanto se convirtió en desgarrador cuando llevó las rodillas contra su pecho en el asiento y hizo todo lo posible por desaparecer en el olvido de su abrigo. De seguro, la pesada prenda negra sería lo único que quedara cuando el carruaje llegara a Craven House.

Resopló en su capa.

La máscara, hecha a mano esa tarde para combinar perfectamente con su vestido, estaba olvidada en el asiento, a su lado. ¿Cómo había pensado alguna vez que estar junto a Elijah sería sabio?

Sam sujetó el tejido suelto del asiento y lo retorció hasta que le dolieron los dedos por la presión.

Sus salidas —al club de boxeo, la carrera de faetones en las afueras de Hyde Park, y esta noche, los juegos de azar— no eran lo que una dama adecuada haría. Eran exactamente las actividades que un hombre haría con su amante. Entonces, ¿por qué le dolió tanto que otro la acusara de ser nada mejor que una cortesana?

¿No había sido ese el juego que ella había planeado todo el tiempo? No había nadie a quien culpar, excepto a sí misma y a su incapacidad para mantener su afecto por Elijah en secreto. En verdad, nunca había tenido la intención de preocuparse por él, solo castigarlo.

¿Por qué había tratado a Elijah de forma tan horrible por proteger su honor, su reputación, de ser mancillados? Era amable, era leal y sentía cariño por ella.

Sam nunca había esperado ver al hombre de nuevo. Peor aún, saber que había viajado a Londres solo por ella y para ella. Había dejado Hollybrooke sin pensar en sus sentimientos ni en la herida que la despedida de su nueva relación podía causar.

Sam se limpió una lágrima de la mejilla mientras le trazaba un camino por la cara. Un rizo revuelto le colgaba de la frente y Sam se apresuró a reponer su

horquilla para devolverlo a su lugar.

En verdad, Elijah había sido mucho más para ella que una mera distracción desde el momento en que la encontró en medio de la tormenta. No quería que él fuera más. Quería su atención... pero cualquier mención de afecto solo serviría para lastimarla más cuando se alejara de su vida.

Elijah había admitido que se preocupaba por ella y que pretendía cortejarla.

¿Había dicho eso solo por el insistente coqueteo de Viggo en la mesa de juego?

Viggo... algo sobre la voz del hombre, su aspecto y su insistencia le recordaban a alguien. Sus comentarios indecentes la habían alarmado, lo que la había hecho sentir mucho más agradecida por la presencia de Elijah.

Había sido la que había reaccionado mal. ¿Por qué alejar a Elijah cuando lo anhelaba: su toque tierno, sus palabras acariciadoras y su apasionado beso? Peor aún, había dicho las cosas más horribles, declaraciones que seguramente garantizarían que él nunca más quisiera verla. El nudo en la garganta bloqueó su sollozo de remordimiento.

Las saladas lágrimas corrieron por el rostro para caer sobre la delicada seda de su vestido. La tela estaba arruinada, pero Sam continuó angustiada, sin preocuparse por el estado del costoso vestido.

Demasiado pronto, su carruaje aminó la marcha, y el señor Curtis se apeó para abrir la puerta.

Se enjugó las lágrimas de las mejillas, aunque ese gesto no ayudó en nada a su apariencia desarreglada. Tenía la cara teñida de enojo y, de seguro, los ojos tendrían el color rojo que coincidiera con su cabello, aún escondido debajo de su gorra. Pero era tarde y, con un poco de suerte (aunque no había tenido mucha últimamente), podría entrar a hurtadillas en la casa y subir a su habitación sin que nadie se diera cuenta. La oscuridad ocultaría su apariencia al señor Curtis lo suficiente; la vista del anciano sirviente se había visto comprometida por la edad años atrás.

—¿Necesitará algo más, señorita? —preguntó, cuando ella aceptó la mano que le ofrecía.

—No, gracias.

—Que descanse, señorita Samantha —mantuvo su mirada en el suelo mientras huía hacia la puerta.

El Sr. Curtis había estado en Craven House mucho antes de que Sam y Jude nacieran, después de haber huido con su madre, Madame Sasha, cuando ella,

Marce y Garrett fueron expulsados de su hogar después de que el padre de Marce y Garrett, Lord Buckston, falleció. Curtis era un hombre amable y compasivo, que nunca había sobrepasado su papel en la casa de mujeres, sino que la vigilaba a ella y a sus hermanos.

—Y usted también —le gritó por encima del hombro cuando se detuvo antes de abrir la puerta principal—. Gracias.

No esperó a ver la mirada inquisitiva del hombre de por qué le daba las gracias, sino que abrió la puerta y entró en la calidez y seguridad de su hogar. Un lugar donde Marce hacía todo lo que podía por su familia. Un lugar en el que Garrett no había residido en años. Un lugar de donde Jude había intentado escapar. Un lugar donde Payton era libre de perfeccionar sus habilidades con las cartas. Y un lugar donde Sam probablemente permanecería toda su vida.

Su padre la había abandonado, al igual que su madre al morir, y Jude al contraer matrimonio.

Aquellos que deberían amarla por sobre todo lo demás.

No merecía la amabilidad de Elijah después de las cosas horribles que le había dicho, especialmente sabiendo que él había llevado una vida similar a la suya. Su madre lo abandona y su padre y su abuelo sucumben a la muerte.

Su aislamiento fue mucho más sorprendente que el de ella.

El labio le tembló y sintió otro sollozo que brotaba de su pecho.

Se impulsó hacia las escaleras, sabiendo que no podría mantener sus gritos a raya por mucho tiempo.

—¿Dónde has estado? —preguntó Marce, con la vela en alto para iluminar su rostro mientras bajaba la escalera. Garrett venía solo unos pocos pasos detrás de ella—. Nos hemos estado muriendo de preocupación.

—No deberían preocuparse por mí —replicó Sam, en un tono más severo de lo que había querido. Sus hermanos se preocupaban por ella —dos de los que aún quedaban por allí y se preocupaban—. Estoy en casa... sana y salva.

En parte, anhelaba agregar. Aunque no podían ver su herida, ya que estaba en su interior, seguramente se pudriría sin posibilidad de curación.

Garrett empujó a Marce para ubicarse en el rellano, directo sobre Sam.

—¡Diablos! —extendió las manos—¿Crees que estás sana y salva?

—¿Por qué te interesa dónde estoy, Garrett? Nunca te has molestado con mucho más que un simple saludo o una burla hiriente —era otra cosa que le molestaba, aunque no lo había entendido completamente hasta ese momento. Su único hermano era más cercano a Jude y, por supuesto, a Marce, pero rara

vez le prestaba atención a Sam o a Payton—. No te responderé. No eres ni mi padre ni mi tutor.

Entrecerró los ojos al proferir el insulto y sintió que la recorría una sacudida de remordimiento por haber dicho semejante cosa.

—Vayamos a discutir el asunto a mi oficina, antes de que despertemos a toda la familia —el pequeño cuerpo de Marce pasó junto a sus dos hermanos al vestíbulo y luego hacia la habitación que usaba como su oficina doméstica. Sam y Garrett la siguieron obedientemente—. Ahora, ¿dónde has estado toda la noche? —preguntó una vez más cuando Garrett cerró la puerta detrás del trío.

Marce caminó hacia su escritorio antes de bajar la luz y voltearse para mirar a Sam. Tenía la expresión serena, como de costumbre, pero tenía los labios apretados, la única señal de que estaba molesta, tal vez, incluso furiosa. En contraste a la naturaleza calma de su hermana mayor, Garrett avanzaba resueltamente a través de la habitación hasta la otra punta, a las ventanas y volvía, obviamente, agitado.

La inquietud de Sam creció al notar que se habían invertido los papeles. Garrett era normalmente el hermano despreocupado que no se interesaba por ella, mientras que los estándares disciplinarios de Marce coincidían con los de un capataz.

—Asistí a un juego de naipes privado.

—¿Una fiesta donde se jugaba a las cartas?

—Llevé un disfraz, por lo que es dudoso que alguien me haya reconocido —levantó su máscara de oro y plata—. No fui descuidada.

—Si te preocupaba que alguien te reconociera, entonces obviamente era un lugar en el que una dama que se precie no debería estar —Marce levantó una ceja en señal de pregunta—. ¿Quién organizó la fiesta?

Sam pensó en mentir pero sabía que Marce se daría cuenta del engaño.

—No estoy segura. No dieron nombres, pero la casa está en Saint George Street en Hanover Square.

—¿Saint George, dices? —Garrett dejó de pasearse y se volvió para mirarla—. Pero, maldita sea, era Damon, la fiesta de cartas de Lord Ashford. ¿Cómo te enteraste de la reunión? ¿Con quién fuiste? Lanzaba la preguntas otra tras otra sin dar tiempo suficiente para que Sam respondiera, no porque ella quisiera responder a sus preguntas—. Una mujer solo puede entrar si es *acompañada* por un hombre de buena reputación.

No podía admitir que había oído hablar de la fiesta de boca de Payton. ¿O sí?

Nunca habían sido muy cercanas. Payton era más joven que ella y Jude y, por lo tanto, una extraña. ¿Le debía lealtad a la chica?

Era cierto que el lazo de sangre requería que Sam no mencionara su nombre.

—Lord Ridgfeld tuvo la amabilidad de acompañarme —Allí estaba. Su hermano no tendría nada que objetar a Elijah; era conocido de Cart, un mecenas del museo, y un noble.

Garrett alzó los brazos en el aire y movió la cabeza hacia Marce.

—¿No te informé de las intenciones del hombre? —gruñó.

¿Sabían que Elijah había tratado de cortejarla, con matrimonio en la mente? ¿Era posible que ya hubiera hablado con Cart y Garrett sobre sus intenciones?

—¿Qué sabes tú de las intenciones de Elijah? —exigió Sam, mientras colocaba sus manos en jarra sobre las caderas.

—Ah, ¿entonces no lo niegas? respondió su hermano—... ¿y es Elijah ahora?

—¡No sé qué debería estar negando!

—¡Silencio! —Marce se masajeaba la frente con la yema de los dedos y Sam notó por primera vez que su hermana estaba vestida con un camisón etéreo, ondulante, blanco, con la túnica igualmente blanca, la faja desatada como si la hubieran despertado de repente. Incluso su cabello normalmente peinado de manera experta colgaba al azar en una larga trenza sobre su hombro—. Ustedes dos me están dando dolor de cabeza.

Garrett se tiró boca abajo en el diván bajo con un suspiro exagerado.

Sam tomó su asiento habitual en el sofá largo y de respaldo alto que normalmente compartía con Jude y Payton. Pero no bajó la mirada a su regazo lista para un regaño. No, mantuvo la barbilla en alto, los hombros erguidos y la mirada al frente.

—¡Díselo! —dijo Garrett antes de meter la cara más profundamente en la *chaise lounge*—. Yo no puedo."

Marce cerró los ojos y se sostuvo el puente de la nariz y se olvidó de masajear su frente.

—¿Qué está pasando? —Sam miró a Marce luego a Garrett y viceversa.

—¿Aceptaste ser la *amante* de ese *sinvergüenza*? —preguntó, con la voz amortiguada porque tenía el rostro todavía presionado contra los almohadones

de felpa de la *chaise lounge*.

—Por supuesto que no —negó—. Me hizo una proposición en un pasillo oscuro en el baile de presentación de Simon y Jude, pero le pateé la espinilla. El bribón entendió la indirecta y no se ha acercado a mí desde entonces.

—¡Acabas de admitir que te acompañó al juego de Lord Ashford!

—No —Sam se puso de pie—. Dije que Lord Ridgefeld me acompañó a la fiesta, no Lord Proctor.

—¿Quién es Lord Proctor? —suspiró Marce.

—Otro nombre del libro de apuestas —hirvió Garrett.

—¡Estoy completamente confundida!

—Somos dos —asintió Sam—. ¿Qué libro de apuestas?

Garrett se sentó, con los pies plantados en el suelo, sus botas Hesse brillaban a la luz de las velas.

—El maldito libro de apuestas del White. Los hombres registran apuestas de todo tipo y apuestan todo, desde dinero a propiedades y a animales de granja.

—¿Y mi nombre se menciona en este libro? —tartamudeó—. ¿Por qué estaría allí?

—Parece... —Marce frunció los labios severamente—. Que los hombres están apostando grandes cantidades de dinero sobre quién te tomará primero como amante.

—*Estaban* apostando —corrigió Garrett.

—¡Eso es absurdo! —rió Sam, lo que la valió una mirada severa de Marce y de Garrett—. No tengo intención de ser la amante de ningún hombre, se los aseguro a los dos.

—¿Entonces Lord Ridgefeld no ha hecho ningún avance inapropiado? —insistió.

No serviría de nada hablar de su arreglo, de su velada en el estudio de Lord Cummings, de su salida al club para caballeros Jackson, o de su carrera de faetones; sin embargo, el momento que habían compartido en Hyde Park o la noche en Covent Garden eran lo suficientemente inocentes, siempre y cuando ella no hablara de su paseo a la luz de la luna a lo largo de los caminos oscuros.

Si tenía en cuenta la cara enrojecida de Garrett, los ojos crispados y las fosas nasales dilatadas, sería sabio no admitir nada.

—Ciertamente no lo ha hecho. ¿Y a qué te refieres con *estaban*?

—Ridgefeld arrancó la página directamente del libro de apuestas y se la metió en el bolsillo.

—¿Entonces el registro de la apuesta tonta ha desaparecido del todo? —preguntó ella.

—Eso espero —comentó Marce—. Por tu bien, por supuesto. Pero, ¿por qué Lord Ridgefeld tomaría la página de apuestas?

—Era obvio que él no fue quien comenzó la apuesta. Era la primera vez que iba White.

—¿Quién más estaba en la lista aparte de Lord Proctor y Ridgefeld?

—¿Había más? —Sam chilló—. No puedo imaginar...

—Lord Gunther, el Sr. Tobias Shillings y Lord Meyton, aunque nunca he conocido a los dos últimos —Garrett se levantó y continuó caminando—. ¿Juras por tu lugar en esta casa que no te has convertido en la amante de ningún hombre?

Sam debería de haberse sentido ofendida por la pregunta. Indignado de que su hermano hubiera pensado incluso que se había rebajado a tal nivel. Pero, en verdad, su madre había sido poco más que una cortesana de alto nivel, y muchos pensaban que Marce también había asumido el *negocio familiar* después de la muerte de su madre. ¿De qué otra manera podría una joven empobrecida cuidar a cuatro hermanos y una casa grande? Ella y Jude incluso habían comenzado a pensar que su hermana estaba negociando su cuerpo como un medio para tener comida en la despensa y un techo sobre sus cabezas. Garrett nunca había levantado un dedo para ayudar financieramente a su familia.

—Por supuesto, Samantha nunca pondría en peligro su futuro al aceptar una oferta tan desagradable —dijo Marce, viniendo en defensa de Sam, pero no era sorpresa que sus palabras carecieran de convicción al mirar a su hermana, en busca de alguna indicación que ella tuviera y que, de hecho, se hubiera convertido en lo que Marce había trabajado tanto en evitar para su familia. Cuando no vio lo que temía en la expresión de Sam, Marce continuó —: Ahora, creo que es mejor que todos nos vayamos a dormir. Se hace tarde. Haré que el ama de llaves prepare tu vieja habitación, Garrett.

Su hermano se movió hacia la puerta.

—No te molestes, volveré a mis habitaciones.

—Es tarde, y no estás en condiciones de viajar —Marce habló en voz baja y trataba de no mencionar el hedor a licor en su hermano—. Al menos permite que el Sr. Curtis te lleve en el carruaje.

Garrett hizo una pausa con la mano en el pomo de la puerta.

—Muy amable de tu parte, querida hermana, pero puedo volver a casa solo.

—Muy bien —Marce recogió su vela—. Te acompañaré a la puerta. Sam, te veré en la mañana. No te quedes dormida para el desayuno.

Aunque las palabras fueron dichas suavemente, era una demanda. Sam asintió.

—Duerme bien, Samantha —Garrett abrió la puerta y tronó por el pasillo. Marce le pisaba los talones y lo hacía callar durante todo el camino.

Sam no tenía otra cosa para hacer más que encontrar su propia habitación. Salió de la oficina, usó la escalera de los sirvientes para evitar ver a Marce mientras su hermana acompañaba a Garrett a la puerta y luego subía por la escalera principal.

Ninguno había notado su angustia o el rostro enrojecido por las lágrimas. Normalmente, trataría de ocultar su confusión. Esta noche, había anhelado orientación, alguien que notara su comportamiento inusualmente abatido, que le indicara qué hacer, cómo arreglar el desastre que había creado. Había pasado tantos años guardándose las cosas para sí misma, rara vez tanto como para permitir que Jude entrara en pensamiento más íntimo, que no estaba segura de cómo pedir lo que necesitaba.

Tal vez una buena noche de descanso y una mañana brillante traería las respuestas que buscaba, o al menos los medios para encontrar una apariencia de cierre con Elijah.

Capítulo Treinta y dos

Elijah se inclinó sobre una caja y quitó dos objetos cuadrados envueltos de forma idéntica. La caja debía de haber sido empacada para el envío por uno de sus sirvientes, porque tenía poca idea de lo que había dentro del papel prolijamente envuelto. No es que estuviera demasiado preocupado con nada de eso. Le quedaban dos cajas y un baúl y luego regresaría a Liverpool.

Y se olvidaría de su estada en Londres.

Sin embargo, apartar a Samantha de su mente era una tarea completamente diferente y, probablemente, imposible.

Un fuerte golpe, seguido de un grito, sonó profundamente en las cavernosas bodegas detrás del museo propiamente dicho. Eli se levantó, pero varios pares de pies corrían por el corredor afuera de la habitación donde trabajaba.

Quizás viajar lo ayudaría. No tenía ganas de vivir aventuras mundanas desde que su abuelo había fallecido y su madre había aplastado su espíritu. El viaje de Eli a Hollybrooke había ayudado, pero ¿cuánto de eso se debía a la presencia inesperada de Sam? Para ser honesto, Londres había sido más agradable de lo que había anticipado, también, sobre todo por Sam.

Un diario encuadernado en cuero estaba metido en la caja entre otro tesoro envuelto y el lado de madera. Mientras lo tomaba y se abría en la primera página, el aroma de su abuelo lo rodeó cuando notó la pulcra escritura del hombre en la primera página. Elijah dejó el diario a un lado. No era el momento para que viajara por el camino de los recuerdos. Posiblemente se permitiría ese lujo en el largo viaje de regreso a Liverpool.

La visita a White con Lord Cartwright y el hermano de Sam fue un momento único que había esperado repetir; eso fue hasta que vio el nombre de Samantha, junto al suyo, en ese maldito libro de apuestas. No tenía reparos en que él y Sam estuvieran conectados. Sus intenciones eran de la naturaleza más pura; sin embargo, los otros hombres mencionados y la naturaleza de la apuesta eran altamente inapropiados.

Había insistido en que nunca trataría de convertirse en la amante de ningún hombre; aunque sus coquetas bromas con el caballero de cabello negro (conocido como Viggo) decía lo contrario. ¿Había buscado la compañía de Eli solo para encontrarse con el hombre en la fiesta? No podía manejar semejante engaño de su parte. Con un poco de suerte, se iría y nunca sabría el alcance

del doble juego de Sam. Se iría antes del anochecer esa misma tarde, a pesar de la insistencia de Lord y Lady Cartwright de quedarse el tiempo que deseara.

Elijah prefería partir inmediatamente, pero la obligación dictaba que permaneciera lo suficiente como para terminar su trabajo en el museo y ver la colección del difunto marqués correctamente organizada y catalogada.

Después de eso, su deuda estaría saldada, sus responsabilidades cumplidas tanto con el legado de su abuelo como con su promesa a Lord Cartwright y Lord Cummings.

—¡Milord! —sonó una voz masculina desde la puerta. Eli se volvió para ver a Ames, el joven aprendiz asignado como su ayudante durante su estada en el museo—. No lo esperaba hasta más tarde hoy. Llegué temprano para organizar las cosas para su llegada.

—Lamento haberte sorprendido —Eli se incorporó de donde estaba encorvado sobre la caja—. No pude dormir y decidí llegar temprano. El vigilante nocturno me dejó entrar. Espero que no me haya excedido.

—Oh, ciertamente no, milord —Ames corrió a través de la habitación—. Lord Cummings y Lord Cartwright dieron instrucciones específicas de que debía tener acceso completo al museo hasta nuevo aviso.

Eli no pudo evitar sonreír al hombre. Ames había sido muy complaciente desde que se lo habían asignado.

—Eso será hoy, Ames. Planeo terminar y partir de Londres antes del atardecer. He estado lejos de mi propiedad demasiado tiempo. No puedo dejar que el lugar se derrumbe mientras estoy fuera.

Ames asintió con la cabeza, pero se mordió la lengua antes de ponerse a trabajar.

Había sido una mentira. La propiedad de Ridgefeld necesitaba poca supervisión para funcionar de manera adecuada y eficiente. Su mayordomo se había acostumbrado a las largas ausencias del difunto marqués y, a decir verdad, el hecho de que Eli estuviera entre los pies del mayordomo todo el tiempo era probablemente un obstáculo. Sin embargo, desde que Eli había tomado su lugar como marqués, había sido como un barco sin velas, llevado de aquí para allá por el viento y el mar, tratando de ganar algún tipo de rumbo que al final siempre se le escapaba.

Eli volvió a su tarea: los dos objetos cuadrados e idénticos.

Había pensado erróneamente que había encontrado el rumbo, descubrió dónde estaba su futuro y cómo llenar el vacío creado por la muerte de su

abuelo y la indiferencia de su madre.

Con Sam a su lado.

No era falta de ironía que la negligencia de una mujer lo hubiera llevado a los brazos de otra.

Era inconcebible que hubiera sido tan tonto como para dejar que Sam se escondiera bajo su piel y se acurrucara en un lugar al que nunca hubiera tenido la intención de dejar que otra alma se le acercara.

Sacudió el cabeza, disgustado por su profunda necesidad de tener a alguien cerca, con quien compartir sus secretos, pérdidas y miedos. Y ella los había arrojado a todos a la cara.

—¿Puedo ayudarlo, milord? preguntó Ames—. Casi he terminado con este baúl, y puedo catalogar todo lo que ha desempaquetado.

—Gracias por toda tu ayuda —el hombre estaba ansioso por complacerlo. Cartwright le había comentado que el hombre, recién llegado de Eton, tenía esperanzas de obtener un puesto remunerado en el museo—. Creo que serás de mucha ayuda al personal aquí.

Ames sonrió con orgullo.

—Es un honor asistirlo con una colección tan impresionante, milord.

—Todas estas antigüedades son el trabajo de la vida de mi abuelo —ambos hombres se detuvieron para escanear el enorme almacén, casi cada centímetro cubierto por objetos variados, listos para que los visitantes del museo los disfruten—. Yo estaba con él cuando encontró la mitad de estos.

—Yo mismo nunca he ido más allá de la frontera escocesa.

—Entonces creo que es imperativo que, si tu vida te lo permite, viajes y explores el mundo en general —el vacío dentro de él tras el fallecimiento de su abuelo volvió a abrirse cuando los recuerdos lo inundaron: recuerdos cariñosos, recuerdos emocionantes, recuerdos desgarradores y recuerdos... tristes.

¿Cuántas noches había pasado solo? ¿Cuántos días había quedado en el campamento mientras su abuelo exploraba áreas demasiado peligrosas para un niño? ¿Cuántas veces se había encontrado con grandes personas en tierras lejanas, se había sentido parte de sus vidas y ellos una parte de él, solo para viajar a un nuevo lugar y dejarlos atrás? Después de muchos años, Eli había aprendido a no acercarse demasiado. Siempre supo que el mañana significaría un lugar nuevo y nuevas personas.

¿Cómo había olvidado esta lección de autodidacta?

Maldita sea, incluso se había imaginado pasando las tardes en White con Cartwright y Garrett, las noches cenando con Sam y su gran familia y las vacaciones en el campo.

Casi podía oír el ruego de su madre ante sus pensamientos delirantes de rescatarla de las garras de algún hombre, o un lugar, malvado, en Estados Unidos y llevarla a su casa en Inglaterra.

Era un tonto inepto que había sido transformado por una cara bonita y unos modales encantadores.

—¿Cómo llamaría a esto? —inquirió Ames, sosteniendo en alto un cetro incrustado con gemas verdes—. ¿Una lanza?

—Es un cetro de las ruinas aztecas —uno de los descubrimientos más preciados de su abuelo y, sin duda, la pieza más valiosa de la colección—. Se dice que perteneció al segundo rey de Tenochtitlán, Huitzilihuitl en 1400. Mi abuelo pensó que era cómico cargarlo por la casa y usarlo para señalar cosas.

—Hubiera disfrutado mucho de conocer al difunto marqués —la tristeza pareció invadir a Ames como si entendiera la inmensa pérdida y el vacío que Eli había enfrentado en los últimos meses—. Lord Cartwright habla muy bien de él.

—Era un hombre amable, afectuoso y compasivo. Sin mencionar, un hombre de gran paciencia y comprensión.

Eli apenas había pensado en su abuelo durante su estada en Londres, más allá de pensar que el viejo habría disfrutado vagando por la ciudad. Carreras de faetones, la obra de teatro y un juego de cartas escandaloso.

Sería difícil disfrutar de los recuerdos ahora. La imagen de Sam los mancharía a todos. No podía pensar en uno sin pensar en ella: en sus brazos, sus cuerpos juntos, sus labios tibios que exploraban. Su corazón revoloteó por un breve momento antes de estrellarse una vez más.

Regresaría a Liverpool para ser perseguido no solo por un fantasma, sino por dos.

La vida que le habían robado cuando su abuelo había fallecido.

Y la vida que casi había tenido y que nunca se realizó completamente.

Lord Cartwright (y Jude) habían tenido razón cuando le advirtieron que no pensara que los sentimientos de Sam eran ciertos cuando lo único que había intentado era un medio de escape para pasar la temporada en Hollybrooke, lo cual se complicaba aún más cuando había aparecido su padre. Había sido honesta con él. Conocía los términos de su acuerdo. Fue su insensatez la que lo llevó a creer que él significaba más para ella que un mero compañero mientras

estaba en la ciudad, una distracción de su vida mundana y una forma de alejar a los muchos hombres que buscaban sus encantos físicos sin otra promesa para el futuro.

Había sentido verdadero afecto y pensó que ella había sentido lo mismo.

Fue un error pensar que ella aceptaría que él la cortejara como correspondía. Su única gracia salvadora era que no había mencionado sus planes a Cartwright y Garrett la otra noche. Qué vergüenza tener que mirar a los hombres a los ojos y saber que Sam había rechazado su proposición.

Distancia y tiempo Eso era exactamente lo que Eli necesitaba.

Dos cosas que no obtendría si permaneciera en Londres con Lord y Lady Cartwright... solo porque lady Cartwright era idéntica en apariencia a la mujer que pensaba olvidar.

De ninguna otra forma eran similares. La voz profunda, melodiosa y grave de Sam estaba en completo desacuerdo con el tono agudo y cantarín de su hermana.

Su cabello castaño rojizo era similar al de Sam, pero su preferencia por el estilo no podía ser más diferente: Sam favorecía los rizos recogidos o los mechones sueltos sobre el hombro, lo que exponía su largo cuello y mostraba su aplomo elegante y confiado.

Su elección de telas audaces y ricas solo se agregaba a los pendientes en forma de lágrima de color crema con manchas de diversos colores o tonos iridiscentes que acompañan a cada vestido.

Eli buscó en su bolsillo y sacó las joyas que había perdido en la mesa de cartas la noche anterior. No había tenido la oportunidad de devolvérselos a Sam. Hizo una nota mental para dejarlos con Lady Cartwright antes de partir, y se los guardó de nuevo en el bolsillo para protegerlos, pero Ames los notó primero.

—Esos ópalos son hermosos —comentó—, y se sentó junto a Eli—. Mi madre nunca ha salido de la casa sin su collar de ópalo con pulsera a juego. ¿Son para la colección? —sostenía una libreta, listo para garabatear notas sobre los pendientes.

Eli negó con la cabeza.

—No, pertenecen a una amiga. Debo devolverlos.

Lo único que lamentaba era que no podría devolverlos en persona.

Sam había dejado perfectamente claro que no deseaba volver a verlo; su presencia como diversión ya no era necesaria.

###

Sam se arrebujó aún más en la tibieza de su cama, después de haberse dormido solo en el momento en el que el sol se ponía en la cresta del horizonte de Londres. Sus ojos no podrían haber estado cerrados más de dos horas, como máximo; y le latía la cabeza debido a horas de sollozos y falta de descanso.

Tranquila. Pasar un día entero en la cama. Era todo lo que Sam anhelaba. No *todo lo* que anhelaba, sino la única cosa disponible para ella. Había ordenado a su dama de compañía que no la molestara hasta que Sam llamara para ayudarla. Marce probablemente también dormiría hasta tarde después de la discusión de medianoche en su oficina.

Algo la había sacado del sueño que finalmente la había reclamado.

¿Pero, qué?

Estaba calentita. La cama, lujosa y reconfortante. Su habitación, oscura como la noche.

Los golpes continuaron, aunque no los sentía en su cabeza.

—¡Samantha Pengarden! gritó Jude severamente al otro lado de la puerta —. Abre en este instante antes de que llame al Sr. Curtis para que la derribe.

Sam volteó su ropa de cama hacia atrás, lo que reveló su ordenada habitación con las cortinas bien ajustadas. La cama de Jude aún estaba cerca de la de ella, intacta desde que se había casado con Lord Cartwright y se había mudado de Craven House. Le dolían los ojos mientras intentaba hacer foco en la oscuridad, una franja de luz se asomaba por debajo de la puerta.

No había sido la mejor idea echar el cerrojo a la puerta antes de permitir que sus lágrimas cayeran sin restricciones después de despedir a su doncella la noche anterior.

Deslizó los pies cubiertos de medias por un lado de la cama y se levantó, el frío suelo se caló hasta los dedos de sus pies mientras caminaba por la habitación para permitir que su hermana entrara.

Jude entró frunciendo el ceño, con el pelo suelto sobre los hombros como si hubiera salido de casa apresuradamente, sin perder el tiempo para arreglarse para el día de la forma adecuada.

—¿Por qué sigues en la cama? demandó Jude y sujetó el brazo de Sam cuando ella intentó escabullirse por debajo de las sábanas—. ¡Es casi mediodía!

—¿Mediodía solamente? —Sam se apartó y se tiró en la cama—. Si solo

podiera dormir otros dos, posiblemente tres días. Estoy exhausta.

—¿Qué te pasa? —Jude se sentó en la cama junto a ella mientras miraba su vieja cama—. Desde que estuvimos en Hollybrooke, has actuado de forma extraña. Te escribí todos los días mientras estuve lejos después de la boda, y nunca me contestaste. Y luego, llegué a Londres y aún no me has visitado en mi nuevo hogar. Apenas te vi en el baile la otra tarde y luego recibí una nota tuya solicitando que Lord Cartwright y yo te acompañáramos a Covent Garden. Solo que tú desapareciste con Lord Ridgefeld y apenas hablaste cuando los dos regresaron. Jude hizo una pausa y respiró profundo después de su larga perorata—. Y ahora te quedas en la cama todo el día.

—Detente, Jude —suplicó Sam, llevándose las manos para cubrirse las orejas, no porque eso pudiera bloquear por completo la diatriba de su hermana—. Todo está bien. Me siento mal hoy. Eso es todo.

—¿Crees que soy tan ignorante como para pensar realmente que querías asistir a la obra con Simon y conmigo? —se deslizó más hacia la cama—. Sabías que el decoro dictaba que lleváramos a Lord Ridgefeld.

—¿Y? —Sam no estaba teniendo esta conversación en este momento. El dolor de cabeza había regresado con fuerza.

—Así que... hablé con Marce —admitió Jude.

—¿Tu conversación con nuestra hermana debería parecerme extraña ahora que eres condesa, casada con un buen señor?

—Ni pienses en usar esa táctica conmigo, Samantha —advirtió Jude—. Sabes exactamente lo que nuestra hermana me contó.

—¿Que tengo inclinaciones a tener un futuro similar al de nuestra madre?

—Sam...

—¿Qué? —se forzó a sentarse y metió las piernas debajo del largo camión—. Te contó sobre la apuesta en el libro de White. Una apuesta, debo agregar, de la que no sabía nada al respecto. Yo no soy, ni planeo ser, una ramera. Nunca venderé mi cuerpo por galas ni cambiaré mi independencia por una casa de lujo.

—Es bueno saberlo; sin embargo, nunca esperé que hicieras tal cosa —su hermana la miró a la tenue luz que venía de la puerta abierta—. Estoy aquí para hablarte de Lord Ridgefeld.

—¿Qué hay de él? —¿Le habría contado a Simon su pelea?

—Te preocupas por él, ¿verdad?

Sam rara vez había logrado lo suficiente como para mentirle a su gemela. Compartían una conexión mucho más grande que la de las simples hermanas de

sangre. Habían compartido todo desde el nacimiento: la ropa, los tutores, el dormitorio y más que todo eso, compartían su aspecto idéntico. Habían compartido el vientre de su madre.

Al momento, Sam pudo ver la tristeza interna y el dolor reflejado en los ojos idénticos de su hermana.

—No necesito escuchar tu respuesta —Jude negó con la cabeza—. Sé que sientes algo por él. Lo sé desde Hollybrooke. Sospeché que cuando viniera a Londres, continuarías en su compañía.

—Entonces, ¿por qué le pediste que se fuera de Hollybrooke? —Sam se lo había preguntado, pero como su hermana había dicho, no había pasado suficiente tiempo en la compañía de Jude para preguntar.

—Porque —Jude estrechó las manos de su hermana entre las de ella y se volvió para mirarla directamente—, temía que tus sentimientos hacia él solo estuvieran inspirados por la inesperada llegada de nuestro padre. Que tu afecto por Lord Ridgefeld fuera solo una diversión que te distrajera de la confusión que sentías durante mi boda y la llegada de Beauchamp.

Sam no pudo negarlo.

—Es cierto, mi atracción por Lord Ridgefeld, Elijah, comenzó como un medio para mantener mi aburrimiento a raya y la idea de perderte, un dolor sordo al que debería enfrentarme en un momento posterior. Además, ayudó a sacarme de encima a Lord Gunther.

Jude se rió y Sam sonrió débilmente.

—Y luego, bueno, disfruté enormemente de su compañía. Hablamos con facilidad —Sam recordó el estudio de Cummings... sus pensamientos traviosos y su naturaleza coqueta—. Pero luego, cuando apareció Beauchamp, Elijah estaba allí para hablar. Un hombro donde llorar. No podría agobiarte con todo. Era tu momento especial. Tenías a Simon y no tenía a nadie más que a Elijah.

—Podrías haber venido a mí —una lágrima apareció en la esquina de los ojos de Jude y goteó por su mejilla—. También sentía dolor. Estaba confundida. Estaba dolida. Podríamos haber llorado juntas. Al menos dime que Lord Ridgefeld fue amable y compasivo.

—Me escuchó, me permitió llorar y me habló de su propio pasado, no tan diferente del mío.

—Es bueno oír eso. Si yo no pude estar allí para ti, él sí.

—Pero luego se fue de Hollybrooke sin una palabra de despedida.

—Realmente lamento mi participación en eso —confesó Jude al tiempo que se acercaba a Sam—. No fue mi intención hacerte daño, solo darte la

oportunidad de escuchar lo que Beauchamp tenía que decir... él es nuestro padre. Familia.

—Tú eres mi familia. Marce es mi familia. Garrett y Payton son mi familia. Simon ahora es mi familia. Beauchamp no es mi familia —Sam trató de reprimir la rabia que crecía en ella. Jude no era la persona con la que estaba enojada. Incluso Lord Beauchamp no era el blanco de su furia—. Durante el tiempo que pasamos juntos, vi a Elijah como familia.

—¿Pero ya no? —susurró Jude.

—No.

—Lamento escuchar eso, Sam. Lord Ridgefeld es un buen hombre.

El dolor creció en el pecho de Sam y amenazaba con doblegarla por lo fuerte.

—Yo también lo siento.

Entonces supongo que es mejor que se vaya de Londres —Jude desvió la mirada y arregló sus faldas en la cama y las acomodó alrededor de sus piernas para cubrir sus tobillos expuestos—. Con él en la residencia, éramos demasiados —reflexionó Jude—. Ser anfitriona y atender a los invitados es mucho trabajo. Están cargando su carruaje en estos momentos y se irá antes de que termine la tarde.

Elijah se estaba yendo de Londres? No debería sorprenderla. Él no pertenecía a Londres. Era un aventurero, un explorador y un hombre que solía viajar.

No pasaría mucho tiempo antes de que encontrara una mujer más adecuada para él y su vida, una mucho más adecuada que Sam.

—Si deseas despedirse —continuó Jude—, lo puedes encontrar en el museo, están terminando sus tareas y verificando que todo esté preparada para la exposición de su abuelo.

—Sabes que no soy tan aficionada al museo como Simon y tú —Sam intentó mantener el tono de voz, para no delatar el remordimiento y la tristeza que amenazaba con dominarla. No, esas emociones se experimentaban mejor a solas... sin testigos. Cada parte de ella deseaba ir hacia Eli. Para decirle que ella se preocupaba por él, posiblemente más de lo que él la quería. Eso fue lo que más la asustó. ¿Qué pasaría si le entregaba su corazón, confesaba su amor por él, solo para que él la dejara? No hoy, no mañana, pero un día, él la dejaría.

Como su madre y su padre lo habían hecho en la muerte.

Como lo habían hecho su padre y su madre al huir.

Como Jude había hecho por enamorarse y casarse con Simon.

Eventualmente, Marce y Payton harían lo mismo.

Ella y Garrett nunca habían estado cerca, incluso él se volvería más distante.

¿Dónde viviría Sam si Marce se casaba y se mudaba a la casa de su marido? ¿Vendería Craven House? Sam no tenía los medios para cuidar la propiedad. Parecía probable para ella un futuro como solterona, repartida entre las casas poco acogedoras de diferentes miembros de la familia.

Era eso o confiar en otra persona la cuidaría.

Lo más cerca que había estado de permitir que otra persona entrara en su vida había sido Elijah y al final, ella también lo había alejado. Se había aferrado a él todo el tiempo que había podido antes de tomar una decisión.

Una unión permanente con sentimientos confesos de amor mutuo y devoción...

O terminar su relación antes de que ella tuviera la oportunidad de lastimarse.

Pero ella ya estaba sufriendo. Haber dicho lo que dijo la noche anterior para alejarlo había clavado una espina en su propio corazón. La agonía de perder a Elijah no desaparecería pronto.

—Creo que es mejor que me vaya —Jude se puso de pie y sacudió sus faldas—. Puedo ver que no te encuentras bien. Llámame cuando te sientas mejor.

—Jude se inclinó hacia delante y le dio un rápido beso en la mejilla a Sam.

—Adiós —Jude llamó por encima del hombro cuando se fue y cerró la puerta de Sam detrás de ella.

Capítulo Treinta y Tres

Elijah cargó la última caja vacía en el vagón que esperaba y preparó su convoy para regresar a Liverpool. Su tarea estaba completa, cada objeto contabilizado, el catálogo comprobado con precisión en tres ocasiones. No le quedaba más remedio que regresar a la casa de Cartwright, recoger a Mathers y su carruaje, y seguir su camino. Con los carros vacíos, podrían viajar a un ritmo más rápido de regreso a Liverpool.

El hogar.

Un lugar familiar y reconfortante, tanto como cualquier lugar que Elijah sentía como propio.

¿Por qué se sentía encerrado?

El sol había alcanzado la cresta en el cielo horas antes. Si querían salir de Londres antes del anochecer, deberían ponerse en camino.

En lugar de montar su caballo, Elijah regresó al museo en busca de Ames. El hombre había sido de gran ayuda. Había sido muy agradable trabajar junto a él, además tenía una ética de trabajo que hubiera complacido mucho al difunto marqués.

—Milord —llamó Ames, mientras salía de entre los montones de objetos que formaban la colección—. Pensé que había partido. ¿Hay algo más en lo que pueda ayudar?

La sonrisa de bienvenida del joven había sido una constante en los últimos días, y por alguna razón desconocida, Eli necesitaba que supiera cuánto significaba eso para él.

—Ames —Eli tendió su mano para que el hombre la estrechara—. Ha sido un placer trabajar junto a ti.

—Para mí, también —miró la mano ofrecida por un momento antes de tomarla y sacudirla firmemente.

—Quiero que sepas que si el museo no te asigna un puesto remunerado, un puesto a largo plazo, entonces son unos tontos.

Las mejillas del hombre se sonrojaron de vergüenza—. Es mi intención trabajar diligentemente hasta que llegue el día, milord.

—Muy bien, pero si ese día no llega, o no llega lo suficientemente pronto, por favor escríbame. Es posible que coordine algunas expediciones en el futuro cercano —Elijah había pensado en viajar pero no había hecho planes

ciertos. No estaba seguro de por qué le mencionaría la posibilidad al hombre —. Me gustaría tenerte en mi equipo cuando llegue el día.

Los ojos de Ames se abrieron muy grandes y los brazos cayeron lánguidamente a los lados en señal de incredulidad.

—Milord —tartamudeó—. No sé qué decir. Me sentiría honrado de acompañarlo en sus viajes.

—Y tal vez, cuando regresemos, podamos prometerle al museo una nueva exhibición, siempre y cuando tu empleo sea parte del trato —era una idea brillante, una que mantendría a Eli ocupado y a su mente alejada de cierta mujer. Pero también podría asegurar un futuro para Ames.

—Enviaré un mensaje después de llegar a casa y resolveré mis otros asuntos comerciales.

La mirada del hombre recorrió el hombro de Eli hacia la puerta que estaba más allá y luego bajó al suelo de inmediato.

—Lady Cartwright, es un gran... —el hombre se inclinó profundamente—. No la esperaba—. Ames tropezaba con cada una de sus palabras.

Elijah se volvió lentamente, temeroso de la sabiduría que la hermana de Sam hubiera venido a impartir. Había dejado la tarea a Cartwright la última vez, pero Eli ciertamente no tenía la suerte de su parte. ¿La mujer había oído hablar de la apuesta del libro de White o de su salida y la de Sam a la partida de cartas? Se merecía cualquier reprimenda o absoluto rechazo que ella hubiera venido a transmitirle.

Pero la mujer que estaba justo dentro del gran almacén no era lady Cartwright.

Se le paró el corazón al verla aunque luego comenzó a latir de nuevo, a un ritmo errático que casi lo hizo caer de rodillas.

Si Ames trabajara con Eli, tendría que hacerse revisar la vista.

No había nada en él que pensara que la mujer era Lady Cartwright.

Incluso a través de la gran sala, Eli conocía a Samantha, ese aire de confianza y gracia. La inclinación de su barbilla. La audaz selección de color en su vestido azul profundo. La forma en que su cabello barría el hombro. De repente, recordó los pendientes de ópalo en su bolsillo.

—Ames —dijo Eli, y apartó la mirada de Sam el tiempo suficiente para decirle al hombre que los dejara—. ¿Puedes darnos a la señorita Samantha y a mí un momento de privacidad?

Se volteó para mirar a Eli.

—Mis disculpas, señorita Samantha... yo no... quiero decir...

—No te preocupes —contestó Sam—, mientras se movía más adentro de la habitación—. Incluso mis hermanos tienen dificultades para diferenciarme de Jude... después de todo, somos idénticas.

—Casi idénticas, pero muy diferentes en muchos aspectos —Eli pronunció las palabras en voz baja, que tal vez Sam no hubiera oído.

Ames salió en silencio de la habitación mientras Elijah observaba a Sam acercarse y se detenía para examinar los objetos en el camino, mientras deslizaba los dedos sobre un antiguo tapiz de China. Pero ella no se detuvo a admirar la belleza de la tela. Siguió caminando hacia él, sin quitar los ojos de los de Elijah.

¿Qué estaba haciendo aquí? No importaba si había venido a enumerar todas las formas en que lo había usado como diversión, un medio para escapar de su casa, o que nunca había planeado volver a verlo.

Eli solo quería un último momento con ella: *marcarlo a fuego* en la memoria.

El balanceo de sus caderas, la forma de la tímida sonrisa, la delicadeza de su toque.

Cuando se acercó, notó que su sonrisa desaparecía. La mano le tembló cuando tocó una olla de terracota. Sus pasos vacilaron y luego se detuvieron a varios pies de él mientras buscaba su rostro, la mirada era intensa.

Sin pensarlo más, dio los últimos pasos para encontrarse con ella, y abrió los brazos.

Elijah no estaba seguro de cómo sabía que aceptaría su abrazo y de que se abandonaría en él, pero lo hizo. Y para ser honesto, necesitaba abrazarla mucho más de lo que tal vez ella necesitara verse envuelta en los brazos del muchacho.

Sentir su calidez contra él, la mejilla apoyada contra su pecho cuando acomodó la cabeza debajo de su barbilla, le dijo a Elijah que el tiempo que habían pasado juntos había nacido de un verdadero afecto mutuo.

—Elijah, yo...

—Shhhh —murmuró. No quería palabras, declaraciones o disculpas que mancillaran este momento.

Sin embargo, Sam se echó hacia atrás.

—Tengo mucho que decir. Cosas que debería haber dicho anoche, en lugar de aquellas horribles mentiras. El corazón de Eli se detuvo de golpe así como su respiración detuvo, mientras aguardaba las siguientes palabras.

—Nada de lo que dije era verdad, Elijah, tienes que creerme.

Pero lo que había dicho era exactamente lo que el joven había esperado, en el fondo, al menos.

—Estaba asustada.

—¿De qué? —preguntó.

—De dejarte entrar, de dejar entrar a *cualquiera* —respiró profundo antes de continuar—. Nos conectamos de forma instantánea, nuestro breve encuentro en ese camino desierto tan poderoso que temí que mi afecto por ti fuera más fuerte que el tuyo. Y luego, cuando te marchaste de Hollybrooke, supe que era cierto. Pasé esas seis semanas tratando de olvidarte, de olvidar ese tiempo juntos y de creer que otro me besaría de la manera en que tú lo habías hecho. Que encontraría a alguien que me permitiera llorar en su hombro; que conocería mi pasado y no juzgaría mi futuro. Pero la atención de los demás no era lo que necesitaba y nunca lo que deseaba.

Ella lo miró, con los ojos abiertos y Elijah vio su propia alma. Entendió su dolor. El dolor que había soportado en silencio toda su vida. La herida adicional que él le había causado.

Necesitaba reparar el daño que había hecho y hacer todo lo posible para limpiar el daño que otros le habían infligido.

—Entonces apareciste en el baile y pensé que te haría pagar por abandonarme en Derbyshire —susurró—. Pensé que te usaría hasta que tu compañía ya no me interesara y entonces sería mi turno de abandonarte. Te devuelvo a Liverpool herido y rechazado como yo me sentí en Derbyshire.

—Entonces, ¿por qué estás aquí? —preguntó. Quería escuchar su respuesta tanto como temía oírla decir las palabras en voz alta. Ella estaba allí para repetir, por última vez, que su afecto por ella nunca sería correspondido. ¿Podría soportar escuchar las palabras? ¿Sobreviviría... encontraría una manera de reparar su corazón... o al menos recogería algunos de los fragmentos?

Si tan solo pudiera recomponer el alma rota de Sam, entonces la suya sanaría junto con la de ella.

—Estoy aquí... —sus palabras se desvanecieron como si estuviera perdiendo confianza—. Estoy aquí porque te amo. Te amo desde el momento en que te vi en el estudio de Lord Cummings cuando me encontraste con el libro más inapropiado del mundo. Cuando me viste, no te reíste de mí o pensaste que soy infantil o indigna de conocer asuntos de la carne.

—Creo que te he amado desde que mi carruaje se detuvo junto a ti durante la tormenta —no era una competencia... cómo saber quién había amado al otro

primero. Sin embargo, Elijah necesitaba expresarlo, hacer su propia declaración antes de que fuera demasiado tarde.

—Pensé que podría pedirte cualquier cosa ridícula y estarías de acuerdo, y fue así —dio otro paso atrás, y los brazos de Elijah cayeron a los lados—. Fue injusto de mi parte, egoísta y mezquino. Especialmente cuando hay personas que piensan que me has tomado como tu amante. No era lo que pretendía, aunque tampoco esperaba que pensaras que nuestro acuerdo era una especie de cortejo. Por eso lo siento realmente.

Y ahora tenía que decirle... por última vez, arrancarle el corazón que aún latía de su pecho y aplastarlo bajo el talón de su bota.

—Con cada salida, descubría que esperaba con ansias la siguiente. Cada vez que me acompañabas, me enamoraba más y más de ti. No estoy segura de cuando me di cuenta de cuánto me amabas a cambio, pero lo probaste una y otra vez. Y me asustó No es tu amor, sino la idea que seguí amándote incluso después de prometerme a mí misma que no permitiría que nadie me lastimara otra vez.

Elijah sintió que había más de lo que quería decir, que Sam todavía buscaba las últimas palabras para decirle que, aunque la amaba y que ella lo amaba a cambio, no funcionaría. No podía permanecer a su lado. No tenía la confianza suficiente para creer que Elijah nunca se alejaría y la abandonaría, con el corazón roto.

Cuando ella permaneció en silencio, él le tomó las manos y le habló desde el corazón... o lo que quedaba de él.

—Sam, somos muy parecidos. He sentido el mismo sufrimiento, dolor y abandono. Conozco las consecuencias y la angustia de amar y no ser correspondido. Conozco la soledad y la desesperación de no saber lo que depara el futuro, o incluso *si* contiene *algo* de valor más allá del mundano día a día. No he sido testigo de un momento prosaico desde que te conocí —Hizo una pausa para atraerla más cerca, anhelando una onza de la confianza que normalmente llevaba como un chal sobre los hombros—. Incluso cuando volví a Liverpool, pasé cada momento soñando con regresar a ti. Cada noche pasé soñando la forma en que te sentirías en mis brazos una vez más. Cómo te mostraría que estábamos destinados a estar juntos, aunque no tenía derecho a esperarlo.

—Sin embargo, es lo que te he hecho creer. Lo que, sin saberlo, quería —se puso de puntillas, y lo miró directo a los ojos y los labios a una pulgada de distancia—. Te quiero, Elijah. No importan mis propias inseguridades, confío

en que nunca me dejarás. Mi amor por ti no tendrá fin. Eres el hombre que nunca soñé que haría mío, que nunca pensé merecer. Me entiendes mucho mejor que incluso mi gemela. Ha sido solo tú quien notó mi dolor en Hollybrooke por lo que realmente era: una sensación de gran pérdida, y me tranquilizaste, me permitiste llorar y realmente escuchaste cada palabra que dije.

—Como lo haría todos los días hasta el final de los tiempos —murmuró. *Como lo haré*, corrigió en sus propios pensamientos.

—Entonces te lo ruego, hazme tuya —se inclinó hacia adelante y acercó los labios a los de Elijah, insistentes y exigentes, aunque inseguros. Demasiado pronto, los labios se separaron—. Tu marquesa encantadora.

—No digas más —Elijah la atrajo hacia sí y la tomó en sus brazos mientras cruzaba la habitación hacia la puerta. Necesitaban una licencia especial para casarse y privacidad, aunque no estaba seguro de cuál encontrarían primero. Pero Eli vio el tapiz en el que cariñosamente había pasado los dedos mientras caminaba hacia él antes. Cogió la reliquia tejida con una mano y la extendió en un área abierta entre las pilas de las posesiones más preciadas de su abuelo.

—Suavemente, dejó a Sam, sus trenzas rojizas cayendo en cascada sobre el tejido.

Pero hizo una pausa.

Ella extendió la mano hacia él con los ojos entornados por la lujuria —¿o era amor?— mientras gemía.

Elijah buscó en su bolsillo y sacó los pendientes de ópalo.

—Mi marquesa encantadora usa ópalos —ordenó, entregándoselos, y ella rápidamente los devolvió a su lugar correcto en cada oreja.

En ese momento, rodeado de todos los tesoros mundanos de su abuelo, Elijah sabía que el único tesoro que alguna vez necesitaría en su vida estaba tendido ante él, sus brazos extendidos de nuevo para sostenerlo.

Te amo — susurró Sam—. Mi hermana puede haber robado un conde, pero yo he hechizado a mi propio marqués.

Elijah sabía desde su primer encuentro que amaba a la señorita Samantha Pengarden. Todo lo que quedaba era mostrarle exactamente cuánto. Y comenzaría con sus labios, continuaría descendiendo por el cuello y le prodigaría un dulce amor en cada centímetro de su cuerpo hasta que no quedara duda en ella de que Elijah la amaba total, loca y profundamente. Y lo haría por toda la eternidad.

Epílogo

Sam se aferró más a la barandilla y permitió que la brisa que barría el puerto le apartara el cabello de la cara y lo llevara hacia atrás, al viento. El aire fresco y el olor a sal serían muy comunes para ella pronto, tan pronto como su querido esposo diera la orden de levar el ancla y zarpar. Tardaría un poco más en acostumbrarse al suave balanceo del agua debajo de ella; sin embargo, no temía al cambio de terreno sólido a olas impredecibles, oscuras y onduladas, no mientras permaneciera a su lado Elijah Watson, el marqués de Ridgefeld.

Esposo.

Su esposo.

Samantha Watson, la Marquesa de Ridgefeld.

Debería sentirse a la deriva, al arrojar el último vestigio de su vida juvenil.

Después de unos años, ¿alguien recordaría su vínculo con Craven House, o sería posible que su pasado se desvaneciera tan rápidamente como lo había el de Jude?

Unos gritos detrás de ella hicieron que Sam olvidara sus pensamientos y se volteara para enfrentar a un grupo de hombres encargados de cargar sus baúles, empaquetados para un largo viaje, con amor, por Marce y Payton.

—¿Qué puede haber mi señora empaquetado para que esto sea tan pesado? —dijo un hombre fornido doblado bajo el peso del vestuario recién adquirido de Sam: vestidos de las mejores sedas y satenes, dignos de una marquesa, guantes, botas de piel de cordero, pantuflas, sombreros, enaguas, y medias. Más ropa de lo que ella hubiera imaginado le pertenecería a ella... y solo a ella. No estaba hecha para compartir con su gemela, aunque el pensamiento le provocó una punzada de pérdida—. ¡Casi pienso dejar que el baúl caiga en el puerto, seguro que lo hago!

—Será tu cabeza la que caiga si el baúl de Lady Ridgefeld termina sumergido —gritó Ames mientras caminaba penosamente sobre la cubierta. El joven, ansioso de aventura, había aceptado con gusto la oportunidad de viajar con Sam y Elijah. Aunque no estaba acostumbrado a viajar, como dijo Elijah, estaba siempre más que dispuesto a complacerlos, lo que valía una década de experiencia, le aseguró su nuevo esposo—. Ahora, llévalo debajo de la

cubierta a los aposentos de mi señora y si se encuentra una mella en sus hermosos baúles, se lo reportaré a Lord Ridgefeld.

Ambos hombres suspiraron y sacudieron sus cabezas ante las divagaciones exageradas de Ames.

Ames se encontró con su mirada sonriente y asintió en su dirección.

No, ella no carecería de entretenimiento o buena compañía en los próximos meses. ¿Te atreves a admitir que podría ser muy superior a cualquier salón de baile de Londres? Incluso había empacado una baraja de cartas de Payton, en caso de que Elijah estuviera dispuesto a participar en otro juego.

—¿Estás segura de que deseas ver América? —preguntó Jude.

Sam casi había olvidado la silenciosa presencia de su hermana junto a ella.

—Lo estoy.

—Es un viaje largo y difícil.

—Eso lo sé, querida hermana —tranquilizó a su gemela mientras extendía la mano para tomar las manos de Jude—. Pero Elijah recibió una carta de su madre y siempre me había dicho que, si esa carta llegara, nunca le daría la espalda.

—Pero solo te acabas de casar —suspiró Jude, parpadeando para contener las lágrimas—. ¿No puedes establecerte en Londres o Liverpool antes de partir de Inglaterra?

Era irónico... todo este tiempo Sam había estado preocupada porque su hermana la abandonara y que olvidara el vínculo que las unía, porque se había casado. Y sin embargo, Jude estaba tan molesta y triste como Sam se había sentido solo un mes antes.

—Judith, te amo. Probablemente mucho más de lo que me amo a mí misma. Elijah y yo regresaremos tan rápido como los vientos lo permitan, con suerte, con su madre a cuestas. No puedo negarle esto. Lo amo demasiado. Quiero que sea feliz mientras esté en mi poder hacerlo.

—Solo verte, mi encantadora marquesa —Eli se adelantó lo que hizo que las mujeres soltaran una risita al simular que tomaría las manos de Jude, aunque rápidamente se rió entre dientes y se volvió hacia Sam— sería suficiente para asegurar mi felicidad eterna.

Sam desvió la mirada mientras sentía como el calor inundaba sus mejillas por su cariñosa frase dicha tan tiernamente.

—Y estoy feliz de seguirte hasta los confines del mundo conocido, Elijah.

—Afortunadamente, nunca te pediré eso —le soltó las manos y se volvió hacia la hermana de Sam—. Prometo solemnemente devolverles a Samantha sana y salva de los paganos de Baltimore.

Sus ojos bailaron con alegría cuando Jude se rió una vez más.

Era algo de lo que Sam nunca se cansaba: la sonrisa de Elijah, su presencia a su lado, su promesa de protegerla a toda costa. Él era todo lo que ella había buscado en su vida.

—¡Milord! —Ames agitó los brazos frenéticamente para llamar su atención—. El último de los baúles se ha cargado y solo quedan algunas cajas de suministros. Un carruaje acaba de llegar. Un caballero elegante se está abriendo camino a bordo. ¿Debería saludarlo y preguntarle qué desea?

—No —contestó Elijah—. Yo me encargo. Gracias por tu ayuda hasta ahora, Ames.

Jude se apresuró a la barandilla y miró por encima de ella y dejó a Sam y Elijah a solas. El nuevo esposo no perdió un momento, ya que inmediatamente se inclinó y le dio un suave beso en los labios.

Estaban casados y la necesidad de ocultar su afecto ya no era una preocupación. Sam envolvió su brazo alrededor de él y acarició a Elijah a lo largo de su cuerpo. Sintió que su deseo se agitaba mientras abría la boca y profundizaba el beso.

En la quincena desde la ceremonia pequeña e íntima que los había hecho marido y mujer, Elijah se deleitó en mostrarle todo lo que había deseado saber sobre lo que sucede entre un hombre y una mujer después del matrimonio, aunque no siempre esperaban a estar a solas detrás de la puerta de su dormitorio.

—Sam —Jude la separó de los brazos de Eli y tiró de ella hacia un lado de la goleta—. Es el vizconde. ¿Qué está haciendo aquí? —los ojos de su gemela se estrecharon y sus hombros se tensaron, anticipando la discusión por venir cuando Sam se enfrentara a su padre una vez más.

—Tranquilícese, Lady Cartwright —dijo Elijah con una sonrisa—. Sam lo ha invitado a despedirnos.

—¿Tú ... qué? —balbuceó Jude—. No puede ser... ¿Sam... lo has invitado? —la mujer extendió sus brazos, para abarcar todo el puerto—. ¡¿Lo has invitado aquí?!

—¿Por qué lo haces sonar como algo que no haría? —preguntó Sam antes de volverse hacia Elijah—. ¿Vas a encontrarlo? Jude y yo nos reuniremos contigo en un momento.

—Por supuesto —le dio un rápido beso en la mejilla antes de deslizarse por la cubierta, sus pasos eran seguros, como si hubiera pasado la mayor parte de su vida en un bote oscilante, todo su cuerpo estaba acostumbrado a los movimientos inconstantes a bordo de un barco.

—¿Has cambiado de opinión, querida hermana? —Jude levantó una ceja, cruzó los brazos y bloqueó el camino de Sam.

—No es exactamente un cambio de opinión, pero si Elijah me ha enseñado una cosa, es a aceptar voluntariamente a las personas que hacen un esfuerzo, incluso después de muchos años de negligencia —Sam sonrió ante la idea y el inmenso cambio que su esposo había provocado en ella. Siempre pensó que era incapaz de cambiar, especialmente de otorgar el perdón a quienes la habían herido. Sin embargo, Elijah le había demostrado que a menos que uno esté dispuesto a darle una oportunidad a una persona, nunca podrán *ganar el perdón*—. ¿Te ha escrito mi padre desde que llegaste a Londres con Simon?

Jude evitó su mirada y sus hombros se tensaron una vez más.

—Sí —confesó—. Y he contestado. Fui a visitarlo a su casa en Londres poco después de regresar de la finca de Simon. Nunca te lo dije porque...

—No importa, Jude. No tenías la obligación de decirme nada, pero te agradezco que me hayas permitido comprender mi propia situación y darme cuenta de cómo proceder. Por mucho que nos parezcamos, somos personas muy diferentes. Nosotras mismas. Es hora de que *nos demos cuenta* de eso, así como los otros —si Jude le hubiera dicho a Sam que deseaba conocer a su padre, comenzar una verdadera relación con él, Sam se le habría reído en la cara; luego le hubiera dado una conferencia sobre los muchos errores que estaba cometiendo. Pero recientemente, había aprendido que la familia, especialmente aquellos que buscaban una relación, debía ser acogida y no rechazada—. Él me escribió, también. Es solo que me tomó un poco más de tiempo y Elijah, para mostrarme la importancia del perdón. Incluso yo soy capaz de tal cosa.

—No es un hombre tan horrible —Jude se encontró con su mirada como suplicando a Sam que creyera sus palabras.

—Le daré una oportunidad, lo prometo —Con un abrazo tranquilizador, probablemente el último que compartiría con su hermana durante varios meses, la pareja se volvió hacia Elijah y su padre. El vizconde miró nerviosamente a las mujeres y Elijah se inclinó para susurrarle algo.

—Samantha —la saludó con un movimiento de cabeza y ella se sorprendió, no por primera vez, por el parecido que guardaba con

Beauchamp—. La dicha de la boda agrega un resplandor que reconocería en cualquier lugar.

—Padre —Sam probó decir la palabra, todavía extraña e incómoda—. Gracias por venir a despedirnos.

—No hay otro lugar en el que prefiera estar que más que aquí... con ustedes dos —se aclaró la garganta—. Con usted también, Lord Ridgefeld.

—Es encantador verte de nuevo, padre —Jude dio un paso adelante y abrazó al hombre. Parecía tan natural, como si hubieran estado cerca toda su vida y no fueran recién conocidos.

—Y tú, Jude —dijo Beauchamp, mirando alrededor de la cubierta—. ¿Lord Cartwright está contigo?

—No. Tenía asuntos que atender y quería que pasara un tiempo con Sam antes de partir —Jude volvió al lado de Sam—. Volverá por mí en breve.

—Qué bien. Iba a ofrecer llevarte a casa.

—Gracias por aceptar mi invitación —Sam necesitaba decir su lo que sentía antes de que el capitán informara a Elijah que era hora de partir mientras el viento y el mar cooperaran —Elijah y yo queremos que te reúnas con nosotros en Liverpool a nuestro regreso, Jude y Simon también vendrán, para celebrar nuestra boda.

Beauchamp abrió muy grandes los ojos y se irguió un poco más.

—Por supuesto. Estaré encantado de asistir.

Sam dio un paso adelante y abrazó a su padre, sorprendida de descubrir que el abrazo no se sentía fuera de lugar o antinatural en lo más mínimo.

—Eso es maravilloso, milord —Elijah colocó su brazo alrededor de la cintura de Sam cuando ella dio un paso atrás. El apretón tranquilizador le hizo saber que estaba orgulloso de ella.

Sam quería complacer a su nuevo esposo, en todas las formas posibles.

Y si ella también hizo las paces con su pasado, era realmente positivo.

—Milord —llamó Misgaviage, su capitán—. Ya es hora.

—Muy bien —Elijah asintió—. Es hora de despedirnos. No para siempre, pero por ahora. Te daré un momento, Sam —con un rápido beso en la mejilla, Elijah fue a conversar con el capitán, dejando a Sam a solas con Jude y Beauchamp.

—Te extrañaré —comenzó a decir Sam y agregó— ... a los dos.

Una lágrima corrió por la mejilla de Jude y su gemela la apartó.

—Yo también, aunque planeo escribir. De hecho, ya he escrito mi primera carta. Será enviada mañana y te saludará cuando llegues.

—Nos quedaremos en el McDowell Inn and Tavern en Baltimore.

—Elijah le contó a Simon anoche en la cena.

—También escribiré, hija mía —Beauchamp sonrió y el hombre parecía diez años más joven que cuando se conocieron en Derbyshire—. Me doy cuenta de que hay mucho que tú y Judith que no saben sobre mí, mi familia y el tiempo que compartimos con tu madre.

—Estoy ansiosa por leer todo sobre eso —confesó Sam.

Sorprendentemente, era sincera. El hombre conocía una parte de su madre de la que Sam y Jude nunca habían tenido conocimiento. Una vez en la vida que Sasha Davenport que había sido feliz, que había pensado que había encontrado por siempre el amor.

Sucedió lo mismo con ella y Elijah. Sin embargo, su relación, su amor y devoción, era mucho más de lo que Beauchamp y su madre habían logrado alguna vez.

—Adiós, hermana —Sam abrazó a Jude.

—Adiós, no —respondió Jude—. Que viajen seguros. Que el viento siempre esté a vuestro favor.

—Gracias —Sam miró por encima del hombro de su hermana hacia donde miraba Elijah, que vigilaba de cerca a su esposa—. Creo que es hora de zarpar.

—Ciertamente —Beauchamp le ofreció el brazo a Jude—. Acompañaré a Judith al muelle y te diremos adiós desde el allí.

—Me gustaría disfrutar de eso —el trío se reunió con Elijah en la plancha que conducía desde la cubierta hasta el muelle. Se compartieron muchos abrazos antes de que Beauchamp guiara a Jude desde la goleta.

Sam estaba firmemente asegurada en los brazos de Elijah una vez más cuando la inundaron infinidad de emociones. Amaba a su familia. Echaría de menos a cada uno, incluso a su padre. Pero, había encontrado su amor para siempre.

Y aunque navegaran aguas infernales o turbulentas, Sam nunca dejaría ir a Elijah.

—¿En qué piensas, Lady Ridgefeld? —susurró cerca del oído antes de colocar sus labios en el punto sensible debajo del lóbulo de la oreja.

Un escalofrío recorrió todo el cuerpo de Sam.

—En que me has dado un regalo realmente raro, uno que quizás nunca merezca.

—Cuéntame, miladi —arrastró los labios por el cuello de Sam hasta la clavícula y la mordió suavemente—. Estoy hambriento de escucharte.

—Más allá de amor, me has dado esperanza...

—¿Y no mereces esperanza? —la atrajo hacia sí y le masajeó la cintura—. Me resulta difícil de creer.

—Antes de conocerte, hubiera dicho que sí, era muy indigna de esperanza.

—¿Qué cambió?

Sam levantó la vista para ver a su hermana y a su padre saludar desde la orilla con lord Cartwright a su lado.

—No qué, sino quién —murmuró, mientras devolvía el saludo a su familia—. Tú me mostraste la importancia del perdón. No a los demás, sino a mí misma.

—El remordimiento, el arrepentimiento y las malas noticias pueden doblegar a una persona.

—Y sin ellos, estoy llena de esperanzas.

—Eso es muy bueno porque podemos enfrentar obstáculos insuperables cuando lleguemos a Baltimore para convencer a mi madre de que viaje de regreso a Inglaterra con nosotros —Elijah se incorporó y saludó al grupo reunido en el muelle.

—Es entonces una suerte que te hayas casado con una mujer muy persuasiva, milord —la risa gutural de Sam hizo eco en la brisa—. Te amo, Elijah Watson.

—Estoy convencido de que te quiero mucho más, Samantha Watson.

—Imposible, milord —replicó, dando un último saludo a su familia y regresando a los brazos de Elijah. Sam presionó su cuerpo contra el de Elijah y sintió el familiar endurecimiento en sus pantalones—. Ahora, querido esposo, llévame a nuestros aposentos. Tenemos un largo viaje con muchos días y noches interminables que pasar.

—Entonces es una ventaja para mí llevar nuestro regalo de bodas de Lord Cummings.

—¿Un regalo de bodas? —Sam estaba confundida—. ¿Qué quieres decir?

—Tendremos que trasladarnos a nuestros camarotes bajo cubierta para descubrirlo, mi marquesa encantadora, bromeó, colocando sus labios contra los de ella.

Sin embargo, Sam tuvo la corazonada de que sabía exactamente lo que la esperaba debajo de la cubierta. En su corto tiempo como pareja de novios,

habían explorado todos los ámbitos de la carne, pero siempre había más que aprender.

—Entonces, por supuesto, muéstrame el camino, querido esposo.

Libros de Christina McKnight:

Serie Creed de Lady Archer

Theodora (Libro Uno)

Georgina (Libro dos) - 2017

Adeline (Libro Tres) - 2017

Josephine (Libro cuatro) - 2017

Serie Craven House

La ladrona roba su conde (Libro uno)

La amante encanta a su marqués (Libro dos)

La señora atrapa a su duque - 2017

La jugadora apuesta por su barón - 2018

Una serie de Lady Forsaken

Shunned No More, Lady Forsaken (Libro uno)

Forgotten No More, Lady Forsaken (Libro dos)

Depreciado cada vez más, una dama abandonada (libro tres)

Christmas Ever More, Lady Forsaken (Libro cuatro)

Hidden No More, Lady Forsaken (Libro cinco)

Título independiente

El asedio de Lady Aloria, Wolfe Pack Novella

Un beso en Navidad: Regency Romance Novella

Por el amor de una viuda: Regency Romance Novella

Sobre la autora:

Christina McKnight escribe emotivos e intrincados romances de la época de la Regencia con heroínas fuertes y héroes inconformistas.

Christina disfruta de una vida tranquila en el norte de California con su familia, su vino y un montón de café. Ah, ¡y sus libros...no olvides sus libros! La mayoría de los días, se la puede encontrar escribiendo, leyendo o viajando por el gran estado de California.

Correo electrónico: Christina@ChristinaMcKnight.com

Síguela en Twitter: [@CMcKnightWriter](https://twitter.com/CMcKnightWriter)

Manténte al día sobre sus lanzamientos: www.christinamcknight.com

Me gusta – la página de la autora en FB: [ChristinaMcKnightWriter](https://www.facebook.com/ChristinaMcKnightWriter)

Notas del autor

Gracias por leer *La amante encanta a su marqués*

(Serie Craven House, Libro Dos)

Si te gustó *La amante encanta a su marqués*,
asegúrate de escribir una breve reseña.

¡Me encantaría saber de ti!

Puedes contactarme en:

Christina@christinamcknight.com

O escríbeme a:

PO Box 1017

Patterson, CA 95363

www.ChristinaMcKnight.com

Visita mi sitio web para obtener obsequios, reseñas de libros e información
sobre mis próximos proyectos,

o conéctate conmigo a través de las redes sociales en:

Twitter: @CMcKnightWriter

Facebook: www.facebook.com/christinamcknightwriter

Goodreads: www.goodreads.com/ChristinaMcKnight

Suscríbete a mi boletín aquí: <http://eepurl.com/VP1rP>

Hay muchas personas a las que me gustaría agradecer por acompañarme en
el viaje emocional de escribir este libro.

Para Marc, mi increíble novio, ¡gracias por ser siempre *tú*!

Para Lauren Stewart, mi compañera de crítica y mejor amiga, me
empujaste a explorar nuevas avenidas de pensamiento que nunca soñé que
fuera posible. Si estuviéramos en una verdadera relación, sería una basada en
la codependencia, pero en el buen sentido. Mi escritura no sería lo que es sin
sus comentarios, críticas, sugerencias y orientación.

También me gustaría agradecer a las mujeres maravillosas que me han
apoyado tanto en mi carrera de escritora como en mi vida, incluidas (entre
otras): Amanda Mariel, Debbie Haston, Angie Stanton, Theresa Baer, Erica
Monroe, Ava Stone, Roxanne Stellmacher, Laura Cummings, Dawn Borbon,
Suzi Parker, Jennifer Vella, Brandi Johnson y Latisha Kahn. Sé que me estoy
olvidando de muchos... Todos ustedes han sido muy pacientes y han apoyado
maravillosamente mis formas excéntricas.

Un agradecimiento muy especial a mi editor, Chelle Olson literalmente
adicto al detalle, su habilidad y profesionalismo superan todo lo que esperaba.

Chelle Olson puede ser contratado por correo electrónico a litterallyaddictedtodetail@yahoo.com

Además, un agradecimiento especial al editor histórico y de desarrollo, Scott Moreland.

Y a mi correctora de pruebas, Anja con Ediciones de Reloj de arena, gracias por embarcarse en un nuevo viaje conmigo.

Diseño de cubierta, sobrecubierta y del sitio web: Sweet 'N Spicy Designs.

Finalmente, gracias por apoyar a los autores indi.

Tus comentarios y recomendaciones son fundamentales

Los comentarios y recomendaciones son cruciales para que cualquier autor pueda alcanzar el éxito. Si has disfrutado de este libro, por favor **deja un comentario**, aunque solo sea una línea o dos, y házselo saber a tus amigos y conocidos. Ayudará a que el autor pueda traerte nuevos libros y permitirá que otros disfruten del libro.

¡Muchas gracias por tu apoyo!

¿Quieres disfrutar de más buenas lecturas?



Tus Libros, Tu Idioma

Babelcube Books ayuda a los lectores a encontrar grandes lecturas, buscando el mejor enlace posible para ponerte en contacto con tu próximo libro.

Nuestra colección proviene de los libros generados en Babelcube, una plataforma que pone en contacto a autores independientes con traductores y que distribuye sus libros en múltiples idiomas a lo largo del mundo. Los libros que podrás descubrir han sido traducidos para que puedas descubrir lecturas increíbles en tu propio idioma.

Estamos orgullosos de traerte los libros del mundo.

Si quieres saber más de nuestros libros, echarle un vistazo a nuestro catálogo y apuntarte a nuestro boletín para mantenerte informado de nuestros últimos lanzamientos, visita nuestra página web:

www.babelcubebooks.com